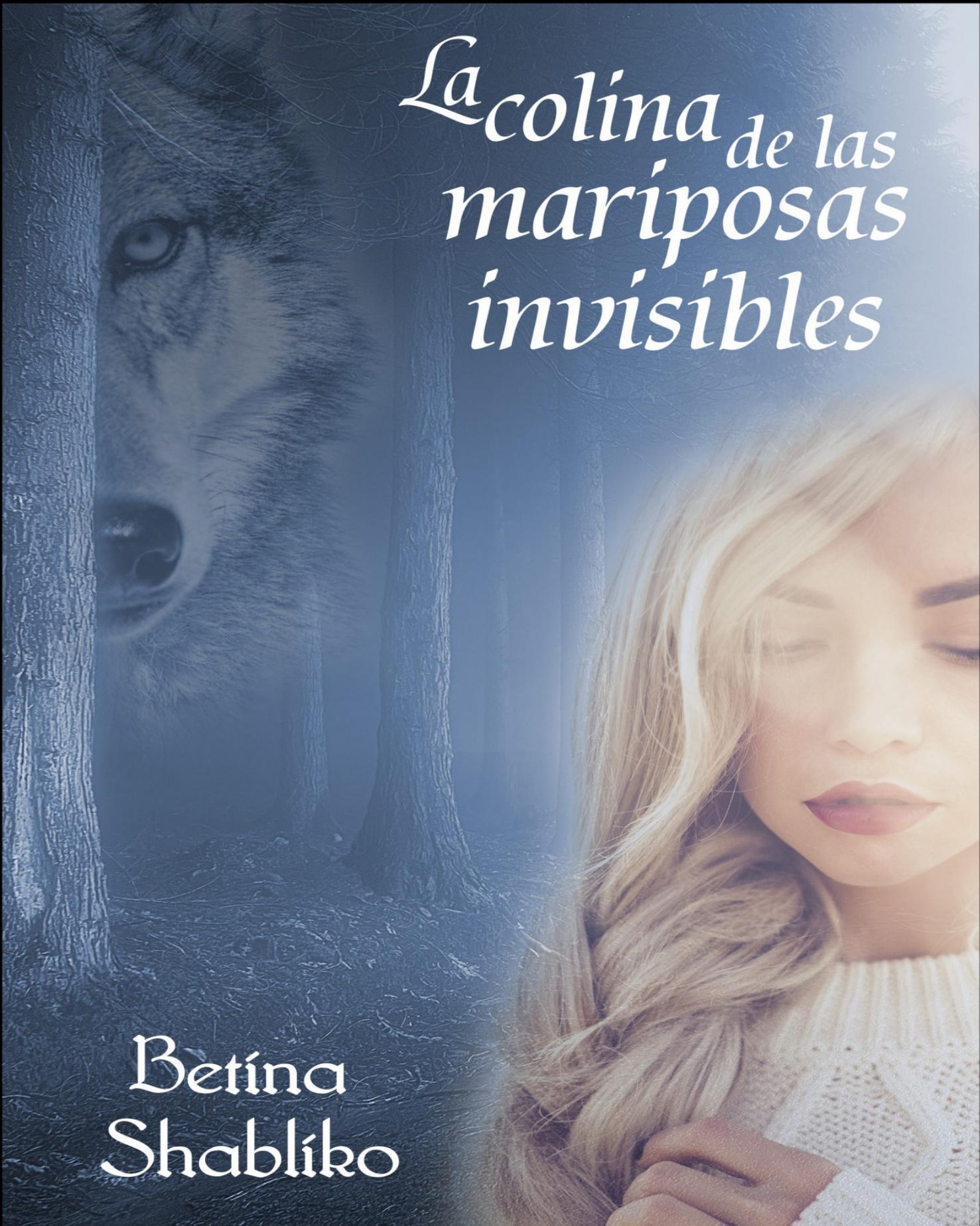


Selecta

*La colina de las
mariposas
invisibles*

*Betina
Shablíko*



La colina de las mariposas invisibles

Betina Shabliko

Selecta

Índice

[La colina de las mariposas invisibles](#)

[Sinopsis](#)

[Nota editorial](#)

[Dedicatoria](#)

[Ludmila en el bosque del silencio](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Celeste en el bosque de los elfos](#)

[Notas](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre Betina Shabliko](#)

[Créditos](#)

Una mirada lobuna que la persigue desde niña, dotes clarisensitivas y la sensación de estar viviendo otra vida.



A pesar de su apacible apariencia y aspecto encantador, Celeste, una profesional en psicología, vive una dicotomía sin tregua, una desesperanzadora sensación de litigio entre lo sano y lo patológico, entre lo real y lo etéreo, dado que su mente híper racional y objetiva combate lo que ella considera su peor enemigo: sus dotes clarisensitivas.

Su vida emocional se ve aún más afectada por el difuso recuerdo de una misteriosa mirada lobuna que mora en su mente desde su infancia y que la remite a la añoranza de un amor con atisbos afines.

Todo eso confluye para alimentar la sensación de que ella también terminará como su predecesora: asesinada.

Una novela romántica paranormal que no dejará indiferente a nadie.

Entre la fantasía de una leyenda del siglo XVIII y la realidad con la que convive cada día, Celeste lucha contra una amalgama de sensaciones opuestas para las que no logra encontrar una respuesta.

Detrás de su encantadora y apacible apariencia, Celeste Duncan, licenciada en Psicología, encierra en sí misma un misterioso secreto que nunca ha podido desvelar.

A pesar de mantener un equilibrio entre su mente extremadamente racional y su especial sensibilidad, no ha conseguido liberarse de una mirada lobuna que mora en su interior desde su infancia y que no deja de conmovérla y, a la vez, de llenarla

de una pasión que no ha sentido nunca por nada ni por nadie. Y esa suerte de visión es la que le impide tener una vida amorosa normal.

Cada nuevo acercamiento romántico que se le presenta, esos bellos ojos no dejan de invadirla y trasladarla a un espacio atemporal, saturando su corazón de recuerdos de un amor tan profundo y mágico que no hay quien logre ni siquiera igualarlo. Pero también se queda llena de añoranza y sumida en desesperanzados sentimientos de anhelo, pertenencia, cariño y lealtad a los que no puede ponerles un rostro.

Igor Bleid es un hombre oculto aunque presente en la vida de Celeste. Él la protege de un peligro que la joven no vislumbra a pesar de su sensible intuición. Espera impaciente, poniendo freno al deseo y la ardiente pasión que siente por ella, el momento justo para salir de su escondite y abrazarla.

La llegada de una enigmática paciente de Celeste hará que esta se enfrente por fin a sus miedos. Será entonces cuando los acontecimientos se precipitarán y el destino pondrá, por fin, al amor de su vida en su camino.

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Nota editorial

Selecta es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de Argentina, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el *Diccionario de la Real Academia Española* siempre está disponible para consultas.

A los soñadores, y a todas las personas sensibles y generosas que se cruzaron a lo largo del camino de mi vida para iluminarlo y lograr que otras, egoístas y de corazón mezquino, quedaran enterradas en las sombras.

A mi tía Raquel, un hada de ojos azules, con quien compartí un mundo mágico tan solo hasta mis siete años, pero que siempre será parte de mi alma.

A ella, como a todos los buscadores del amor, les deseo que logren llegar a ser los eternos moradores de La colina de las mariposas invisibles.

Ludmila en el bosque del silencio

Ludmila dio el último sorbo a su té de jengibre, apoyó la taza sobre el escritorio y se miró largamente en el espejo mientras se enfundaba el abrigo *bordeaux* que usaba a diario para ir al hospital. También reparó en su trenza rubia despeinada, pero sin ninguna intención de mejorarla.

Salió de su consultorio rumbo a su automóvil, más que deseosa de partir hacia su casa, donde la esperaba Vodka, su flamante mascota desde hacía un mes y a la que había rescatado de la calle una fría noche de lluvia.

Ya con las llaves del automóvil en la mano, hizo un gesto de saludo a la enfermera Carla que le sonreía de lejos. Con la otra mano, sacó de su bolsillo un hueso de juguete que alzó para mostrárselo, sonriente, y, forzando la voz para que resultara audible para Carla, exclamó feliz:

—¡Para Vodka...! —Volvió a saludar a la enfermera, quien, ante tal devoción por una mascota, no pudo evitar acompañar su sonrisa con un meneo de cabeza. Acto seguido, Ludmila se dirigió con pasos apurados hacia su automóvil.

Pero al llegar a la portezuela, sin ninguna razón, posó su mirada en uno de los *pabellones del fondo*, como solían llamar a aquellos en donde alojaban a los pacientes más peligrosos y a los que ya nadie visitaba.

Si bien no era la médica tratante de ese sector, dado que ella era psicoanalista y no psiquiatra, y jamás se cansaba de aclararlo, de vez en cuando inspeccionaba *motu proprio* ese pabellón para cerciorarse de que todo estuviera relativamente bien.

Aquella tarde, ella no tenía planeado hacerlo, no obstante,, ya estaba encaminándose hacia allí.

Estaba anocheciendo y, por eso, le pareció raro que aún no estuviese encendida la luz tenue que solían dejar hasta el alba.

La puerta estaba entornada y, a diferencia de otras veces, en esa ocasión, sin siquiera asomarse para ver el interior, entró, decidida, a esa sala oscura y por demás húmeda.

A pesar de que todo estaba en penumbras, y las camas apenas podían ser percibidas como meras sombras, le llamó la atención una luz de linterna y el destello de un brillo metálico que provenía de uno de los rincones.

Se acercó confiada. A medida que la distancia se acortaba, comenzó a divisar dos siluetas vestidas de blanco que estaban de espaldas y que no tardaron en girar sus cabezas al unísono al percibir su inesperada presencia.

En un primer momento, las confundió con dos médicos.

«¿Quiénes son...?», se preguntó. Pero al quedar sus rostros enfrentados, en segundos, y en medio de una conmoción, reconoció la identidad de los dos rostros a media luz.

Ya muy alterada, avanzó un paso hacia ambas figuras, pero al intentarlo, tropezó con un bulto en el piso... Al bajar la vista, sus ojos se toparon con una bolsa blanca de lona de la que sobresalían mechones de cabello.

Las dos personas de blanco estaban de pie junto a una cama y sostenían por la cabellera a una paciente totalmente dopada, a la que ya le habían cortado varios de sus mechones.

—¿Qué creen que están haciendo aquí...?! —exclamó Ludmila, emitiendo un chillido que sonó parecido a un alarido de terror. Su exasperación le impedía percatarse de la situación y no fue capaz de medir las consecuencias.

Al instante de haber emitido su pregunta, captó la escena completamente...

—¿Están robando el cabello de esta pobre gente?! —gimió con lo que le quedaba de voz.

Las dos figuras ni se inmutaron ni le respondieron. Solo se miraron entre sí, como celebrando un acuerdo tácito.

Una de ellas se deslizó, como si flotara sobre el piso, y se colocó a la derecha de Ludmila. La otra, con una expresión hierática, comenzó a acercarse con esa tijera brillante, y sus ojos de tiburón dominaban todo su rostro.

En ese instante, Ludmila sintió un golpe seco en su espalda, algo similar a una puñalada, que la hizo inclinarse hacia delante, como si fuera a vomitar, y al incorporarse, ya casi sin poder respirar, lo último que vio fueron esos ojos asesinos y el fulgor del metal.

Después de experimentar un gran dolor en su frente, comenzó a sentir que un líquido le recorría el rostro y le impedía abrir los ojos... Ni siquiera pudo darse cuenta de que eso era sangre... y, en contados segundos, comenzó a desfallecer.

No obstante, sentía voces lejanas, como si estuviera despertando de la anestesia después de una cirugía. Casi no recordaba lo que había sucedido..., pero tuvo la sensación de haber sido trasladada a

algún lugar.

Extraño..., ya por último, solo escuchaba silencio... Y aunque sumida en un profundo sopor, alcanzó a percibir un tenue aroma a *eucaliptus* que la hizo soñarse de nuevo en los días soleados de su infancia.

De pronto, ya no sintió el aroma a *eucaliptus*... Pero el silencio, en cambio, se tornó eterno.

Capítulo I

Dos años más tarde

Esa, en particular, era una de las tardes más gélidas de aquel invierno. Para colmo, tiznada por una neblina espesa que había logrado pegarse al paisaje, tiñéndolo todo de gris y silencio.

Sin embargo, no era la única razón por la que Celeste debía juntar fuerzas para bajar de su automóvil. Claro que no... Solo bastaba con mirar a través de aquel gran pórtico carcomido por la herrumbre para ver a través de las rejas ese parque que, a pesar de ostentar árboles añejos y plantas de las más diversas especies, lejos de invitar a dar un paseo por él, expelía al visitante y lo incitaba a escapar.

Celeste no concebía cómo era posible que la vegetación pudiera capturar la energía de un lugar, haciéndola aflorar, valiera la redundancia, tan fidedignamente.

«Allá vamos...», dijo Celeste para sí. Resignada y sabiéndose sin otra opción, se calzó los guantes, tomó su bolso y bajó con la misma parsimonia con la que iría un prisionero a reunirse con su verdugo. Y no estaba exagerando. Ese sitio le hacía mal...

También su profesión ya la estaba angustiando; no le era difícil reconocer que no era de gran utilidad haciendo lo que hacía. Y no tanto debido a alguna falencia de su parte, pero sí por la burocracia y la rigidez ortodoxa a la que debía subordinarse.

Cada vez se arrepentía más y más de no haber sido capaz, en su

momento, de vencer los prejuicios y, a la vez, sus propios fantasmas.

Influencias de toda índole, pero prioritariamente familiares, no habían hecho más que atizar sus propias inseguridades y temores: su terror a la locura, su miedo a su propia naturaleza y a enfatizar lo que en ella reconocía como su peor enemigo: sus dotes clarisensitivas.

Para entonces, ya tenía muy claro que su elección por la carrera de psicología había apuntado a liberarla de todas esas trabas invisibles y, a la vez, despojarla de esa incesante dicotomía, esa desesperanzadora sensación de litigio entre lo real y lo etéreo. Entre lo sano y lo patológico.

Tal vez, por esa razón, y, ciertamente, más por curiosidad que por vocación, había estudiado mucho y se había sacrificado otro tanto para lograr tener un lugar en el ámbito médico psicoanalítico, además de contar en su haber con varios trabajos publicados.

A pesar de eso, tenía que trabajar interminables horas para mantener un nivel de vida decoroso para ella y para la persona más importante en su vida, Martina, su adorada hija de catorce años.

Como madre soltera, y sin otros parientes a quienes recurrir más que su propia madre, Celeste sentía un peso enorme, una gran responsabilidad y, lo peor de todo, una gran culpa. Culpa que, según sus propias palabras, vivía somatizando y reconvirtiéndola en tos nerviosa y laringitis recurrentes.

En realidad, ella sabía que no era culpable de nada, que hacía más de lo que podía por darle a Martina todo el amor, la educación y los valores imprescindibles. Pero Martina añoraba a su padre y no dejaba de imaginarlo e idealizarlo.

Pobre Martina... Pero ni siquiera ella misma había tenido el tiempo suficiente para conocerlo del todo. Y no había sido por propia

elección... «Contame cómo se conocieron...» o «Contame, otra vez, cuando viajaron a Uruguay...». Martina le hacía relatar una y mil veces la misma historia. Y ella se la volvía a narrar una y mil veces más.

—Buenos días, doctora Duncan, cómo está usted hoy. —Apenas hubo cruzado el pórtico y no habiendo dado más de tres pasos, fue abordada, como a diario, por el *ejecutivo*.

Él, cada mañana, se interesaba por su estado de ánimo, pero indagaba sin usar nunca tono de pregunta.

Celeste lo miró resignada; le había indicado primero, y rogado después, y no una, sino infinidad de veces, que no la llamara «doctora»; ella era psicóloga, no médica. Algunos pacientes la decían «Licenciada Duncan».

—Bien... bien, gracias... ¿Y usted? Ah, le traje alfajores... —le dijo Celeste, a modo de comentario, mientras hurgaba en su bolso.

—Gracias, doctora... porque desde que están reestructurando la empresa... —acotó el ejecutivo, meneando la cabeza en un evidente signo de reprobación.

Celeste le sonrió y se adelantó para llegar más o menos puntual a la oficina del director del Hospital Psiquiátrico Municipal.

Atrás quedó el ejecutivo, como él mismo se autoproclamaba. Aunque no era un paciente suyo, Celeste sabía por sus colegas que padecía de delirio, y no había sido necesario que se lo informaran...

Ella sentía especial consideración por ese paciente, y también curiosidad. Más allá de su patología, había algo en ese hombre que ella todavía no había sido capaz de descifrar.

El ejecutivo la seguía mientras la iba poniendo al tanto de las

novedades.

—Doctora, no sabe... Tomaron una nueva empleada...

Obviamente, se trataba de una nueva paciente.

—Pobrecita...

El ejecutivo hizo girar su dedo índice sobre su sien, haciéndole entender a Celeste que la nueva empleada no parecía muy cuerda.

—Se cree un hada... Realmente, parece un hada... Pero venirse vestida así a una empresa... Va a durar poco... Va a ver.

El ejecutivo solía ser hipercrítico con todo y todos, pero tenía un agudo sentido del humor y gran habilidad en el empleo del sarcasmo. En más de una ocasión, Celeste había tenido que esforzarse por contener la risa ante alguna de sus sagaces ocurrencias.

A ella le resultaba casi inconcebible que los breves encuentros cotidianos con ese personaje constituyeran su dosis diaria de alegría dentro de ese sórdido ámbito.

Celeste nunca había olvidado su primer encuentro con él, pero debía admitir que con ella era muy solícito y extrañamente protector... Y siempre le aconsejaba con su voz grave: «Doctora..., no se vaya tarde...»... «Doctora, se ve cansada»... «Doctora..., nunca vaya sola a las *oficinas* de atrás»... Se refería a los pabellones donde estaban alojados los pacientes desahuciados que jamás recibían visitas.

Y él siempre estaba por ahí... siguiendo a la *doctora*, con su mirada desde cualquier punto lejano, con su figura longilínea y su porte desgarbado, con sus gafas de sol que ocultaban sus ojos por completo y que no se las quitaba ni en los días de lluvia, además de

su gorro de lana que ya parecía pegado a su cabeza.

Ella ignoraba si debajo de ese gorro horrible tendría o no cabello, pero también reparaba en sus rasgos, en su quijada cubierta por una barba de pocos días y que, a pesar del descuido y la ropa poco sentadora, se podía deducir que ese hombre, sin esa patología, podría haber resultado apuesto y misterioso. Eso la apenaba mucho y le generaba un sentimiento piadoso hacia él.

Capítulo II

Al llegar al pabellón de Dirección, Celeste comenzó a subir las escaleras como hacía siempre en ese lugar, de prisa y casi sin respirar... El olor a humedad que sudaban las paredes descascaradas se intensificaba con el frío que producían las correntadas de aire que se filtraban por algún que otro vidrio roto.

Como era su costumbre, golpeó la puerta antes de abrirla. Primero, asomó su cara decorada con una sonrisa forzada, y luego, hizo entrar a su cuerpo.

—Buen día —la Licenciada Duncan saludó esforzándose por parecer del mejor humor posible.

—Buen día... —Ignacio Lynch respondió a su saludo con tono amable y le indicó que se sentara, pero sin apartar la vista del informe que parecía tenerlo tan absorto... Aunque, amén de su concentración, era su modo de tratar a una flamante integrante del equipo. En especial, a una que se mostraba renuente a sucumbir a sus encantos.

Ya hacía tres meses que trabajaban juntos, pero Celeste no deponía su actitud. No, no lo había hecho ni lo haría. Ella insistía en hacerse la distraída y evadía una por una todas sus indirectas, y sus sonrisas seductoras en particular. Sonrisas que solo en su mente masculina poseían ese valor agregado.

Sin apartar la vista del informe, Ignacio inquirió:

—¿Cómo pasaste el fin de semana...?

Esa era otra de las cosas que ella ya no soportaba.

Sabía perfectamente que podía enfrentarlo, pero también era consciente de las influencias con las que él contaba y de las que ella carecía. Además, el manejo que él tenía del reglamento y cómo, ante cualquier torpeza de su parte, él lo usaría en su contra. Y ella realmente necesitaba ese trabajo. Ese sueldo representaba la mayor parte de sus ingresos.

—Bien, bien... ¿Y vos? —respondió Celeste con la misma indiferencia. No obstante, una parte de ella se permitía reconocer que Ignacio era un hombre muy apuesto. Alto, de cabello castaño, ojos de un celeste intenso, pero con mirada de financista.

Mientras esperaba una respuesta, ella se deleitaba con sus rasgos juveniles, aunque, al mismo tiempo, lamentaba que no estuvieran en consonancia con su personalidad estructurada, producto de una educación conservadora y una crianza dentro de círculos donde se podía ser aceptado o no, dependiendo de la cercanía o lejanía con algún origen patricio.

Eso era la otra parte de él que Celeste rechazaba. Lo sentía banal, arcaico... Incluso, entre sus amigas más íntimas, lo había apodado el Virrey. Aunque extremadamente inteligente y culto, ineludiblemente superficial y arrogante...

Ignacio parecía tratar con la superficie de las cosas, alejadísimo de la esencia; él solo percibía lo que veía; se quedaba con las formas sin llegar al fondo, y no era capaz de reconocer el potencial de alguien más allá de sus circunstancias.

—Servite café. Esta cafetera nueva prepara un expreso increíble.

Ella accedió, ya que, para evitar llegar tarde, casi ni había

desayunado. Además, al entrar a la oficina de Ignacio, se había sentido inmersa en un paradisíaco cafetal.

Él no tomaba el café del Hospital, y el suyo lo preparaba con agua mineral. Mientras su taza se llenaba, Celeste enumeraba mentalmente sus diferencias con Ignacio. Ella se consideraba lo opuesto a él, ella sí era experta en abstraer a la gente de su entorno o circunstancias.

Ya desde chica, se divertía imaginando a una reina en un autobús, usando ropa corriente, o deducía cómo habría sido la vida o la personalidad de cualquier indigente que veía al pasar si hubiera tenido otra suerte, educación y oportunidades. Sabía que para Ignacio ese ejercicio era inconcebible. Incluso absurdo.

Con su taza de café, se dirigió al escritorio de su jefe, pero antes de sentarse frente a él, echó una mirada distante a los variados marcos de fotografías que pululaban en la oficina del director. Y ese, precisamente, era el otro detalle que exasperaba aún más a Celeste: su ostentación de feliz hombre de familia. «Dime de qué alardeas y te diré de qué careces...», pensaba ella.

Dado que, a juzgar por sus infidelidades continuas, resultaba evidente que era muy poco honesto y poco confiable, por lo que su espíritu moraba muy lejos de la imagen feliz que alardeaban los numerosos portarretratos con fotos familiares diseminados por todo su despacho.

Celeste sentía un rechazo visceral, que no se esforzaba en disimular, por los hombres infieles compulsivos. Ella solía afirmar, en tono de broma, pero muy en serio, ya que, según Freud, «El chiste no existe», que había dos grupos de individuos que ella no toleraría en su vida: el primer grupo, terroristas; el segundo, hombres casados.

Tal vez, por su espíritu romántico, idealista, ser «la otra», o la antagonista a la sombra, resultaba algo en absoluto contrario a su naturaleza. Ella, o tenía el protagónico, o nada... «Si no es amor..., que no sea nada...» parecía ser su lema.

—Y... ¿cómo está el café, *Celestine*...? —Antes de que ella le respondiera, él comenzó a comentarle—: Tenés una nueva paciente, un nuevo diagnóstico diferencial... Podría ser brote psicótico, delirio místico... Toda tuya. Yo la vi de lejos...

—El hada... —se aventuró a decir Celeste.

—Sí, se cree un hada o algo así. ¿Ya la viste?

—No. Ahora la veo. Después te paso el informe. —Al terminar la frase, con naturalidad y como al pasar, *Celestine*, como él la llamaba, tomó el portarretrato sobre el escritorio de Ignacio.

—¡Qué lindos tus chiquitos...! No llegan a los siete años... Son divinos... Uno más tierno que el otro... Vos sí que tenés para entretenerte los fines de semana... Entre tus niños y tu esposa... no creo que tengas tiempo de sentirte tan aburrido y solo como te quejaste el otro día...

Y con la misma suavidad, volvió a apoyarlo sobre el escritorio, le sonrió a Ignacio y se esfumó antes de que él pudiera pronunciar una palabra.

Mientras se alejaba de la oficina, Celeste se justificó diciendo para sí: «Claro que sí, era necesario ponerle un freno definitivo, y él tiene que entender cuál es el obstáculo... Basta. Que se ubique... ¿Quién se cree que es»...

Ella era consciente de que Ignacio aceptaría mejor su rechazo como consecuencia de su estado civil, que un rechazo por no sentirse ella atraída por él.

De todos modos, como él era vanidoso en extremo, Celeste tenía la certeza de que él pensaría: «Pobre chica, está muerta conmigo, pero no es del tipo que sale con hombres casados... Seguro que se duerme pensando en mí...».

Celeste meneó la cabeza, resignada. Pero ya no le importaba. De ahora en más, ella sólo se concentraría en el hada.

Capítulo III

Más apaciguada después de su sutil desahogo con Ignacio, Celeste llegó a la planta baja y se sentó en uno de los banquitos de madera. Comenzó a leer con atención el informe que detallaba el día y hora del ingreso, los datos completos de la paciente y el estado y motivo por el cual se había requerido su internación

Constató que, al momento del ingreso, debido a su estado, la médica psiquiatra le había suministrado un antipsicótico y, dado que había tenido una evolución positiva, después de varios días, concluyó que era una paciente apta para una psicoterapia cognitiva conductual. Y esa, precisamente, era la tarea de la licenciada Duncan.

Ella, además, era psicoanalista y, haciendo eco de su espíritu dinámico, munido de una gran intuición, hacía confluir ambas corrientes para dar un toque heterodoxo a sus sesiones terapéuticas, que resultaban eficaces de verdad.

Jamás, ni siquiera en sus momentos de mayor relajamiento, dejaba entrever en sus informes su peculiar método terapéutico y, mucho menos, sus capacidades extrasensoriales. No obstante, estas la asistían aun sin que Celeste lo quisiese reconocer.

Carla, una de las enfermeras a cargo de ese pabellón, se acercó a la licenciada Duncan para informarle que en su consultorio la esperaba una señora para hablar con ella acerca de la paciente.

Celeste confiaba mucho en esa enfermera y le impresionaba el

hecho de que, tal como ella misma le había declarado, había sido una de las últimas personas en ver con vida a su predecesora.

—Gracias, Carla. Por favor, dígame que enseguida estaré con ella.
—Celeste quería saber más de la paciente antes de hablar con esa persona que, de hecho, parecía ser un familiar cercano.

De acuerdo a lo que la ficha clínica reflejaba, la paciente había atentado contra su vida. Asimismo, pudo corroborar que era de ascendencia alemana y, por su domicilio, le fue fácil situar la zona de residencia y su entorno habitual. Pero no como un dato banal, y muy lejos de los prejuicios, solamente para conocer mejor su historia. Jamás para juzgar, valorar o desvalorizar... Ella sabía mejor que nadie que no había que mimetizarse con las circunstancias.

Su nombre era Uma Engel, soltera, tenía 36 años, no se le conocía una profesión estable y, hasta el momento del episodio suicida, vivía con una tía de la que poco se sabía, llamada Emma Richter.

«Uma Engel...», se dijo Celeste para sí, y enseguida reparó en que el apellido del hada significaba *ángel* en alemán. «Vaya ironía para alguien con delirio místico...», dedujo un tanto jocosa.

Celeste tenía dos características de las que no se podía desprender, eran inherentes a su personalidad. Una, ser tortuosamente cerebral, objetiva, una maldición para alguien tan intuitiva y con dotes paranormales... Vivía en una lucha constante. Y la otra, su hábito irrefrenable de analizar y conocer el origen y etimología de los apellidos y vincularlos con sus portadores. Lo hacía como un juego.

Al entrar a su oficina, vio a la señora Richter sentada frente a su escritorio. Notó que estaba tensa y su trasero, apoyado apenas en el borde de la silla, inequívoca señal de que quería irse de ahí cuanto

antes, a la vez que sujetaba con fuerza la manija de su cartera, como si temiera que se le escapara.

«Qué extraño», pensó Celeste, «no tiene aspecto de alemana...».

Cuando la mujer se percató de su presencia, se puso de pie y se mostró muy respetuosa. Celeste sintió pena al verla tan conmovida y hecha un manojo de nervios.

—Señora Richter, disculpe que la haya hecho esperar —se disculpó Celeste mientras la miraba a los ojos y le tendía su mano con suma calidez. Si había algo que la apenaba más que sus pacientes, eran sus familiares compungidos, aterrados e impotentes.

—Doctora —comenzó a decir la mujer. Y antes de que Celeste le aclarara que ella era psicóloga y no médica, la mujer se le adelantó y le informó—: Yo no soy Emma Richter. Soy Elvira Crespo, la vecina de Uma y de su tía Emma.

Ese dato pasmó a Celeste, que no entendía cómo estaba ahí la vecina y no la propia tía.

—Ah, entiendo. —Celeste no disimuló su sorpresa y le lanzó una mirada inquisitiva que demandaba toda la información posible.

Elvira Crespo la comprendió al instante y, sujetándose más de la cartera, como si fuese su único sostén a punto de ser arrastrada por un tsunami, intentó responder, pero antes, se ahogó en un llanto que no pudo reprimir y que se notaba que la había tomado desprevenida.

—Disculpe, doctora...

Esa vez, Celeste se le adelantó y, con una sonrisa solo de cortesía, la puso al tanto de su función:

—Licenciada Duncan. Soy psicoanalista, no médica psiquiatra.

La mujer la miró sin entender en qué radicaba la diferencia y, sonándose la nariz con un pañuelo que Celeste notó que era de tela, obvió la aclaración y, entre gemidos, le preguntó:

—¿Acá puedo ser totalmente sincera con usted? Yo no quiero perjudicar a nadie, y menos a Umita... —Al terminar la frase, volvió a caer en un sollozo nervioso.

Celeste le sirvió un vaso de agua mineral que siempre había en su consultorio. En vez de sentarse del otro lado de su escritorio, acercó su silla a la de la señora Elvira y le comunicó en tono tranquilo y contenedor:

—Señora Elvira, todo lo que me diga me ayuda, y no solo a mí, también a Uma —aclaró Celeste al tiempo que le resultaba bastante gracioso referirse con tanta familiaridad a alguien a quien ni siquiera había visto. Pero ella había querido ponerse en sintonía con la vecina de su paciente.

—Estoy aquí para ayudar a sanar, no para perjudicar. Créame. — Celeste clavó sus verdes iris en los ojos apagados de la señora Elvira, y esta quedó convencida de su buena intención. Además, era evidente que necesitaba hacer catarsis. Había algo que le quemaba en la garganta, y tenía que escupirlo.

Celeste la ayudó:

—¿Cuánto hace que conoce a Uma?

La señora Elvira meneó la cabeza y su expresión se tornó soñadora, seguramente, al recordar épocas más felices.

—Antes de que ella naciera... —dijo con una sonrisa emocionada. Miró el cielo raso como evocando el pasado y agregó—: Yo era vecina de los padres de Uma, Kurt y Astrid... Gente muy buena, muy decente. —Volvió a sacudir la cabeza, esta vez, con más ímpetu. Se

percató de que Celeste iba a preguntarle algo y, para no perder el impulso que la estaba acometiendo, se apresuró y siguió con el relato —: Emma, la tía de Uma... —al pronunciar la palabra «tía», hizo un gesto desdeñoso y aclaró—: En realidad, no es la tía... Ella era la mejor *amiga* de Astrid. —El mismo gesto acompañó el «amiga».

Celeste la dejaba *explayarse*. A su debido momento, ella diferenciaría la realidad psíquica de la fáctica dentro del relato. Por esa razón, trató de hacerse invisible para que la señora Elvira continuara con su soliloquio.

—Astrid, la madre de Uma, y Emma eran amigas de la infancia, y ambas conocieron a Kurt, el padre de Uma, en una fiesta. Las dos, al unísono, se deslumbraron con ese joven guapo que parecía un príncipe. —De pronto, la señora Elvira pareció recordar la presencia de Celeste, la miró decidida y, a modo de confidencia, agregó—: Pero él sólo había tenido ojos para una de las dos, que no resultó ser Emma... Y aunque Emma nunca lo evidenció, el odio y la envidia hacia Astrid fueron creciendo en su interior, deseándole la misma infelicidad que ella sentía.

—Elvira... ¿La puedo llamar «Elvira»? —indagó Celeste usando el mismo tono confidencial de la mujer. El título de «señora Elvira» le estaba resultando muy largo y ponía distancia entre ambas.

—Sí, claro —respondió Elvira sin inmutarse y, a la vez, halagada con el pedido.

—¿Cómo es que esa amiga llegó a ser la *tía Emma*?

—Bueno, esa es la parte triste... —Elvira inspiró con esfuerzo y continuó con esa parte no tan grata del relato—: Cuando Uma era adolescente, sus padres murieron en un accidente camino a Córdoba. Lo terrible fue que, antes de la partida, ellos y Uma habían discutido

por algo sin importancia, tal vez, alguna prohibición durante su ausencia; Kurt era un tanto rígido...

»Uma les dijo que ya no los soportaba y que no quería verlos más... Esas cosas que se dicen en momentos de cólera. Uma era una chica especial... —Al instante de decir eso, la vecina se arrepintió.

—Especial... ¿En qué sentido, Elvira? —inquirió Celeste, ya previendo que no tendría ninguna respuesta.

—Prefiero que eso lo juzgue usted, licenciada... —Fue la lacónica respuesta de Elvira.

Al percatarse de que ella se estaba cerrando, la licenciada Duncan, como si nada y en tono afable, le pidió:

—Llámeme Celeste. —Y le sonrió.

La mujer volvió a distenderse y prosiguió con su relato, el que para Celeste no era otra cosa que un desahogo de Elvira.

—Me estaba diciendo cómo es que Emma llegó a... —Ansiosa como estaba, Elvira no le dio tiempo a terminar la pregunta.

—Sí, sí..., claro. Al no tener más parientes en Argentina, Emma solicitó la tutoría de Uma, se mudó a la casa que había sido de Kurt y Astrid, y ahí todo cambió para mal —musitó Elvira, y había usado un tono tan bajo en la última frase que Celeste, más que escucharlo, lo adivinó.

—¿Qué pasó después, por qué dice que todo empeoró? Obvio, más allá del dolor y la pérdida.

Elvira la miró decidida y, sin dudarle, le esputó:

—Porque esta mujer odiaba a Uma... La veía a Astrid en ella... y se encargó de despojarla de sus virtudes, trató de que Uma no tuviera

conciencia de ellas... No sé... Como que quería disfrazarla de otra, de alguien fea, mala, que no merecía que nada bueno le llegara... O que, de llegarle, no le durara.

—Pero cómo... ¿cómo lo hacía? —preguntó Celeste fingiendo ingenuidad.

—No sé, de distintas maneras. ¿Cómo explicarle? Por ejemplo, una de las cosas que me exasperaba cada vez que la escuchaba era que, cuando quería criticar a la pobre Umita, en vez de decirle «No me parece bien» o «No me gusta tal cosa», no, ella directamente hablaba por el mundo entero...: «Lo que la gente odia de vos...», o «A la gente no le gustás por esto o aquello...», o «A vos quién te va a aguantar» —al decir eso, Elvira observó a Celeste con complicidad y, con una mirada que denotaba orgullo, le dijo—: Para mí... que proyectaba sus defectos en Uma... —Con esa última acotación, la licenciada, ya entonces Celeste para ella, la consideraría, también, una entendida en la materia.

Celeste sonrió con ternura y asintió con un movimiento afirmativo de cabeza.

—¿Y cómo fue la vida de Uma? —insistió .

—La vida de Uma... —repitió Elvira—. No sé... Qué sé yo... Estudió, no salía mucho, se veía todos los defectos del mundo: por ejemplo, se sentía fea o que no encajaba. Yo trataba de darle ánimo cada vez que me la cruzaba en el barrio de casas bajas donde vivimos o, cuando ella venía a mi casa, yo me desvivía por hacerla sentir bien consigo misma. Le insistía en que saliera con amigas, que tuviera algún chico, pero ella se obstinaba en afirmar que su amor... — Llegado a ese punto, Elvira volvió a frenarse. Miró seriamente, no sin angustia y preocupación, a Celeste y concluyó—: Aquí empieza lo suyo, Celeste, yo, en eso, no me meto...

Celeste comprendió que, por más que insistiera, Elvira no ahondaría en ciertas características de Uma.

—La entiendo... —agregó Celeste con una sonrisa como para dejarle bien claro que ella no le insistiría.

—Elvira, ¿y qué fue lo que pasó?, ¿por qué ella trató de suicidarse?

Elvira cerró los ojos para evitar ver la escena que ya estaba recorriendo su mente. Levantó las cejas y, resoplando con un gesto de resignación, accedió a relatar lo que tanto la había impresionado.

—Pobre Uma... Por primera vez en su vida, tenía un novio... Él era unos diez años menor que ella. Llevaban más de un año juntos y, debido a la diferencia de edad, él empezó a cuestionar el vínculo, a estar en crisis, que sí, que no... Ya sabe cómo son esas cosas.

»Uma se desilusionó y cortó con él. Estaba muy triste y, aunque no lo decía, yo sabía que ella lo seguía esperando, como si estuviera segura de que él volvería... Y no se equivocó...

»El día anterior a ese hecho tan horrible, él había ido a verla para reconciliarse, pero Uma, aunque muy enamorada, un poco por orgullo herido, otro por miedo, lo rechazó, le dijo que ya no le importaba y que no quería volver a verlo... Parecido a lo que le había dicho a sus padres el día del accidente.

Durante unos instantes, Elvira visitó el pasado y su mirada reflejó el dolor que le había provocado esa situación. Era evidente que ella no había sido solo una vecina para los padres de Uma, se notaba que era una amiga querida y cercana a la familia. Pero, desde que Emma Richter se había convertido en ama y señora del lugar, su estatus había cambiado. Para entonces, era solo una vecina que temía la ira y la violencia verbal de Emma Richter.

Elvira volvió al presente y relató los hechos con la mayor precisión

posible.

—Sin embargo... —empezó—, al día siguiente, Uma me comentó que había decidido enfrentar sus prejuicios, incluso sus miedos... por la diferencia de edad, ¿vio? Y que estaba dispuesta a regresar con él, principalmente, porque sentía que no podía vivir sin su *ewige Liebe*... Su *amor eterno*, como ella misma lo había apodado.

»Confieso que yo la animé a que lo llamara, aprovechando el momento en que Emma estaba fuera de casa haciendo las compras.

»Recuerdo que Uma sostenía el teléfono en la mano, a punto de llamarlo, cuando su tía llegó e irrumpió con la noticia del accidente del novio de Uma, y se la dio así no más... Pero lo peor..., ¿usted cree que se lo dijo con tristeza? No. Se lo dijo como reprochándole, como si ella tuviera la culpa... Y le juro, Celeste, le juro que vi regocijo en esa mirada malvada.

»La señora Elvira estaba en la casa de sus vecinas cuando la *tía Emma*, como la llamaba desde bebé, le comunicó a Uma la mala nueva, sin preámbulos, solo le hizo saber que acababa de enterarse, por unos vecinos, que *su amor eterno*, que vivía a pocas cuadras de la casa de Uma, había sido arrollado por un automóvil esa misma mañana y había muerto de camino al hospital.

»Y lo peor fue que —continuó la vecina—, al segundo siguiente de haberle dado la noticia, agregó sin necesidad: «No hay caso, querida. A vos, la gente que te quiere no te dura».

Al decir eso, Elvira volvió a cerrar los ojos y apretó los labios, arrepentida de haber pronunciado esa frase cargada de maldad, como si no se hubiera tratado de una mera repetición.

Celeste pudo sentir el dolor agudo en el pecho de Elvira y no quiso imaginar el dolor en el corazón de su paciente. Enseguida, le

sirvió otro vaso con agua a Elvira. Esta lo bebió casi de un sorbo y negó con la cabeza ante el ofrecimiento de Celeste de prepararle un té.

Mientras ella tomaba el agua, Celeste la observaba y vio sus manos ajadas de mujer trabajadora, su cartera gastada, su ropa de varias temporadas pasadas, y sintió más pena y culpa de hacerla pasar por todo eso.

Ella ya quería liberar a Elvira de esa tortura, al mismo tiempo que no era difícil deducir que, ese día aciago, esa frase cargada de veneno, en ese contexto y, quizá, por el paralelismo entre la pelea con sus padres y su posterior muerte, y la pelea con su novio, seguida de su muerte, era de suponer que habría sido el motivo que había desencadenado el brote psicótico.

Eso era todo lo que se sabía de esa persona que, por algún motivo, todos llamaban «el hada».

—Elvira... —empezó a decir Celeste con suavidad, en un tono dulce y contenedor. Ella deseaba, más que nada, tranquilizar a esa pobre y buena mujer que no solo había acompañado a Uma en la ambulancia rumbo al hospital primero, y luego, cuando fue derivada al Hospital Municipal.

Jamás había dejado de visitarla, incluso a sabiendas de que estaba alojada en el pabellón donde iban los suicidas y psicóticos sin recursos, ya que los otros, los adinerados, no eran ni suicidas ni psicóticos... eran solo personas estresadas, que pasaban por una crisis, depresión o cualquier patología *light*, muy bien diagnosticadas con eufemismos.

—Elvira, Uma es afortunada, al menos, en algo, que no es poco... En tener una amiga como usted. Yo, en la historia clínica, no quisiera

mencionarla solo como una vecina. Por si hay que tomar alguna decisión... Si a usted le parece..., aunque no sé...

Elvira meneó la cabeza y declaró en tono angustiado:

—Tengo mil problemas, apremios económicos... Ahora mismo me tomo un *remis* hasta la ruta, y de ahí tengo dos horas de viaje en colectivo...

Celeste entendió que esa mujer no estaba en condiciones de hacerse cargo, y realmente la justificaba. Pero, sin que Celeste lo esperara, Elvira la miró con entereza y la sorprendió cuando, casi con miedo, le susurró:

—Pero, a pesar de todo, jamás le haría esto a Kurt y a Astrid... ni a Umita...

Celeste se sintió más que conmovida y sujetó con fuerza el papel donde Elvira había anotado su teléfono celular. La mujer agregó emocionada:

—Yo quiero ayudar a Uma... Y hasta yo le tengo miedo a esa Emma. Pero no va poder destruirla del todo. Cuente conmigo.

Celeste se emocionó y, aunque no era muy profesional de su parte, abrazó a Elvira.

Que sus métodos no eran muy ortodoxos ya no era un secreto para nadie.

—Elvira, usted ahora se va para su casa. Por hoy, me restan solo dos horas de trabajo. Si me espera, la puedo alcanzar en mi automóvil —le propuso Celeste, teniendo en cuenta el largo trayecto que la esperaba en un medio de transporte público.

—Le agradezco, pero se me va a hacer muy tarde... Gracias, Celeste. Me voy triste pero tranquila. Veo que Uma está en buenas

manos. —Y sin decir más, se despidieron.

Celeste se preparó un té caliente. Lo tomaría antes de encontrarse con Uma, a quien ni siquiera imaginaba físicamente.

Segundos previos a que el agua empezara a hervir, Celeste colocó una cucharada repleta de hebras de té de jengibre y, después de colarlo, le agregó bastante miel. Ya le estaba empezando a doler la garganta.

Mientras tomaba el té, se distrajo pensando en su hija y en su mundo, pero, a pesar del intento, enseguida concluyó lo inevitable: si, en ese momento, ya le dolía un poco la garganta, no quería imaginar cómo se sentiría después de su encuentro con su nueva paciente. Ella, para bien o para mal, gracias a sus dones o por culpa de estos, sentía, empatizaba y somatizaba como pocos personas en el mundo.

Capítulo IV

— Ahí está —le dijo Carla señalando a una figura sentada en la penumbra.

Celeste inhaló profundamente y, con extremo sigilo, se dirigió a conocer a Uma Engel. Ella no sabía con quien se encontraría...

Pero tampoco siquiera intuyó que, a partir de ese día, tanto ella como su vida se transformarían para siempre.

La licenciada Duncan se encaminó hacia su paciente y, tal como era su hábito, se fue acercando calma, controlada y, sobre todo, dejando sus emociones y sentimientos suspendidos. Ella contaba con una herramienta que sus colegas desconocían y, de saberlo, habrían descalificado.

Además, tenía entrenamiento en vencer el obstáculo que solía representar el prejuicio, eso que, en sus primeros textos de estudio, había conocido como *Obstáculo epistemológico*... Sonrió ante el recuerdo de sus inicios en el aprendizaje de escudriñar las mentes y las almas de los otros. Un área de estudio que ella consideraba que aún estaba en pañales.

Mientras se iba acercando, comenzó a divisar la silueta de su nueva paciente. Lo primero que le impactó fue percatarse, a simple vista, el modo en que desentonaba en aquel entorno, y comprendió a la perfección la razón de su apodo. Al estar más próxima, pudo observar el semblante estático e inexpresivo de Uma Engel.

Era como un cuerpo deshabitado.

Celeste no esperaba a alguien con ese aspecto, incluso representaba menos edad de la que declaraba la ficha médica. Le llamó la atención su cabello larguísimo y lacio, de un rubio natural, dorado y clarísimo, casi platinado.

Sobre su cabeza, se había colocado una corona hecha de hojas secas y otras verdes. Aunque estaba sentada, se podía apreciar que era altísima y esbelta.

Uma, muy tensa, giró lentamente su cabeza para ver quién se estaba acercando... Pero, al ver a Celeste, su bellissimo rostro, acerado y pálido, pareció iluminarse al mismo tiempo que sus ojos casi transparentes, de un celeste turquesa clarísimo, cobraban un brillo que delataba lucidez... Su reacción era comparable a la de alguien que ve llegar a una persona querida, a quien no veía desde hacía mucho tiempo.

A Celeste le pareció extraño que su rostro le fuera familiar, y percibió que esa familiaridad era recíproca. Eso justificaría la reacción placentera de Uma al encontrarse con su mirada. Asimismo, había quedado impresionada con el color de sus ojos, que, hasta ese momento, ella había creído inexistente o mero producto del *photoshop*.

—Buenos días, Uma —saludó Celeste en un tono amable, pero que no dejaba de ser neutro.

—Hola... —Fue la lacónica respuesta de Uma, emitida con una voz grave, profunda, casi un suspiro... Mientras saludaba, le lanzó una mirada que invadió por completo a su terapeuta.

Era una mirada lánguida, íntima, que se posaba en los ojos de quien la recibía y que provocó que Celeste se sintiera invadida y

despojada. La misma mirada que nos echa un animal y nos desnuda el alma. Una mirada sin ningún tipo de disimulo.

Celeste se quedó callada mientras la observaba y pudo sentir con claridad que ella también estaba siendo *sentida*. Gracias a su don, pudo detectar, en escasos segundos, que estaba frente a un caso difícil.

Más que difícil. El peor de todos...

Pero no se quiso apresurar. ¿Cómo lo manejaría? ¿Qué volcaría en el informe? Acaso, ¿no temía y se arriesgaba a terminar ella misma como paciente?

Uma no dejaba de observarla fijamente y en silencio.

Celeste estaba acostumbrada a las miradas despojadas de consciencia, esas que venían desde lo más íntimo y salían al exterior sin artilugios ni maquillajes. Después de un incómodo silencio, Uma se decidió a hablar:

—Te esperaba... Me alegra que, por fin, hayas llegado —comenzó a decir con su forma de hablar pausada e inconfundiblemente sombría, como quien está comunicando una mala noticia. Asimismo, tuteó a Celeste sin ningún atisbo de dudas ni pedido de permiso.

Celeste accedió adaptarse al encuadre en el que la paciente se sintiera más confiada, y esa falta de reacción de su parte se debía, más que nada, a que se sentía abrumada por la sorpresa.

—Iba a llegar de todos modos... porque es mi horario —argumentó Celeste como para darle un tono mundano y coloquial a un diálogo que comenzaba a tornarse místico. Ella no debía permitirlo y trató de dominar la situación. Pero Uma le volvió a clavar los ojos en una clara demanda de sinceridad.

—No te esfuerces en fingir conmigo... —sugirió Uma en un tono decidido—. Hoy tu rol es de psicóloga, y yo... disfrazada de paciente psicótica... Pero vos sabés bien quién soy... Tal vez, lo que no recuerdes con claridad es quién sos vos...

—No sé... ¿Quién crees que soy?

Uma captó el manejo de Celeste, pero lo obvió por completo y le respondió con autenticidad:

—Lo recordás a medias... Igual que yo, tenés un nombre, una vida... La mayoría no saben de dónde vienen, pero nosotras sí... Yo, por tener mejor memoria que vos, y ya nada que perder, estoy aquí como paciente.

Celeste percibió una sombra de desesperanza y resignación en la mirada incolora de Uma.

—Por haber querido volver a mi mundo, me castigaron encerrándome aquí.

En eso, Celeste coincidía con Uma.

La licenciada Duncan se dejó llevar por su intuición. Paralizó su mente y comenzó a empatizar, a sentirla, en lugar de analizarla.

Sintió lo que ella experimentaba, sus temores, su dolor. A medida que ella iba captando lo que Uma sentía, la paciente también se fue relajando, empezó a abrirse, a dulcificarse..., pero sin despojarse jamás de su aura sombría y solemne.

A Celeste también le resultaba extraño que, a pesar de ser mayor que Uma, la percibía con más edad a ella. No por el aspecto físico, sino por la energía que emanaba. La cubría un halo de sapiencia.

Celeste vio con tristeza cómo, aunque sin brotar, se escondían muchas lágrimas en los ojos de Uma. Lágrimas que no se veían por

ser casi del mismo color de sus ojos.

—Sé que sos mi amiga... Lo fuimos desde siempre. Venimos del mismo lugar... Y yo te voy a ayudar a que te vuelvas a encontrar... — le declaró Uma a Celeste. Y lo hizo en un tono casi compasivo.

Si bien Celeste reconocía el delirio de Uma, una parte de ella, la que más temía de sí misma, comenzaba a vibrar en esa misma frecuencia. Muy a su pesar, Celeste admitió que había cierta verdad en lo que su paciente decía.

También ella sentía una conexión con ese extraño ser, y tuvo que asumir que, de haber sido otras las circunstancias, bien podrían haber sido amigas. Era obvio que Uma también captaba el potencial, la energía, más que las circunstancias.

A Celeste se le vino a la mente el ejemplo de soldados de bandos enemigos que, al enfrentarse, se perciben como los amigos que podrían haber sido en épocas de paz.

—Uma, podés confiar en mí, créeme que lograremos lo mejor para vos —fue lo único que atinó a decir Celeste en medio de su conmoción.

Apenas Celeste hubo terminado de hablar, Uma le dejó saber que no tenía ninguna duda al respecto y que confiaba plenamente en ella.

—Si estás aquí..., es porque confío en vos... Ya no tengo dudas de que sos quien esperaba que fueras... —explicó Uma en un tono monocorde.

Esa tarde, como todas las tardes al caer el sol, Celeste cruzó el fantasmagórico jardín del hospital para llegar hasta su automóvil. Al llegar, y como siempre solía hacer, casi a modo de ritual, retiró las hojas secas del parabrisas.

Lo hacía con un gesto tan cariñoso que se veía más como una caricia a modo de ruego para que arrancara el motor que como un simple acto de limpieza.

Para llegar a su casa, en el barrio de Palermo, ella debía, primero, tomar por una ruta bastante desolada y bordeada por bosques de *eucaliptus* que desembocaba en la autopista principal a Buenos Aires, Capital.

Más de una vez, Celeste había detenido la marcha del automóvil y había bajado la ventanilla para aspirar el olor de los *eucaliptus* que no dejaban de remontarla a su infancia.

Pero, aunque le encantaba ese ritual, lo hacía en contados segundos, ya que era *vox populi* la peligrosidad de ese paraje. Sobre todo, por encontrarse en las inmediaciones del hospital psiquiátrico que se ubicaba en los alrededores de Buenos Aires, en una zona bastante desolada, y sin omitir que hacía tan solo dos años, ahí mismo, habían asesinado a su predecesora, una psicóloga cuyo cuerpo había sido encontrado en esos bosques, al costado de la ruta.

A pesar de que todo indicaba que había sido un paciente a quien habían hallado vagando por el bosque con sangre y una tijera en su mano, habían quedado cabos sueltos y el crimen nunca había sido esclarecido del todo.

Capítulo V

Como todas las noches, Celeste abrió la puerta de su amplio departamento y lo primero que vio fue la mochila de Martina tirada en el piso. Y no necesitó de su don para saber que la tarea del colegio tampoco estaba hecha.

Enseguida, su vista se topó con esos horribles mechones multicolores que sobresalían por sobre el respaldo del sofá, un cambio de *look* tan reciente como repentino. Un *look* onda animé... o algo así le había explicado Martina.

A juzgar por el rebote de su pie, ella seguía frenéticamente el ritmo de la música.

«Ni siquiera escuchó la puerta...», rezongó Celeste. «Podría haber sido un ladrón... y no habría tenido ningún drama en conocer y recorrer el resto de la casa tranquilamente. Hasta con tiempo de tomarse un café».

—Hola... ¡Llegué! —exclamó en voz alta, pero, como de costumbre, Martina seguía absorta y separada del mundo circundante con la ayuda de sus auriculares.

Cuando alzó la vista y vio a su madre, apenas le hizo un ademán de saludo levantando displicentemente su mano derecha. Celeste recordó con angustia que, hasta el año anterior, era una fiesta cada vez que ella llegaba a casa.

¿Qué había cambiado durante ese año? Amén de ese mechón

violeta y turquesa que arruinaba su cabellera color miel y que Celeste sabía que, cuanto más le disgustara a ella, más tiempo duraría... Pero, más allá del colorinche de su mechón, su hija del alma estaba apática y distante.

Con desgano y sin prisa, Martina retiró sus auriculares y le devolvió con uno solo los mil besos que su madre le estaba dando con toda la ternura del universo.

—¡Cuánto te extrañé, mi muñeca preciosa!

—Qué exagerada. Me viste esta mañana —reaccionó Martina, dándose aires de *celebrity* y meneando la cabeza casi con indignación.

—¿Cómo te fue en el colegio, alguna novedad? —preguntó Celeste, pero no por curiosidad, sino con el único anhelo de continuar la charla con su hija.

—No, nada. Todo igual —dicho eso, Martina tomó su mochila y se encaminó hacia su cuarto.

Celeste se quedó estática mirando cómo su hija se alejaba y, a la vez, trató de recordar si en su propia adolescencia ella había actuado de ese modo. Y empezó a hacer memoria... Había tenido sus épocas, pero con su madre era diferente. Había otro motivo.

Mientras se dirigía a la cocina, Celeste rememoró la relación con su mamá. Ellas estaban separadas y, casi siempre, enfrentadas por sus diversas maneras de encarar la vida.

A Celeste le dolía la negación de su progenitora respecto a su inusual forma de percibir. Desestimaba una por una sus premoniciones, aunque se cumplieran todas y cada una de ellas. Su madre, indefectiblemente, lo atribuía siempre a la casualidad, sin dejar de recomendarle, sin excepción, que no se lo comentara a nadie.

Celeste había tenido que enfrentarse a sus miedos en absoluta soledad y a lo que ella quería ver como *sus fantasías patológicas*. Siempre había sido así. Hasta que tuvo lugar aquel episodio... Claro que lo recordaba...

Evocó aquella tarde de lluvia, ella en su casa, encerrada en su cuarto, y, de pronto, sin motivo aparente, sintió cómo *se iba*, literalmente, de su cuerpo. Revivió cómo podía verse a sí misma a una distancia muy corta y desde distintos ángulos.

Había creído que estaba muriendo... Sentía terror como nunca antes en su vida, porque jamás le había sucedido algo así. Ni siquiera parecido.

Cuando volvió a su estado natural, no vio, pero sintió, a los pies de su cama, una presencia amorosa que la hizo temblar y llorar... Podía intuir, aunque no lo viera, que se trataba de alguien que estaba en otro plano, que ella percibió luminoso y en un estadio superior, y pudo escuchar dentro de su cabeza, sin ninguna duda, que ese alguien le comunicaba que no estaba sola, que él la amaba y la esperaba.

También rememoró que, a los pocos días de esa experiencia, al salir de su trabajo, sin explicación alguna, se había encontrado en la calle caminando en dirección contraria a su lugar de destino.

Había sentido como el recuerdo de una amiga, a la que no veía hacía años, la invadía contra su voluntad. Era tan intensa la sensación de presencia que, más que un recuerdo, parecía una posesión. Hasta pudo reconocer en sí misma los gestos y ademanes característicos de esa chica que hacía tanto que no veía y a la que jamás recordaba.

Se había asustado, se sentía como poseída por esa persona y pensó: «No puede ser... Qué raro... Me siento como si fuera

Mariana..., como si estuviera poseída por su espíritu...». Estaba asombrada, pero, más que nada, muy asustada.

Esa amiga tenía una hermana y, en ese instante, dentro de la cabeza de Celeste, resonó la voz de su amiga que, en aquel entonces, le comunicaba que su hermana había muerto unos pocos días atrás.

Ante ese pensamiento que había cruzado de manera repentina y fugaz por su mente, Celeste había sentido un escalofrío. Pero un escalofrío todavía mayor había recorrido todo su cuerpo cuando, solo dos segundos más tarde, escuchó que alguien, a pocos metros de distancia, gritaba su nombre y corría para alcanzarla.

Ella recordó que, aquel día, no necesitó girar su cabeza para saber que era Mariana que, después de saludarla, le estaba comunicando la triste noticia que Celeste ya conocía.

Pero en esos episodios no terminaba su tortura. También le había sucedido con su primer amor...

Él había venido de otro país, y ella jamás había escuchado hablar de él. Pero el primer sábado de carnaval, mientras Celeste tomaba sol en el jardín de la casa de su abuela, vio un avión cruzando el cielo y, de la nada, ella escuchó dentro de su mente decir para sí: «En ese avión, llega mi futuro amor... y tiene algo que ver con la leucemia...».

Jamás nada, pero nada, le había parecido más estúpido e incoherente que ese episodio, pero solo hasta un año más tarde... hasta el día en el que conoció a Sebastián.

Él le había comentado que vivía en Bilbao con su hermano Javier y su abuela, pero que, a raíz de la muerte de su hermano a causa de leucemia, él había ido a Argentina a reunirse con el resto de su familia.

Celeste no quería saberlo, pero seis meses después de haberlo

conocido, y ya enamorados, Sebastián le había comentado: «¿Sabes?, llegué aquí el primer sábado de carnaval...». Entonces Celeste, aceptando los hechos, agregó en tono de pregunta: «¿Sí...? Llegaste alrededor de las cinco de la tarde, ¿verdad?»

«Sí, ¿cómo lo sabes? ¿Era el único horario de vuelos?», había preguntado, ingenuamente, Sebastián.

No. No había sido el único horario de vuelos... En esa época, había varios horarios de llegada. Pero Celeste no sintió deseos de aclararlo. Solo mintió, asintiendo con la cabeza.

Junto a esas experiencias, ella también padecía continuas premoniciones, visiones, intuiciones, señales, presagios. Sabía lo que le dirían, sabía lo que le sucedería.

Pero todas sus premoniciones tenían siempre constatación empírica. Había un correlato objetivo, sucedían también en el mundo real, a la vista de todos... No solo en su imaginación. Simplemente, que ella lo sabía antes. Aunque no pudiera precisar «qué» o «por qué», sabía cuándo algo bueno o malo le sucedería.

Mientras tomaba un vaso de agua en la cocina, Celeste recordó que, en medio de su desesperación, había tenido mucha suerte cuando pudo dar con el doctor Mennard, un psiquiatra renombrado, y con justa razón.

Él la había escuchado durante varias sesiones. En la primera, Celeste le había dicho: «Doctor, tengo miedo de ser esquizofrénica... o psicótica... o lo que sea...».

Él había sonreído con dulzura.

—Mira, Celeste... —él hablaba pausado y con mucha calma, usaba el tuteo en vez del típico voseo porteño, porque era uruguayo—, quédate tranquila, che..., ya con esta duda demuestras que estás consciente de la

realidad espacio temporal, eso no le pasa a los psicóticos... Tú tienes el privilegio de ser muy, muy neurótica... Pero solo eso, una neurótica normal. —Y agregó—: Pero, de todos modos, vamos a hacerte una batería de exámenes y un electroencefalograma... No hay nada malo, pero quiero ver algo. Pero, insisto, lo hago de maniático, y lo que sospecho, quédate tranquila, ni es malo ni peligroso... Solo molesto. —Y le guiñó un ojo.

Después de una semana que a Celeste le había resultado interminable, llegó el día de la devolución. Estaba expectante y aterrada, dado que ella estaba convencida de que, de ahí, la llevarían en ambulancia y quedaría internada en algún psiquiátrico.

—Celeste, linda, lo que suponía... —Mennard le sonrió y le tomó ambas manos mientras la invitaba a sentarse en uno de sus mullidos sofás color beige—. Tú habrás escuchado hablar de la clarividencia, ¿verdad? —le preguntó sin dejar de sonreír. Celeste asintió con la cabeza.

—Bueno, querida... Ese no es tu caso...

Celeste se alarmó. Temía escuchar: «Tu caso es locura galopante...». Pero no, el doctor Mennard siguió explicándole:

—¿Tú sabes que hay setenta manifestaciones diferentes de mediumnidad?

Sin fuerzas para responder, Celeste volvió a usar un movimiento de cabeza, esa vez, para negar. Mennard prosiguió sin prestarle atención:

—Están los clarividentes, los clarisensitivos... —al decir eso, la señaló—, los clariconscientes. —Volvió a apuntarle con el dedo índice y le explicó—: Esos que, de repente, saben algo o tienen una información y no saben de dónde diablos la sacaron... Pero no es algo que se les ocurre y ya está, no, señor. Después, comprueban que era verdad, que no era una fantasía, ni un invento, ni están del tomate.

A Celeste la tranquilizaba el modo en el que naturalizaba su condición.

E incluso lo tomaba con humor. Mientras que a su madre le asustaba y la tornaba agresiva. Ese doctor sí que sabía cómo contenerla.

—Además, están los que tienen la habilidad de la psicografía, entran en trance y escriben mensajes o revelaciones. Te puedo mencionar también la incorporación, la sanación...

Celeste lo había mirado en medio de su conmoción. ¿Ella era todo eso?

—Te aclaro, Celeste — continuó el doctor Mennard—, habrá épocas en que esta capacidad se exacerbará... y otras, que parecerá que ha disminuido, o directamente, desaparecerá.

Todo eso Celeste ya lo había experimentado.

Todavía apoyada sobre la puerta de la cocina, Celeste recordó que, en otra sesión, le había confesado sus dudas respecto a la elección de su futura carrera.

—Doctor, me gustaría estudiar psicología y metafísica, pero creo que no es ético de mi parte... —opinó Celeste, pero, más que nada, para sondear el pensamiento de Mennard.

—Serás excelente —concluyó Mennard—, pero no temas. Tampoco vivas sintiéndote un ser alado. Cuando eso aparezca, déjalo, tómalo como una ayuda o una información... Pero te pido un favor, querida, no empieces a vestirme con túnicas raras ni te vuelvas una mística viviendo en otros mundos. —Se ríó y agregó—: Te guste o no, más o menos aburrido, este es el mundo donde está hoy tu cuerpo. Debes tratar de que todo tu ser esté integrado.

Celeste recordó que también le había preguntado por algo que la había aterrado.

—Doctor, una vez, en la casa de mi abuela, me miré en un espejo grande y antiguo, y primero vi mi cara, pero enseguida apareció alguien horrible...

¿Era yo? ¿Eso estaba dentro de mí?

El doctor Mennard llevó su mano a la frente y cerró los ojos.

Por ese simple gesto, Celeste acababa de descubrir la razón por la que ese hombre sabía tanto de ese tema. Más allá de ser psiquiatra, él mismo tenía esas capacidades.

—Celeste, linda. Primero, un espejo antiguo... No habrá sido la primera vez que alguien se mira en él ni vos fuiste la única. Captaste una energía fea de alguien que alguna vez se miró, o viste algo de otro plano. Pero ¿me equivoco, o nunca más te volvió a suceder?

—No. Eso no. Pero sí hay algo recurrente, doctor. Una mirada que recuerdo... La de un lobo... Desde siempre... desde que tenía unos ocho años, pero no puedo recordar nada más.

El doctor Mennard pareció comprender.

—¿Y en qué circunstancias aparece? —indagó con suspicacia.

Celeste nunca se lo había cuestionado, acababa de darse cuenta y, con sorpresa y extrañeza, casi sin pensar, respondió:

—Ahora que lo pienso... cuando estoy frente a un hombre que puede llegar a gustarme. Aparece esa mirada y todos pierden en la comparación, mi interés por ellos se diluye al instante. —Eso último pintó una sombra en el dulce rostro de Celeste.

El doctor Mennard la escuchaba serio, con rostro grave, que era muy distinto a su rostro habitual. Hizo una inspiración profunda y, con calma, le aconsejó:

—No te fuerces. Ya recordarás. La mente se abre solo cuando está preparada —le dijo eso y, como todo lo que él decía, la tranquilizó—. Por último, no te olvides de algo fundamental... —continuó Mennard—. La constatación empírica. Todo tiene sentido, todo termina coincidiendo con la

realidad. Eso te va a guiar. Y será lo que te mantendrá cuerda a vos, como al resto de la gente.

Convenció a Celeste asegurándole que, contrariamente a lo que ella temía, en su caso, no sería antiético estudiar psicología.

— ¿Preferirías leer el Tarot? —le preguntó él con ironía—. No, Celeste, no temas. Si algo te sobra es ética. En épocas en que tu don aflore, sírvete de su asistencia para ayudar a otros, pero, cuando desaparezca, tendrás tu marco científico y tu conocimiento, que pondrás al servicio de aquellos que más lo necesiten.

«Maravilloso doctor Mennard», musitó, con ternura, Celeste. Ella sabía por otros que su amado terapeuta ya se había jubilado y que vivía en Uruguay, en una casa en la playa.

Sonrió ante la visión de él caminando descalzo por la orilla del mar... Y no supo el motivo, pero lo vio junto a un perro lanudo, tipo pastor inglés. Sintió y tuvo la certeza de que él estaba bien, y muy feliz.

Después de semejante evocación, Celeste volvió a su realidad y a su presente, que la situaron en la cocina de su casa, más precisamente, frente al refrigerador, que se veía tan vacío y en blanco como su propia mente.

Desde ahí, y alzando la voz, le preguntó a Martina si no tenía ganas de comer pizza. Y ella, desde el cuarto, gritó que sí, visiblemente de acuerdo.

Celeste ordenó una por teléfono, al *Delivery* de siempre.

Cuando llegó la comida, ambas estaban de buen humor y se la devoraron porque estaba exquisita, y ellas, famélicas. Hasta rieron viendo televisión y, luego, Celeste fue a su cuarto. Cayó rendida en su cama y se durmió.

Capítulo VI

Al día siguiente era viernes, y una Chantal exultante llamó por teléfono a una extenuada Celeste.

—¿Cómo que no podés? ¿Decime qué tenés que hacer, además de aburrirte y envejecer sola, Celeste Duncan?

A pesar de su falta de cortesía, Chantal era la mejor amiga de Celeste, y absolutamente su opuesto. Se habían conocido en casa de una vecina de Celeste que había resultado ser la madre de Chantal.

La noche en la que se conocieron, Martina, después de una tarde de frío en el parque, volaba de fiebre. Celeste le pidió a su vecina, la madre de Chantal, si se la podía cuidar mientras ella iba a la farmacia a comprar el antibiótico que el médico le había recetado. Como Chantal estaba con automóvil, y estaba por llover, se ofreció a llevarla. Menos mal... le habían informado erróneamente la farmacia de turno y, apenas salieron de la casa, comenzó a diluviar. A partir de esa noche, ambas fueron amigas inseparables.

Chantal era bastante alta, de cabello oscuro y ondulado que le llegaba a media espalda. Era del tipo esbelto y por demás sensual.

Su cara ovalada contenía de manera proporcionada unos rasgos embellecidos con la ayuda de algún que otro retoque de bisturí, pero de manera armoniosa y muy natural, y sus ojos almendrados de color marrón purísimo estaban enmarcados por larguísimas pestañas y bellamente coronados por un par de cejas perfectas. Era apenas un

par de años más joven que Celeste. Pero ya era viuda.

Había estado infelizmente casada con un acaudalado empresario mucho mayor que ella, llamado Modesto Starosta..., que de modesto había tenido solo el nombre.

Su matrimonio no había sido el mejor, en parte, debido a la personalidad compleja de su marido, pero, principalmente, por las continuas infidelidades de él.

Eso había ratificado la teoría de Celeste de que quien es infiel es infiel... sin importar que sea el miembro más joven o más viejo de una pareja.

Pero Chantal no se había quedado atrás y, en la actualidad, tampoco había perdido ese hábito... Rara vez se comprometía y jamás se enamoraba.

Tampoco salía con los hombres por su dinero, pero siempre por el lucimiento social que dichos vínculos podían representar para ella. Sin embargo, dentro de tanta inestabilidad, había una constante... su estado de enamoramiento o entusiasmo solía durar, indefectiblemente, menos de un bimestre.

Celeste hizo una pausa, miró a su alrededor y, una vez que constató que Martina no estuviera cerca como para escucharla, en tono suave y pausado, le respondió a su amiga:

—Vos no dimensionás mi situación... —comenzó a justificarse Celeste y, bajando al máximo el tono de voz por temor a que Martina pudiera oír, casi en un susurro, agregó—: Yo tengo una hija a la que no veo más que por la noche cuando vuelvo extenuada de ese trabajo que es para mantenernos. ¿Crees que tengo fuerzas?

Chantal no la dejó terminar la frase.

—Está bien.... ¡Ya sé! No tenés personal de servicio todo el día como yo... Dale, decilo... Reprochame... Tenés solo esa señora que viene dos veces por semana a hacer la limpieza de tu casa... ¿Y? ¡No te engañes, Celeste...!

Cuando discutían, Chantal siempre la llamaba Celeste, en reemplazo del cariñoso Cieli, correspondiente a los momentos de armonía.

—No querés encontrar a nadie. En todos estos años de amistad, y van a ser once, solo te conocí un par de parejas que duraban hasta que vos sentías que no era ese ser sobrenatural que habita en tu mente.

Celeste sabía que Chantal había dado en la tecla. Y Chantal continuó:

—No te pido que vayamos a Miami a hacer shopping el fin de semana. No. Solo ir a cenar conmigo y dos hombres guapísimos, de los cuales uno es ideal para vos.

Chantal conocía muchos hombres, en parte, porque era bella y *sexy*, en parte, por su predisposición no *tan selectiva* como la de Celeste. Y, además, por su ocupación. Ella trabajaba para varios medios de comunicación y tenía su propio programa de televisión por cable. Era una mujer de recursos económicos, y de toda índole.

—Está bien..., decime la hora —interrumpió Celeste sin ganas de discutir y decidida a ponerle fin a la insistencia de Chantal, que le resultaba más agotadora que el más conflictivo de sus pacientes.

Esa noche de viernes, Martina fue a dormir a la casa de Mafalda, su compañerita y amiga desde jardín de infantes. Además, estarían otras compañeras del colegio con las que habían organizado un *pijama party*.

Celeste, sola en su departamento, se vistió con más esmero que

de costumbre.

Pero al verse en el espejo, comprendió la mirada de desaprobación que siempre le lanzaba su hija, y le dio la razón:

«Esta ropa es perfecta...», se dijo Celeste mientras se miraba en el espejo, «pero para el hospital, una clase o ir al médico. Incluso para un funeral... No... No puedo lucir menos sensual y más insulsa». Con ganas de desvestirse y lanzar su ropa al piso, miró el reloj... Ya era tarde para probar otra combinación. Además, el timbre ya estaba sonando.

«Y bueno..., lo que vale es la actitud...», intentó autoconvencerse para darse ánimo, pero sabiendo que su disposición, esquiva por naturaleza, no la ayudaría en absoluto.

De todos modos, Rafael, el buenmozo que Chantal le había presentado, quedó encantado con esa mujer de cabello color miel, aspecto naif, con increíbles ojos verdes que tenían algo de celestial y, aludían de alguna manera, a su nombre. Y también reparó en las diminutas y sutiles pecas que coronaban su nariz recta.

Cuando Celeste se levantó para ir al *toilette*, Rafael la miró sin disimulo y la pudo imaginar en un ámbito en el que ella no estuviera tan tapada. Porque, además de culta y sagaz, le pareció muy escondida... y no solo por la ropa.

Desde ya que no era abiertamente *sexy* como Chantal, pero emanaba sensualidad como alguien atractivo disfrazado de no atractivo, alguien que, por alguna razón, necesita pasar desapercibido. «Una especie de *Piel de asno* moderna», pensó para sí, burlonamente, Rafael.

Cuando se despidieron, Celeste rogó que él perdiera el contacto del celular. Por supuesto que le había caído bien, pero no sentía

ninguna necesidad de volver a verlo. Ni siquiera tenía tiempo. Ni fuerzas.

«Claro que sí... Chantal tiene toda la razón del mundo...», se dijo a sí misma mientras abría la puerta de su departamento. «Espero a alguien que no vendrá... No vendrá, porque no existe».

Capítulo VII

Esa mañana, mientras manejaba hacia el hospital, Celeste organizaba mentalmente su semana. Mirando aquel paisaje, se sintió tentada de bajar del automóvil y aspirar el aroma del bosque. No era tan tarde... Al fin, un día que llegaría temprano... Miró por el espejo retrovisor y parecía no haber nadie.

Aunque algo la asustaba, tomó una bolsa, bajó del vehículo y se encaminó hacia la banquina. Toda la superficie estaba repleta de frutos de mirtáceas y algunas piñas. Celeste comenzó a recogerlas, primero tres o cuatro, luego, montones de frutos de *eucaliptus* que ella pondría a baño María para que largaran su fragancia tan eficaz para curar los resfríos.

Estaba absorta en elegir los frutos más grandes cuando un bocinazo la hizo sobresaltar. Al girar su cabeza con temor, descubrió que era nada menos que Ignacio Lynch, su jefe.

—¡Ahora entiendo por qué llegás siempre con los minutos contados! —le gritó Ignacio desde el automóvil, pero sin dejar de sonreír, evidentemente divertido ante esta Celeste agreste—. No te reconocí. Te juro que frené porque creí haberme topado con Caperucita... ¿Ya juntaste...? Vamos, que llegamos tarde.

Ella le sonrió y obedeció sin discutir a su jefe, sintiéndose una colegiala a quien habían pescado *in fraganti*... Ignacio arrancó, y Celeste lo siguió con su automóvil, contenta con sus frutos de *eucaliptus*. Sí, esa era la vida que a ella le habría gustado. Vivir en un

bosque, hacer mermeladas... Ni siquiera temía a los lobos, al contrario, amaba sus aullidos. Eso le trajo un recuerdo poco claro en su memoria. Como un sueño... o algo así. Se estaba esforzando por recordar, cuando la imagen del capó destartado de un automóvil con vidrios polarizados que emergía del bosque hacia la banquina la desconcentró.

«Qué raro... Quizá fuera una pareja que buscaba la soledad del bosque para una escapada furtiva, o quizá, delincuentes...».

No. Nunca más se detendría a juntar piñas. Después de todo, había sido una suerte que apareciera Ignacio. A veces, parecía que algo la protegía... Podría decirse Dios, pero ella, intuitivamente, había desarrollado una fe tendiente al panteísmo. Por eso, amaba los bosques, el mar, los animales y el aullido de los lobos. Todo eso para ella representaba lo noble, el Bien, lo auténtico y perenne.

Ambos automóviles entraron al mismo tiempo, lo que dio que hablar a las enfermeras de turno del día sábado. «Qué increíble coincidencia», pensó Celeste, «realmente parecemos una pareja clandestina. Justo un feriado...».

Pero a Celeste no le importaba para nada su reputación. Al contrario, conocía la mentalidad de la mayoría de las enfermeras. A partir de ese momento, en la creencia de que ella mantenía amoríos secretos con el director, la respetarían más y, sobre todo, cuidarían mejor a sus pacientes.

A Celeste le pareció extraño no ver por ahí al ejecutivo, también era raro que no hubiese ido a su encuentro. Iba a preguntar por él cuando una paciente, más exaltada que de costumbre, y con su cabello cortado al ras, le dijo:

—Cuidado... No vayas por ahí, hoy están los dos fantasmas que

roban pelo...

Celeste no se alarmó por tratarse de una psicótica en grado máximo. Siguió su camino hacia los pabellones de atrás, los que el ejecutivo le recomendaba no visitar sola y donde depositaban como objetos inanimados a los pobres pacientes que jamás recibían visitas y que estaban a la buena de Dios.

En uno de esos pabellones estaba Uma, su tía Emma no había ido ni una vez, solo su vecina Elvira la había visitado un par de veces.

Celeste estaba a unos pocos metros del pabellón de Uma cuando vio que salían de ahí, muy de prisa, mirando en su dirección, dos mujeres que eran personal de aseo, que solían trabajar de a pares. Celeste las había visto en otra ocasión, antes de que ingresara Uma, también un feriado en el que, a causa de uno de sus pacientes, había tenido que asistir al hospital.

Una de ellas, la más baja de estatura, de contextura pequeña y huesuda, tenía el cabello teñido de color zanahoria y una expresión constante de payaso llorón en su cara.

La otra era un tanto siniestra. Alta, corpulenta, con una cara ancha, muy blanca, en la que sobresalían dos ojos negros muy pequeños, pero penetrantes y que no cesaban de reflejar enojo. Usaba su cabello negro tirante hacia atrás, sujeto en un rodete voluminoso que parecía un *muffin* sobre el centro de su cabeza y le daba aspecto de luchador de sumo.

Iban con la vista fija en Celeste, al parecer, hablando de ella. Cuando se cruzaron en el camino hacia el pabellón, que era bastante estrecho, al pasar junto a ella, la más baja intentó una sonrisa a modo de saludo.

La otra solo la miró, pero con esa mirada le aseguró que ella no le

caía nada bien. Cuando la tuvo cerca y pudo verle la cara, Celeste sintió temor, se sintió en peligro. Al mismo tiempo, tuvo que correrse de un salto para dejarla pasar porque notó que ella no tenía intenciones de esquivarla.

Celeste se quedó como clavada en el piso, sin poder reaccionar, y solo pudo mirarla con reprobación y reproche, pero se sintió incapaz de emitir palabra alguna. Aunque no sabía qué, algo la había frenado.

Así y todo, la siniestra cargó sus ojos con más odio, como quien carga de municiones un arma con el fin de matar.

Celeste se alejó con una sensación indefinida, pero muy parecida al pánico y, al mismo tiempo, con toda la intención de comentárselo a Ignacio.

Pero esa sensación se diluyó apenas entró al pabellón. Enseguida la invadió una oleada de tristeza, desamparo, impotencia... Por otra parte, le pareció raro que casi todas las pacientes durmieran, a pesar de que apenas habían pasado las tres de la tarde. Los días de semana, en los que ella estaba mañana y tarde en el hospital, las pacientes no dormían en horario de siesta.

En ese momento de soledad, las pudo observar a todas y a cada una. Esa visión le partía el corazón... Mujeres de edades variadas, pero todas arruinadas, depauperadas, la mayoría con sus cabellos cortados al ras, con piezas dentales faltantes... y todas, sin excepción, con una expresión en sus caras como quien está viviendo una tortura. Y sus ojos, las mismas ventanas del infierno.

Todas. Menos el hada... claro. Tal vez porque hacía muy poco que había ingresado ahí.

Celeste no quería que Uma terminara así. Ella no tenía los medios

ni el poder para salvar a todas, pero, al menos, a ella sí.

La observó mientras Uma dormía. Le causó pena ver sus manos ajadas por el frío y la falta de cuidado. Su dorado y clarísimo cabello lucía más opaco que en los primeros días de internación y yacía esparcido sobre la almohada, enmarcando un rostro que era tan bello como el de un hada.

Celeste decidió que le haría llegar algunos productos a Uma — crema humectante, champú, nueces, miel— y lo haría pasar como que lo proveía el hospital.

Mientras estaba enumerando mentalmente los artículos que incluiría en su futura compra, Uma abrió los ojos y se encontraron con la mirada clara y dulce de Celeste.. Le sonrió sin sorpresa, como si hubiera sabido que ella iría.

—Hola, Uma, ¿cómo estás hoy? —Celeste le comentó que, a pesar de ser feriado, el doctor Lynch le había pedido que fuera a verla.

—¿Por qué?, ¿pasó algo? —preguntó Uma con tono distraído, casi burlona, porque sabía el verdadero motivo.

—No... Pero me comentaron las enfermeras que tuviste un episodio..., que pediste con urgencia papel para escribir.

Uma, con una expresión distendida, le preguntó:

—¿Te dijeron también que estaba en trance mientras escribía?

Celeste no le respondió.

Uma, entrecerrando los ojos, agregó:

—No lo encuentran porque lo guardé para vos... Y sé que no será incluido en tu informe.

—¿Por qué crees que no lo voy a incluir en mi informe?

Uma la miró con una mirada extenuada y le respondió en un tono sórdido, pero con una expresión de agotamiento, como quien tiene que explicar lo obvio.

—Porque querés ayudarme...

Aunque a la licenciada Duncan no se le movió un músculo de la cara, Uma comprendió que su terapeuta se había dado cuenta de que había leído su mente. No había dudas, Celeste era *Ella*.

Este último comentario desalentó a Celeste. Era evidente que Uma no tenía intenciones de abandonar su fantasía ni estaba mejorando.

Pero también, más que deprimirse, se alarmó ante la conclusión de que, en su clara intención profesional de ayudarla, y consciente de la predisposición de la psiquiatra a suministrar antipsicóticos a mansalva, ella había estado pensando en esperar un tiempo antes de volcar todo en el informe. Y era precisamente esa reflexión la que había tenido en su mente justo un segundo antes de que Uma lo expresara en palabras.

Celeste había tenido la absoluta sensación de que el hada había leído su mente. Desechó de inmediato eso que supuso una fantasía y prefirió optar por la terapia más ortodoxa, la más alejada del pensamiento mágico. Entonces empezó abordando el tema familiar.

—Uma, ¿por qué crees que Emma, y no *tu tía* Emma, no ha venido a visitarte ni una vez?

Uma la miró con indiferencia, como si no le importara. Como si en su mente Ema no existiera.

La finalidad de Celeste distaba mucho del sadismo, y ya estaban muy cerca de que Uma asumiera que Emma la odiaba a través del odio que había sentido por Astrid, su madre. Eso la ayudaría a

apuntalar su autoestima y a empezar a recibir los dardos venenosos como de quien venían, y a devolverlos sin culpa.

Celeste también deseaba que Uma restableciera el vínculo y el cariño con sus padres muertos. Eso le daría una sensación de pertenencia y apoyo afectivo en lo espiritual. Cuanto mejor y más a salvo se sintiera, y cuanto más afecto tuviera, aunque fuera en el recuerdo, más fuerte se sentiría para abandonar su dimensión mágica.

Pero se sorprendió al escuchar su respuesta.

—Mis padres están en el mundo de luz que les corresponde. Ema, en el suyo, y yo... yo soy la que está en camino. Veremos...

—¿Qué es estar en camino? —preguntó Celeste, sintiéndose alarmada ante un próximo intento de Uma de lastimarse.

Uma la miró y, por primera vez, le sonrió. Celeste pudo ver, también por primera vez, sus dientes muy pequeños y muy blancos.

—No te preocupes, no me refiero a lo que estás pensando... —Y antes de que Celeste pudiera retrucarle y mentirle que ella no estaba pensando nada, Uma le confesó—: Les deseo lo mejor... Pero venimos de distintos mundos. Yo no tengo familia aquí.

—¿Tenés parientes en otro país...!? —preguntó Celeste en medio de una exclamación de sorpresa y preocupación por la que parecía ser una omisión de Elvira.

Uma volvió a sonreír y meneó la cabeza.

—No. No me refiero a otro país... No. Me refiero a mi verdadero hogar.

Celeste mantuvo su mirada invitándola a que se explayara.

—Ya te vas a enterar... cuando leas mi historia.

«La psicografía», pensó Celeste.

—Sí, la psicografía —le respondió Uma.

Ya había anochecido y la escarcha crujía bajo la suela de sus botas mientras Celeste se encaminaba hacia el pórtico de hierro.

Estaba por subir a su automóvil cuando le pareció ver que alguien se acercaba. Una figura alta y majestuosa, envuelta en una capa oscura, se aproximaba con sigilo y, en la oscuridad, pudo reconocer la imagen de Uma.

—Uma..., ¿qué haces aquí? —inquirió Celeste un poco alarmada. No entendía qué sucedía.

Al tenerla cerca, pudo reconocer la capa de paño color verde inglés que Uma había usado en otras ocasiones; la buena de Elvira le traía ropa para que ella se viera como siempre y no se abandonara del todo a su locura. También se sintió muy pequeña al lado del imponente porte de Uma.

—Vine a traerte esto... para que la leas sin culpa. Podés considerarla una psicografía.

En ese momento, Celeste se percató de que Uma había logrado esconder muy bien su psicografía con la intención de que solo ella pudiera leerla. Y le preguntó quién le había dicho que eso podría ser una psicografía.

—Según la psiquiatra, mientras la escribí, estuve en estado de trance.

—¿Ella te lo dijo o vos lo escuchaste? —le preguntó Celeste sin disimular su recelo.

—Conozco mis estados. Sé cuándo estoy en un lugar y no en otro. Esto no es nuevo para mí. No te preocupes por mí. —le dijo sonriéndole con calma. Cualquiera hubiera dicho que eran dos amigas despidiéndose después de tomar el té.

Celeste observó el paquete que le entregaba. Eran varias hojas lisas, escritas con letra clara, y cada una tenía un dibujo que resumía una historia.

Al tomarlo entre sus manos, Celeste sintió como si sostuviera un cuento de hadas. Todas las páginas habían sido prolijamente perforadas en sus márgenes con el objeto de pasar un hilo de seda para encuadernarlas y sujetarlas.

Incluso, en una de las hojas de papel, Uma había pegado una hoja seca; en otra, una flor... Celeste ya reconocía, sin la menor duda, tendencias panteístas también en su nueva amiga hada.

La situación, toda, le evocaba a una druidesa celta en un bosque oculto.

Lo tomó con respeto y con sumo cuidado, como quien recibe una reliquia.

Uma valoró ese gesto y ratificó que no se había equivocado... Celeste era *Ella*.

La licenciada se despidió y vigiló que Uma se adentrara en el parque. Por suerte, en ese momento, justo entraba una enfermera que comenzaba su turno de la noche y aceptó escoltar a Uma hasta su pabellón. Realmente, por su porte y manera de caminar, Uma parecía flotar. Era un hada en un bosque.

Celeste apretó contra su pecho el cuadernillo de Uma, su cuento de hadas.

Temblaba estremecida, en parte, por la magia que circundaba ese caso y que ella se resistía a asumir, y, en parte, por el frío que le calaba hasta los huesos.

Tomó por el camino de los *eucaliptus* que, a pesar de estar iluminado por mil estrellas sobre un cielo límpido de típica noche seca de invierno, en esa ocasión, parecía más solitario y amenazante que de costumbre.

Solo movida por el temor y, muy a su pesar, dada la belleza de la noche, Celeste decidió apretar con fuerza el acelerador para llegar a la autopista lo antes posible.

Apenas habían pasado cinco minutos de su partida del hospital y todavía le restaban unos veinte hasta llegar a la vía rápida iluminada.

Ese camino era como un túnel oscuro que solo reflejaba, de manera tenue, la luz débil de las estrellas y se hacía visible gracias a las luces de su automóvil. Celeste se convenció de que ese lugar *se sentía* muy peligroso.

Conducía relajada y, solo por rutina, miró por el espejo retrovisor, por lo que pudo divisar la luz de una motocicleta que avanzaba en su dirección, a unos cien metros de distancia, pero que, debido a la altísima velocidad, en escasos segundos, se convirtieron en unos pocos metros.

Celeste se asustó y comenzó a temblar, a la vez que los latidos de su corazón se sucedían desordenados y más apurados. Miró hacia la guantera para asegurarse de tener a mano el gas pimienta que siempre llevaba. Lo sacó de ahí y lo colocó sobre el asiento del acompañante.

La moto estaba disminuyendo peligrosamente su velocidad y, gracias a eso, aunque no entendía nada del tema, Celeste pudo ver

que se trataba de una de alta cilindrada y que estaba comandada por lo que aparentaba ser un hombre delgado con traje negro de motociclista y un casco del mismo color. Todo era muy atemorizante.

Cuando la moto se puso a la par de su automóvil, Celeste, aterrada, llegó a la triste conclusión de que el gas pimienta sería inútil por el casco que cubría por completo la cabeza y cara del temible conductor de la moto, que lucía tan oscuro como la noche.

Celeste aceleró y, en ese instante, vio con terror que el mismo automóvil viejo con vidrios polarizados que había visto durante su encuentro con Ignacio; estaba emergiendo del bosque en su dirección, directo hacia su vehículo.

Al mismo tiempo, la moto aceleró y se interpuso entre el automóvil misterioso y el de Celeste.

«Ay, Dios... No, de esta no salgo», murmuró Celeste ahogando el llanto que esperaba un momento más oportuno para explotar.

Ya ella no dudaba de que estaban en complicidad, y estaba decidida a arrollar al motociclista o al automóvil si intentaban detenerla. «Lo más probable es que tengan armas», dedujo Celeste, y aceleró sin importarle contra qué o quién iba a colisionar.

El vehículo quedó atrás y pareció desistir. La moto hizo un inesperado giro en *u* y siguió la misma dirección del coche. En segundos, ambos desaparecieron en medio de esa boca de lobo.

Mientras trataba de ordenar sus pensamientos y recuperar su respiración, Celeste vislumbró con felicidad las luces cada vez más cercanas de la autopista.

Miró de nuevo por el espejo retrovisor. La ruta estaba desolada y se veía como un gran agujero carente de luz, un túnel negro en el que apenas se recortaban sobre el cielo las copas oscuras de los *eucaliptus*

más altos, que se mecían como fantasmas que intentaban atrapar a quienes osaran invadir sus dominios.

En ese instante, agradeció estar a diez metros de la autopista y se juró que jamás, por ninguna razón, volvería a salir de noche del hospital.

Capítulo VIII

Cuando llegó a su casa, todavía nerviosa y angustiada, se encontró con Martina y su amiga Mafalda, quien corrió a saludarla más efusivamente que su propia hija.

—¡Celeste, llegaste! ¡Hola! Mi mamá te manda saludos. Te lo digo antes de que me olvide —aclaró en medio de una risita excitada y pueril.

Mafalda recordaba con cariño los paseos que habían hecho de muy chiquitas con Celeste, los cuentos que ella solía contarles y las innumerables veces que la había salvado de un reto severo de su madre. Siempre decía que la mamá de Martina tenía el don de calmar a la gente.

Mientras preparaba la cena, sin evidenciar su angustia ante su hija, pero sin dejar de pensar en el peligro que había corrido, Celeste dejó la cocina y pasó de prisa frente a la puerta del cuarto de Martina. Como estaba entreabierta, aunque su hija no la vio, Celeste se quedó mirando a *su bebé* en el momento en que ella se probaba, feliz, la camperita de su amiga Mafalda.

—Yo, si me la comprara, lo haría en verde militar. No la compraría *bordeaux* como la tuya —dijo Martina con decisión mientras se miraba en el espejo—. Me encanta, pero no creo que me la pueda comprar... Mi mamá está ahorrando para mi viaje a Disney, para mis quince.

Celeste no sabía que su hija deseaba tanto esa campera, ya ni eso

le comunicaba. Ya no le pedía casi nada. Tampoco había vuelto a hablar de su padre.

Al día siguiente, mientras tomaba su desayuno a las apuradas, Celeste reconoció que esa semana sería muy complicada para ella.

—Martina, ¿quierés visitar a la abuela en Mar del Plata? —Había prometido a su madre que llevaría a Martina para que la visitara, pero no era tan fácil para ella conseguir tiempo para trasladar a su hija hasta Mar del Plata, donde su madre residía desde que había enviudado hacía ya once años.

—Estoy con exámenes, y recordá que tengo muchas inasistencias. ¡Que venga la abuela para acá!

Celeste se haría tiempo porque no solo deseaba ver a su madre, sino que anhelaba que Martina tuviera una abuela presente. En caso de que ella no pudiera viajar, haría que su madre fuese a Buenos Aires.

De todos modos eran *solo* cuatrocientos kilómetros. «Qué largas son las distancias en Argentina», pensó Celeste con enfado.

A su preocupación por el incidente durante su regreso la noche anterior, se sumaban las obligaciones pendientes como, por ejemplo, varios informes que entregar a Ignacio, y ni siquiera había leído la psicografía de Uma. Un poco por falta de tiempo, pero también porque ella deseaba leerla con calma

Y aunque no conocía el contenido, por intuición, sabía que este no dejaría de perturbarla.

Celeste era muy consciente de que en ese caso ella no estaba actuando con profesionalismo, se había involucrado demasiado. Había cierta identificación, no podía definir la transferencia, y ni siquiera el encuadre era propicio.

Y aunque ella detectaba una por una todas las falencias, no quería que Uma dejara de ser su paciente porque, a pesar de las fallas, Celeste tenía una única certeza: ella, y solo ella, era la única que podía salvarla.

El viernes por la noche lo leería, y el domingo, en algún momento, haría la evaluación y el informe.

Pero no ese día. Ese día debía hacer algo más importante...

Aquella tarde, a pesar del cansancio, Celeste no fue directamente a su casa, estaba entusiasmada camino al centro comercial. Entró y pensó cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había tenido tiempo de mirar vidrieras.

Ojeó ese local donde otrora vendían electrodomésticos y que solía tener las vidrieras repletas de televisores funcionando. El mero recuerdo de las imágenes que aquella mañana lejana habían reproducido al unísono esos aparatos en esa misma vidriera le produjo una sensación de vacío en el estómago, por lo que decidió alejar ese recuerdo tan funesto.

Decidida a volver al presente, buscó ese negocio que era para las adolescentes, algo equiparable al Walhalla para los vikingos, y recordó que ese paraíso estaba destinado solo para aquellos que morían en combate. Y, por asociación, también se le vino a la mente la imagen de las valkirias, las diosas guerreras que se diferenciaban de las mortales por sus ojos jamás azules, siempre verdes. Es más, había un poema que hablaba de eso, pero por más que se esforzó, no logró recordarlo.

Una música estridente, que provenía del interior de un local, la hizo volver rauda del paraíso *nórdico* y reconocer que estaba a solo unos pasos del paraíso *Teen*.

—Hola... —Una chica de cabello ensortijado, que no tendría más de diecinueve o veinte años, la saludó como haciéndole un favor y, sin dejar de enroscar en su dedo índice un mechón de su cabello renegrido con reflejos fucsia, le preguntó con desgano—: ¿En qué puedo ayudarla?

Celeste le señaló la camperita con capucha que estaba en la vidriera y, sin contestarle el saludo dado de tan mala gana, le preguntó si la tenía en talle M, color verde militar. Tanta precisión por parte de esa potencial compradora pareció devolverle la fe en su profesión y le preguntó si quería verla.

—No —respondió, lacónica, Celeste—. Quiero llevarla.

La chica cambió su expresión al instante y corrió al depósito a buscarla, no si un «Ya te la traigo» que coronó con una sonrisa de auténtica felicidad.

Celeste suspiró y, finalmente, le sonrió.

Para cuando la chica volvió, Celeste ya tenía en su posesión un par de botitas que le parecían divinas, un *sweater* con capucha color ciruela y una carterita que a ella le pareció sencillamente soñada e ideal para Martina.

La chica la miró sorprendida y le dijo:

—Ahora te digo los precios.

—No, ya los sé... También los llevo. Gracias —le informó una Celeste risueña que estaba disfrutando de antemano la sorpresa y alegría de su adorada Martina.

Estaba por cruzar la puerta del local y no pudo evitar reírse cuando la vendedora, a modo de despedida, antes de que ella cruzara el portal del paraíso, le gritó: «¡Volvé cuando quieras!».

«Qué suerte que me das permiso», pensó para sí Celeste, y no tuvo dudas de que esa vendedora, de haber podido, habría colocado su foto como *La cliente del mes*, ya que no la había hecho trabajar ni se había probado nada, por lo que no tendría que acomodar las prendas después. Incluso, las compró, y ella ni siquiera había tenido que molestarse en ofrecérselas... ¡Esas sí eran clientes que debían regresar!

Cuando Celeste entró a su casa, comprobó que Martina se estaba duchando. Dejó las bolsas sobre la cama de su hija y se fue a la cocina a investigar qué podía preparar para la cena, después de que se diera una ducha.

Mientras estaba hurgando en la heladera, sintió unas exclamaciones de júbilo y, en menos de cuatro segundos, apreció una Martina radiante dentro de una camperita verde militar.

—Ma..., ¡me encanta! ¿Cómo supiste? Y las botitas... ¡eran las que yo quería! ¡Gracias! —Y le dio un fuerte abrazo que duró hasta que decidió enviarle una foto a Mafalda para mostrarle la sorpresa que le había traído su mamá y comentarle que la verde militar era la más linda.

Mientras Celeste preparaba su ducha, la escuchaba a Martina contenta, riendo y charlando con su amiga del alma. Se dio cuenta de que algo, aunque no precisaba bien qué era, tenía que cambiar. En ese momento, su hija estaba feliz. Con qué poquito lo había logrado, y realmente la había sorprendido. Ella estaba tan resignada a la austeridad y el ahorro debido al viaje que ni siquiera le había insinuado que quería esa camperita.

Más allá del colegio, las salidas con amigas, los veraneos en el departamento de la abuela frente al mar y otros días de veraneo con la familia de Mafalda en su casa de la playa, Celeste temía estar

fallando en algo a pesar de todo lo que trataba de darle, ya que realmente no la quería privar de nada. Pero, incluso con todos sus esfuerzos, había algo que tenía mal a su hija.

«¿Qué será?», se cuestionaba Celeste, «quizá no soy su referente ideal. Una madre que no parece feliz, ni que disfruta... Quizá la estoy privando de gozar sin sentir culpa».

No podía darse cuenta, pero rondaba por ahí. Al no poder definir con claridad qué le estaba sucediendo a su relación con su propia hija, recordó el refrán que su abuela, hija de españoles, siempre repetía: «En casa de herrero, cuchillo de palo».

Capítulo IX

Los días se estaban sucediendo sin altibajos ni matices. A tal punto que a Celeste le resultaba difícil distinguirlos unos de otros. Hasta que una noche de jueves sonó el teléfono y Martina atendió. Celeste escuchó.

— ¿De parte de quién? Maa, teléfono.

— ¿Hola?

— *Celeste, ¿cómo estás?*

Era un hecho que Rafael, el apuesto amigo de Chantal, no la había perdido como contacto. Aunque a Celeste le pareció raro que la llamara al teléfono de su casa, cuando ella le había dado el número de su celular. Antes de que ella preguntara, Rafael se disculpó y le dijo que prefería encontrarla tranquila en su casa, y no interrumpirla en el trabajo o en otra actividad. «¿Acaso ahora no estoy ocupada?», pensó una antipática Celeste.

— *¿Te llamo en otro momento?* — se adelantó Rafael como si hubiera podido escuchar sus pensamientos.

— No, no. Está bien... ¿Qué contás de bueno? — preguntó ella, esforzándose por ser amable y, de paso, seguir el consejo de Chantal.

Este hombre no sólo era guapo, bueno, inteligente...

Además, existía.

Mientras hablaba con él, Celeste hacía esfuerzos también por

recordar el nombre del actor con el que le encontraba un enorme parecido físico.

— *¿Qué te parece ir al campo el domingo? ¿Te gustan los caballos?* —le consultó él sin rodeos.

A Celeste le parecía muy lejos, mucho tiempo. Pensó en su resfrío y en los informes que le debía a Ignacio. Y más excusas. Le contó de *su dolencia*, con la certeza de que eso iba a disuadirlo. Pero no.

— *Bien, entonces podemos cenar o ir al teatro, ¿qué te gusta?*

Era evidente que Chantal le había explicado su renuencia a salir de su rutina.

Ella se sentía como una mujer de antaño haciéndose rogar o, peor aún, como la más bloqueada de sus pacientes. Aceptó encantada la salida al teatro y se mostró sorprendida cuando él le dijo que la protagonista de esa obra era nada menos que su propia hermana.

— *¡Gabriel Corrado...! El actor de telenovelas, ¿lo conocés?* — Celeste acababa de acordarse.

— *Sí, ¿por qué?* —preguntó Rafael sin ver la conexión con la charla.

Celeste emitió una carcajada que sonó pueril.

— *Que te parecés a él. Sos su clon... o él el tuyo. Y no te podés quejar, mirá que él es muy buen mozo...* —Con esa adulación, Celeste intentaba compensar su falta de entusiasmo al inicio de la conversación.

Ese sábado, Rafael pasó a buscarla por su casa. En cuanto lo vio, ella se arrepintió de no haberse comprado algo más lindo para esa salida.

Él lucía muy atractivo con su cabello castaño con mechones

aclarados por el sol, quizá de tanto cabalgar. Sus ojos celestes y chispeantes contrastaban en su cara curtida por el viento del campo. Aunque era del tipo *baby face* o *carilindo*, como se solía decir, lucía viril como un héroe romántico. Tenía un porte que lo distinguía del resto, era alto, no exageradamente atlético y jovial.

Celeste notó cómo las mujeres lo miraban sin disimulo. Ella jamás lo habría mirado de ese modo. ¿Acaso no sería muy victoriana y orgullosa, como solía mofarse Chantal?

—Estás muy linda —le susurró él mientras sostenía la puerta del automóvil para que ella entrara.

Durante la obra, él estudiaba las expresiones de Celeste, como queriendo descubrir quién se escondía detrás de esa mujercita. Cuando llegó al final y cayó el telón, no salieron a la calle, se quedaron en el vestíbulo esperando a la hermana de Rafael para saludarla.

Celeste estaba contenta de haber aceptado la salida. «Sí, quizá necesito salir más...», asumió para sí. Conversaban animadamente, y ella reía por sus ocurrencias; él era un tipo con sentido del humor y un toque de frivolidad.

Ella sentía que estaba empezando a disfrutar de la velada en ese mundo real. Asimismo, no dejaba de azorarla la disimilitud entre ese momento y las horas previas en las que había estado en el hospital. El mismo día en dos realidades tan dispares, dos dimensiones inconexas. Aunque esa forma de vivenciar no constituía ninguna novedad para ella. De pronto, Celeste sintió una mirada intensa sobre su perfil derecho. Miró para ver quién la observaba. Cuando giró su cabeza, quedó enfrentada a un par de ojos que le resultaron más que familiares, además de provocarle un temblor que la recorrió de pies a cabeza.

En el preciso instante en el que los capturó, notó que la intensidad de esa mirada le evocaba, precisamente, la de aquella otra que aparecía en su memoria de manera recurrente en forma de recuerdo difuso, tan difuso que no podía precisar si era un recuerdo, un sueño o una fantasía. Esa antigua mirada que la perseguía desde su infancia y que reflejaba algo demasiado profundo, genuino, intenso.

Una mirada que la perforaba y que, sin aviso ni motivo, invadía su mente y que ella no podía ubicar entre sus recuerdos. Nunca lo había logrado, ni siquiera con la ayuda del psicoanálisis.

Celeste no acostumbraba a mantener la mirada a los desconocidos, menos si eran hombres guapos y vanidosos como Ignacio, que se creían irresistibles. Ella era esquiva por naturaleza, pero esa vez no podía liberarse del influjo magnético que ese par de ojos ejercía sobre toda su persona.

Si bien era consciente de que Rafael la estaba observando, ya sintiéndose incómodo y hasta enojado, ella, por más que lo intentaba, no podía desprenderse de esa mirada profunda de lobo triste, de esos ojos grises y alargados, apasionados, penetrantes, sobre esa cara un tanto barbuda, curtida y rústica, con una expresión que hasta podía parecer hosca y algo desencajada, como la de alguien que padece un gran dolor.

Tuvo la misma sensación de familiaridad, de pertenencia, que había tenido durante aquel episodio en el que había sentido una presencia invisible que le llegaba al alma.

—¿Querés que me vaya...? —preguntó Rafael más que indignado.

Muy avergonzada, Celeste lo miró y concluyó que debía inventar, rauda, una *excusa express*.

—Perdoná, no es lo que imaginás. Creí que era un paciente del hospital, uno que debería estar internado. Un psicótico que está muy pero muy mal...

Celeste se escuchó a sí misma dando esa excusa ridícula. Miró de frente a Rafael y, para su tranquilidad, constató que él parecía haberle creído.

—Uh... qué peligro... y, encima, ahora desapareció... —observó, en tono jocosó, Rafael.

Celeste dudó, miró fijamente a Rafael y se tranquilizó al comprobar que él no estaba usando un tono irónico para su comentario. Era claro que la licenciada Duncan había sido convincente. Pero, de todos modos, a ella no dejaba de sonarle a mentira insólita y poco creíble.

Para cuando volvió la mirada hacia *su paciente*, tal como le había anticipado Rafael, este ya había desaparecido. Solo escuchó la voz de su acompañante que, en tono alegre y despreocupado, acotó:

—No parecía peligroso ni desquiciado, así que despreocupate.

Otra vez, Celeste no sabía si le estaba tomando el pelo. Parecía que no, ya que él estaba de excelente humor.

La que no estaba de *excelente humor* era ella. Y, para colmo, tenía que fingir estar divertida y alegre.

«Qué mala suerte... Una vez que me encuentro con esa mirada, tengo que estar acompañada y rodeada de gente», se decía Celeste mientras, en vano y con disimulo, seguía buscando con la mirada a su fauno furtivo. Pero él se había esfumado para siempre.

Para empeorar las cosas, apreció en el vestíbulo la famosa hermana de Rafael.

A él se le iluminaron los ojos ante su aparición y no dejó de halagarla una vez que la tuvo a su lado después de que ella había sorteado a todos sus admiradores.

Celeste fue presentada como Celeste. Sin otra aclaración de referencia. A ella ni le importaba.

Celeste solo quería reencontrarse con ese par de ojos que le evocaban algo tan familiar, podría decirse, un lazo atávico. Pero, para su desgracia, tuvo que simular admiración, y hasta se escuchó a sí misma ponderando a la narcisista hermana de Rafael.

—¡Me fascinó tu papel! ¡Genial! —exclamó Celeste con más efusividad de la que en realidad sentía. Pero lo hizo por hacer sentir bien a Rafael.

—Gracias, pero ¿el papel? —la actriz inquirió casi sarcástica—. Créeme, no es *el papel* —lo pronunció haciendo hincapié en el término usado por Celeste—. Es cómo se siente al personaje, cómo se lo interpreta... cómo se lo elabora. Viene desde adentro hacia afuera. Y si uno tiene las herramientas, y el arte, eso fluye —explicó, sin modestia, Tanya, la célebre hermana de Rafael.

Era linda, sí. Pero narcisista, egocéntrica y muy sobrevalorada. Celeste ya no la soportaba, por lo que decidió dejar todos los halagos en manos del hermano. Pero, para colmo, ella se había autoinvitado a cenar con ellos.

A la mañana siguiente, mientras Celeste intentaba desayunar, una gritona Chantal le expresó por teléfono su parecer a Celeste:

—Pero ¿vos me estás hablando en serio?! ; Te estás escuchando?! Casi quedás muy mal con alguien como Rafael, ¿por una mirada? —Eso último Chantal lo dijo con sorna, dejando de lado el tono de indignación que estaba usando en la conversación. Y agregó ya exasperada—: *Una*

mirada de un tipo que ni viste, que quizá era un camarero.

Ese comentario irritó a Celeste. A veces, veía a su amiga como alguien bastante *snob*.

—Vos porque no viste esos ojos. No. No eran los ojos... era la mirada —se corrigió Celeste. Y enseguida agregó—: Y si era el camarero, ¿qué? Mientras no sea un terrorista o un hombre *casado*. — Celeste recalcó la última palabra con total intención, a modo de indirecta hacia Chantal, que conocía muy bien la opinión de Celeste respecto a sus deslices con hombres casados.

Después de unos cuantos dimes y diretes, la conversación se empantanó y ambas decidieron dejar el diálogo para otro día y proseguir con sus respectivas actividades. Pero no sin sentir, en ambos casos, un resabio de amargura. Cada una por sus propias razones.

Capítulo X

Más allá de todas las cuestiones pendientes, Celeste estaba decidida a comenzar a leer la piscografía de Uma. Sabía que no sería fácil. Comenzó con la primera línea.

Crioseth se había cansado.

Y ya ese nombre la remitió a los cuentos de duendes, a seres de otra dimensión. Y no se equivocaba. Sentía que estaba con todas sus capacidades a flor de piel. Sin embargo, no podía concentrarse, pero por algo ajeno a ella.

«Esos mocosos imbancables[1]. ¡Todas las noches lo mismo: música a todo volumen y, para colmo, ese repiqueteo que marca el ritmo justo sobre mi cabeza!», comenzó a rezongar Celeste, y su rabia iba *in crescendo*, «pobres los padres, pensar que los envían a Buenos Aires a estudiar, y ellos, claro, total, como no trabajan después duermen hasta el mediodía!».

Celeste intentó continuar con su lectura, pero ya su ira la estaba sobrepasando. «¡Qué bronca[2] che! ¡Todas las noches la misma historia! ¡Mañana a primera hora hablo con el administrador!», se prometió Celeste en un intento de tranquilizarse.

Como no podía concentrarse, saltó de la cama y se dirigió a la cocina a hacerse un té con miel. Mientras ponía agua a calentar, olió un fuerte olor a residuos, miró por la puerta del lavadero y, para acrecentar su enojo del todo, comprobó que Martina no había llevado

la bolsa de residuos al incinerador.

«Ni eso... todo lo tengo que hacer yo. Y después quiere traer un perro... ¿Quién lo va a pasear? ¿Yo?».

Celeste se vio en el reflejo de la puerta de vidrio y aceptó que su aspecto concordaba con su estado de ánimo: su cabello despeinado y marcado por el elástico que lo había sujetado durante todo el día en una despeinada cola de caballo, su *jogging* de gimnasio, viejo y gastado, ya devenido en pijama, y para completar el *outfit*, ese sacón de lana que parecía de su bisabuela.

Pero lo más estridente eran sus pantuflas de peluche de un anaranjado intenso con líneas negras, que simulaban garras de un tigre salvaje. Aunque, a decir verdad, tenían un valor afectivo que las tornaba únicas: habían sido el regalo primoroso de Martina para su último cumpleaños.

Todavía recordaba los ojos brillantes y expectantes de su hija mientras ella las sacaba del envoltorio de regalo y cómo se había escuchado a sí misma exclamando que eran geniales y justo lo que más deseaba. A partir de ese momento, Martina controlaba que no se olvidara de usarlas ni una sola noche.

Celeste tomó la bolsa pesada y maloliente y la llevó hasta el incinerador, pero con tanta mala suerte que, por el mismo peso, se rompió y, del agujero que se le hizo en la base, cayó parte del contenido sobre las espectaculares garras de tigre.

Como los restos de comida quedaron diseminados sobre las baldosas, que el encargado se había esmerado en dejar relucientes, ella no tuvo más remedio que juntar la basura con sus propias manos y arrojarla al incinerador. Las mismas manos que, en consecuencia, conservaban el *aroma* de los residuos, al igual que sus pantuflas de

garras.

Apenas había empezado a desahogarse con un «carajo» cuando comprendió que el cosmos estaba conspirando contra ella en un juego burlón consistente en un traspíe seguido del otro, ya que, en ese preciso instante, sus vecinos estudiantes elevaron al máximo posible el volumen de la música, como para que su tortura fuera cabal.

—¡¡¡Ah, no!!! —exclamó Celeste—. Otra que hablar mañana con el administrador. ¡No, me van a escuchar ahora mismo!

Subió las escaleras de servicio sin respirar, como se estaba tornando su costumbre. Les tocaría el timbre y los sorprendería por la entrada de la cocina.

Llegó agitada, maloliente y despeinada. Pudo imaginar su cara de bruja, pero eso la alentó. «Mejor —pensó—, así les doy más miedo». Apoyó su dedo frenéticamente sobre el timbre y pudo sentir regocijo al oír su furia transformada en sonido, tal como Einstein siempre había pregonado. Ellos sentirían su energía transformada en ese estridente timbrazo.

Le pareció extraño que la música se escuchara más lejana, pero dedujo que sería porque el equipo de música no estaba en la cocina, sino en otro ambiente del departamento. Oyó pasos y enseguida se sintió observada a través de la mirilla. Celeste enfocó su mirada amenazante allí mientras su cara de desquiciada gritaba, en modo telepático, «¡Ni se te ocurra no abrirme, mocosos...!».

Se escuchó un ruido metálico de llaves y la puerta se entreabrió. La mujer con pies de garras estaba parada de frente a la puerta, con su zarpa izquierda más adelante, como quien está en la línea de largada de una carrera.

Puso su peor cara de «Buenas noches, soy la vecina de abajo y hace un mes que no me dejan dormir, a ver si bajan la música o mañana mismo hablaré con el administrador».

Por el espacio acotado de la puerta entreabierta se asomó una cara y, para sorpresa de Celeste, no era la de un adolescente actual, sino uno que lo habría sido unos quince o veinte años atrás. Uno que, para entonces, era un hombre guapísimo, con unos increíbles ojos color miel que la miraron burlones al escanearla de garras a cabeza.

Celeste empezó a sentir que un sudor frío, totalmente justificado, recorría su espalda. La imagen que esos iris estaban recibiendo distaba años luz de lo que, por lógica, su dueño buscaría en una mujer, incluso en una vecina.

—Buenas noches... —expresó el hombre, y enseguida Celeste escuchó esas dos palabras. Él lo había dicho en un tono que, más que un saludo, fue una pregunta. Solo había faltado «en qué puedo ayudarla».

Celeste era consciente de su aspecto, actitud y conducta frente a ese bello sujeto. Y pocas veces se odió tanto. Pero, haciendo alarde de su ductilidad, enseguida adoptó una pose aplomada y refinada que no concordaba demasiado con su aspecto y, mucho menos, con su aroma.

—Qué tal. Buenas noches —articuló Celeste con una sonrisa, tratando de mostrar lo único suyo presentable esa noche: sus dientes más o menos blancos—. Disculpá —lo tuteó porque lo vio joven, incluso más que ella, pero no tanto como para no verlo—, no suelo presentarme así en casa de mis vecinos... Fui a tirar la basura, se me rompió la bolsa —eso justificaría su olor hediondo— y justo subiste el volumen de la música... Por eso, solo por el horario, vine a decirte que, por favor, lo bajes. Hace un mes que no puedo dormir bien... y

me levanto muy temprano.

El guapo de ojos dulces sonrió, él sí que tenía dientes espléndidos... Con un gesto amable abrió del todo la puerta e hizo un gentil ademán a modo de invitación.

—Pasá, por favor... —propuso con suavidad y cortesía.

No obstante sus nervios, y muy a su pesar, Celeste fue capaz de notar que él le estaba hablando con el mismo tono calmo que ella usaba para con sus pacientes más violentos... y esa conclusión no le devolvió la mejor imagen de sí misma.

—No, no... No quiero molestar. Solo subí de casualidad a decirte lo de la música, pero no para charlar, y menos molestar... —Después de haber dicho eso, se sintió patética, casi le había pedido perdón por existir. Era él quien la estaba molestando con el volumen de la música.

—No, no te invito a charlar —contestó él sin dejar de sonreír—, quiero que entres solo un metro, o quizá dos... —al decir eso, señaló la pared a su derecha y agregó—: Esta es la columna común a nuestros departamentos. Acercate y escuchá.

Celeste avanzó con sus garras sobre las baldosas de la cocina de su vecino. Él abrió la puerta y se sintió la música.

—¿ Escuchás? ¿Te referís a esta música?

—Sí —afirmó, Celeste.

—Bueno, yo también soy víctima. Los vecinos a los que te referís viven en el piso de arriba, pero se escucha como si fuera acá. — Señaló el *living* y ordenó—: Escuchá...

—Es cierto... —replicó Celeste—. Lo siento, qué vergüenza... Suerte que no estabas durmiendo.

Él sonrió de nuevo.

—Me llamo Emanuelle. Emanuelle Bordier.

—Yo soy Celeste Duncan, tu vecina bruja.

Después de saber su nombre, Celeste solo quería desaparecer y que Emanuelle borrara de su memoria esa Celeste horrible, maloliente y nerviosa. Por eso, con su mejor sonrisa, aunque forzada, le dijo:

—Disculpá la molestia, ahora mismo voy a decirle a los chicos que bajen la música.

Emanuelle la miró y, quizá, por haber deducido que ella no estaba en su mejor momento ni con su mejor imagen o, quizá también, por cortesía caballeresca, le sugirió:

—No, dejá. Andá tranquila a tu casa. Yo ahora mismo me encargo.

Celeste fingió calma y aplomo como venía haciendo desde que él había asomado su cara al abrir la puerta, le sonrió y le dijo «Bueno, gracias». Y empezó a huir. Mientras lo hacía y le decía un apurado «Buenas noches», recordó que la parte posterior de su *jogging* se había estirado y le quedaba grande, lo que la hacía lucir mucho más gorda, con una cola por demás caída que daba efecto pañal de incontinencia. Para colmo, con sus pies metidos en esas garras, su manera de caminar no resultaba la más subyugante, a menos que su nuevo vecino adorara los pingüinos. La luz del pasillo se apagó. Celeste respiró aliviada. Pero enseguida se encendió de nuevo. Emanuelle, como buen vecino, la miraba desde su puerta mientras mantenía la luz encendida a la espera de que ella desapareciera por el hueco de la escalera. Recién entonces se metió en su departamento y cerró la puerta.

Celeste entró como una tromba a su casa y lo primero que hizo

fue mirarse en el espejo sin dejar de repetir «¡Qué vergüenza, por Dios! Mirá la pinta que tengo... De terror...». De reojo, vio que a su derecha estaba parada Martina, que la miraba extrañada.

—Mamá..., ¿adónde fuiste?, ¿qué te pasó?, ¿por qué decís «vergüenza»?

—No... El vecino de arriba... Fijate la pinta que tengo. Fui a decirle lo de la música, y no era él... Un papelón... Y yo vestida así...

Martina la miró con un brillo en los ojos que Celeste hacía mucho que no veía en su hija.

—Ma... —le dijo sosteniendo su mirada y su sonrisa pícaro, pero sin concluir la frase.

—¿Qué? —inquirió, impaciente, Celeste.

—Parece que te gustó...

Celeste iba a preguntarle si estaba loca, pero en ese instante tuvo la revelación que estaba esperando hacía tanto tiempo. Acababa de ver, en el brillo de los ojos de su hija, su anhelo de una madre feliz, que no tuviera tantos miedos, que no viviera solo para trabajar y evitando que cualquier hombre gustara de ella... Claro, si un hombre gustaba de ella, y ella no le correspondía, se hacía de un enemigo, y ella se sentía vulnerable y desamparada, criando sola a su hija. No, no podía darse el gusto de tener enemigos.

En cambio, Martina quería como referente una madre que fuera mujer, que fuera feliz y que pudiera disfrutar de la compañía de los hombres y de la vida. Que luciera linda y hablara de ropa... Tal como hacía Chantal.

Celeste miró la carita expectante de Martina y, cuando ella ya esperaba resignada una respuesta evasiva y rígida de su madre, ella

la sorprendió al llevarse el dedo índice a los labios, pidiéndole silencio, y decirle:

—Pero que nadie se entere...

Martina sonrió triunfante. ¡Al fin tenía una madre normal y que podía ser tan *cool* y feliz como las demás madres de sus compañeras de colegio!

Celeste volvió a mirarse en el espejo, pero no se sintió optimista con la imagen que este le devolvía. Meneó la cabeza y dijo como para sí:

—Ah..., no podía lucir peor...

Pero Martina la escuchó y, con toda su alegría, la consoló:

—Ma..., el *jogging* es de terror, te doy la razón. Ese saco viejo... daaajj... un asco... Pero ¡al menos agradecé que llevabas puestas mis garritas! ¡Eso le da un poco de onda a tu *look*!

Celeste no pudo sentir más amor y corrió abrazar a su hija. Y así, muy abrazadas, mientras iban a sus respectivos cuartos, ambas comentaron contentas que ya no se escuchaba la música de sus vecinos molestos.

Capítulo XI

Ya no podía dilatarlo más. Celeste sabía que ese solo era otro de sus típicos intentos de procrastinación ante algo que la asustaba. Pero, esa noche, no buscaría excusas ni tampoco las encontraría. Se enfrentaría a sus miedos y, de una vez, comenzaría a leer la psicografía de Uma. Celeste estaba abrumada porque era la primera vez que ella tenía una psicografía en sus manos, y no solo para leerla, también debía interpretarla y, para colmo, dar un informe, lo cual, y ella era consciente, más que a un diagnóstico, equivalía a un veredicto.

Se recostó en su cama, tomó un sorbo de té con miel y observó el manuscrito. Eran varias páginas, escrito en letra cursiva y llevaba el título *Crioseth y Besthiana*.

Inhalando profundamente, Celeste posó sus ojos sobre ese papel, empezó a leer el relato y, en segundos, se sumergió en la enferma, ¿o mágica?, psiquis de Uma.

Crioseth y Besthiana

Crioseth se había cansado. Sí, definitivamente. Ya no había dudas. Durante eternidades había estado viendo el mismo paisaje, conocía de memoria los troncos de cada árbol, con sus matices cambiantes, y hasta los mismos cambios ya eran rutina para él.

«¿Qué me queda?», concluyó sintiéndose asustado solo por la frialdad con la que percibía su fin. No quedaba casi nada que no le

pareciera vacío, ajeno o sin sentido.

«A ver... —se cuestionó en un fugaz intento de autoayuda—, ¿cuál fue el último suceso o escena que haya llamado mi atención? La más reciente... Ah, sí, la otra tarde. Aquella bruja loca que arruinó mi huerta, pisoteó mis calabazas parlantes y las dejó llorando, todas deshechas». En realidad, lo recordaba solamente por ser un hecho reciente, pero por nada en particular.

Ya era algo cotidiano que las brujas invadieran la paz colorida de su mundo para alborotar el paisaje y a sus habitantes..., para luego alejarse aturdidas en medio de sus propias carcajadas.

Lo único digno de atención era que Besthiana (estaba seguro de que ese era el nombre de aquella bruja rubia) estuviera siempre sola, alejada y marginada por completo del resto. Con su vestido verde de musgo, daba unas cuantas vueltas, como quien supervisa sus dominios, y, según su estado d ánimo, se alejaba sin hacer ningún destrozo. Hasta podía decir que su risa pueril casi no le molestaba.

«¿Qué buscará? — se preguntó—, ¿por qué nunca viene con las demás?»

Como a todas las brujas, no se le notaban ni la edad ni tampoco sus verdaderas intenciones... Pero ahí nadie desconocía de dónde venían, es decir, el origen de esas criaturas que, más que para otra cosa, servían para romper la monotonía.

Hasta lo más nuevos sabían que tenían alma de ángeles, pero de esos ángeles que habían cometido el error de volar demasiado bajo...

Entonces Crioseth se sorprendió a sí mismo preguntándose cómo habría sido la versión angelical de Besthiana. «Más aburrida», fue su propia respuesta. Y quedó aún más embelesado.

También la comparó con tantas flores bellas, distinguidas,

indiferentes, de quienes todos, incluso él, aspiraban su perfume con admiración. Y no supo quién podría tener una esencia más pura, si estas o Besthiana.

Kliara, la flor de los pétalos transparentes, y una de las más reverenciadas, percibió que la atención de su amado Crioseth no estaba sobre ella, dado que no sentía ese calor envolvente que encendía sus pétalos llenándolos de rayos multicolores inexistentes. Supo al instante lo que él estaba pensando. A ella también le llamaban la atención las brujas, tan distintas a ella... tan libres y poco complacientes; le atraía, no sin cierta envidia encubierta, aquella en especial, a la que todos llamaban la bruja solitaria. Y no solo porque iba sola. Ella era diferente, más libre, más única.

Celeste se restregó los ojos. Estaba absorta leyendo la psicografía. Tenía que interpretarla como fantasía, parte del delirio de Uma, y sus representaciones psíquicas de la realidad. Aunque una parte de ella se negaba a ser tan ortodoxa. Se estaba empezando a angustiar ante la irrupción de su eterna dicotomía, cuando, de pronto, sonaron en su mente las palabras del doctor Mennard: «La constatación empírica, Celeste, no lo olvides».

Tomó otro sorbo de té, que ya estaba frío, y siguió leyendo y conociendo el otro mundo de Uma.

—Crioseth, ¿ya se repusieron tus calabazas? —preguntó Kliara con suma suavidad.

—No, no del todo —respondió Crioseth sin mirarla y sin muchas ganas de hablar.

—¿Qué pasó después del ataque de esa bruja loca...? —Kliara lo sabía muy bien, solo quería ver la expresión de la cara de Crioseth al hablar de Besthiana, quería conocer sus verdaderos sentimientos y si

había fundamento o no para sentirse celosa.

Sin percatarse de las intenciones de Kliara, Crioseth comenzó a recordar y a maravillarse. Kliara nunca hubiera sospechado el desenlace que provocaría su curiosidad.

—Sí, bajó del tallo de una flor sobre la que viene siempre volando y cruzó el espejo que nos separa de los humanos. Aunque invisible para ellos, se acurrucó en el pecho de uno y, a juzgar por la emoción en su mirada, parecía reconocerlo.

Lo miró fijamente a los ojos, pero él siguió indiferente. Obviamente, él no podía verla, pero su espíritu sí lo sintió. Los humanos no ven estas cosas, a veces, las sienten, pero las olvidan enseguida por creerlas fantasías o productos de una mente enferma.

Crioseth sí podía ver el mundo de los humanos, por eso estaba tan agotado y triste. Kliara lo escuchaba con devoción, y las suaves vibraciones emitidas por sus pétalos movían el aire y la melena color miel de Crioseh. Él, ajeno a los sentimientos que despertaba en Kliara, solo sintió compasión por esa bruja ingenua e infantil que buscaba el afecto de un humano.

—Desilusionada, cruzó nuevamente el espejo para volver a nuestro mundo, pero ahí se percató de que todos habíamos sido testigos de esa escena. Miró las estrellas, que parecían ser sus únicas amigas, y, despojada de su ilusión en el otro plano, fue tal su dolor por la pérdida eterna que prefirió disfrazarlo de cinismo.

Crioseth se esforzaba por recordar. Y más que contárselo a Kliara, se lo estaba contando a sí mismo.

—Claro, estaba tan enfurecida con nosotros que, en vez de partir, se subió a su tallo y comenzó a balancearse sugestiva y provocativa, revoloteando a nuestro alrededor, al tiempo que provocaba una

humareda azul que nos ahogaba a todos.

Kliara no salía de su decepción y asombro al ver cómo Crioseth, sin darse cuenta, había estudiado y hasta comprendía a esa bruja solitaria que, después de todo, le había destrozado sus calabazas parlantes.

Por alguna magia, tal vez de Besthiana, Crioseth se había olvidado de ese hecho. Miró las estrellas que titilaban nerviosas, recordando la impotencia de Besthiana y su irremediable locura.

Eso lo preocupó. ¿De cuántas otras cosas más se habría olvidado hasta ese día? Quizá todo. Pero no olvidaría que, gracias a Besthiana, él había recuperado ese sentimiento de ternura y compasión por otro ser que no fuera él mismo.

Pasaron cielos de distintos colores, hubo tormentas de rayos de luna, las calabazas retomaron su parloteo, pero Besthiana no había vuelto a aparecer...

Celeste estaba extenuada, pero no podía ni quería abandonar esa dimensión que le describía Uma. Le era todo tan familiar. Sería muy difícil para ella ser objetiva en la interpretación, pero también sabía que no iba a abandonar a Uma a su suerte.

Le urgía saber quién era Besthiana, que relación tenía con Uma, qué figura femenina representaba Kliara, la flor de los pétalos transparentes, quién era Crioseth en el plano real... Por eso, siguió leyendo a pesar del cansancio y de que en pocas horas debía levantarse para ir al Hospital.

Temía que esas hojas, con ese contenido mágico y secreto, se evaporaran por la mañana. Sin dudarlo, retomó donde había dejado.

Besthiana no había vuelto a aparecer. Cada vez que la estrella mayor, la más temblorosa de todas, tocaba el suelo con uno de sus picos para indicar la caída de la tarde, Crioseth se había acostumbrado, sin

querer admitirlo, a subir a la colina de las mariposas invisibles con la esperanza de que apareciera volando desde el horizonte la figura de Besthiana.

Crioseth no recordaba qué, pero sabía que algo lo unía a ella. Tal vez, él podía liberarla... Ella se lo merecía. Y aunque lo haría desinteresadamente, y sin ningún beneficio para él, encontraba en eso un motivo de gran ilusión.

Cada día que pasaba cayendo en el lago estancado de los recuerdos, y la bruja solitaria no aparecía, la mirada color miel de Crioseth se iba oscureciendo, oscureciéndolo todo a su alrededor.

Tanto ansiaba verla que sus deseos tomaron forma en los sueños de Besthiana.

Él estaba seguro de que ya había gozado de esos sentimientos que, en ese momento, le resultaban lejanos. Pero su incipiente vitalidad se esfumó cuando se preguntó si eso no sería una fantasía suya, una fantasía tal vez necesaria y salvadora... «¿Fantasía?». Eso le recordó que, para los humanos, él mismo era una fantasía.

Crioseth sintió un cambio dentro de sí... o no... Tal vez ella lo había ayudado a despertar algo que ya estaba en él.

«Tal vez, este acontecimiento sí fue distinto», pensó Crioseth.

Y sintió su propio renacimiento.

Para Celeste fue claro que, en su delirio, Uma se autopercibía como una bruja, así como *el ejecutivo* se consideraba como integrante de una empresa. Sin embargo, Celeste volvió a recordar al doctor Mennard.

«Recuerda la constatación empírica». Ella misma se había sorprendido de la certera sensación de que sus pensamientos habían

sido captados por Uma, del modo en el que Uma adivinaba sus intenciones y se anticipaba a las palabras que ella estaba a punto de pronunciar.

Incluso su coherencia, más allá de su supuesta patología. Eso la estaba abrumando. Era demasiado. «No... fue casualidad. ¿Qué me está pasando...?», se cuestionó, a sí misma, Celeste, tratando de recuperar su objetividad.

Fijó la vista en el papel y se dejó trasladar, una vez más, a la colina de Besthiana. Entonces, mientras leía, Celeste pudo visualizar a un Crioseth que recordaba su pasado amor con esa bruja, al tiempo que liberaba a una Besthiana que empezaba a cobrar conciencia de sí misma, y ya no en su vestido de musgo, sino envuelta en un atuendo luminoso. La vio al momento de iniciar su partida al mundo de los humanos, flotando en medio de una lluvia de varas de cristal rodeadas por una diáfana luz dorada, lo más parecido a la lluvia con sol en el plano terrenal (esas varas lumínicas eran la vía para traspasar al umbral de los humanos, una especie de portal a otros mundos).

Besthiana renacería como humana, olvidaría su pasado en la colina de las mariposas invisibles, pero no del todo... Su Crioseth, su colina, esos colores mágicos vivirían en su alma, y ella los buscaría en el mundo exterior sin tregua ni esperanza.

El tiempo también transcurría en la colina de las mariposas invisibles. La estrella mayor, cada vez más titilante, ya había surcado el cielo nueve veces.

Crioseth podía ver a su Besthiana sola y desamparada en un peligroso mundo sin fantasía. Él era consciente de que su amor la protegía, pero también comprendía que no era de gran ayuda, ya que la hacía disfrutar de una sensación que le dolía. Le hacía sentir una

presencia teñida de ausencia.

Crioseth tomó coraje, calculó el tiempo en el mundo de los humanos... Cada paso de la estrella mayor equivalía a un año en el plano terrenal. Y, para entonces, a habían pasado nueve...

Si se decidía a partir en ese momento, él llegaría a encontrar a Besthiana con otro nombre, sin recuerdos y llena de sensaciones que concebiría como fantasías. Además, ella ya tendría diez años más que él...

Pero para él tampoco sería fácil. No recordaría su pasado, perdería sus poderes y sabía que, quizá, le tocaría una vida difícil y triste. Adivinaba que sufriría mucho. Pero si ese era el precio a pagar por volver a tener a Besthiana entre sus brazos, estaba dispuesto a pagarlo.

Entonces, en un acto de arrojo y pasión, inhaló profundamente y se internó en la cortina de varas de cristal y luz dorada para volar hacia su nueva existencia. Pasaría su niñez donde le tocara en suerte y, al ser mayor, buscaría sin pausa a ese ser con quien su alma lo exhortaría a reunirse... Su Besthiana.

Mientras se alejaba de su hogar, iba guardando ese paisaje en su alma, pero cada vez más difuso en sus recuerdos.

Ellos se reconocerían por su mirada, que reflejaría quiénes eran en sus almas... Después de veintiséis años en el plano humano, Crioseth logró su cometido y el encuentro se produjo, signado por la magia y lo sobrenatural. Se reconocieron y vivieron su amor. Pero algo pasó. Se vieron separados, y Besthiana había querido volver a su colina...

Cierto feliz día, Besthiana pudo darse cuenta de que ella siempre sería ella, más allá del tiempo y las circunstancias, y que Crioseth,

eternamente, volvería a su encuentro... en ese o en otros mundos...

Sintió paz y plenitud. Miró sus ojos humanos en un espejo, y su mirada oculta vio ese paisaje añorado, y a sí misma en él: en su colina querida bajo la estrella titilante, siempre llena de mariposas invisibles que revoloteaban a su alrededor, susurrándole, muy suavemente, que se le estaba acercando una dulce lluvia con sol que le traería de vuelta a su amado Crioseth, a una Besthiana luminosa y por siempre feliz.

Al llegar a la última palabra, Celeste perdió todo su profesionalismo y estalló en un llanto que trataba de ahogar en su almohada para no despertar a su hija.

¿Por qué ese delirio le era tan familiar y afín? ¿Acaso ella también estaba tan enferma?

Tristísimo... Lo que esa pobre paciente confesaba era lo que ella, sin querer asumirlo, había sentido toda su vida. Tal vez, no de manera idéntica ni con esos personajes tan definidos e identificados, pero sí esa clara sensación.

No quería pensar, no quería volver a sentir esos temores que hacía años que ya no la atormentaban.

«Estoy exhausta, llena de problemas, responsabilidades... Por eso exploté. Nada más», se decía Celeste mientras apagaba la luz y cerraba sus ojos enrojecidos por el cansancio y por el llanto.

Capítulo XII

Esa mañana fría, apenas salpicada por un tibio sol que, de a ratos, lograba zafarse de las nubes que lo perseguían, Celeste atravesaba el parque envuelta en su capa verde y abrazando el manuscrito de Uma, rumbo al despacho de Ignacio.

—Permiso... —dijo tímidamente al llegar a la oficina de su jefe . Entró, esa vez, sin golpear a la puerta. La secretaria de Ignacio la miraba sin disimular su curiosidad y abiertamente descortés. Eso molestó a Celeste. Pero no lo exteriorizó.

—Buen día —saludó Ignacio sonriente, pero no la llamó por su nombre como siempre lo hacía.

—Necesito vacaciones. Me quiero ir unos días. ¿Habría algún inconveniente? —preguntó ella sin vacilar.

—Para nada. Podés ir y volver cuando quieras. Distendete. Y ya sabés que, cualquier cosa que necesites, estoy aquí. —Posó con afecto su mano sobre el hombro de ella.

Celeste había apoyado el manuscrito de Uma sobre el escritorio de Ignacio. Se despidió de él y se retiró sin siquiera mirar a la secretaria. Comenzó a bajar las escaleras lentamente, sin apuro, ensimismada, aunque con la mente en blanco, como si supiera que debía recordar algo... «¡ El manuscrito de Uma! Ignacio no debe verlo... No por ahora...», dedujo, aterrada, Celeste al tiempo que volvía a subir el tramo de escaleras que ya había descendido.

Estaba llegando a la entrada del despacho de Ignacio cuando escuchó que él la estaba mencionando en la conversación con su secretaria. Apoyó su oreja sobre la puerta y, muy nítidamente, escuchó:

—Celeste sigue igual. No mejora. Aunque te digo, Ana..., me da pena porque es adorable. Es adorable, sí. Celeste es adorable. Y te confieso que no sé cuándo es más adorable... si cuando es Uma, Besthiana o, como recién, Celeste...

Celeste sabía que había escuchado bien. Solo que no sabía si moverse o quedarse estática para siempre. En un instante, ella pudo sentir cómo un rayo la atravesaba quemándole las entrañas. Y, de manera casi simultánea, pudo explicarse, por primera vez, por qué entendía tan bien a Besthiana, a Uma... y porqué Uma adivinaba sus pensamientos...

Sin embargo, no era posible. No. No era posible. Tanto terror unido a tanto dolor no era posible. Tampoco soportable.

Pudo sacudir de su cuerpo la catatonia que la apresaba y, dotada de un impulso frenético, empujó la puerta e ingresó como una tromba a la oficina de Ignacio. Cuando estuvo frente a él, lo miró enfurecida y, a la vez, impotente. Él parecía no reaccionar. Pero, asimismo, se lo veía desencajado. Ella tomó el manuscrito de Uma, volvió a mirar a Ignacio y le gritó:

—¡No mientas! ¡No mientas...!

Salió casi empujando a esa Ana. Y corrió hacia las escaleras gritando «¡No! ¡No!. ¡Mentiroso...!»

Las lágrimas no la dejaban ver con nitidez, pero algo la incitó a mirar por el hueco de la escalera.

Ahí, en el fondo del precipicio, estaba el ejecutivo haciéndole

ademanes para evitar que ella se lanzara. Él siempre la cuidaba.

Pero a ella ya no le importó nada. Y, olvidándose del mundo, se lanzó al hueco en medio de un grito frenético, agudo y desquiciado.

Mientras caía, seguía dando alaridos de terror, y el viento helado golpeaba su cara como un gentil anticipo del frío piso de mármol que la esperaba inevitablemente...

—¡Mamá...! ¡Mamá...! ¡¿Qué estás soñando...?! ¡Despertate...!
¡Me asustás...!

Celeste abrió los ojos y vio la carita aniñada de su hija.

—Después me decís a mí que no mire series de terror en *Netflix*...

Martina ya tenía puesto su uniforme del colegio, eso significaba que eran dos horas más tarde del horario habitual en el que Celeste se levantaba.

—No conectaste la alarma del despertador, te llamé, pero parecías en otro mundo. Te dejé descansar —dijo Martina en una pose adulta y sin sombras de remordimientos por la decisión tomada sin consultarla—. Chau... Nos vemos a la noche...

Pero a Celeste, en ese momento, no le preocupaba su puntualidad. Como su hija había descripto su propia sensación, ella, sin dudas, había estado en otro mundo... en otra dimensión...

Mientras se levantaba con esfuerzo, se acercó a su espejo y se miró con la mayor objetividad de la que era capaz. «¿Y si esta situación también la está creando mi mente?». Esa duda le provocó tanto dolor que hasta el pensamiento se oyó como un gemido.

Al bajar su mirada, se topó con una factura del servicio telefónico que Martina había dejado antes de salir volando hacia el colegio. Volando porque era muy tarde, pero también porque la suma a pagar

era exorbitante.

—¡¿Cuánto...!?! —exclamó Celeste—. Y eso que le dije que se controlara con las llamadas a su abuela y a su amiga de Alemania. ¿Por qué no habla por *Skype*, que es gratis?

Sin embargo, sintió una extraña sensación de paz y calidez al constatar que esa boleta, que ostentaba esa cifra terrorífica, estaba a nombre de Celeste Duncan. Nunca antes había sentido semejante satisfacción al ver su nombre ligado a una deuda.

Ciertamente, debía estar más agradecida con la vida por haber podido comprobar, al despertar, que, para ella, había sido solo una pesadilla, pero una realidad para casi todos sus no tan afortunados pacientes.

Al instante, se le vino a la mente la imagen del ejecutivo y sintió muchos deseos de llevarle alfajores.

Celeste salió rauda de su casa, sin olvidarse de la caja de alfajores que le habían regalado y cuyo destinatario ese día sería el ejecutivo.

Al subir al ascensor, dispuesta a terminar de peinarse en el espejo que enfrentaba la puerta automática, Celeste se tropezó y profirió un «Carajo». Al mirar hacia adentro del cubículo, sus ojos se toparon con la burlona mirada de su vecino Emanuelle.

Ella estaba pálida, con cara de sueño y ni siquiera sabía qué abrigo se había puesto. Y, para colmo, acababa de decir una grosería. Solo estaba segura de algo: esa vez no tenía puestas las garras de tigre.

—Buen día. ¿Qué tal? Jamás te encuentro a esta hora —la saludó Emanuelle muy simpático y de buen humor, obviando el insulto proferido por su neurótica vecina.

—Es que estoy llegando tardísimo. Me quedé dormida —le respondió Celeste, convencida de que su *karma* con ese bello sujeto consistía en encontrarlo cuando ella estuviera en su peor estado.

Él emitió una risa contenida, y le respondió:

—No podés culpar a nuestros vecinos venezolanos, se mudaron hace una semana.

—¿En serio? Ni me enteré —acotó Celeste, mirándose de refilón en el espejo. Y se quejó—. Salí sin peinarme. Bah...vivo despeinada.

Emanuelle la miró con tanta atención que Celeste casi se ruboriza.

—Sos linda igual, pero sos de las pocas mujeres a las que le queda mejor el cabello recogido, con tu onda despeinada, mucho más que suelto del todo.

Celeste no supo cómo tomar esa explicación. ¿La había observado tanto? Era la primera vez que un hombre reparaba en su peinado.

Él enseguida aclaró:

—No soy estilista, pero tengo cuatro hermanas del segundo matrimonio de mi padre.

Celeste notaba que él la miraba con una curiosidad sin vestigio de deseo ni el mínimo intento de seducción. La observaba de la misma manera en que se contempla un objeto de estudio.

—¿Ahora te vas directo al hospital? —preguntó, distraídamente, Emanuelle.

Pero la que no se distrajo ante la pregunta fue Celeste.

¿En qué momento ella le había dado esa información? Realmente estaba segura de no habérselo mencionado jamás.

Pero enseguida le vino a la mente un listado de personas que

podieron habérselo dicho, entre ellas, su propia hija, incluso Félix, el encargado del edificio.

Como hablando consigo misma, Celeste comentó:

—Sí, voy al hospital, pero a veces desearía no ir. Me siento prisionera de mi propia vida, sacando a mi hija, obviamente, que no me concibo sin ella.

Emanuelle le echó una mirada triste y acotó:

—Todos somos prisioneros de alguna u otra forma. No poder estar donde querés o con quien quisieras es una de las peores prisiones. A veces, las circunstancias te obligan a tomar decisiones que no están en sintonía con tu voluntad. —Enseguida recuperó su mirada risueña, de niño en una juguetería, y le dijo a Celeste—: Como sea, a pesar de tu rutina, espero que hoy tengas un lindo día.

Dicho eso, se abrió la puerta del ascensor y ambos quedaron enfrentados a la cara inquisidora de Félix, el encargado del edificio.

—Me voy a correr. Nos vemos.

En ese momento, Celeste reparó que él estaba usando un *jogging*. También reparó en que se notaba que entrenaba.

«¿En qué momento trabaja...?», se preguntó Celeste. «¿De qué trabajará?»

—Yo me voy para la cochera. Llego tardísimo. Nos vemos.

Celeste se despidió nerviosa.

«¿Será posible que con este tipo siempre me pongo nerviosa? ¿Tendrá razón Martina? ¿Me gustará? Pero no. Hay algo en él... No sé...». Ante este pensamiento, se le apareció la imagen de Chantal diciéndole: «¿Ves...? ¿Ves que ninguno te viene bien?»

Capítulo XIII

Ya en su automóvil, y antes de ponerlo en marcha, llamó por el celular a Ignacio para avisarle que había tenido un contratiempo y que llegaría un poco más tarde. Por un instante, temió que, del mismo modo que en su pesadilla, él le dijera «Tomate el tiempo que quieras, vení cuando quieras...». Pero esa no fue su respuesta.

—*Al fin llamás. Estábamos preocupados. ¿Podrás llegar en menos de una hora?*

Ignacio parecía de malhumor. Pero ese trato aparentemente descortés la hizo sentir *normal*. Era el trato de un directivo, y no el de un psiquiatra para con su paciente.

A los tres minutos de dejar la autopista e internarse en la desolada carretera bordeada por los bosques de *eucaliptus*, Celeste divisó por el espejo retrovisor que la moto negra de siempre, con su sombrío motociclista, la seguía a una distancia prudencial y a baja velocidad, como si solo quisiera escoltarla, asustarla o hacerle saber que la estaba siguiendo.

Apenas a cien metros del Hospital Psiquiátrico, la moto se fue hacia la banquina y desapareció en el bosque.

Celeste estacionó el automóvil en la explanada que había a metros del gran pórtico y miró nerviosa en busca del motociclista de negro. Le recordó al *Black Prince*, el príncipe inglés del medioevo que usaba una armadura y casco negro, y era temido por su ferocidad.

«Ya mismo hablo con Ignacio. Necesitamos vigilancia. Ese patrullero que pasa cada tanto da risa», pensó Celeste mientras se encaminaba al despacho de Ignacio.

—¡Al fin llegaste...! —exclamó Ignacio, un poco más jocoso que durante la charla telefónica de la mañana.

—Buen día. Lo siento. Tuve un problema, pero vamos a tener uno mayor si no nos ponen vigilancia. Hay una moto que me persigue.

—A lo mejor es un admirador...

—Ignacio no bromees. —Celeste percibió que su jefe le rehuía al tema. En ese momento, la inoportuna de Ana hizo su aparición. Celeste la observó y, por primera vez, se percató de que no se caían bien. Sin embargo, su mente, en el sueño, se lo había hecho ver con claridad. También recordó que, en esa pesadilla, ella usaba la capa verde de Uma. Dada la siempre inoportuna presencia de Ana, decidió retomar el tema en otra ocasión.

Debido a que ese día había ingresado más tarde, la jornada se le hizo más corta y liviana. Para entonces, ya había atendido a varios de sus pacientes, incluida Uma. De pronto, recordó los alfajores del ejecutivo. «Qué extraño, hoy no vino a recibirme. ¿Le habrá pasado algo?», se preguntó Celeste, preocupada. Tomó la caja de alfajores y se fue al parque en busca de su *amigo*. Pero no había rastros de él.

Entonces decidió arriesgarse e internarse en el bosquecito que conducía a los pabellones de atrás.

Cuando comenzó a divisarlos, erigiéndose en la zona más descuidada y solitaria del parque, en lo que parecía ser un claro en esa planicie descuidada y boscosa, se topó con la imponente figura del ejecutivo.

Pero él no se hallaba solo... Estaba acompañado de un atril y,

sobre este, un lienzo con algo pintado en él, aunque, por la distancia, no se podía distinguir la imagen.

Celeste notó con sorpresa que el ejecutivo estaba usando su gorra de lana, pero no sus gafas de sol. Ella solo pudo ver su perfil, pero apenas él percibió por el rabillo del ojo que alguien se le acercaba, se las colocó apurado y sin disimulo. Entonces, una vez oculto tras los anteojos, se acercó a Celeste.

—¿Qué tal? —lo saludó Celeste.

Él asintió con la cabeza, pero por su postura se notaba que no estaba con ánimo de hablar y, mucho menos, de permitir que ella se acercara al caballete.

—Le traje alfajores. No sabía que pintaba. —Celeste no quiso parecer burlona, pero dado el contexto, y su sobreactuado interés, dio esa sensación.

Él la perforó a través de sus oscurísimas gafas.

—No pinto, solo me entretengo. Gracias por los alfajores, doctora. Ya se va, ¿no?

—No. Hoy tengo que compensar horas. Llegué tarde.

—Se acostó tarde. Perdón, doctora, eso no es de mi incumbencia. Compense otro día, está oscureciendo muy rápido.

Celeste se preguntó cómo ese paciente confinado en ese sórdido lugar sabía que ella se había acostado tarde. «O quizá lo dedujo porque llegué tarde...», se dijo a sí misma, y se autoconvenció.

—Cómo se preocupa por mí... —lo sondeó Celeste.

Él, con indiferencia, le respondió:

—Para eso la empresa me paga, doctora, aunque usted me cae

mejor que otros y, además, me trae alfajores. Usted sí valora mi trabajo. Ahora, si me disculpa, tengo cosas que hacer. Gracias, muchas gracias por los alfajores. Jamás la olvidaré.

Se dio vuelta y se alejó con su giba y sus pantalones que no le tapaban los tobillos. Llevaba consigo, en una mano, los alfajores, y con la otra, sostenía el caballete. Por lo que parecía, él se dirigía rumbo al sector del despacho de Ignacio.

«¿Quién será su terapeuta?», se preguntó Celeste. Y también se cuestionó por qué razón siempre olvidaba interrogar a Ignacio.

Cuando un rato más tarde se cruzó con su jefe, él le dijo en tono alegre:

—Te estaba buscando. Estás cansada. Dejá, las horas las compensás otro día. Volvé a tu casa temprano.

Tanta benevolencia hizo que Celeste recordara su pesadilla. Pero estaba exhausta, por lo que enseguida la olvidó.

—Genial, Ignacio. Te agradezco, no doy más. —Ella iba a decirle «Hasta mañana» cuando recordó la pregunta pendiente—. Ah, Ignacio... Tengo curiosidad. ¿Quién es el terapeuta del ejecutivo? Hoy lo vi pintando, ¿sabías eso?, ¿que pinta?

Ignacio alzó las cejas y respondió casi despectivamente:

—Garabatea... Hasta mañana, Celeste.

La dejó con la palabra en la boca y, haciéndose el distraído, se fue sin saciar su curiosidad.

Capítulo XIV

La desprevenida licenciada Duncan permaneció inmóvil viendo alejarse a su jefe, sintiéndose bastante ofendida, pero también con ganas de irse. Entonces, resignada, se dirigió hacia su automóvil.

En el momento en que estaba cumpliendo su ritual diario de quitar las hojas del parabrisas, sintió que alguien se aproximaba.

Uma apareció como de la nada, se quedó mirándola fijamente sin dejar de temblar. Agitada, con la respiración entrecortada y con la prisa de alguien que se libera por unos instantes, en un tono más sombrío que el habitual, le advirtió:

—Cuidate, alguien te busca para dañarte. Pero dañarte mucho... demasiado...

—Uma, calmate —fue la primera reacción de Celeste.

Uma, sin escucharla, fijó la mirada en una piedra que estaba en el piso y, con la voz más profunda que nunca, temblando, vaticinó:

—Un recinto no muy grande... con caños a lo ancho de las paredes... Es feo... horroroso... Ahí hay muerte... Algo cuelga de los caños... ¡Ay!... No... no puedo ver qué es lo que cuelga de esos caños... Ahí está el mal... El mal es un hombre corpulento, calvo...

—De pronto, apoyó la mano sobre su frente, como quien se esfuerza por recordar algo. Y continuó más alterada—: Él no borra su sonrisa cuando hay sufrimiento... Y danza, y todas las sombras danzan a su alrededor... ¡Es él! El que baila con fantasmas...

Uma estaba en trance. Sus ojos se pusieron blancos.

Mirando fijamente a Celeste le informó:

—Yo también estoy en peligro... Nos quiere dañar a ambas... —Y con la respiración entrecortada, prosiguió—: Ojos de lobo... Un lobo... Tu lobo... Sí... Quizá tu lobo salga de su escondite para salvarte..., pero no sé si llegará a tiempo... —eso último lo dijo con suma tristeza.

Parecía que Uma iba a desmayarse. Celeste no tenía la fuerza física para sostenerla.

Por suerte, en ese instante, la enfermera Carla llegó presurosa. Se quedó inmóvil viendo a Uma. Celeste le lanzó una mirada amenazante. No quería que Carla hablara frente a Uma.. Y mucho menos que lo hiciera frente a la psiquiatra amante de los antipsicóticos.

La enfermera la sostuvo con fuerza. La tomó con temor del brazo y la condujo lentamente a su pabellón. Mientras se alejaba, Carla volteó la cabeza varias veces para mirar a Celeste. Su mirada expresaba una mezcla de miedo e incertidumbre.

—No lo comentes —le suplicó Celeste mientras las veía alejarse. Y supo que Carla no lo haría porque estaba más aterrada que ella.

Celeste necesitó apoyarse en su automóvil para no caerse. Sintió que le había bajado la presión.

Mucho antes de que Uma le anunciara eso, que para cualquiera no sería más que el delirio de una desquiciada, Celeste lo estaba intuyendo desde hacía un tiempo. Pero lo más increíble: le había mencionado la mirada de un lobo. Eso no era un delirio.

Ella estaba en peligro. Y hacía tiempo que lo sentía. Incluso, en

ese momento, sentía que alguien o algo entre los árboles la escudriñaba, la observaba... Pero, extrañamente, eso no la asustaba.

Al menos ese día, la suerte estaba de su lado, ya que, cuando se subió a su vehículo, dos colegas se retiraban con sus automóviles, por lo que Celeste se apresuró a unirse a la caravana para atravesar todos juntos la silenciosa carretera acallada por ese sombrío bosque.

Capítulo XV

— Estoy esperando que él venga a buscarme... —Uma estaba tranquila y no parecía recordar su vaticinio de la noche anterior.

Celeste la perforaba con la mirada, tratando de escudriñar en su interior.

—¿Quién tiene que venir a buscarte?

—Crioseth... Sé que él está en este mundo... No le creí a Emma... El destino me trajo hasta aquí para que sucediera lo que necesitamos que suceda...

La expresión plácida en el rostro de Uma alteró a Celeste. O estaba peor de lo que ella creía, o era muy peligrosa.

—¿El destino... o nuestras acciones...? —preguntó Celeste siguiéndole la corriente.

—Ambas... Como en todos los casos... Yo sabía que, haciendo eso, llegaría a donde tenía que llegar para hacer lo que tenía que hacer... Y cada vez estoy más convencida... —respondió Uma tan satisfecha como nunca antes Celeste la había visto.

—¿Hacer qué? —inquirió Celeste tratando, en vano, de aparentar calma.

—Ya verás... ya verás... —Y sus ojos parecieron sonreír.

—No creas que olvidé lo que sucedió anoche. Sé que te previne de algo... Me vienen esas visiones... que después no recuerdo... Y

créeme, Celeste —por primera vez, la llamaba por su nombre—, créeme que se cumplen.

—Sí, lo recuerdo. También hablaste de un lobo —insinuó Celeste.

Uma solo meneó la cabeza en señal de que no recordaba.

—No sé... Solo sé que, una de estas noches, soñarás. Te veo reencontrándote con alguien en tus sueños.

Celeste estaba decidida. Con todo el dolor de su alma, volcaría todo al informe. Lo lamentaba por el futuro de su paciente. Pero parecía ser lo más acertado y lo menos riesgoso.

Se despidió de Uma con tristeza. Más que nada se despedía de su esperanza de ayudarla, y eso la enfrentaba a su propio fracaso respecto a enfrentar su propia naturaleza.

No pudo borrar el semblante de Uma durante todo el trayecto de regreso a su casa. Recordaba la primera vez que la había visto y las esperanzas de recuperación. Pero Celeste sentía que esos tiempos de fe habían llegado a su fin. Y esa simple certeza la abrumaba.

Al llegar a su casa y entrar en la cochera, se cruzó con el automóvil de su vecino Emanuelle.

Este fingió no verla al mismo tiempo que, con mucha velocidad y con un gesto violento, hizo esconderse a la persona que iba en el asiento del acompañante.

«Qué extraño. ¿Ahora por qué se hace el estúpido? Y si está con alguien, ¿qué? ¿A quién le importa? ¿O pensará que me importa?».

Era viernes y Celeste estaba agotada. Sabía que debía devolverle una llamada a Rafael, pero no estaba de ánimo.

«Sí, tengo que pensar en irme de este hospital, me hace mal,

mucho mal. Sin contar con que un demonio calvo que baila con fantasmas quiere asesinarme».

Después de cenar con su hija, se fue a dormir temprano. Era extraño, pero parecía bajo los efectos de un narcótico.

Estaba inquieta. Se despertó varias veces durante la noche. Estaba pensando en levantarse a prepararse un té o tomar un vaso de leche. Optó por el té, ya que Martina no se cansaba de decirle que la leche era para los terneros y que no había que robársela a las vacas. Pero estaba tan exhausta que no llegó a levantarse, pero sí a seguir elucubrando. Y de la frase de su hija pasó a recordar a la paciente que la había prevenido respecto a los fantasmas que robaban pelo.... Estaba en eso cuando cayó profundamente dormida.

Un sueño tan profundo que la trasladó a otro mundo. Se soñó a sí misma de pequeña, en un paisaje distante, frío y boscoso. De pronto, en medio de ese bosque, se vio mirando un claro atravesado por un rayo de sol y a una mariposa revoloteando alrededor del haz de luz, como si jugueteara con él.

En su sueño, ella se sentía feliz ante esa visión hasta que, de improviso, a su derecha, vio que, por detrás de un árbol, estaba asomándose un lobo.

Su primera sensación fue la del miedo. Mucho miedo... Pero a medida de que el lobo estuvo más y más cerca, ese miedo se fue transformando en curiosidad y, al mantener su mirada fija en los ojos del animal, ya no era miedo, sino un angustiante esfuerzo por develar un enigma, por responderse una pregunta: ¿Quién era ese lobo?, ¿de dónde conocía esa mirada que le resultaba tan familiar, tan íntima?

Se despertó tensa, sin entender la razón. Con indiferencia, miró el reloj alarma y corroboró que todavía era muy temprano.

«No importa, me levanto ahora, así me lavo el cabello», decidió y se metió bajo la ducha.

Mientras se dejaba acariciar por el agua, abrió sus ojos y vio el frasco con champú con su contenido translúcido y dorado. La luz se filtraba a través del envase transparente. Lo tomó y, al verlo al trasluz, se le vino a la mente, como por arte de magia, de manera repentina, y muy nítidamente, el rayo de sol del sueño que había tenido antes de despertar y que ya parecía haber olvidado, y lo más estremecedor... el recuerdo que había provocado ese sueño.

Jamás había vuelto a recordar ese viaje con sus padres a ese lugar lejano. Lo había borrado de su psiquis consciente. ¿Y cómo era posible que ese día había vuelto a recordarlo? ¿Y que, para colmo, el disparador de un recuerdo tan escondido en las profundidades de su mente hubiese sido un simple un frasco de champú?

En ese momento, las palabras de Uma se le vinieron a la mente. Ella le había vaticinado que en sueños se reencontraría con alguien.

Al recordar el vaticinio de su paciente, se estremeció y se envolvió torpemente con la toalla. Salió de prisa del cuarto de baño para escapar del vapor que parecía estar empañando también sus remembranzas.

Se sentó en el borde de la cama. Las gotas de su cabello empapado corrían por su cara, por su espalda hasta llegar a humedecer el acolchado, lo que le provocó un frío que casi no sentía.

Solo quería enfocarse en ese día, en ese paisaje boscoso de un país lejano, en esas vacaciones con sus padres en casa de unos amigos y, en especial, en ese lobo que, sin dañarla, le había incrustado su mirada.

En ese preciso instante, supo que no había sido ni una fantasía ni

un sueño.

Nunca había sido capaz de recordar el hecho, pero sí, en cambio, la mirada de ese lobo que se le había aparecido y la había mirado desde otro mundo, desde otro tiempo y para siempre.

Porque, a pesar del tiempo y la distancia, ella no podía dejar de añorar la mirada de ese pobre lobo que nunca había siquiera rozado su piel, pero como jamás ningún otro ser, había completado su alma.

Capítulo XVI

Consternada, y con infinidad de reminiscencias y añoranzas a flor de piel, Celeste se dirigió a la cocina a preparar el desayuno, ya que pronto se despertaría Martina.

Pero ella no quería olvidar, entonces anotó: «Árboles, lobo, cabaña».

En ese instante, se recordó junto a sus padres, en esas vacaciones en un lugar que recordaba como el Tirol, en una zona boscosa.

También se le vino a la mente la imagen de una gran cabaña de piedra gris con una torre circular que tendría la altura de un segundo piso. Sí, era un lugar bellissimo, rodeado de bosques, pájaros... Y, por lo visto, también lobos.

Ella estaba segura de que iría rememorando.

También podía telefonar a su madre y preguntarle, pero para qué, le daría mil vueltas. Que por qué se quería acordar de eso, que había que acordarse solo de lo lindo... Y terminarían discutiendo. No. Ella sola lo desenterraría desde las profundidades de su psiquis, sin influencias de ninguna índole.

En ese momento, recordó que el doctor Mennard le había asegurado que su mente se abriría cuando estuviera preparada. Era evidente que esa instancia había arribado.

Durante todo ese día fue recolectando fragmentos del pasado .

Para la hora de su cena con Chantal, ya recordaba todo con bastante nitidez. Estaban saboreando un exquisito sushi en el Jardín Japonés de Palermo. Los puentecitos y el agua brillaban bajo una luna imprescindible en un paisaje nipón.

Después de escucharla más atenta que nunca antes en su vida, Chantal insistió en indagar y satisfacer su curiosidad en uno de los temas que más la apasionaban, los esotéricos.

—¿Me estás diciendo que se te había borrado ese recuerdo y que te volvió en forma de sueño? Vaya, increíble —opinó Chantal más concentrada que de costumbre. Después de los temas referentes a la moda y lugares paradisíacos, de hecho, de eso trataba su programa por cable, los temas esotéricos le fascinaban.

—Sí, me había olvidado del suceso, pero nunca de la mirada de ese lobo ni de la sensación que me había producido. —Y agregé como pensando para sí—: Y de la cosa extraña que sucedió después.

—¿Qué sucedió? —preguntó Chantal realmente interesada. Tenía curiosidad, le brillaban los ojos—. Igual eras muy chica, pudiste haber magnificado. —Enseguida se arrepintió de su acotación. Celeste se cerraría y no le contaría nada—. Contame, dale. ¿Cómo hiciste para que ese lobo, en vez de comerte, se enamorara de vos?

Peor... con esa acotación, parecía que se burlaba... Pero Celeste necesitaba contarlo en voz alta y a una amiga. No a su terapeuta. Era consciente de que resultaba muy riesgoso ese relato en manos de su psicoanalista, y más atendiendo el caso de Uma.

Se estaba protegiendo a sí misma y, a la vez, a Uma.

—Tal como en el sueño, yo me alejé de mis padres y sus amigos para ir hasta el claro a ver esa mariposa que revoloteaba y que parecía jugar con el rayo de sol. Recuerdo que fue por la derecha, calculo que

a unos cuatro metros de distancia, que se apreció ese lobo de la nada. Sigilosamente, se fue acercando... y yo casi me hago pipí encima...

—Eras tan chiquita... ¿Los adultos no se dieron cuenta de que te habías internado en el bosque?

—No, desaparecí en un segundo, como hacen los chicos. — Celeste siguió recordando—. Pensé que el lobo me atacaría, casi estaba preparada, pero no podía gritar. Estaba inmóvil de miedo. De todos modos, ahora sé que los lobos no atacan ni comen humanos.

Celeste se llevó nerviosamente una porción de sushi a la boca, masticó como haciendo memoria, tragó y prosiguió con su relato. Más que a Chantal, se lo estaba contando a sí misma.

—El lobo se acercó. Me miró fijamente y ahí sucedió todo. Fue algo mágico. Me sentí como transportada a otro momento, a otro lugar donde no existía mi mundo tal como lo conocía. Todos, mis padres incluidos, se borraron de mi mente...

—Y después, ¿qué? ¿Se quedó ahí solo mirándote? —preguntó Chantal deseosa de acción, aunque ello implicara sangre.

—¿Qué te habría gustado?, ¿que me hubiese comido? Hoy estoy aquí, ¿no? —reaccionó Celeste y enseguida aclaró—: No. Sucedió algo todavía peor...

Celeste se sumió en un mutismo y permaneció unos eternos segundos mirando la nada misma. Ante esa interrupción, Chantal la miró despavorida, pero no por temor a eso que Celeste había anticipado como algo peor, sino porque, ante su silencio, temía que ella la dejara con la intriga.

—¿Y? —inquirió Chantal, incitándola a continuar el relato.

Celeste, sin retirar su mirada del éter ni dejar de flotar en medio

de sus evocaciones, retomó el relato. Mirando a través de la ventana un punto indefinido, una vez que tuvo claro el recuerdo, clavó la vista en el rostro de su amiga y le contó:

—Habrán sido solo segundos lo que duró esa conexión, pero parecieron siglos. Yo estaba llorando frente al lobo, pero créeme, lloraba por emoción y solo porque tenía miedo de que se fuera. Quería que se quedara para siempre, como si alguna vez me lo hubieran quitado. Y él... él me miraba con una tristeza y un sentimiento como nadie me volvió a mirar en toda mi vida...

En ese instante, a Celeste se le instaló en la mente aquella mirada furtiva del teatro.

—¿Algo así como los ojos de ese tipo del teatro durante tu primera salida con Rafael? —preguntó Chantal sin darle mayor importancia.

Pero Celeste se quedó impactada ante la acotación. No solo porque Chantal solía ser indiferente con asuntos que no fueran los propios, sino porque se lo mencionó mientras ella lo estaba recordando.

—Chantal, créeme que, a veces, me sorprendés. Sí, justo se me vino eso a la mente. —le confesó en medio de su estupor, pero evitó comentarle a su amiga la vez que en su cuarto había sentido esa misma presencia. Tomó un sorbo de agua y siguió con su historia recién rescatada—: ¿Cómo te puedo explicar? En esos instantes, entre el ser que moraba dentro de ese animal y yo vibraba una energía que transmitía la soledad, el sufrimiento, la pérdida que habíamos sentido hasta el momento previo a ese reencuentro. Era como si nos hubiéramos reunido después de años... o siglos. Era todo mágico, y no era por mi corta edad. Yo conozco bien esas sensaciones, créeme...

—¿Y qué pasó después? —Chantal temía que, como en las series televisivas, la publicidad cortara la mejor parte, temía que un incendio, la aparición del camarero o algún *show* con geishas interrumpieran el relato y que se quedara en ascuas.

—Nada. De pronto, empecé a escuchar que mis padres y sus amigos me llamaban a los gritos. El lobo comenzó a retroceder sin quitarme los ojos de encima, como si no hubiera querido irse. Giró su cuerpo y comenzó la retirada.

»Pero lo insólito, y ahora lo recuerdo perfectamente, fue que, antes de desaparecer del todo, se volteó para echarme una última mirada. Yo era una nena, pero analizándolo como adulta, lo vería como la despedida forzada de dos amantes.

—Y cuando te encontraron, ¿qué pasó? Te habrán querido matar.

—Y sí. Habría sido preferible que me comiera el lobo. Se enojaron muchísimo. Pero lo increíble empieza ahora. Escuchá. En pocos días nos volvíamos a Argentina, entonces mi mamá, ese día por la tarde, me pidió que fuera con ella al pueblo para comprarles un regalo de agradecimiento a estos amigos que nos habían alojado en su casa en ese que, para mí, era un lugar misterioso y lejano. Ahora que recuerdo, supongo que habrá sido en el Tirol del sur, al norte de Italia, o quizá Suiza... no estoy segura.

»Recorrimos varios negocios y nada parecía conformarla, hasta que entramos a un anticuario. Un lugar oscuro y repleto de cosas que, a mi parecer, eran viejas y feísimas. Nada me resultaba más aburrido, por lo que pronto empecé a curiosear y, sin darme cuenta, se ve que de chica era propensa a alejarme, me fui hasta un área restringida al público y a oscuras.

»Estaba rodeada de objetos de todo tipo, formas y tamaños, pero

mi mirada se posó solo en uno, en un cuadro viejo iluminado apenas por un poco de penumbra. Me acerqué, pero, ni bien vi la imagen, ¡retrocedí del susto! Me aterró ver plasmada la misma escena que yo había vivido esa mañana. Una doncella y un lobo mirándose como enamorados en el claro del bosque.

—¿Me hablás en serio...? Yo, porque te conozco mucho y sé que no mentís. Pero esto es mucho —dijo Chantal más interesada que nunca antes.

—Es mucho —respondió Celeste—, pero no es todo. No puedo creer que, solo unas horas atrás, tenía ese recuerdo enterrado tan profundamente. Es obvio que me resultaba aterrador. —Y agregó como para sí «pero siempre hay disparadores».

—¿Qué pasó después? No me digas que entró el lobo al anticuario. No te enojés... Bromeaba... Ah, pero cierto, según Freud «el chiste no existe». Aunque sus detractores afirman: «Freud es un amargado». Pero seguí contándome.

—Desde la parte más oscura del local, escuché una voz. Su pronunciación era como la de todos ahí, pronunciaban la *r* con mucha fuerza, típico de las zonas que tienen territorios e idiomas en común.

»Mientras la voz se acercaba, emergía de la oscuridad una mujer que me asustó. Era muy muy alta y muy muy rubia, con ojos clarísimos, pero me asustó porque yo no sabía si era un hada o una bruja.

En ese momento, Celeste se puso pálida y expresó un pensamiento en voz alta:

—Ahora entiendo por qué Uma me pareció familiar, es idéntica al recuerdo que tengo de esa mujer. —Pero enseguida aclaró que no

podría jamás ser Uma. Por la edad, esa mujer tendría setenta años. Y esa conclusión le devolvió los colores a su cara—. Y no recuerdo bien, pero me contó un cuento o algo así. Una leyenda, me aclaró. Me acuerdo que la situó en la época de Cenicienta, o sea, siglo dieciocho.

»Bueno, me habló de un príncipe malo y muy poderoso que practicaba la magia negra y que había raptado a la doncella de la pintura y la tenía en su castillo.

»Pero el hijastro estaba enamorado de ella, y ella de él. Ambos decidieron huir, pero en el bosque fueron capturados por este malvado y sus soldados. El viejo príncipe, ahí mismo, decapitó al joven amante con su espada y, mientras lo hacía, le echó una maldición: «No volverás a nacer como hombre por los siglos de los siglos, solo te salvarás si un cazador te da muerte. Solo en ese caso, en ese mismo instante, reencarnarías en un hombre. Pero como buen lobo astuto, te escaparás siempre. Creyendo salvarte, sin saberlo, tú mismo te condenarás».

»Yo quedé impactada y muy angustiada. Le pregunté qué había pasado con la chica, y ella me respondió en tono sombrío, porque era sombría en serio: «La doncella fue encerrada en una torre. Pero no te preocupes, a los pocos días, el maldito iba cabalgando en el bosque y un lobo furioso lo atacó y lo tiró del caballo. Jamás volvieron a verlo ni tampoco encontraron su cadáver. Nadie supo nada más de él y solo su paje sobrevivió después de huir despavorido y pudo relatar lo acontecido. Pero desde ese día, cuentan los lugareños que un lobo iba todas las noches a llorar su aullido bajo la ventana donde creía que todavía estaba su doncella».

—Vaya leyenda, vaya cuentito. Esa sí que no reparaba en el horario de protección al menor. Qué bruja, en serio —concluyó Chantal.

Sin prestarle atención, Celeste prosiguió con su relato:

—Esa noche, yo no había querido cenar, me mandaron a mi cuarto que, casualmente, era el que estaba en esa torrecita de cierta altura. Recuerdo que tenía un balconcito con una baranda circular... Yo me sentía una princesa.

»Estaba por dormirme cuando, de repente, empecé a sentir, cada vez más cerca, el aullido de un lobo. Me levanté como un resorte porque supe que era mi lobito querido. Salí al balcón sin siquiera calzarme mis pantuflas ni abrigarme a pesar del frío helado. Miré en la oscuridad y vi esos ojos brillantes que me buscaban solo a mí. De pronto, se escuchó un disparo y los ojos ya no brillaron. Volví a ver solo la oscuridad y las estrellas. Bajé llorando, pero me atajaron para que no saliera y me dijeron que no había sido nada, que solo me había parecido.

»Más tarde, cuando mi mamá se fue de mi cuarto, entró la cocinera trayéndome una porción de torta de chocolate y un vaso de leche. Yo no quería comer, sentía que acababa de perder a mi compañero del alma. Recuerdo que ella me arropó y me dijo algo muy extraño: «No llores, *liebe*. Si es tu lobo, acaba de morir. Pero ya es como nosotros».

—Pará... para un poquito. ¿Dónde fuiste a parar? ¿Estabas en el Tirol o en el medioevo? —interrumpió, atónita, Chantal. Para disimular su conmoción, trataba de imprimirle humor al relato, pero sabía que era verídico. Y preguntó para cerciorarse—: ¿Entendí mal o se refería a que ya había reencarnado y era humano? No sé... tal vez ella también conocería la leyenda...

Ambas se miraron y coincidieron en que parecía un diálogo de dos dementes.

—Sí, por eso mismo te dije que fue muy extraño. Y créeme que no lo soñé.

—Y eso que no tomamos alcohol —aclaró Chantal, que trataba de bromear, pero estaba sugestionada. De improviso, dijo—: Pará, vamos a pensar que todo es cierto. esa noche le disparó un cazador, pero, *sorry* que te diga, pero él esa noche pasó a ser un recién nacido, pero vos ya tenías ocho o nueve años, o sea que tu lobo sería más joven que vos.

—Cierto, como Crioseth.

Celeste permaneció pensativa, pero enseguida cambió de tono.

—¿Y...? —respondió Celeste con autosuficiencia, pero reconoció que no lo había pensado. También admitió la similitud con la historia de Uma y su amor más joven. Todo era muy extraño... o tan solo muchas coincidencias. Y nada más.

Después de esa conversación, no quedaba lugar para hablar de otros temas. todo parecía banal e intrascendente. Ambas amigas se despidieron casi en silencio, como para que el sortilegio no se deshiciera.

Capítulo XVII

Los días se sucedían y Celeste se sentía cada vez más cerca de su ineludible destino. No era consciente de lo que podría acaecer, pero sí podía intuir que algo le estaba por suceder sin que ella ni nadie pudieran soslayarlo.

Estaba expectante, lo cual significaba mucho más que una espera: era la certeza del cumplimiento de una premonición. Segura de que ya nada frenaría los eventos que sobrevendrían, y que la catapultarían al cumplimiento de su propósito en la vida sin que ella pudiera siquiera interferir, confería a sus días un sentido místico y un valor agregado sin precedentes.

Por esa razón, ese domingo, al igual que los días previos, habían sido vividos por Celeste como instantes efímeros, dignos de ser atesorados, saboreados, en un desesperado afán de perpetuarlos. Ese domingo en particular, no estaba Martina y lo tenía para ella sola. Sí. ¡Al fin un día solo para ella!

Dado que Martina se había ido a pasar el fin de semana en la casa de campo de Mafalda, ella tenía todo el día libre.

Celeste tenía dos opciones: una era hacer informes; la otra, dedicarse a sí misma. Sí, haría eso, se merecía un descanso.

Tanto tiempo libre solo para ella la abrumaba. No sabía por dónde empezar, qué hacer primero. Llamar a su madre, o la mascarilla facial, o tal vez arreglar un almuerzo con su amigo Mario

que hacía tanto que no veía y que le había avisado por Whatsapp que ya estaba de vuelta de Bariloche. También tenía pendiente una salida con Rafael.

Celeste miraba la nada misma mientras masticaba su tostada de pan integral con miel, tomó un sorbo de té y añoró el café de Ignacio.

Estaba en eso cuando, de pronto, el semblante pálido de Uma invadió su mente por completo. No era solo un recuerdo pasajero. No, era otra sensación, de esas que ya había experimentado otras veces.

Intentó pensar en otra cosa, se levantó abruptamente como para sacudirse de su ser, esa presencia que la estaba invadiendo. «No entiendo», se repetía Celeste, y la perturbación se acrecentaba con la sensación de presencia hasta pasar de una simple inquietud a una sensación inequívoca de angustia y alarma.

Ella no sabía cómo ni por qué, pero tenía la certeza y sentía en todo su cuerpo que Uma estaba en peligro.

Lo primero que se le ocurrió fue llamar al Hospital, pero nadie atendió por ser domingo. Trató de distraerse, pero la sensación se tornó insoportable. Casi como una automática, tomó su cartera, su abrigo, las llaves del automóvil y corrió hacia la cochera.

Era absolutamente consciente de que, si alguien le preguntaba a dónde iba y por qué la prisa, ella no podría responder desde la lógica. Empezó a manejar rumbo al hospital y, cuando se quiso acordar, ya estaba cruzando el pórtico.

Ese día, Celeste tenía los sentidos agudizados por lo que la impresionó más de lo habitual la visión de dos postales disímiles de un mismo paisaje. El mismo parque soleado; a la derecha mostraba una escena dinámica, protagonizada por el ir y venir de algunos

pacientes en compañía de sus esporádicas visitas. Pero a la izquierda de la entrada, el mismo parque envolvía a los pabellones de atrás en un halo lúgubre de estática tristeza gótica.

La misma quietud pesada que se percibe en un cementerio abandonado... Un paisaje impregnado del silencio de los miles de sollozos enterrados.

Celeste miró nerviosa a su alrededor, no sabía a quién o qué buscaba. Necesitaba ver el rostro de Uma o del ejecutivo. Pero, a pesar de ser una tarde bastante soleada en ese invierno gris, ni uno ni otro estaban en el parque.

Sin saber la razón, Celeste empezó a acelerar el paso hacia el pabellón de Uma, que era el último y el más escondido. Al llegar, detuvo su marcha por un instante para tomar aire, sentía que sus pulmones estaban vacíos, pero no por el trote, sino por la certeza de que algo nefasto había detrás de esas paredes grises. Contuvo el aliento, como cuando le perforaban la vena para extraerle sangre, y empujó la gran puerta que en una época había sido verdosa.

A pesar de que apoyó todo su cuerpo para darle más fuerza al empuje, esta no cedió. Insistió una vez más y golpeó. Era evidente que estaba cerrada desde adentro. Apoyó su mejilla para poder oír algo, pero había un silencio sepulcral. Solo se escuchaba el aire.

Celeste fue hacia una de las ventanas, pero no llegaba a ver porque eran muy altas. Ya muy alterada e intuyendo que no había tiempo, arrimó unos cajones de manzana que encontró apilados a un costado. Se subió sobre ellos y debió hacer equilibrio para no caer, y gracias a que hizo sombra con sus manos a ambos lados de su cara, pudo divisar, dentro de la oscuridad del pabellón, las camas ocupadas por las internas que parecían todas dormidas. Y frente a la cama de Uma, dos figuras blancas inmóviles que parecían estar

manipulando algo metálico.

Aunque no divisaba lo que ocurría, Celeste se desesperó porque tuvo frente a sí la imagen del peligro. Ya no era solo una sensación. Y recordó a los fantasmas que robaban pelo

Ya fuera de sí, comenzó a golpear la ventana.

—¡Abran la puerta ya! ¡Abran la puerta o llamo a la policía!». Bajó de los cajones y se encaminó hacia la puerta que empezó a entreabrirse. Ella, sin pensarlo un segundo, entró al pabellón y se quedó estática ante la imagen de la enfermera nefasta y su compañera cara de payaso.

—¿Qué hacen aquí encerradas...? —inquirió Celeste mientras estiraba su cuello para poder ver detrás del mastodonte. Se acercó a la cama de Uma y vio, horrorizada, que le habían cortado al ras un mechón de su cabello.

—¿¿Qué significa esto?! —vociferó Celeste con furia.

La cara de payaso y cabeza de zanahoria, nerviosamente, respondió:

—Hacemos nuestro trabajo. Nos dieron la orden de higienizar los pabellones y a las pacientes. Hay piojos.

Celeste la miró fijo a los ojos y supo que mentía. Cuando observó a la siniestra, notó que esta la contemplaba con odio, pero sin inmutarse ni intentar defenderse, como si se sintiera a salvo.

Celeste no había terminado de estudiar su actitud cuando captó una fugaz y casi imperceptible mirada que esta le dirigió a su compañera cabeza de zanahoria, quien, muy sigilosa, se deslizó por el costado de Celeste y se dirigió hacia la puerta.

Aunque no hizo sonido alguno, un escalofrío por la espalda le

reveló a Celeste que la puerta había sido trabada y que, desde ese preciso instante, ella estaba en peligro y a total merced de esas dos desquiciadas.

La siniestra pudo oler el miedo de Celeste y un destello de placer iluminó su mirada.

Sus ojos se encontraron y Celeste no disimuló que los suyos exhibían con horror, las visiones que estaban atravesando como ráfagas su mente. Más que visiones eran revelaciones de cómo se habían sucedido los hechos en el pasado, qué le había sucedido en realidad a su predecesora.

Las imágenes se agolparon en la mente de Celeste y vio a una psicóloga dedicada y sensible como ella que, un día feriado, visitaba sin aviso a sus pacientes, sin contar con la desgracia de toparse con esas dos delincuentes que, fingiendo ser personal de limpieza, solían robar, entre otras cosas, el cabello de las pacientes para después venderlo.

Se vieron descubiertas por esa psicóloga entrometida. Celeste no quería ver la imagen que ya se había colado y danzaba en su mente... Cerró con fuerza los ojos.

Pero en milésimas de segundos, en la mente de Celeste se hicieron más nítidas. No les había resultado difícil trabar la puerta, clavarle la tijera en el entrecejo a su ex colega y, luego, tirarla en el bosque de *eucaliptus*, junto a un pobre paciente al que le hicieron sostener las tijeras.

Celeste jadeaba debido al terror. La siniestra parecía evocar y disfrutar las imágenes que desfilaban por la torturada mente de Celeste. Comprendía perfectamente que había sido descubierta por esa mujer a la que aborrecía... y solo quedaba una alternativa... Las

tres lo supieron.

Era una sentencia tácita que flotaba entre ellas... Solo cuestión de segundos...

—Está viniendo el director —atinó a decir Celeste con la ingenua intención de amedrentarla.

La siniestra la miró casi divertida, en parte, porque sabía que no era cierto, y también porque el miedo de Celeste le daba poder, la hacía disfrutar de antemano el dolor físico que le infligiría antes de quitarle la vida. Pero, hasta entonces, durante esos últimos segundos previos al sacrificio, podía gozar del dolor psicológico que sentía ese ser que tenía entre sus garras.

—Qué raro que no hables. No conozco tu voz —le dijo Celeste para ganar tiempo.

Todo fue inútil. La siniestra tomó las tijeras y se fue a cercando con sigilo, sin apuro, disfrutando cada paso, y sin quitar sus ojos del semblante de su víctima.

Celeste comenzó a retroceder, pero su espalda chocó con la huesuda cómplice cara de payaso. En ese momento, solo pensó en su Martina y en dónde le asestaría ese monstruo el primer golpe.

De pronto, se escuchó un estallido similar al sonido de vidrios rotos y, al mismo tiempo, agudos sonidos de silbatos.

Una voz irreconocible y conocida a la vez gritó con furia:

—¡El director! ¡La policía! —El cuerpo del ejecutivo había traspasado el ventanal y ya estaba dentro del pabellón. Con esfuerzo, dado que rengueaba producto de la caída y los cortes sufridos al traspasar el ventanal, enfiló rumbo a la siniestra.

Aprovechando la sorpresa de sus captoras, Celeste retrocedió y se

protegió tras la cama de una interna. La siniestra pareció descolocada, miró a su cómplice y solo atinó a tomar su bolsa cargada de cabelleras y escapar por la puerta, la que destrabó antes de salir. Todo sucedió en milésimas de segundos. Al pasar junto al ejecutivo, lo empujó y casi lo tira, ya que él apenas podía mantenerse en pie, dado que, al caer del ventanal, se había esguinzado el pie izquierdo, y tanto su mano como su mejilla sangraban.

Sin dejar de renguear, el ejecutivo cerró la puerta del pabellón por dentro y miró por la ventana rota cómo escapaban las dos delincuentes.

—Doctora, ¿está bien?

Celeste no podía responderle porque estaba bloqueada por el terror y solo entendía lo cerca que había estado de la muerte.

Ante la insistencia del ejecutivo, Celeste volteó para mirarlo y enseguida vio su mejilla derecha cortada y su mano izquierda completamente ensangrentada.

—Está sangrando, llamemos al médico de guardia —al decir eso, miró hacia la cama de Uma, que seguía dormida, sin ser consciente de lo que se había salvado.

Pobre Uma. No solo se habría despertado sin su cabellera, sino que tampoco habría entendido qué hacía vagando sin rumbo por el bosque, empuñando unas tijeras ensangrentadas.

El ejecutivo abrió la pesada puerta y Celeste se asomó con temor. Vio a unos cuantos internos con silbatos y miró al ejecutivo sin entender lo que sucedía.

—Organicé un torneo interempresarial —respondió, autosuficiente, el ejecutivo ante la mirada inquisidora de Celeste. Si no hubiera sido en ese contexto, ella habría jurado que ese loco le

estaba tomando el pelo. Ese mismo loco que le acababa de salvar la vida.

Miró hacia afuera y, a lo lejos, pudo divisar a dos enfermeras. Celeste les hizo señas desesperadas y ellas se apresuraron a acercarse.

Mientras llegaban, Celeste tomó la mano del ejecutivo. Se quedó observándolas sin disimulo, eran las manos más varoniles y bellas que había visto en su vida, fuertes sin ser rústicas, con dedos alargados que terminaban en ángulos rectos.

—Está sangrando mucho, habrá que aplicar la antitetánica —dijo eso para disimular su turbación por haberse sentido traspasada por una corriente eléctrica al rozarse sus manos.

Lo miró, y vio su propia cara reflejada en las gafas oscurísimas del ejecutivo. Pero incluso a través de los cristales, ella pudo presentir la intensidad de su mirada.

—¿Se da cuenta de que me salvó? Si no hubiera sido por usted...

—Es mi trabajo, doctora... —respondió él sin vacilar.

—Cierto —contestó Celeste. Por un instante, se había sentido protegida por ese interno, olvidando su desquicio.

—De todos modos, gracias, muchas gracias. Nunca voy a poder agradeceréelo.

—Sí, puede —susurró él.

Celeste lo miró intrigada y hasta con cierto resquemor por una posible desubicación de su parte.

—No deje de traerme alfajores —declaró él con una mueca similar a una sonrisa.

En ese momento, las enfermeras entraron al pabellón y no daban crédito a lo que Celeste les relató, al mismo tiempo que le tomaron el pulso a Uma, y se llevaron al ejecutivo para curarle la mano.

Con la médica de guardia dieron parte a la policía y, esa noche, Celeste fue escoltada por un patrullero hasta su casa. Pero antes de eso, ella esperó a que Uma despertara.

—Celeste —fue lo primero que Uma dijo al despertar, ante la sorpresa de las enfermeras por el trato tan familiar dispensado a su terapeuta.

—Uma, estás bien. ¿Recordás algo extraño que hayas visto hoy? —preguntó la licenciada Duncan.

Uma miró a las mujeres y Celeste comprendió que no quería explayarse frente a ellas. Cuando se fueron, Uma sentenció:

—No está lejos el mal. Está furioso con vos. —Fue enfática. Luego, Uma tocó su cabeza y se topó con el espacio sin cabello—. Estuvieron los fantasmas que roban pelo —concluyó. Dirigió sus ojos hacia Celeste, con una mirada muy triste que vaticinaba lo peor.

—Uma, descansá. Pedí que a partir de esta noche te pasen a un pabellón más vigilado.

—Los de adelante —dedujo Uma—. El de los pacientes que reciben visitas. —Eso último lo dijo con tristeza.

—Sí, pacientes como vos. Elvira y yo siempre te visitaremos —anunció Celeste cariñosamente.

Uma sonrió solo con la mirada. Cerró sus ojos y expresó que tenía mucho sueño.

La médica tranquilizó a Celeste explicándole que era efecto del somnífero que le habían aplicado las dos intrusas.

—Fue una suerte que no se hayan sobrepasado con la dosis, podría no haber vuelto a despertar —informó la médica con total tranquilidad, sin percatarse de la cara de espanto de Celeste.

Antes de irse, la licenciada Duncan preguntó por el ejecutivo. Le aseguraron que estaba bien y que le habían suministrado analgésicos y antibióticos dado que los cortes eran bastante profundos.

Cuando el patrullero llegó, Celeste se subió a su automóvil y fue escoltada por la fuerza de seguridad hasta su casa. Llegó sana y salva ante la mirada sorprendida de algunos vecinos

Al abrir la puerta de su departamento, Celeste exclamó:

—¡Vaya mi domingo libre solo para mí!

Capítulo XVIII

— ¡Bueno! Pero al fin. ¡Al fin la reina valquiria descendió entre los mortales para que podamos contemplarla! —Mario rebozaba vitalidad y optimismo.

Celeste lo contemplaba extasiada. Se alejó un poco para observarlo mejor. Pocas veces se había topado con un hombre tan guapo, *sexy*, seductor y comprador.

E incorruptiblemente *gay*.

Era, sin dudar, la versión masculina de Chantal. Ambos resultaban irresistibles para *todos* los sexos.

Pletóricos de belleza, narcisismo sin culpa, autosuficiencia y una exacerbada sagacidad bien camuflada con arranques de frivolidad. Pero, ambos, carentes de mezquindad, y los amigos más leales.

Mario y Celeste eran amigos desde muy jóvenes, se habían conocido trabajando en la misma agencia de viajes mientras ambos estudiaban sus respectivas carreras. Asimismo, habían compartido muchas aventuras, viajes y eventos junto a la gente más exótica y divertida, sino del mundo, al menos el país. Celeste nunca reía tanto como cuando se encontraba en compañía de Mario. Ambos tenían un sentido del humor similar y captaban al unísono el lado cómico de todo y todos. Y, de adultos, eran mejores amigos y confidentes, posición que Mario le disputaba a Chantal, y viceversa.

— ¿Cómo estuviste todo este mes? —inquirió Mario con verdadero

interés. A él no le convencía el trabajo de Celeste en el neuropsiquiátrico. Le parecía peligroso y por demás deprimente.

—Bien —mintió Celeste. No quería arruinar el encuentro y preocupar a su amigo. Sabía que, si le contaba lo del motociclista y el automóvil que la perseguían, más la nefasta y la cara de payaso llorón, él atravesaría su propio vehículo para impedirle que volviera a ese lugar.

—Hablame de vos, ¿cómo anduvo el proyecto de Neuquén?

Los ojos de Mario centellaron y, con una sonrisa triunfante, declaró victorioso:

—Me dieron el proyecto del Llao LLao.

—¡No te creo! ¡Felicidades! ¡Te lo merecés! Che, ¡qué bueno!

Celeste lo adoraba, pero más allá de su cariño, era objetiva y lo reconocía como uno de los mejores arquitectos del país.

—Contame, ¿qué tal el ambiente? —inquirió Celeste.

Pero, en realidad, ella solo quería saber si él había conocido a alguien nuevo que lo ayudara a sacarse de la cabeza a ese tal Manu, un tipo con el que había estado durante un par de meses, pero que, de un día para el otro, había desaparecido sin dejar rastros.

—Nada nuevo —le anticipó Mario, que ya conocía a su amiga del alma y sabía a dónde apuntaba la pregunta. Su mirada pareció opacarse, y Celeste se odió por haber traído, sin querer, ese recuerdo.

—Veo que no supiste nada de ese Manu, pero mejor. Un tipo tan misterioso, hermético y que, en estos tiempos que corren, no quiera que nadie sepa que es *gay*. Todavía no me entra en la cabeza cómo pudiste interesarte en él.

Celeste consideró utilizar el término *interesaste* porque era el apropiado para minimizar el tema. Ese Manu no le había interesado, lo había enloquecido.

Pero, según Mario, que era muy intuitivo y sagaz, y, por sobre todas las cosas, no era autoindulgente, sino todo lo contrario, insistía en que el tal Manu también moría de amor por él y que su desaparición se debería a un asunto de fuerza mayor. Tratándose de Mario, Celeste sabía que no era una actitud de negación. Y aunque dudaba, una parte de ella coincidía.

—Bueno —comenzó Mario un poco molesto—, yo tampoco entiendo cómo vos podés estar tanto tiempo sola, sin nada de nada.

Celeste comprendió que la conversación necesitaba un giro, pero Mario, anticipándose, le preguntó:

—¿Te gustaría trabajar en el proyecto de Llao Llao como mi asistente en Buenos Aires? Y, de paso, dejás ese manicomio.

—Gracias, pero no es lo mío.

—Ah, contame, ¿y cómo anda la Chantal Starosta? En Bariloche, un día pude captar la señal de su programa. Estaba espléndida ella en un club náutico haciendo reportajes. Después navegando. También en un club de golf en Punta del Este y, más tarde, hospedada en un hotel boutique en medio de un bosque de pinos.

Celeste sonrió y, arqueando las cejas, le informó:

—Puede ser que varíe un poco los paisajes que Chantal frecuente en los próximos meses.

—¿Por? ¿Se va a Europa o Asia? —indagó Mario sin ocultar sus celos hacia Chantal.

—Ni a una ni a otra parte.

Mario la miró extrañado. Ya quería saber. Era chismoso, pero cuando se trataba de Chantal, pasaba todos los límites.

—¿Te he contado que, hace unos meses, ella tuvo un accidente, que por una mala maniobra con su automóvil no solo tiró los volquetes de basura en la puerta de un colegio, sino que rompió el guardarriel de seguridad y arruinó la entrada del establecimiento? — le comentó Celeste mientras revolvía el café.

—¿Qué? Pero ¿estaba fumada? —preguntó Mario sin disimular su sorpresa.

—Sí —contestó, seria y lacónica, Celeste.

—¿Con qué? ¿Desde cuándo? —preguntó Mario casi azorado. Y agregó—: Me sorprende. Tanto que cuida su belleza, su imagen, que fume y se arriesgue así. —Y agregó sin piedad—: Y arriesgue a los demás.

—Y sí, son las contradicciones de Chantal. La cuestión es que ahora tendrá que cumplir una *Probation*.

Mario lanzó una carcajada cargada de placer y, poniéndose de pie para aplaudir mejor y hacer más evidente su euforia, exclamó:

—¡Me muero! ¡La quiero ver barriendo en la vía pública o limpiando un baño! ¡Se nos muere! ¡Creéme que se nos muere!

—Mario, no la quieras tanto, disimulá un poco, che. No seas malo....

—Soy malo y me gusta serlo. —Esa eran una de sus frases de cabecera, una especie de código entre amigos. Y, para mejorar su imagen, agregó—: No la odio. Solo que es un poco insoportable, pero esto le va a venir bien. ¿Y cuándo empieza? —consultó para no cortar su fuente de placer.

—No sé. En estos días le informaban cuál será la *Probation*.

Como dando por finalizado el tema o, por lo menos, hasta que se supiera en qué consistiría la punición, como de la nada, de pronto Mario miró a Celeste y le preguntó de sopetón:

—¿Y vos? ¿Cuándo terminás tu *Probation*? ¿Cuánto hace que no te renovás ni haces un viaje o, al menos, comprarte ropa nueva?

—Tengo muchos gastos fijos —empezó a decir Celeste.

—¡Pero yo, por suerte, no! Movete, vamos al *shopping*. Todavía te debo el regalo de tu cumple.

—Estoy cansada —se quejó Celeste. Pero, en realidad, le daba pudor que él fuera tan generoso con ella, pues, a su vez, sentía que no tenía los recursos para retribuir sus atenciones.

—Y yo para nada —respondió Mario al mismo tiempo que, tomando sus manos, de un tirón, la hacía levantar del sofá.

En menos de media hora, ya estaban entrando a un local de ropa para elegir unas cuantas prendas y que Celeste se las probara.

—Me encanta este *sweater* tan suave. ¿De qué es? —preguntó Celeste a la vendedora que, muy orgullosa y segura de que con su respuesta garantizaría la venta, respondió:

—Es angora legítima, pelo de conejo, y está en liquidación, casi a la mitad de precio.

Desde el otro extremo del salón se oyó un chillido.

—¡Sacate eso ya!

Celeste asomó la cabeza por la cortina del probador y miró desconcertada a Mario.

—¿Qué pasa? ¿Por qué?

Mario miró con reproche a la vendedora y enseguida le dijo a Celeste:

—Horroroso. Ayer justo me mostraron un video espantoso, un criadero de conejos de angora.

—Qué lindos —lo interrumpió Celeste enternecida.

—¿Sí? —respondió Mario con el mismo tono beligerante con el que había comenzado el tema—. Te pinto la escena, mirá qué lindo: una china que tiene apoyada sobre su falda una tabla plana sobre la que está atado e inmovilizado un pobre conejo. De pronto, ella empieza a arrancarle mechones de pelo sin siquiera inmutarse ante los chillidos de dolor del pobrecito. Una vez que lo deja pelado y en carne viva, sin más, lo arroja a una jaula donde permanecerá temblando de dolor y de miedo hasta que el pelo le vuelva a crecer para volver a arrancárselo, mientras el pobre dure. Su promedio de vida, o de infierno, es de unos dos años.

Celeste corrió al probador y se arrancó el sweater. Pero una vez que lo tuvo entre sus manos, lo acercó a su pecho como un símbolo de respeto y con el deseo de consolar los restos del pobre conejito.

Después siguió probándose ropa y se decidió por un vestido al cuerpo, muy sugestivo y jovial, en tonos pastel, que complementaría con un saco *bordeaux* largo con detalles de perlas a modo de botones en el puño.

Mientras Mario pagaba, no dejó de repetirle a la vendedora que le dijese a la dueña del local que no promoviera la crueldad animal, que todo era circular, que todo volvía.

«Este Mario siempre el mismo», pensó Celeste. Pero se sintió orgullosa de su amigo.

Para cuando volvieron a la casa de Celeste, Martina ya había

llegado.

Apenas vio entrar a Mario, corrió a abrazarlo en medio de exclamaciones de auténtica felicidad. Mario era como su tío querido, que no dejaba de consentirla.

Al mismo tiempo, un chico delgado y pelilargo se acercó sonriente a Celeste y, con mucho afecto, y demasiada confianza, la abrazó muy efusivamente.

Celeste trató de retribuir tanto afecto, pero en su lugar le salió una sonrisa incómoda, dada la sorpresa.

—¡Mamá! ¿No te acordás de Iñaqui, mi novio del *Kinder garten*? Acaba de volver de Estados Unidos. ¿Te acordás que se fue antes de empezar primer grado? Bueno, ¡ya volvió! —Martina lo dijo en un tono tan victorioso que sonaba como si él hubiera vuelto por ella.

—Claro. ¡Ahora sí! —Celeste volvió a abrazarlo—. Jamás te hubiera reconocido —admitió.

—Yo sí. Estás igual —respondió Iñaqui al mejor estilo galán. Celeste sonrió y le lanzó una miradita a Mario. Más tarde le comentaría a su amigo que Iñaqui ya había aprendido a ser un galán mentiroso.

—Vos te cambiaste el cabello —dijo, intempestivamente, Iñaqui a Martina mientras sostenía un portarretratos con una foto de Martina y Celeste en la playa—. Era más copado tu color de antes —opinó sin que le preguntaran.

Martina hizo un rictus con su boca, pero, sin inmutarse, le respondió,

—Sigo teniendo ese color. Estos mechones me los hice porque sí, pero en estos días me los estaba por quitar. Ya me aburrí.

Celeste sabía que su hija mentía, pero aunque no se le movió un músculo facial, sonrió mucho, muchísimo por dentro, con la certeza de que a esos mechones colorinches les quedaban solo contadas horas de existencia.

Capítulo XIX

La llegada de Mario había alegrado los días de Celeste; él hacía aflorar su faceta más alegre y frívola. La remitía a épocas más felices, previas a ese golpe tan doloroso que siempre recordaba al ingresar al *shopping* cercano a su casa.

Una noche, Celeste volvía de cenar con Rafael. Estaba por entrar cuando se cruzó con Emanuelle.

—Buenas noches, vecina —saludó el vecino en tono jocoso, como si la hubiera pescado *in fraganti*, pero con la misma expresión de placer de quien descubre algo que podría contárselo a alguien en especial. Eso sonaba raro, ya que ellos no tenían amigos en común, excepto el encargado, pero que no era para nada chismoso.

Apenas apoyó la cartera sobre la mesa, Celeste vio que tenía mensajes en su celular, y no uno, sino varios, y casi todos de Ignacio.

Prefirió empezar por escuchar un audio de Chantal en el que le contaba, bastante tranquila, que, por suerte, su *Probation solo* consistiría en dar clases de Arte y Dibujo en una escuela pública primaria, y que comenzaría al día siguiente.

Ella estaba convencida de que sería fácil, les daría la teoría y los haría trabajar en silencio y dibujar sin chistar mientras durara la clase. No sería difícil. Eso resultaba mucho más soportable que limpiar un retrete o barrer en la vía pública ante la vista de todos.

El único detalle preocupante parecía ser que esa escuela estaba

dentro de un barrio carenciado, bastante alejado de las áreas frecuentadas por Chantal, y en una zona bastante peligrosa. Pero como ella iría con su automóvil...

Celeste imaginó a su amiga bajando de su Audi descapotable en la puerta de una escuela donde cualquiera de las madres de sus alumnos podían resultar ser una de sus empleadas domésticas.

Iba a responderle, pero recordó que tenía varios mensajes de Ignacio.

Aunque no tenía ganas, comenzó a leer el primero, que parecía una directiva: «Llamame en cuanto puedas. Novedades con una de tus pacientes». Los siguientes eran similares, pero el último no encerraba misterios: «Parece que tu paciente Uma Engel tiene novedades. El duende volvió».

Celeste sintió consternación. No era algo para bromear. Le pareció extraño que Ignacio no tomara en serio un nuevo brote psicótico de Uma Engel y que se refiriera a sus fantasías en tono humorístico. No era típico de él.

Por otra parte, qué amarga le resultaba esa novedad a Celeste.

Esa noche no podía conciliar el sueño imaginando a Uma con una recaída. Como su terapeuta, se sentía desconsolada. Y también en lo personal. A la mañana siguiente debería enfrentarse con esa nueva y triste noticia.

Esa mañana Celeste llegó más temprano que de costumbre. La noticia la había alterado y, la noche anterior, apenas había podido conciliar el sueño.

—Buenos días, doctora. —El ejecutivo acababa de sorprenderla.

Celeste se miraba en el espejo de la puerta de su automóvil

mientras se colocaba corrector de ojeras y se acomodaba el cabello a pesar del viento de principios de septiembre.

—Salí de mi casa sin siquiera poder peinarme. Llegaba tarde. —Se sorprendió a sí misma dándole explicaciones a un interno delirante.

Él la miró a través de sus gafas y le esputó:

—Las mujeres se esfuerzan por ser lindas, en vez de ser especiales. Usted ya es especial, no necesita ponerse más linda.

Celeste trató de no darle importancia, pero en su fuero más íntimo admitió que ese delirante estaba loco, pero había dado en el clavo. Era cierto, ella odiaba sentirse especial, diferente. Soñaba con ser como esas mujeres carilindas que acatan las circunstancias sin cuestionarse y que parecen impávidas ante todo, como si se hubieran bañado en vaselina.

Pero el ejecutivo siguió:

—Si yo fuera un turista inglés y me encontrara con usted por la calle, le diría «*Excuse me, young lady*, en su país he visto muchas mujeres bellas, pero ninguna tan femenina como usted». —Y aclaró —: Y no le estaría mintiendo ni exagerando, como si se lo dijera un italiano.

Debido a que Celeste no había detenido su marcha rumbo a la oficina de Ignacio, no estaba enfrentada cara a cara al ejecutivo mientras él le hablaba, se conmovió al escuchar tan solo esa voz y lo que le había dicho. Le impresionó el cumplido y solo le quedó una duda. «¿Por qué tendría él que ser inglés para verme la más femenina del país?, se preguntó divertida.

Pero, a pesar de la ligereza con la que tomó el comentario dadas las circunstancias, tuvo que admitir que ese piropo, viniendo de un hombre cuerdo, le habría parecido entre los más sinceros de su vida.

Celeste había llegado más temprano que de costumbre, pero cuando entró a la oficina de Ignacio, él parecía estar esperándola más que ansioso.

—Buen día. ¿Qué me contás? Es increíble, ¿no?

Celeste lo veía como un hecho triste, pero no increíble. Qué raro estaba actuando Ignacio.

—Ignacio, no te entiendo. ¿Qué es lo que te parece tan increíble? ¿Qué te sorprende tanto? ¿Que haya tenido una recaída y un nuevo brote? Me apena, y créeme que mucho, pero no lo veo tan raro.

—¿De qué recaída me estás hablando? —inquirió Ignacio impaciente—. Hubo novedades. Ayer vinieron de judiciales. La pariente, no recuerdo el nombre.

—Emma Richter —Celeste aclaró—. ¿Qué pasó? ¿Vino a visitarla?

—No, más que visitarla, a enterrarla.

Celeste lo miró con cara de no entender.

—Pidió una auditoría médica con peritaje psiquiátrico para que la declaren insana y, a la vez, ella hacerse cargo de sus propiedades.

—¿Qué?! —exclamó Celeste visiblemente abatida. No intentó siquiera disimular su consternación, al punto que, ante la sostenida mirada de Ignacio, ella asumió que ya todos sabrían que se había involucrado de manera muy personal en el caso, lo cual equivaldría a falta de profesionalismo.

Ignacio continuó como si nada.

—Lo que oís. Y lo peor, no sé cómo lo hizo, pero logró que la auditoría sea mañana mismo. Debe de tener algún contacto.

—O lo estuvo pergeñando hace bastante —dedujo Celeste, y

parafraseando a Ignacio, agregó—: En lugar de visitarla, tuvo tiempo suficiente para enterrarla. —Se interrumpió y, frunciendo el ceño, inquirió—: Pero ¿qué tiene que ver el duende, Crioseth? ¿Por qué lo mencionaste?, ¿por qué dijiste que había vuelto?

Ignacio la miró como si le hubiera hablado en otro idioma y replicó:

—Duende... Crioseth... ¿Y ese quién es?

Celeste se dio cuenta de que había hablado de más. Obvio, si ella jamás lo había comunicado y solo en su sueño había llevado los informes de Uma a la oficina de Ignacio. Enseguida se corrigió.

—Un personaje del que una vez hablamos con Uma. Pero ¿por qué dijiste que había vuelto el duende? —insistió Celeste

—Celeste, ponete las pilas, por favor. Hoy estás dormida. El novio, el difunto novio. Como ella es el hada, dije «el duende». Qué sé yo, para no romper el clima mágico —rió Ignacio, encantado con su acotación humorística. Y prosiguió informando a Celeste—: Elvira, ¿no?, la vecina, habló ayer con la psiquiatra tratante porque vos no estabas. Un día que te ausentás porque vas al médico y mirá todo lo que pasa —acotó Ignacio con sorna.

—Bien, la vecina dijo que pasó frente a la casa de Uma y que la puerta estaba entreabierta. Entró y encontró a la tía, esa tal Emma, sentada en el piso y, en medio de una borrachera, le confesó que el que había muerto en un accidente camino al hospital había sido el hermano del novio.

»Como Elvira más o menos sabía dónde vivía el chico este, fue y lo encontró. Él había llamado varias veces a lo de Uma, pero la tía le decía que se había ido a vivir sola.

Celeste estaba espantada y solo podía susurrar, como un mantra,

«De terror... de terror... de terror...». Volvió en sí y preguntó sin disimular su preocupación:

—¿Uma lo sabe? —Al segundo de haberlo preguntado, recordó el día en el que Uma le había dicho que lo estaba esperando, que él estaba en este mundo y que estaba por volver a ella. Sintió que un escalofrío la recorría de pies a cabeza, una y otra vez.

—¿Estás bien? —le preguntó Ignacio, que la observaba preocupado—. ¿Sabés? Tomé una decisión.

—¿Cuál? —inquirió Celeste. En ese instante, hizo su entrada Ana, como siempre, en el momento menos oportuno. Entró munida de una pila de papeles.

Casi sin mirar a Celeste, le indicó a su jefe:

—Ignacio, hay que firmar todo esto.

A Celeste le causó gracia el «hay» en lugar de «tenés», como si ella estuviera involucrada en la firma y toma de decisiones.

Ignacio resopló y, de manera apurada, le dijo a Celeste:

—Celestine, mañana hablamos. Te espero para la auditoría. Te agradecería que fueras puntual. Si podés venite un rato antes, así te comento mi decisión.

Celeste sabía que no se lo comentaría frente a Ana. Por otra parte, por ese día, ya no quería enterarse de nada más. Y, además, por el tono de Ignacio, la decisión no parecía revestir gravedad. O eso aparentaba.

Celeste bajó las escaleras con más lentitud que de costumbre. Estaba confundida. Pero decididamente triste.

Al día siguiente sería devastador ver entrar a Uma con su corona

de flores y comentar sobre la estrella titilante, la lluvia con sol y las mariposas invisibles. Iba a ser muy triste.

Mientras se acercaba al pabellón de Uma, la vio de lejos caminar por el parque con su corona de flores sobre su cabeza. Celeste apuró el paso para alcanzarla. De pronto, Uma, como si hubiera sabido que Celeste iba detrás de ella, frenó y giró su cabeza, la miró sonriente y se dispuso a esperarla.

—Uma... Uma..., ¿cómo estás? —le preguntó Celeste, más como una amiga que como una terapeuta.

El hada sonrió. Y en vez de responderle a su pregunta, miró nerviosa a su alrededor. Parecía muy apurada por decirle algo y, a modo de ruego, casi le suplicó:

—Jamás me olvides, Celeste... Ni tampoco renuncies a tu colina de mariposas invisibles... No dejes de esperar tu lluvia con sol... y no temas tomar el destino que tu alma te muestre... Nunca temas eso... Lo que más deberías temer es vivir lejos de tu colina..., pasar tu existencia en una colina que no es la tuya...

—Uma... —susurró Celeste. Pero la vio más ida y ausente que nunca.

Todo había sido en vano. Pobre Uma, pasaría el resto de su vida confinada en ese lugar, deteriorándose, y cada vez más lejos de sí misma.

Celeste quería hablarle de su novio, tal vez eso la haría volver a cierta cordura.

Pero Uma no quería escuchar. Estaba obsesionada con despedirse de Celeste y de alertarla.

—Todo es verdad, Celeste, estoy triste porque me vas a creer

cuando ya sea tarde... Confiá en mí... Gracias, Celeste... Gracias por todo... Sos mi mejor y única amiga.

Celeste no podía hablar por la congoja. ¿Cómo salvar a esa hada de sí misma? Se sentía impotente. Se sentía un fracaso. Y ella que la había llamado su mejor y única amiga. Hizo un último intento.

—Uma, mañana vienen peritos psiquiatras a evaluarte, no dejes que te dejen encerrada aquí. Ayudate, por favor.

Uma la miró con tristeza. Y le dijo con una nueva voz que sonaba dulce y para nada sombría:

—Celeste, amiga, confiá en todo, todo lo que te dije. No dejes de creer ni en mí, ni en vos, ni en nuestros mundos. Gracias por todo.

—Le dio la espalda a Celeste e hizo dos pasos, pero de pronto giró sobre sí misma y, mirando a su amiga con una mirada extraña y profunda, le sugirió—: Y, por favor, te ruego: mirá a tu alrededor. No dejes de pensar en el peligro. Cuando el mal nos acecha, no debemos dejar que nos sorprenda, el secreto consiste en tenerlo presente para que no nos tome por sorpresa. Lo bueno y lo malo sucede cuando menos lo esperamos. Voy a estar cuidándote desde mi mundo. Solo por hoy te digo adiós. —Dio la vuelta y se fue velozmente.

Celeste se quedó mirándola con la sensación de que sería la última vez que la vería.

Capítulo XX

Aunque devastada, Celeste había interpretado el consejo de Uma. Había escuchado y creído cada una de sus palabras. Claro que no con su mente racional, pero sí con todo su centro intuitivo.

Todo era verdad. Ella lo sabía, lo sentía. Algo la amenazaba, podía sentir cómo el peligro le susurraba y la rodeaba con brazos invisibles. Ella sentía esos brazos.

No sabía de qué manera, bajo qué forma se ocultaría esa vez. Tal vez, el ogro calvo que Uma le había descrito en su delirio; tal vez, un dolor como aquel del pasado, catorce años atrás. Como fuere, ella estaría atenta.

Estaba claro, era evidente. Si hasta el motociclista aparecía cuando ella menos lo esperaba. Siempre lo hacía mientras ella manejaba distraída, absorta en sus temas cotidianos.

Esa noche casi no pudo dormir. Al amanecer, sin fuerzas y aterrada, se sintió como deben de sentirse los animales en el matadero... o como se siente la gente camino al hospital para una cirugía programada. Sin embargo, se esmeró y llegó al neuropsiquiátrico más temprano que de costumbre.

Por primera vez, subió con lentitud las escaleras que conducían a la oficina de Ignacio. Al abrir la puerta de la oficina, tuvo la impresión de que la presencia anticipada de los auditores médicos bien podía ser tomada como una mala señal del destino.

Ellos ya se encontraban con los informes en mano, sentados, relajados y hablando con su jefe. Solo se pusieron de pie para saludarla. De los cuatro que habían ido, Celeste reconoció a dos antiguos colegas, para colmo, una que no le era muy simpática.

Celeste saludó y se excusó por estar disfónica, casi afónica. La colega que le era antipática le lanzó una mirada cargada de diagnósticos presuntivos.

Hablaron del caso de Uma, ya que tenían leídos los informes que Ignacio les había extendido el día anterior por *fax* y que se basaban en los datos aportados por Celeste.

Además de estar desolada por Uma, la licenciada Duncan temía por su reputación. Ese día, más que nunca antes, había asumido los errores cometidos y, en parte, se sentía responsable por el sórdido destino que le esperaba a Uma.

Celeste ya estaba casi decidida a dejar la profesión y ponerse a trabajar con Chantal o Mario. Es más, ambos se disputarían sus servicios.

La atribulada licenciada Duncan se acomodó en un sillón en el rincón más oscuro de la oficina de Ignacio. Dado que se sentía afiebrada, y escudada en la disfonía, no haría muchos aportes, amén de que en esa ocasión debía actuar como una mera espectadora. Y nadie objetó su automarginación.

Mera espectadora, testigo silente e impotente de la destrucción de su protegida. En ese momento, Celeste recordó con melancolía, la bufanda y los guantes que ella le había regalado ante la mirada atónita del ejecutivo. Una mirada tan atónita que traspasaba sus gafas oscuras.

También recordó las nueces, miel, chocolates y vitaminas que ella

le había traído a escondidas. Sí, melancolía era la palabra, melancolía de un tiempo en el que todavía había esperanzas. Un tiempo en el que ella, usando una de sus frases de favoritas, aún *se sentía optimista*.

En cambio, en esos instantes aciagos, se le estrujaba el corazón ante la imagen anticipada de una Uma desquiciada, por lo que no pudo evitar recordar la frase de la psicografía: «Besthiana y su irremediable locura».

Sufrimiento anticipado, sí, porque ya podía imaginar la cara de esos sabiondos al ver a Uma entrar erguida con su corona de flores, su larga capa verde y algunas hojas y ramas que pudiera haber encontrado en el camino.

Y ante las preguntas, escucharla recordar su colina y describir sus colores. Sí. Definitivamente, iba a ser doloroso. No sabía si podría tolerarlo hasta el final. Pero al menos quería acompañar a Uma con su presencia.

Notó que Ignacio la observaba mientras hablaba con los auditores. Ella no pudo definir su mirada, pero no le pareció que él la juzgara, al contrario, parecía apiadarse de ella. Le recordó al Ignacio de su pesadilla.

¿Y si en ese mismo momento fuera ella a la que estuviesen auditando?

«Basta. Basta de castigarte por sentir un poco más que el resto. No tenés más locura que estos que creen al pie de la letra todas sus teorías», se reconfortó, a sí misma, Celeste.

Ya estaba más relajada cuando sintió pasos subiendo las escaleras. Golpearon e Ignacio respondió con un autoritario «adelante». Detrás de esa puerta estaba Carla escoltando a Uma.

El corazón de Celeste empezó a desordenarse y querer escapar de

su pecho, tal vez, para no sentir el dolor que le esperaba. El aire no le alcanzaba. Inspiró profundamente y cerró los ojos.

Al abrirse esa puerta, ella debería soportar ver una triste caricatura de hada, el menosprecio intelectual de sus colegas al tratar a Uma como algo menos que un ser humano y enfrentar la mirada transparente de Uma, que siempre había confiado en ella.

La puerta se abrió. Lo primero en ingresar fue la larga sombra de Uma.

Celeste no se atrevía a alzar la vista, prefería quedarse con la silueta proyectada en el piso.

—Buenas tardes.

Sintió claramente la voz de Uma.

De a poco, Celeste fue alzando su vista. Al menos, la acompañaría con la mirada y, aunque no podía intervenir, en algo, aunque fuese mínimo, la ayudaría. Celeste no perdía las esperanzas. Insistía en *sentirse optimista*.

Lentamente, sus ojos recorrieron la larga sombra de Uma; primero, se toparon con sus pies y subieron para quedar clavados en su rostro.

La expresión de Celeste reflejaba susto más que sorpresa. Se le acumuló saliva en la boca; su garganta estaba tan seca que le costaba tragar.

Con disimulo, buscó los ojos de Ignacio como esperando una revelación o, al menos, un poco de calma. Ignacio también le lanzó una mirada esquiva, aunque la suya estaba cargada con cierta complicidad imperceptible para los otros.

—Buenas tardes —dijo Celeste casi murmurando. Estaba

impresionada y asustada.

Miraba a esa mujer y le costaba reconocer a su Uma.

La mujer que estaba frente a ellos y que, con elegancia y parsimonia, acababa de tomar asiento, no usaba corona de flores ni capa, ni llevaba ramas en sus manos.

En cambio, lucía una blusa blanca con un pantalón azul y llevaba el cabello tirante hacia atrás en una cola de caballo. El único vestigio de Uma era la bufanda color celeste agua marina, regalo de Celeste, y que le caía a ambos lados de su pecho.

Hasta Carla parecía atónita y sin reacción. Estaba parada ahí, estática, petrificada, como si Uma la hubiera hechizado.

Esa versión de Uma, si bien parecía cordial, era distante y trataba a todos con una gentil superioridad. A Celeste apenas la había mirado.

—¿Cómo se siente...? —Fue la primera pregunta, emitida por el psiquiatra de más edad.

Celeste estaba con sus cinco sentidos alertas, a la pesca de cualquier delación, pero nada. Uma lo miró y, muy afable, y apenas sonriendo, respondió:

—Dadas las circunstancias y la humedad de hoy, bastante bien. Gracias.

—¿Recuerda su edad y lugar de nacimiento?

—Treinta y seis años. Y nací en Córdoba —fue su escueta respuesta.

La psicóloga, desde su asiento, que más que sentada parecía estar en un púlpito, le preguntó no sin arrogancia y en un tono poco

simpático:

— Recuerda por qué está aquí, ¿verdad?

Uma le clavó sus ojos transparentes y le respondió con calma.

— Jamás voy a olvidarlo, pero sí lamentarlo.

— ¿Qué es lo que lamenta? — insistió la psicóloga que había transferido su antipatía de Celeste a Uma.

— Lamento la preocupación y tristeza que causé a mi vecina y a mi tía. Pero no lamento haberme topado con los terapeutas de excelencia que me atendieron — dijo Uma sin inmutarse.

Celeste la miraba y no podía dejar de verla como una candidata a un puesto político. Por otra parte, pudo constatar, una vez más, que la interacción entre psiquiatras y psicólogos no era tan equitativa. Los psiquiatras casi no prestaban atención a las acotaciones de las psicólogas, ni siquiera en ese caso, en el que se había dado una terapia combinada de psicoterapia y farmacoterapia.

Uno de los auditores repitió la pregunta de la edad para constatar si daba la misma información.

— ¿Me recuerda su edad, por favor?

— Treinta y seis. Le informo que me faltan dos meses para cumplir treinta y siete. Y le ruego que no me lo haga recordar de nuevo, por favor — respondió Uma meneando la cabeza.

Nadie ríe, pero flotaba en el aire que a todos les había causado gracia.

Celeste era testigo anonadado de la forma en que Uma los había seducido. En especial, a los colegas hombres. A las mujeres las miraba solo cuando debía responderles, en particular, a la que era

antipática con Celeste. A esa la trató con cierto desdén. Y en más de una ocasión la hizo ver demasiado obvia.

—El día que fue internada, usted hablaba de otro mundo, de un hada o una bruja, no recuerdo. ¿Puede describirme ese lugar de donde decía venir?

Uma meneó la cabeza casi con indignación.

—Doctor, ¿quiere avergonzarme? —al decir eso, le echó una mirada seductora.

El médico, aunque fingió no inmutarse, no pudo evitar sonrojarse.

Celeste estaba conteniendo la respiración, atenta a la respuesta de Uma.

—Es muy triste —empezó a decir Uma alzando su vista hacia el cielo raso, queriendo dar la impresión de que hablaba para sí misma —. Pero, a veces, cuando el dolor es muy grande, puede provocar que una persona con las defensas bajas, y con una historia de vida que parece replicarse, una persona sin perspectivas y llena de inseguridades, pueda cometer un acto de locura o evadirse a mundos imaginarios, digamos, una especie de escapismo.

Al terminar la frase, le lanzó una fugaz mirada a Celeste. Tan fugaz como imperceptible, que nadie pareció captar a excepción de la destinataria y de Ignacio. Todos estaban callados y conmovidos. *Profesionalmente* conmovidos.

El interrogatorio prosiguió y la indagatoria se repitió con distintos disfraces y matices, pero era la misma en esencia: ¿Este es su mundo real o el otro?

Uma respondió sin titubeos hasta las preguntas más engañosas y dejó a todos con la sensación de que *casi* había sido un error del

sistema haberla retenido ahí.

Cuando dieron por terminada la auditoría, Carla, ante un ademán de Ignacio, se acercó callada y, casi sin levantar la vista, se llevó a Uma de la oficina.

—Encantada de haberlos conocido. Buenas tardes —pronunció esas palabras de cortesía y, sin más, se esfumó escoltada por su enfermera.

Pasaron varios segundos para que los allí presentes salieran del influjo de Uma y retomaran la conversación. Celeste se percató de que todos, aunque muy profesionales, se veían profundamente afectados.

Daba la impresión de que a todos y cada uno de ellos, de alguna extraña y misteriosa manera, les había llegado un mensaje individual, al mejor estilo de sincronicidad jungiana.

Eso tranquilizó a Celeste y, en cierta forma, reconfortó su autoestima profesional.

—Bien... bien.... —comenzó a decir Ignacio, tomando la iniciativa y decidido a sacar al grupo de ese letargo—. ¿Creen que es necesario reevaluarla la semana que viene?

Todos, excepto Celeste, que el día anterior había dialogado con la otra versión de Uma, miraron a Ignacio con sorpresa y hasta desconcierto.

—¿Evaluarla? Doctor Lynch, con todo respeto, pero ¿usted realmente cree necesario volver a evaluar a esta mujer? —«Esta mujer» sonó con un dejo de admiración.

Celeste se mantuvo aislada observando por la ventana y viendo cómo se alejaba la silueta de Uma. De pronto, la alta figura giró su

cabeza y, aunque estaba lejos, le lanzó una mirada enigmática

Con una rápida reacción, sorprendida en medio de su estupor, Celeste, instintivamente, se alejó de la ventana y se incorporó al grupo de colegas que ya habían decidido dar el alta a la paciente, pero manteniéndola observada con una terapia ambulatoria.

—¿Qué opina, licenciada Duncan? —preguntó el psiquiatra que llevaba la voz cantante.

Todos se concentraron en ella. Ignacio la miraba expectante y preocupado por la respuesta que Celeste pudiera dar.

—Me parece bien —opinó, casi sin fuerzas, Celeste.

Ignacio se acercó a ella con un formulario y le comunicó, en conjunto con sus colegas, que ella a partir de ese momento ya no estaría a cargo de Uma.

Celeste lo miró con una expresión de desazón que nadie notó porque era la misma que había mantenido durante todo el proceso. Ignacio se adelantó a cualquier reacción intempestiva de Celeste y aclaró:

—No quedan dudas de la labor realizada por la licenciada Duncan. En lo personal, no me resta más que felicitarla.

Celeste lo observaba sin entender.

—Pero, dado que la paciente transitará un nuevo estadio con una terapia ambulatoria, considero conveniente y prolijo que la misma sea llevada a cabo por un nuevo terapeuta.

Celeste lo miró fijamente. Ignacio le mantuvo la vista sin esquivarla.

Ella pudo notar que no había represalias ni motivos ocultos en la

decisión de Ignacio. Muy por el contrario, pudo entender que lo hacía para protegerla.

Él mismo estaba sorprendido por el cambio de Uma y sabía que Celeste estaba al borde de sus fuerzas. Si en el futuro había algún inconveniente con Uma, él no deseaba que *Celestine* se viera involucrada.

—Estás afiebrada. Mañana te mando parte de enferma. Quedate en la cama.

Celeste lo miró y no supo qué responderle. Saludó a los presentes, que le respondieron con más calidez y respeto que al inicio del interrogatorio.

—Buenas tardes. —Ella no solía ser tan escueta en su trato con la gente. Pero ya estaba exhausta. Solo quería volver a ver a Uma.

Estaba bajando las escaleras con lentitud, decidida a ir al pabellón de Uma, cuando, sorpresivamente, fue abordada por el ejecutivo.

—Doctora, supongo que se va. Además, se la ve mal. Y parece de noche por la tormenta que se avecina.

Celeste miró al ejecutivo y pensó que, ya que él reconocía que estaba tan nublado, en pedirle que se quitara las gafas oscuras. Solo se reprimió porque le pareció incoherente, impropio y, además, temió que él tuviera algún defecto y que ese fuera el motivo de no quitárselas nunca. Pero, amén de eso, él tenía razón.

Algo le decía que se fuera temprano y que era mejor no ver a Uma. El recuerdo de su metamorfosis la aterraba y angustiaba demasiado. ¿Tanto se había equivocado como profesional? Uma había fingido o era más peligrosa de lo que cualquiera podría imaginar. O... sufría de personalidades múltiples.

Celeste, sin dejar de cavilar, se encaminó hacia su automóvil y percibió una sombra entre los árboles. Se apresuró a llegar rápido a su vehículo, pero la sombra fue más veloz que ella.

—Veo que estás atenta al peligro. —De la oscuridad, emergió la voz grave de Uma.

Celeste se paró en seco. Por el rabillo del ojo sabía que el ejecutivo estaba merodeando por ahí. Pero, a pesar de todo, ella no podía temerle a Uma. La miró con una expresión grave y, cuando iba a preguntarle qué había significado ese cambio, Uma se anticipó; como siempre, parecía adivinar sus pensamientos.

—Todo salió bien para ambas. ¿Creíste que un grupo de *terapeutas* —hizo un ademán con los dedos imitando las comillas— iba a asustarme?

—Uma, fingiste. ¿Eras vos fingiendo o eras otra?

—Era la que debí ser para ellos. Con vos soy quien soy. Te rogué que confiaras en mí. Era yo, si hasta me puse tu bufanda en honor a nuestra amistad.

—Pero... todo lo que dijiste ahí, ¿lo crees?

Uma la miró como se mira a un niño y no le respondió.

—Se hace tarde. Se avecina una tormenta y está muy oscuro. No olvides pensar en el peligro. No te relajes. Estaremos conectadas.

Celeste no comprendió a qué tipo de conexión se refería, si al Whatsapp o a algo más místico. Solo se quedó mirando cómo esa figura imponente desaparecía en la oscuridad.

Capítulo XXI

Habían pasado cinco días desde la auditoría, o sea, cinco días en los que Celeste no había pisado el hospital. Nunca había estado tanto tiempo sin cruzar aquel pórtico merodeado por el bosque de *eucaliptus*, pero el otorrino le había diagnosticado faringitis, por lo que le había dado licencia médica por tres días, más los dos de fin de semana.

Ese domingo sonó el portero eléctrico. Celeste no esperaba a nadie. Martina dormía.

—¿Quién es? —preguntó con desgano, convencida de que sería algún vendedor o alguien que pedía ropa.

—Yo, Chantal, dejame entrar. —La voz ahogada de Chantal denotaba un llanto contenido.

Celeste le abrió la puerta de entrada del edificio y esperó a que subiera. Se sentía intranquila. Chantal jamás madrugaba un domingo. Celeste temía que hubiera alguna mala noticia.

Miró por la mirilla con miedo y vio a una Chantal demacrada y amargada, a punto de llorar, y que, al entrar para saludarla, fue directo a abrazarla.

—Cieli, me muero —empezó a decir Chantal, y no pudo seguir por el llanto nervioso que la atacó sin piedad.

—Pero, Chanti, ¿qué te pasó? Tranquilizate, vení, sentate.

Chantal obedeció, pero sin dejar de negar con la cabeza. Su linda y cuidada piel estaba bañada por las lágrimas.

—Pero vos, hoy, domingo, ¿no tendrías que estar en equitación?

—No... no... Ni fuerzas para eso tengo.

—Bueno, ¡basta, contame ya! —le ordenó Celeste

—Cieli, no voy a resistir, no puedo. Es horrible... —Chantal se cubrió el rostro con sus manos y trató de secarse las lágrimas—. Cieli, creo que tengo piojos, me duele la garganta y ¡todo es un espanto! —vociferó Chantal.

—¿Qué es todo? ¿Tu vida?, ¿los piojos? Pero ¿estás segura? ¡Y no dudaste en abrazarme! Mirá que sos guacha egoísta^[3] Está bien que compartamos muchas cosas, pero.

—Cieli, no sabés lo que son... —empezó a gimotear Chantal.

—¿Qué cosa? ¿Los piojos?

—Monstruos. Son monstruos que no dejan de hablar. ¿Dije «hablar»? ¡Gritan, vociferan, te aturden! Salís con dolor de cabeza y, al mismo tiempo, de garganta. Pelean entre ellos, se dan patadas... ¡porque no son puntapiés!, no... ¡son patadas! Casi no te escuchan, ¡y se te vienen todos encima con los mocos colgando y rascándose la cabeza! Ahora me pica a mí... Y tengo vergüenza de ir a la farmacia... Todos me conocen... ¡Saben quién soy por la tele!

Chantal volvió a lloriquear y a ponerse histérica.

—Y no sabés la directora... Me da directivas a mí. ¡A mí! Encima, si la vieras... La mina^[4] combina remal los colores. El viernes tenía zapatos de *animal print* con un pantalón escocés. ¡¿Escuchaste?! ¡Escocés! Me hace mal... Ese lugar, su estética... Todo... ¡Todo me hace mal!

Celeste no pudo evitar recordar su hospital.

—No hay nada que me guste. No hay nada que yo pueda rescatar. Nada. Ni siquiera puedo salir a los alrededores a mirar escaparates. Nada de nada. Todo horrible. Tres meses. ¡No lo voy a soportar!

Celeste preparó el desayuno para ambas y le aseguró que no tenía piojos.

—Pero ¿cómo sabés? —preguntó Chantal entre suspiros mientras tomaba su café.

—Porque te estarías rascando como loca —sentenció Celeste más relajada—. Y te digo... eso de que no hay nada... Para eso te tengo una frase.

—¡Vos y tus frases! —vociferó Chantal al borde de la histeria.

—Sí —insistió Celeste—. Dice: «Dios no siempre nos da lo que deseamos, pero siempre nos da lo que necesitamos».

Apenas terminó de decirla, esperó el grito de Chantal.

—¿Ves? Ya te estás pareciendo a tus alumnetos —se burló Celeste al mismo tiempo que esquivaba un almohadón que Chantal le había arrojado. Ambas rieron. Pero Chantal con menos ganas.

—El lunes por la noche me contás las novedades y verás que vas a rescatar cosas buenas. Solo aprendé a verlas. No todo es competencia, glamur y quién combina mejor las texturas. Todo eso es genial, pero no es todo, Chantal. Y yo sé que vos también lo sabés. Últimamente, esa gente tan glamurosa solo saca lo peor de vos, tu parte competitiva, tu lado mezquino. Y yo sé que sos más que eso.

Chantal la miró no muy convencida. Pero no quiso contradecirla; esa mañana no tenía fuerzas ni para discutir con su amiga, por lo que prefirió escuchar las novedades de Celeste.

—En mi caso, el lunes espero poder contarte algo bueno como, por ejemplo, que el novio de Uma va a ir con Elvira a buscarla y llevarla a su casa. Ya Emma no vive más ahí porque el novio le inició un juicio. No tuvo más remedio que ir a la casa de una prima lejana que la hospeda de lástima, pero que la va a tener de mucama. Y, bueno, se lo merece —le comentó Celeste a una Chantal que seguía ensimismada en su propia catástrofe.

Después de desayunar, y sabiéndose sin piojos, ya más calmada, Chantal decidió ir a equitación. Y Celeste la acompañó.

Pasaron un domingo placentero, almorzaron con Rafael y luego Chantal se fue a preparar algo que le había *ordenado* la directora.

Al regresar a su casa, Celeste pasó por una pescadería, que estaba abierta los domingos, para comprar mariscos a su Martina. Ella había sido bien clara: «No, mamá, no como animales sacrificados solo para mi deleite. Sé por el infierno que pasan antes de llegar a nuestro plato. El mismo corderito que adoran en el pesebre, lo quemán en las brasas. Criminales».

Y cuando Celeste le preguntó, desafiándola: «Y decime, ¿acaso los moluscos y mejillones no sienten, pobrecitos?».

La respuesta no se había hecho esperar: «Me extraña que no lo sepas, má, Ellos no tienen sistema nervioso central, por lo tanto, no sufren, mueren en estado de gracia. Cómo te lo explico, a ver... ¡Ya sé! Es como si pasaran del fondo del mar, ¡directo al Nirvana! ¿Entendés?».

Su contestación y el modo asertivo que había empleado para transmitir sus inquebrantables convicciones la habían dejado muda y con ganas de reír por un buen rato. Meneando la cabeza y sin dejar de sonreír, había musitado: «No lo puedo creer, parece que estuviera

criando a la hija de Mario». Y suspiró divertida.

Capítulo XXII

Llegó el día tan anhelado. Ese mismo que tantas veces, en su desazón crónica, Celeste pensó que no llegaría. Ella estaba conmovida. Sorbía su té con ansiedad, sin dejar de mirar por la ventana, como quien no quiere perderse ninguna palabra del subtítulo de su serie favorita.

De pronto, su concentración se vio recompensada y, fijando la vista, intentó divisar a los pasajeros que iban en un taxi que acababa de estacionar cerca del pórtico de entrada.

Sin retirar ni por un instante la vista de la ventana, y sin siquiera pestañar, Celeste apoyó a tientas la taza de té sobre el escritorio.

«¿Ese será Crioseth?», se preguntó, y enseguida tomó conciencia de cómo había llamado al novio de Uma.

Vio descender a un joven no muy alto, rubicundo y de rostro aniñado, pero con un torso fuerte y atlético. Era un estilo híbrido entre poeta romántico y chico *sexy*.

—Mirala vos a Uma, tan espiritual ella —murmuró Celeste en medio de una sonrisa.

Vio, con satisfacción, el modo protector y respetuoso con que él ayudaba a Elvira a bajar del taxi. En ese momento, Celeste se decidió a bajar y ser presentada. De algún modo, se sentía como la tutora de Uma y quería ver quién era ese joven que había vuelto loca, o más loca aún, a su paciente.

Mientras la enfermera Carla iba en busca de Uma, Celeste saludó a los recién llegados. Sintió mucha ternura cuando sus ojos se encontraron con los risueños y de color miel del *amor eterno* de Uma.

Y la comprendió cabalmente. Había algo mágico y *naíf* en él.

Entonces Celeste cayó en la cuenta de que no estaba tan segura de que ese joven no compartiera la misma *locura*, o *realidad*, o *visión* que Uma. No había podido llegar a indagar eso.

De pronto, mientras Celeste le estaba haciendo un comentario al pasar, vio que la mirada dulce se desvió y se fijó en un punto detrás de ella. Se volteó y tuvo ante sus ojos la imagen de un hada moderna.

La mirada transparente de Uma se posó sobre ese *Peter Pan* y no se movió de ahí.

Después de un rato, Elvira volvía con unos papeles firmados, besó incansablemente, en medio de un abrazo, a Celeste, que casi no se percató porque estaba inmersa en esa colina de Uma.

Casi en un estado de semiinconsciencia, sintió por primera vez el abrazo de Uma y, después de que ellos subieran al taxi, y mientras este se alejaba, Celeste tuvo la sensación de estar acabando un cuento y que, una vez que el vehículo atravesara el pórtico, ella debería cerrar la tapa del libro para volver a la realidad.

A pesar de que el automóvil ya se había ido, incluso había desaparecido de la vista de Celeste, ella seguía parada ahí, como esperando algo.

De improviso, una brisa empezó a despeinar su flequillo y a jugar con su trenza maltrecha... Y solo la rescató de ese estado de gracia una sensación tibia sobre su cara.

Miró al cielo y, a su alrededor, una nube pasajera estaba regando

el parque mientras el sol se escabullía entre otras para iluminar las copas de los árboles y dar un fulgor dorado a las pocas flores que sobrevivían ahí e, incluso, hacer lucir como diamantes a las piedras del camino.

—Lluvia con sol, doctora. —La voz grave pero apacible del ejecutivo la devolvió a la realidad y la sustrajo de ese estado de ensoñación.

Ella lo miró y, aunque veía lo de siempre, lo percibió diferente.

—Sí, lluvia con sol —respondió Celeste, y retornó presurosa a su oficina.

Nunca había sido hostil con el ejecutivo. ¿Qué la había hecho sentir tan incómoda? Tal vez, había percibido un dejo de seducción de parte de él, y eso la alarmó. Pero no. Él solo le había hecho un comentario con su tono irónico y ácido de siempre.

¿Qué le estaba pasando? Pero que hubiera hecho mención justo de la lluvia con sol...

«Y, bueno, si estaba lloviendo, tarada, ¿¿qué querías que comentara?!», se reprochó a sí misma. Hacía mucho que no se sentía agresiva consigo misma. ¿Por qué estaba tan enojada? Recordó la última vez que se había odiado... Había sido por Augusto, el padre de Martina.

Descartó ese recuerdo y prosiguió deduciendo lo acontecido en un pasado mucho más reciente, y menos doloroso...

«Sí, estaba lloviendo, pero él no le dio importancia a la lluvia, sino que fuera con sol. Y el tono de complicidad que empleó. O, tal vez, para él la lluvia con sol también tendría alguna connotación especial... Y el comentario se lo había dedicado a ella». Celeste estaba extenuada. Decidió ignorar el hecho.

Después de todo lo acaecido ese día, solo quería volver a su casa para reencontrarse con Martina y los mejillones en el Nirvana.

Saludó a Carla, buscó a hurtadillas con la mirada al ejecutivo, porque intuía que la estaba observando desde algún lugar del parque, como si la cuidara.

Sí, sin duda había estado agresiva y se sentía avergonzada. Jamás volvería a hacerlo. Al día siguiente le llevaría una caja de alfajores a modo de disculpas.

Capítulo XXIII

Cruzó el pórtico, pero su maltrato hacia el ejecutivo le hacía sentir un dejo de culpa. Le pareció una actitud cobarde y desconsiderada hacia un pobre interno desvalido, una actitud que ella no se perdonaba ni se volvería a permitir. Jamás había perdido el autocontrol con ningún paciente. Y siempre había sido muy contemplativa y piadosa.

«Mañana voy con alfajores y me disculpo», insistió para autoconvencerse.

Tomó el camino hacia la autopista y fijó su vista en la ruta que brillaba gracias a las gotas que habían caído.

Bajó la ventanilla y asomó la cara para respirar el incipiente, aunque todavía frío, aire de primavera. Ya había otra luz en el ambiente y el bosque de *eucaliptus* brillaba con una luz rosada que prometía un bello atardecer.

Sintió una melancolía profunda que atribuyó a su reciente despedida de Uma. Se había encariñado con esa hada que decía ser su amiga. Pero se sentía plenamente satisfecha y feliz con el desenlace.

Las imágenes de los primeros recuerdos de Uma se acoplaron enseguida a los de ese feliz día.

Celeste todavía sentía la magia en el aire, y todos esos seres, Uma, el ejecutivo, Elvira, incluso Ignacio, estaban de repente adornados

por un halo de mágica ternura, como si ya todos fueran parte del mismo cuento de hadas. A todos les había tocado interactuar. ¿Acaso no era eso la vida? ¿No compartíamos por un tiempo el mismo barco con ciertas personas que nos tocaban como compañeros en los distintos tramos, tanto en tempestades o al llegar a playas apacibles? Volvió a sentir esa congoja.

«¿Qué me pasa? ¿Por qué siento que es el fin de mi viaje?», se preguntó con una pena muy honda.

Volvió a respirar profundo, se sentía relajada, entregada al universo y confiando en él. Ni siquiera se percató que un motociclista de negro la seguía a una distancia de cien metros que se iba acortando.

Se distrajo observando unas gotas que caían sobre el parabrisas. Sentía tanta paz... «Como un langostino en el Nirvana», pensó risueña.

Como estaba lloviznando, se dispuso a cerrar la ventanilla, pero ni tiempo tuvo.

Antes de que pudiera reaccionar, la trompa destartada de un vehículo emergió de las entrañas del bosque e impactó con violencia contra el lado derecho de su automóvil y lo hizo girar como un trompo sin que ella pudiera evitar golpearse la cabeza contra el volante.

Cuando su coche impactó contra un árbol del otro lado de la banquina, todavía aturdida, sintió un fuerte dolor en el pómulo derecho y no pudo ver con claridad por el hilo de sangre que correteaba por esa misma mejilla ya un poco inflamada.

Tampoco tuvo tiempo de mirar a sus atacantes porque un dolor agudo en la cabeza le hizo entender que alguien muy fuerte la

arrastraba fuera de su vehículo tomándola de los cabellos.

Como estaba inmovilizada, no podía verles las caras, pero reconoció que eran dos personas y solo podía distinguir que usaban botas negras de lluvia.

Por más que Celeste gimiera, no la soltaban, pero tampoco emitían sonido. Ella solo pudo comprobar que, si aceleraba el paso hacia donde la estaban arrastrando, le dolía menos el cuero cabelludo, pero, a su vez, cediendo, se estaba dejando internar en el bosque.

—Soltame... Soltame... —gemía Celeste con un hilo de voz. Se sentía mareada, dolorida y bloqueada por el terror.

Después de haberse adentrado unos trescientos metros dentro del bosque, frenaron la marcha de una manera más que abrupta. El corazón de Celeste también pareció detenerse. Sus pulmones estaban a punto de colapsar.

No podía respirar. Ya no le tiraban del cabello, por lo que tuvo la posibilidad de levantar la cabeza para ver a sus captores.

Lo que descubrió la aterrizó. Eran dos encapuchados. Uno era una mole, y el otro, más bajo. De refilón, pudo divisar a escasos metros una edificación que parecía una usina eléctrica abandonada en medio del bosque. Por fuera lucía como una gran caja de cemento descolorido y cubierto de plantas trepadoras.

El más corpulento se adelantó y abrió, de un violento puntapié, la puerta de la edificación, que cedió y dio paso a una escalera de pocos escalones, la cual Celeste fue obligada a descender a empujones.

Ella había intentado gritar y forcejear, pero un golpe de puño en la mejilla que tenía inflamada le había quitado toda la fuerza, pero no la desesperación.

Solo pensaba en Martina, en la posibilidad de no verla más. Ante esa idea comenzó a llorar y gritar, pero recibió un empujón que la hizo caer de rodillas contra una pared interna de la construcción. Estaba todo a oscuras, solo iluminado por la poca luz que se colaba por la puerta entreabierta. Tampoco había ventanas.

Trató de vislumbrar la profundidad de ese recinto abandonado y oculto en el bosque, pensó en las innumerables veces que había pasado por ahí sin saber de la existencia de ese escondite siniestro.

La figura más alta hizo girar una bombilla eléctrica que pendía de un cable improvisado y, gracias a eso, el ambiente se hizo visible por una tenue luz amarillenta.

Celeste miró a sus captores, que hablaban en voz baja entre ellos, y luego paseó su vista por el recinto esperando divisar solo eso, un recinto vacío.

Pero no fue eso lo que pudo observar.

El lugar tendría una superficie de unos cuarenta metros cuadrados y estaba casi en penumbra. Celeste hizo un esfuerzo por percibir con la visión de un solo ojo, aunque enseguida habría preferido no ver lo que descubriría...

Su ojo izquierdo paseaba titilante por el recinto y se posó sobre unos caños a lo ancho de la pared. Hizo otro esfuerzo aun mayor para descifrar qué eran esos elementos que colgaban de ellos.

Y fue entonces que un estremecimiento, que comenzó a recorrer todo su cuerpo, le aconsejó no seguir mirando. Y, aunque su mente no lo admitía, una por una, las palabras de Uma la invadieron. La sentencia del hada resonaba en su cabeza al mismo tiempo que empezaba a ser capaz de detectar y comprender qué era lo que pendía de esos caños.

Miró con gran esfuerzo para no equivocarse. Y no tuvo dudas de que eso que colgaba eran cabelleras enteras.

Ya jadeando por la falta de aire, miró hacia el centro donde había una mesa que parecía un altar y, sobre ella, un recipiente de vidrio que bien podría haber sido una pecera.

Dentro de este receptáculo, sobre una almohadilla de seda negra, estaba apoyado un mechón larguísimo y dorado. Celeste lo reconoció y, al instante, lanzó un alarido de terror ante esa visión que la retrotrajo a aquel episodio con la siniestra.

Al girar con terror la cabeza hacia sus captores, vio cuando estos por fin se quitaban la capucha y comenzó a llorar de espanto y desesperanza.

Vio cómo la siniestra y su cómplice la miraban con una sonrisa que anticipaba todas las maldades del universo.

También dedujo que no robaban para vender, sino que eran muy enfermas, asesinas, fetichistas... Y evitó seguir diagnosticando.

Entonces Celeste supo que estaba perdida. No eran secuestradores que pedirían un rescate. No. Ellas querrían destrozarla.

Cuando la mujer comenzó a acercarse hacia ella, Celeste se alejó impotente, arrastrándose. Ella largó una carcajada aguda y pegó un salto hacia el centro del salón, ahí comenzó a sacarse la ropa. Y su cómplice, cara llorosa, la imitó.

Celeste no podía descifrar el curso que tomarían los acontecimientos, pero a cada instante deseaba ser como el mejillón para despojarse de su sistema nervioso central y, de ahí, pasar directo al Nirvana. Porque era obvio que eran sus últimos segundos de vida.

Pero, primero, la harían sufrir.

Para mayor estupor de Celeste, y algo que ella interpretó como sentencia de muerte, fue el cumplimiento del vaticinio de Uma.

La siniestra encendió un reproductor de música que funcionaba a batería y enseguida empezó a sonar una música ritualista, espantosa, que remitía al satanismo.

Celeste negaba con la cabeza, como si así pudiera hacerlas desaparecer, pero no pudo evitar emitir un sonido que sonó como un aullido de espanto y dolor cuando, en medio de su danza macabra, la siniestra se despojó de la camisa que usaba y dejó su torso al desnudo. Su torso masculino.

Le lanzó a Celeste una mirada cargada de burla y odio y al instante siguiente, tomó su rodete de sumo entre sus manos de hombre con uñas larguísimas, y jaló hacia arriba para sacarse lo que en realidad era una peluca y dejar a la vista un cráneo reluciente.

Celeste comenzó a vomitar y sintió que se desmayaba. Eso pareció animar al mastodonte a bailar más efusivamente, dando alaridos. Cuanto más frenéticos se tornaban los cánticos malignos, el mastodonte parecía entrar en un trance más y más profundo.

En uno de sus giros, golpeó sin querer la bombilla de luz, que comenzó a mecerse de un lado al otro y hacía que todos los objetos que se reflejaban en la pared danzaran como sombras infaustas a su alrededor.

Celeste miró hacia la cómplice y comenzó a sollozar desesperada al comprobar que también era un hombre. Un hombre menudo, de cabello largo teñido de zanahoria y cara de payaso funesto que no dejaba de aplaudir a su demonio danzante.

Las palabras de Uma resonaban como un eco en la mente

aturdida de Celeste: «El mal es un hombre calvo que le sonríe a la muerte. Las sombras bailan a su alrededor. Y él baila con fantasmas».

—Dios... Dios... —rogaba Celeste. No quería abrir los ojos y sabía que, por más que gritara, en medio del bosque, nadie la escucharía. En ese momento aciago, se le vino a la mente el recuerdo de su colega asesinada y se preguntó cómo se llamaba. .«Ludmila...». Pero no recordaba su apellido.

Celeste ya estaba desfalleciendo, casi no podía respirar, le había bajado la presión y sentía taquicardia. Todo daba vueltas a su alrededor.

— Te das cuenta de que me dejaste sin mi joya? —dijo el mastodonte. Se acercó, se puso en cuclillas frente a Celeste y, con un cuchillo, le señaló la mesa central donde estaba el recipiente que contenía el mechón de Uma.

Su voz era suave, para nada grave. Hablaba en un tono casi monocorde en el que confluían la gentileza y el cinismo en idénticas proporciones. Su actitud contrastaba demasiado con su aspecto, lo que lo volvía más siniestro aún.

—Pero por tu culpa, ahora, la perdí quizá para siempre... Ya no la podremos alcanzar, aunque... nunca se sabe. —Mir  a su cómplice con picardía—. La seguí cuando se fue... Seguimos al taxi en el que iba, pero era muy riesgoso. Ella, con su metro noventa, el chico ese, la mujer y el taxista nos superaban en número. No, ya no era posible. Y todo por tu culpa. Te das cuenta,  no? —al decir eso, le lanzó una mirada amenazante, pero que de pronto cambió absolutamente por otra maligna y traviesa. Entonces informó divertido—: A vos también te seguimos un día. Estabas en el teatro, pero ahí no te pude hacer nada. Y otra vez vi a tu hijita entrar a tu edificio, se veía que volvía del colegio... solita.

Ante esas palabras, Celeste abrió el ojo izquierdo y trató de incorporarse, pero el sádico, con un dedo, volvió a empujarla contra la pared.

—Ni se te ocurra meterte con mi hija.

—Ah, ¿no? —contestó él mirando a su cómplice con mirada divertida.

—Ella no tiene nada que ver. Fui yo la que te dejó sin tu joya. Ella ni se enteró —siguió diciendo Celeste con la respiración entrecortada.

Se acercó, apoyó su mejilla sobre la de Celeste y le confesó:

—Me recordás a tu compañerita. Otra estúpida metida. Pero créeme, a ella no la odiaba tanto como a vos. Por eso, lo de ella fue más rápido. —Se quedó pensativo un minuto y, casi con una mueca de enojo pueril, agregó—: Bueno... tampoco tuvimos tanto tiempo como hoy. —Y ante esa deducción, buscó la mirada de su cómplice, que asintió con un movimiento de cabeza, como quien concuerda con un colega.

Con la punta del cuchillo se anticipaba al goce que le producirían las futuras heridas que provocaría en Celeste, tanto las físicas, como las psíquicas, y comenzó a describir la futura masacre. Celeste comenzó a gritar y trató de empujarlo. Nada más inútil.

—¿Sabes por qué todavía no te lastimé? —le preguntó a Celeste con seriedad.

Pregunta que su prisionera no respondió. Eso lo enfureció y la repitió gritándole al oído y haciéndola aspirar su aliento rancio.

—No... —gimió Celeste con lo que le quedaba de fuerzas.

Pero a la mole le sonó más a un sollozo, por lo que, sentado a su

lado, la rodeó por los hombros con su brazo y, pegando su mejilla a la de Celeste, le susurró:

—Porque tenemos muchas, muchas horas antes de que comiencen a buscarte... y para entonces, ya no estarás aquí adentro, sino en el bosque de *eucaliptus*... A vos, que tanto te gustan...

Celeste comprendió una vez más que no quería morir, que no iba a dejar de criar a su hija. Juntó todas sus fuerzas e intentó clavarle, de un golpe, la tijera que tenía a su lado sobre el piso, pero no resultó más que una caricia para ese gigante.

Esto consternó a la mole, que enseguida recuperó su mirada de tiburón y, de un salto, se puso de pie frente a Celeste.

—Muy bien. Empecemos ya —ordenó con voz de enojo contenido.

Puso un pie sobre el tórax de Celeste y le tomó un mechón de pelo con tanta fuerza que casi la puso de pie.

De pronto, un estruendo hizo que todos dirigieran su mirada hacia la entrada. Como afuera había más luz que adentro, a pesar de que ya estaba anocheciendo, solo se podía divisar una silueta alta que sobresalía al trasluz.

Esa figura había derribado la puerta de un puntapié y ya había bajado las escaleras de un salto.

—¿Vos otra vez?! —vociferó el mastodonte.

Con mucho esfuerzo, Celeste reconoció al motociclista de negro. Nunca lo había tenido tan cerca. Era alto y parecía fuerte. Llevaba el casco y, aunque se había levantado el visor, ella, desde el piso, no podía verle el rostro.

Este ni respondió, solo avanzaba sigiloso hacia la mole.

Celeste concluyó que eran cómplices y que se disputaban la presa.

Pero cambió de idea cuando vio cómo el cara de payaso se abalanzaba contra él con un garrote en su mano. El motociclista lo frenó con su brazo izquierdo, y el fierro rozó su cabeza que, sin el casco, se habría partido en dos.

Con pocas pulgas, y sin emitir sonido alguno, saltó hacia el pelirrojo y, de un golpe en la quijada, lo dejó desmayado. Celeste emitía gritos de terror. La violencia siempre la había aterrado.

El mastodonte se acercó a Celeste y gritó con su voz aguda de querubín.

—¡Ella es mía! ¡Solo yo puedo matarla!

Otra vez sin hablar, el moro extrajo, de alguna parte, un arma y apuntó hacia Celeste.

Ante eso, el mastodonte alzó el cuchillo y lo dirigió hacia su víctima.

Celeste cerró los ojos y solo escuchó una detonación. Al instante siguiente, sintió un líquido pegajoso sobre su cara y pestañas.

«Qué raro que no me haya dolido», pensó. «¿Ya estaré muerta?».

Con esfuerzo entreabrió el ojo izquierdo, ya que su ojo derecho estaba absolutamente cerrado producto del hematoma, y pudo ver a su lado al mastodonte con un orificio entre sus cejas y con sus ojos de tiburón tan abiertos que todavía podían alcanzarla.

Celeste se estaba ahogando, ya no tenía fuerzas. Solo quería desplomarse, dejarse llevar. Miró su brazo que sangraba muchísimo, sabía que no le quedaba mucho tiempo. Sabía que estaba a punto de morir desangrada.

Sintió que alguien sujetaba su extremidad con fuerza y, mientras le hacía una especie de torniquete, le decía en voz calma:

—Tranquila, doctora, ya está a salvo. Yo estoy aquí. Ya nadie la va a lastimar.

Al escuchar esa voz calma y grave, y al entender las palabras una por una, llegó a la conclusión de que solo una persona en el mundo la llamaba »doctora«.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, antes de desfallecer del todo, abrió su ojo izquierdo y se encontró con un rostro conocido. Y lo que más la estremeció fue esa mirada tan familiar.

Empezó a sentirse confundida y cada vez más mareada producto de la pérdida de sangre. Ese hombre tenía los rasgos y la voz del ejecutivo, la cara del hombre del teatro, y la mirada tierna y profunda del lobo de su memoria. Pero también era el motociclista que la había estado acechando.

Celeste trató de hablar, pero no pudo emitir ningún sonido.

El misterioso sujeto le sostenía el brazo, y a ella le pareció que estaba haciendo una llamada.

Volvió hacia Celeste y le acarició protectoramente la cabeza.

—Aguante, doctora, ya viene la ambulancia. Tranquila, yo estoy aquí. Soy Igor. Igor Bleid.

Celeste ya no escuchó más que el silencio.

Capítulo XXIV

Dicen que, al morir, se ve una luz muy blanca que todo lo envuelve...

Celeste quiso preguntar dónde estaba, pero solo emitió un triste balbuceo.

—Tranquila, ya está —le decía una voz femenina que le recordó a las médicas del hospital.

«¿Y si creen que estoy loca? ¿Si me llevan al neuropsiquiátrico?», pensó aterrada.

Celeste empezó a balbucear algo ininteligible, pero el tono de la mujer la calmó de nuevo:

—Tranquila, estamos yendo a su clínica privada. Ahí la esperan en quirófano. Ya está todo bien.

Celeste sentía que había tenido visiones. Un hombre calvo..., el motociclista... De pronto, recordó todo y empezó a alterarse. Ante ese cuadro, le aplicaron una medicación que la dejó sedada y dormida..

Cuando abrió nuevamente los ojos, se vio en una sala diminuta y conectada a cables y aparatos. Su mirada siguió recorriendo ese lugar desconocido, al que no recordaba cómo había llegado ni porqué. Después de unos segundos, constató que era una sala de terapia intensiva. «¿Habré chocado con el automóvil?», fue lo primero que se

le cruzó por la mente.

Su mirada vagó un poco más hasta toparse con un rostro familiar que lucía compungido. Enseguida la reconoció.

—Chantal... Chantal... ¿Qué pasa? —pronunció en medio de un sollozo.

—Cieli..., te operaron. Todo salió rebien...

Chantal estaba tan aterrada y compungida de ver a su amiga en ese estado que, cuando esta abrió los ojos, sintió tanta alegría que le sobrevino un ataque de verborragia.

—Cieli..., tranquila..., está todo súper... Mejor, imposible. Me explicaron algo de una arteria... parece que terrible, pero todo regio...

»Ah, y me informaron que lo del ojo derecho no es nada, que va a estar bien. Y pregunté por la hinchazón... *Don't worry*, en unos días ¡ni rastro! Hoy está un poquito inflamado... solo un poquito, pero solo como si te hubiera dado alergia con algún *make up*... Nada grave, te juro... Ah, y, por suerte, ¡no te quedó ninguna cicatriz! —Así concluyó Chantal su versión del parte médico, o sea, lo que para ella era vital. Que el *look* de su amiga no se viera alterado de manera definitiva. Y estaba feliz de estar ahí cuidándola en vez de velándola.

—¿Qué pasó? ¿Lo soñé o sucedió?

Chantal no sabía qué responderle y solo le dijo:

—Sucedió, pero ya pasó...

De pronto, Celeste se agitó y empezó a repetir el nombre de su hija.

—Martina... Martina... Por Dios... Busca a Martina..., está en

peligro... Quiero irme de aquí. ¡Mi hija...! ¡Mi hija!

Vino una enfermera que le aplicó una inyección, al mismo tiempo que Chantal le repetía:

—Está bien, está con tu vecino de arriba, el buen mozo. Quédate tranquila. Yo ahora voy para allá y la llevo a dormir a mi casa.

Después de unas cuantas horas, Celeste volvió en sí. Esa vez, más calma y con las ideas y los recuerdos más claros. Excepto uno. Tenía una confusión de identidades.

¿Podría ser que eso lo había imaginado?

Cuando el médico entró a su cuarto, la puso al tanto de su situación y le informó que podría haber sido fatal, en varios sentidos..., pero que ya estaba fuera de peligro.

—Doctor, creo que aluciné.

—¿Por qué cree eso? Le aseguro que lo que vivió no lo imaginó.

—No. Había un hombre. Quiero hablar con la gente de la ambulancia.

—Ahora no.

—Pero había un hombre, el que me salvó. ¿Quién es?

El médico miró a Chantal y, volviéndose a Celeste, respondió:

—Mañana hablará con su gente y la pondrán al tanto. Ahora, descanse.

Cuando el médico salió, Celeste cerró los ojos en vano. La mirada seguía ahí. Pero lejos de hacerla sentir mal, la hacía sentir protegida... Lo único que lamentaba era que era consciente de que resultaría producto de su imaginación dado el trauma vivido.

Pero esa voz y esa mirada no eran producto de su imaginación. O tal vez sí. Tal vez su mente le había jugado una broma y había armado, como en un rompecabezas, al prototipo de su hombre ideal.

Capítulo XXV

Celeste se colocó con extrema delicadeza las gigantescas gafas negras que le había traído Chantal. Por más que le cubrieran casi todo el rostro, resultaba imposible ocultar esa hinchazón de tonos cerúleos que se había apoderado de su mejilla derecha.

Chantal supervisó con ojos expertos la apariencia de su amiga y, bastante conforme con su propio asesoramiento de imagen, le dio el visto bueno con un «vamos» pronunciado con mucha decisión.

Juntas atravesaron la gran recepción de la clínica y, a medida que se acercaban a las paredes vidriadas de la entrada, comenzaron a divisar la gran multitud de periodistas que se agolpaban para lograr *en exclusiva* una declaración de la psicóloga secuestrada por el mismo asesino que dos años antes había matado a su colega y predecesora.

Ante ese alboroto, Celeste aminoró su paso.

—No puedo seguir, me falta el aire —susurró al mismo tiempo que se empacaba como una nena caprichosa.

Chantal la tomó del brazo y, dándole fuerzas, le dijo:

—Lo peor ya pasó. ¡Esto no es nada! —Y mordiéndose con suavidad el labio inferior, le insinuó—: ¡Recordá lo que me hicieron a mí!

Ella aludía al triste recuerdo de cierta situación en la que unos *paparazzi* que, por casualidad deambulaban por la recepción de una

clínica en busca de algo interesante, sorprendieron a Chantal y, peor aún, también la fotografiaron en el momento fatídico en el que ella justo salía de hacerse *un retoque estético*.

Celeste la escuchó como casi siempre, con resignación, cariño y aceptación. Pero lo que la impulsó a seguir adelante fue su necesidad visceral de volver a su hogar y reencontrarse con su amada hijita.

Apenas cruzó la puerta corrediza de *Blindex*, un viento frío le lastimó la mejilla, mientras que los gritos de los *paparazzi* le perforaban los tímpanos.

De pronto, una regordeta de melena color borravino y ojos grisáceos se abalanzó sobre ella. Celeste la identificó como una conocida reportera de uno de los programas de televisión más amarillistas que pudiera haber. Pero no recordaba su nombre.

—¡Celeste! ¡Celeste...! —gritó con la misma histeria que si estuviera cubriendo un bombardeo o el segundo naufragio del Titanic.

—Licenciada Duncan... ¡Celeste! ¡Aquí! ¡Aquí!

Cuando Celeste la miró, ella, sin dejarle opción, le colocó el micrófono tan cerca de la boca como si le estuviera convidando un mate.

Vociferando como la más lunática de todas, se dispuso a empezar su interrogatorio y, con una gran carga de sobreactuación y dramatismo, le preguntó a viva voz:

—Celeste... ¡Celeste! Díganos, cuéntenos a todos. ¿¡Temió por su vida?!
!

Quizá por el efecto de los analgésicos, Celeste, como respuesta a la pregunta, solo lanzó una histriónica y prolongada mirada a través

de sus gafas. Y tal vez porque estaba muy nerviosa, en vez de la respuesta emocional y exaltada que la *paparazzi* esperaba, ella, impasible y sin dejar de mirar fijo a la cámara, en un tono que sonó por demás aristocrático, y hasta indolente, respondió lánguida:

—Sí, en un momento, me sentí *pesimista*.

La pelirroja se sintió descolocada ante tanta flema inglesa, a la que no estaba para nada acostumbrada, por lo que su mente se nubló y no supo que más indagar.

Celeste y Chantal aprovecharon ese bache para acelerar el paso, subir al automóvil y partir raudas.

Chantal comenzó a conducir en silencio y siguió así por varias cuadras. Pero en el primer semáforo rojo, frenó, miró a su amiga y meneando la cabeza, repitió con tono de actriz dramática:

—«Sí, en un momento, me sentí pesimista». ¡Dios mío! ¿No lo puedo creer! —Y largó una risotada histérica y aceleró, eufórica.

Apenas escuchó el ascensor, Martina abrió la puerta y se abalanzó, llorando, sobre su mamá que, a pesar de lo maltrecha y dolorida que estaba, no escatimó muestras de afecto ni se privó de un abrazo interminable para con su adorada *muñeca*, como siempre la llamaba.

—Má..., ¡te amo mucho... mucho... muchísimo...! Yo te voy a cuidar, ya te hice galletitas de chocolate y lavé tus pantuflas-garritas para que las tengas limpias.

Celeste volvió a abrazar a su hija y aspiró su aroma con deseos de comerla a besos ininterrumpidamente. Solo anhelaba perpetuar ese instante.

Después de la emoción del reencuentro, entraron abrazadas al

departamento, seguidas por Chantal, que llevaba el bolso de Celeste.

Cuando traspasó el *porche* de entrada, la primera imagen con la que Celeste se topó fue con la de su propia madre. Estaba ahí desde hacía varios días.

La mujer, apenas escuchó por televisión acerca del rapto de su hija, se había sentido tan desesperada que salió de su casa con lo puesto, solo la cartera y los documentos.

Celeste la vio tan frágil ahí, erguida como quien le hace frente a un animal peligroso, hecha un manojito de nervios y con la respiración entrecortada. Parada tiesa junto al sofá, apenas se podía mantener en pie, con su mano apoyada sobre el respaldo como único sostén.

Al verla así, Celeste sintió una gran pena por su madre. Sintió una congoja concreta y otra *hipotética*. Porque sentía el dolor de su mamá, pero también el que habría sentido si el desenlace hubiera sido otro.

—¡Má...! —Celeste corrió a los brazos de su madre, tal como había hecho Martina con ella. Quería decirle tantas cosas..., pero un llanto agudo se apoderó de su garganta y solo podía llorar y balbucear. Sus lágrimas se mezclaron, y ambas habrían seguido así si Martina y Chantal no se hubieran unido al abrazo.

Más tarde sonó el timbre y Mario entró exaltadísimo.

—¡Cieli! ¡Mi Cieli! ¡Cuánto te quiero! ¡Te dije mil veces que largaras ese laburo de locos...! ¡Te lo dije...! ¡Te lo dije mil veces! ¿O no? —Mientras le recriminaba al mismo tiempo que la abrazaba, Celeste se sentía como una mascota a la que se regaña entre abrazos y besos al reencontrarla después de haberla creído perdida para siempre—. ¿Cómo te escapaste? ¡Un minuto que me distraigo y creíste que me había ido para otro lado! ¡No lo vuelvas a hacer nunca más!

Después, cenaron todos juntos, pizza, la comida favorita de Celeste. Ella lo consideraba un alimento *festivo*. Siempre decía: «cuando pedís pizza es porque estás contenta o reunida con amigos. No se pide pizza en un hospital ni en un funeral. La pizza se come siempre entre risas y buena onda».

Más tarde, todos seguían reunidos y, al ver la repetición del noticiero en televisión, no pararon de reír ante el «En un instante, me sentí pesimista».

—Má, en el cole, todos dicen: «Me sentí pesimista». ¿ Te imitan! ¡Todos hablan de vos! —declaró Martina llena de orgullo.

—Qué suerte. Mirá vos —respondió Celeste con sarcasmo, pero muy feliz y agradecida de ver a su hija contenta.

La volvió a abrazar. No podía descartar la idea de que, si hubieran llegado tarde a rescatarla, esa noche, nadie estaría comiendo pizza.

Capítulo XXVI

Los días subsiguientes fueron plácidos y soleados en todos los sentidos.

A raíz del terrible suceso, sumado a su paso por la televisión, viejas amistades que habían quedado como recuerdo resurgieron al telefonar a la casa de Celeste. Y los más allegados, que sí la visitaban, le llevaban cosas dulces. No pizza, pero sí mucha glucosa y con mucho chocolate, como si la ingesta de azúcar y grandes cantidades de cacao pudieran neutralizar el amargor de esa horrible vivencia.

Un martes por la tarde sonó el teléfono de línea.

—Hola... —respondió, tímidamente, Celeste. Ella aún esperaba escuchar cierta voz.

—Celeste... *¡Querida!*

—¡Doctor Mennard! —exclamó Celeste más conmovida que nunca.

—*¡Mira que me hiciste asustar! ¿Cómo estás?*

—Bien. Feliz de escucharlo.

—*Me alegro tanto. Pero no solo debes estar feliz de escucharme. Debes considerarte más que afortunada. Debes sentirte una privilegiada.*

—Bueno... —Celeste río nerviosa—. No me quejo del desenlace, pero feliz. Esa experiencia no se la deseo a nadie. Jamás pensé que

viviría algo semejante. Parece mentira que, en un momento, mi único proyecto era preparar la cena al llegar a mi casa y, tan solo unos segundos más tarde, no ser asesinada.

Oyó que Mennard se reía.

—Amo tu sarcasmo, ma petite —le confesó—. Espero verte pronto por las playas de Uruguay. Y no me vengas con que Uruguay te trae tristes recuerdos. Ya hablamos de eso. Rescata lo lindo de esa historia: tu Martina. Y tú no fuiste culpable de nada.

Celeste permaneció callada. Aunque admitía que después de esa experiencia horrorosa había cambiado su enfoque respecto a su pasado. Se había sentido tan cerca de la muerte...

—Que ahora te sientes más viva que nunca... —afirmó Mennard.

Celeste se sintió confundida ante la aseveración de Mennard...

¿Ella había dicho en voz alta que se había sentido tan cerca de la muerte? Hubiera jurado que solo lo había pensado y que él completó su pensamiento en voz alta. «No me pareció», se autoconvenció Celeste.

—A ver cuándo vienes por acá. Espero que pronto. Quiero ver a tu bella hija. Y ahora, si me perdonas, me espera mi mejor amigo para ir a caminar por la playa.

—¿Su mejor amigo? —preguntó Celeste cada vez más intrigada.

—Sí. Te cuento. Mi vecino de la casa lindera murió el año pasado, y su perro, un bello pastor inglés, estaba siempre en mi jardín y más en mi casa que en la de él. Cuando murió, se lo iban a regalar a cualquiera. Entonces yo lo adopté definitivamente. ¡Estamos muy felices juntos!

En ese instante, a Celeste se le vino a la mente ese día que, mientras recordaba al doctor Mennard, sin saber la razón y porque sí,

lo había visualizado caminando por la playa junto a un perro lanudo. ¿Había algo más lanudo y pomposo que un pastor inglés? Celeste quedó atónita.

El doctor Mennard continuó con la charla.

—Desde que enviudé, es una verdadera compañía. Ya sabes, los perros y los lobos tienen lazos indisolubles e incondicionales. Siempre, cuando estás con un perro, experimentas un tipo de enlace único y especial, vivencias el vínculo en una dimensión emocional que desarrolla la inteligencia intuitiva. Con ningún ser humano podrás jamás experimentar ese tipo de conexión. Solo con un animal. Especialmente, con el descendiente directo del lobo.

Esta última frase movilizó mucho a Celeste.

Se despidieron muy alegres, y ambos tuvieron la certeza de que en breve estarían reunidos de nuevo, caminando y riendo en esas playas amplias y doradas de la República Oriental del Uruguay.

Capítulo XXVII

Celeste no había quedado convencida ni contenta con la actitud de Ignacio. Él era un maestro a la hora de rehuir a ciertos temas y dar respuestas.

Pero, esa vez, en cambio, le había declarado sin rodeos que no sería él quien le diera las explicaciones, que él no se arrogaba ese derecho y que no le correspondía. Esas habían sido sus palabras textuales.

«Las explicaciones te las dará, una sobre otra, quien debe hacerlo. Y créeme que lo hará».

Por eso, cuando, esa noche, Félix, el encargado del edificio, tocó el timbre, Celeste sintió un escalofrío porque intuyó que el momento de la verdad se estaba acercando.

¿Por qué eso la asustaba tanto como el horror que había vivido? O quizá porque se lo haría revivir. Pero también sabía que era otra cuestión ... Se trataba de unos ojos grises insondables.

—Buenas noches, Celeste. ¿Cómo está? —indagó Félix sin dejar de sonreír.

Estaba contentísimo con la idea de ser el encargado del edificio donde vivía la psicóloga a la que casi asesinan. Todo el mundo le preguntaba cómo era ella o cómo estaba, y a él le encantaba explayarse.

—Bien, Félix, pase. ¿Qué lo trae por aquí? —averiguó Celeste yendo directo al punto.

—Bien, esta tarde no estuve por aquí porque fui al médico, pero dejaron este paquete para usted. No quise esperar hasta mañana porque puede ser importante —lo dijo en un tono misterioso, invitando a Celeste a que le contara. Pero se quedó con las ganas.

—Gracias, Félix. Gracias por molestarse a esta hora. No lo entretengo más, su horario de trabajo ya ha terminado, ¡y yo lo estoy haciendo trabajar!

—Faltaba más. Fue un placer. Que descanse, Celeste.

También ella, sin dejar de sonreír, cerró la puerta y enseguida buceó dentro de esa gran bolsa de papel madera.

Aunque no tenía ninguna tarjeta, Celeste veía impreso en ese misterioso paquete el sello del ejecutivo, o del motociclista, o del lobo... ¡O de quien diablos fuera! Enseguida quiso descartar la idea del diablo vinculada a esa imagen.

No. Fuera quien fuere, ¡le había salvado la vida! Y si era quien creía que era, no solo una vez, ¡sino dos!

Con cuidado, extrajo una bolsa. Sintió miedo. ¿Y si era de ese otro demente y se la había enviado antes de morir y a ella le llegaba recién hoy? Quizá para dañar a alguien de su familia. «A Martina», pensó Celeste, y sintió un escalofrío.

Contempló la bolsa con recelo, nuevamente la palpó y sintió como si fueran caramelos. Observó en el fondo y advirtió un sobre blanco. Lo tomó con cuidado y lo examinó al trasluz.

Había visto, en innumerables películas, que un paquete, incluso un sobre de papel, podía contener explosivos que se activaban al

rasgar el papel para abrirlo.

«Qué paranoica estoy, Dios», se dijo Celeste.

De todos modos, a modo de precaución, interpuso el sofá entre ella y el sobre, y escondió la cabeza en el respaldo. «Si explota estoy protegida», pensó con satisfacción.

En cuclillas, extendió sus brazos y lo abrió. Esperó unos segundos y, al ver que no explotaba, respiró tranquila.

Meneó la cabeza indignada ante su propia locura, y luego, instintivamente, miró hacia el ventanal para constatar que ningún vecino del edificio de enfrente hubiese sido testigo de semejante ridiculez.

Después, recordó que también había artefactos que explotaban con letargo.

—Ay, basta, paranoica —exclamó.

Entre sus manos tenía un papel blanco que estaba escrito con tinta azul.

Celeste recordó que una de sus materias favoritas en la universidad había sido Grafología. Sin proponérselo, observó los trazos serenos y proporcionados, eso delataba una personalidad equilibrada y no agresiva.

«Bueh..., menos mal», pensó con ironía porque al instante se le vino a la mente la frialdad con la que había disparado al ogro y el golpe certero que le había propinado al cabeza de zanahoria.

De un pantallazo, pudo ver el equilibrio entre el sector medio, superior e inferior de la escritura. Observó el cuerpo medio de la escritura correspondiente a sus afectos y vida emocional. Los trazos superiores, tales como las *l*, fiel correlato del intelecto, parecían

elevarse bastante, pero sin exageración. Prestó especial atención en la altura de los palotes de las *t*, en especial, en la intersección de la línea transversal que, según su ubicación, más o menos elevada, determinaba la capacidad de mando o sumisión del individuo.

Con cierto rigor inherente a su personalidad, su vista se fijó en el sector inferior de la caligrafía, las prolongaciones descendientes de las letras minúsculas, tales como la *z*, la *f* y la *g*, rasgos que, según su fuerza, dirección y longitud, denotaban la relación del sujeto con lo material y su sexualidad. Con objetividad, Celeste concluyó que todo aparecía equilibrado y bien afianzado.

Respiró con emoción y comenzó a leer:

Licenciada Duncan:

Como puedo entender que, por un tiempo, no irá por el hospital, me tomé la libertad de enviarle una bolsa repleta de eucaliptus (sé que le gustan mucho).

Además, agradeciéndole todos los alfajores que nunca dejó de traerme, quiero que pruebe estos bombones suizos que creo que van a ser de su agrado.

Mientras Celeste iba leyendo, con una mano, sostenía el papel y, con la otra, iba extrayendo los paquetes, como haciendo un inventario.

Por último, sé que no le gustan las flores fuera del jardín, la escuché un día decirle a Ignacio: «es como matarlas». Coincido con usted. Por eso, le envió esta plantita de lavandas de mi propia huerta, que sé que le gustan.

Por favor, no tome esto como una desubicación de mi parte. Solo quiero aliviarle el dolor por el que tuvo que pasar y del que, de alguna manera, me siento responsable.

Por esta razón, quedo a su entera disposición y le dejo mi número telefónico para que me llame cuando usted disponga, si es que necesita explicaciones de cualquier índole.

Recuerde que estoy a su entera disposición.

Saludos cordiales

Igor Bleid

Celeste leyó y releyó la carta mil veces. Incluso la llamó a Chantal y se la dejó grabada en el contestador. Hizo lo propio también con Mario. Estaba actuando como una adolescente. No recordaba haber estado en ese estado jamás en su vida. Ni siquiera con Augusto, el padre de Martina, y esa conclusión le produjo culpa.

«Celeste, ¿estás loca? Calmate», se reprendió a sí misma. «No sabes nada de ese hombre. Puede ser un loco, un mentiroso. Puede estar casado, ser un terrorista... Y lo peor, ¿sabés si siente algún tipo de atracción por vos? Ni siquiera te tutea. Te da un trato absolutamente profesional. Paradójicamente, el mismo trato distante y profesional que siempre deseaste de los hombres para mantenerlos alejados y no correr riesgos ni tener que malgastar tu energía».

Aunque muy lógica, Celeste sabía que ya era tarde. Al menos, no se delataría. Esperaría unos días antes de llamarlo. Aunque, por otro lado, sería descortés de su parte no agradecerle la gentileza que había tenido para con ella. Especialmente, la de haber arriesgado su vida para salvarla.

Pero había una frase que a Celeste le daba vueltas por su cabeza: que él se sentía responsable de lo que había sucedido.

Celeste se miró al espejo y, meneando su cabeza, se dijo en voz alta:

—No me hagas reír. ¿Cuántos días creés que vas a aguantar con esta intriga?

Pero, en cambio, no se preguntó nada acerca del deseo y la irremediable atracción que ya la dominaban.

Capítulo XXVIII

—Pero ya te dije. Me da miedo —se quejó Celeste, y como para resultar más convincente, recalcó cada sílaba a medida de que las iba pronunciando.

Chantal volteó los ojos hacia arriba, gesto que hacía cuando ya estaba perdiendo la paciencia.

—No te entiendo —comenzó a decir la viuda de Starosta, tratando de mantener la compostura—, con todo lo que te pasó, todo lo que viviste ¿y me querés hacer creer que te da miedo un tipo que te salvó la vida?

—No es eso. Me asusta no saber quién es o, peor, que es el que se hizo pasar por el ejecutivo, el que me espiaba, el motociclista perverso, y vaya a saber cuántos personajes más. No sé a qué se dedica, aunque presumo que puede ser policía, agente encubierto o algo así. Pero tampoco lo parece. ¿Y si es un loco de verdad? Me asusta no saber quién es realmente.

Chantal entrecerró los ojos y la miró fijamente, con la misma concentración que empleaba cuando trataba de recomendarle un tono de maquillaje.

—Ahora no te puede hacer más de lo que ya te hizo —sentenció la morena con mirada perversa—. Si fuera un loco y te hubiera querido matar, ya lo habría hecho. Mirá que oportunidades no le faltaron. — Al decir eso último, Chantal hizo una mueca de miedo con la boca,

mostrando sus dientes.

—¿A qué te referís con que ya me hizo? —inquirió, ansiosa, Celeste.

—Mirate, por favor. Mirate cómo estás. ¿Vos te ves y te escuchás? Te dejó peor que el ogro. ¡Te hechizó! Desde que te conozco, juro que jamás te vi así. Y estás aterrada solo porque te fascina, además de no controlar la situación para nada y lo peor, ¡sentís que te conoce mejor de lo que vos te conoces a vos misma! ¡Y eso, para vos, es más peligroso que mil ogros juntos y trescientos veintitrés fantasmas!

Celeste la miró exagerando su expresión de desdén y replicó muy molesta:

—Primero, estás loca. Segundo, parece que lo disfrutaras. —Y agregó—. Me desilusionás.

Pero Chantal sabía que ese enojo era fingido y que estaba muy lejos de haberla desilusionado.

Chantal emitió una risotada franca.

—¡Claro que lo disfruto! ¡Me pongo feliz por vos! Porque ese ser fantasmal que convivía con tu espíritu ya es de carne y hueso. Y, créeme, amiga, ¡el otro te dañaba mucho más que este! —Chantal la tomó protectora por los hombros y, convencida de que se habían invertido los roles, le aconsejó sin titubeos—: Llamalo y sacate las dudas. Y, tranquila, a tu regreso, yo estaré ahí para escucharte y apoyarte como vos siempre lo hacés conmigo. ¡Te lo prometo, amiga!

Celeste la miró largamente y, suspirando, solo asintió con la cabeza. Y enseguida agregó:

—Preferiría mandarle un mensaje por Whatsapp.

—¡Cobarde! —le gritó Chantal en medio de una carcajada.

La licenciada Duncan había decidido calmarse y esperar unos días hasta sentirse convencida. Pero, solo veinticuatro horas después de su charla con Chantal, había podido verificar que la mirada del lobo triste no la abandonaba ni por un segundo.

Llegada la noche, ese par de ojos ya se había incrustado en su mente y se tornó irresistible, por lo que Celeste por fin se animó y llamó a Igor. Él atendió al instante, como si su función fuera la de responder el teléfono. Fue amable pero escueto. No se dispersó en comentarios innecesarios, ni siquiera de cortesía.

«Vaya, que es profesional», pensó Celeste, en parte, con admiración y, en parte, con desilusión.

Capítulo XXIX

Esa tarde, después de probarse todo su vestuario, Celeste se decidió por un vestido de *jersey* de algodón gris perla, unas botas negras que le cubrían las piernas hasta las rodillas y, debajo de estas, medias negras transparentes.

Por suerte, su rostro ya no presentaba ni machucones ni hinchazón, por lo que pudo maquillarse para resaltar sus ojos color verde inglés, todo de manera muy sutil. Tampoco era cuestión de que él pensara que lo quería seducir.

Ese pensamiento atrajo una serie de recuerdos concatenados y concluyó que, aunque ese encuentro tenía todas las características de una cita a ciegas, más para ella que para él, no debía olvidar que ambos habían interactuado a diario por varios meses. Él ya la había visto de todas las maneras posibles: con cara de haber madrugado, sin una gota de maquillaje, en el teatro, e incluso, a punto de ser asesinada.

Como todavía hacía frío, se abrigó con el cárdigan que le había regalado Mario, ese de lanilla, de mangas largas color *bordeaux*, que no abotonó y que le permitía lucir sus suaves curvas debajo del adherente vestido. Completó su atuendo con una bufanda blanca con arabescos en gris y *bordeaux*.

Se habían citado a pocas cuadras de la casa de Celeste para que ella no tuviera que caminar demasiado dado que el esguince de su pie no había sanado del todo.

Cuando Celeste estuvo frente al coqueto bar con mesitas en la vereda, miró a su alrededor con disimulo y, con rabia y timidez, comprobó que Igor aún no había llegado.

Por unos instantes, titubeó. Y cuando estaba a punto de alejarse para retornar en cinco o diez minutos, de manera muy intempestiva, la puerta del bar se abrió y la figura imponente de Igor salió a su encuentro.

—Buenas tardes, ¿cómo está? La esperaba adentro.

Gracias a esa aclaración, Celeste dedujo que él había podido verla mientras ella iba caminando. Habría podido reírse de sus muecas, constatar su desazón al no verlo. Él siempre parecía tener ventaja sobre ella, como cuando la espiaba en el hospital. Y, en cambio, ella no sabía nada de él.

Celeste disimuló su incomodidad y con una sonrisa nerviosa, lo saludó con un «Hola, qué tal».

Igor, con mucha caballerosidad, la acompañó hasta una mesa que daba a una ventana y, antes de correrle la silla para que se sentara, le clavó su mirada y, en tono preocupado, le preguntó si esa ubicación le parecía bien.

—Sí..., está perfecta. Gracias —respondió ella un poco más distendida ante tanta amabilidad.

Celeste moría por saber de él, pero no quería demostrarlo. De todos modos, y dadas las circunstancias, su curiosidad estaba más que justificada. Él no tenía ningún motivo para pensar que a ella le parecía el hombre más increíble que había visto en toda su vida. A no ser que él también leyera las miradas.

—¿Qué le gustaría tomar? —preguntó Igor con suavidad.

Era gracioso porque parecía como que, consciente de su aspecto de lobo salvaje, sumado a la situación violenta que habían compartido, él se esmeraba por parecer civilizado y cordial.

—Algo caliente, tengo frío —atinó a decir Celeste en medio de su nerviosismo y, contradiciendo lo que acababa de decir, se quitó la bufanda y la deslizó suavemente sobre su cuello, dejando expuesto el nacimiento de sus pechos.

Era curioso, ella solía ser desenvuelta, pero ante ese misterioso personaje se sentía como una adolescente. Para colmo, el hecho de que ya se conocieran y él insistiera en no tutearla, hacía que se sintiera más inhibida. En ese momento, Celeste dedujo que Igor era la antítesis de Ignacio.

—¿Por dónde empezamos? —dijo Igor sirviéndole un poco de la porción de torta que había pedido—. Es riquísima —acotó sin que le preguntaran.

Por más que se esforzara, y a pesar de sus dotes, Celeste no lograba encasillar a este hombre. Le parecía extraño que no pudiera relacionarlo con ese personaje desgarrado ni tampoco lo encuadraba en ninguna profesión. «Actor», pensó, «claro, un gran simulador, porque pinta de policía no tiene».

Como si Igor hubiera adivinado sus pensamientos, esperó a que el camarero se retirara y, con una sonrisa incipiente, mezcla de ternura y melancolía, abordó el tema.

—Me imagino sus temores y dudas respecto a mí, y hasta su antipatía por sentirse estafada o engañada. O peor, haber estado en peligro.

Celeste iba a negárselo, pero una parte de ella reconoció que, de hecho, así se sentía. «Burlada», esa era la palabra. Incluso, ya para esa

época, sabía que Ignacio estaba al tanto de todo.

—Cómo se habrán reído de mí —dijo Celeste en un tono que luchaba por ser apacible, pero que precedía a una tempestad.

Igor captó que, detrás de esa fachada de mujer superada, se escondía una mujer llena de emociones encontradas, inseguridades, temores y rabia, mucha rabia. El tono de sus ojos había mudado del verde inglés a un fuego verde. Él fijó la vista en los ojos ya furibundos de Celeste y aclaró:

—Cuando sepa toda la verdad, comprenderá que esta situación está muy alejada de la risa y de la burla. Demasiado alejada —recalcó. Y, enseguida, en un atisbo de humor, Igor, clavando sus iris en los de Celeste, comentó en tono jocosos—: Los ojos verdes siempre parecen reflejar la furia mejor que otras tonalidades. Me pregunto por qué será.

Celeste lo miró sin saber cómo reaccionar.

Él enseguida agregó:

—Y si no me cree, hasta los vikingos lo notaban, por algo sus diosas guerreras ostentaban siempre ojos verdes. —Y sin ruborizarse, declamó frente a Celeste—: «Valquiria, la mujer de los ojos verdes, quien no nació para ser amada, sino para ser soñada».

Al escuchar una respuesta tan inesperada pero acertada, Celeste abrió sus ojos tan grandes como la sorpresa que la impulsó.

—Esa frase... ¡Increíble! Hace años que trato de recordarla. Y no la encontré ni en Google, —Después de decir esto, se sintió expuesta y digna invitada al programa de Chantal.

—En cambio, yo la recordé apenas vi el color de tus ojos, y eso que tenía esas gafas oscuras. —Y ante la mirada sorprendida de

Celeste, inquirió—: ¿No te molesta que te tutee, verdad?

Celeste negó solo con la cabeza. Pero, aunque no lo evidenció, eso le dio coraje.

—Sí, necesito saber sobre las gafas oscuras, sobre el ejecutivo. Por qué a mí. ¿Acaso parezco tan ingenua? —Los mismos hechos le dieron la respuesta que quedó flotando en el aire. Celeste se arrepintió de haber hecho esa pregunta.

—No, no sos ingenua. Es algo mucho más complejo que dos estúpidos aburridos con ganas de reírse de una psicóloga, *doctora*. — Igor la miró burlonamente.

—Doctora... —respondió Celeste en medio de un suspiro que más que denotar indignación, contrariamente a su intención, sonó a melancolía.

Mientras él revolvía su café, Celeste estudió sus movimientos y recordó la forma elegante en que Ignacio solía hacerlo. No era el caso de Igor. Él era educado, pero con una simpleza campechana que generaba un ambiente de intimidad.

Miró su tez cetrina, curtida por el sol, y reconoció en él al hombre del teatro. ¡Cuánta incógnita! También se preguntó dónde había quedado ese sujeto desgarrado, de hombros cargados, tan diferente a este otro, fuerte, erguido, al que ella, con tacones altos, apenas le llegaba a los hombros.

—No sé quién sos. Hasta lucís diferente, no entiendo cómo — comenzó a decir Celeste, dando sus primeros pasos para devalar una por una todas esas incógnitas.

—Si te referís al porte, sastrería teatral, efectos especiales... — intentó explicarle Igor.

—Pero ¿por qué?! —lo interrumpió Celeste con un tono y una expresión que denotaban indignación.

—¿Crees que lo hice para divertirme? —se defendió Igor. Y agregó—: Era necesario ser convincente, especialmente, para vos, que serías la próxima víctima. Y ese psicópata no debía sospechar de mí.

—Pero ¿sabías que era él?

—Siempre —respondió lacónico, y su mirada se tornó turbia mientras sus ojos grises escapaban por la ventana y se perdían en el paisaje urbano. Era como si el recuerdo de algo nefasto lo agobiara.

Celeste observó ese perfil que había visto tantas veces. Su nariz recta y fuerte, con el tabique un poco ensanchado, quizá, producto de un golpe; sus labios no eran ni carnosos ni delgados. Eran ideales. Una barba de pocos días cubría sus mejillas, que estaban surcadas por sendas líneas de expresión que se profundizaban las pocas veces que él sonreía. También, un pequeño corte de no más de un centímetro se hacía visible en su mejilla derecha, debajo del ojo.

Todo ese semblante de rasgos duros, de expresión grave, pero apacible a la vez, estaba enmarcado por una mata de cabello oscuro que caía libremente en mechones que apenas le cubrían la nuca y que lucían peinados solo con los dedos.

Su mirada intensa debajo de esas cejas oscuras y gruesas volvió a posarse sobre Celeste, quien bajó la suya.

—¿Qué más necesitas saber? Quiero contártelo todo —le dijo Igor con una entrega y una honestidad que conmovieron a Celeste aun más.

—¿Qué hacías ahí, en el hospital, fingiendo ser un interno más? ¿Y por qué? —Celeste lanzó la pregunta como un dardo, y su mirada fue más inquisitiva que de costumbre.

—No sé por dónde empezar —fue la no planeada respuesta de Igor—. Bien, comienzo por el principio. —Miró a través de la ventana, como si en el exterior hubiera un apuntador que le dijera qué línea seguir. Volvió su mirada a la de Celeste y ahí se quedó. Con seriedad, comenzó a relatarle su historia—: Para la época en la que vos llegaste al hospital, yo ya me había dado por vencido, eran mis últimos días ahí tratando de desenmascarar a un asesino. —Tomó un sorbo de café y, volviendo a clavar su mirada en la de Celeste, le preguntó—: ¿Recordás que hubo un asesinato de una colega tuya dos años antes de que vos ingresaras? Bien, por motivos personales, y al ver que la policía ya había desistido, hablé con Ignacio y le propuse hacerme pasar por interno.

—¿Con Ignacio? ¿Vos se lo propusiste? —ella interpeló a Igor, sin salir del asombro. Y enseguida agregó—: ¿Cualquiera puede ingresar o egresar?

—No cualquiera. Te dije que tenía motivos personales. Además, Ignacio y yo nos conocemos desde chicos, aunque no nos frecuentamos mucho.

—Pero, entonces, ¿sos policía? —indagó Celeste sin dejar de interrumpir.

Igor volvió a brindarle una de sus escatimadas sonrisas casi sin darse cuenta. Era como alguien que no se puede permitir estar feliz y que, de pronto, se relaja y, contra su voluntad, le aflora una sonrisa. Parecía que Celeste lo hacía sonreír a su pesar.

—No. No soy yo el policía. Ahora te informo quién es en esta situación. Yo soy psiquiatra, como Ignacio, pero hace mucho que dejé de ejercer y, en la actualidad, me dedico a mi verdadera vocación: pintar.

Celeste no entendía.

—Entonces, ¿cómo es que sabés disparar y... pelear? —Ella no había querido utilizar el término «matar». Igor sonrió de nuevo. Esa vez, como quien sonríe con paciencia a una niña.

—Hace muchos años, en mi función de psiquiatra colaboré con la Policía, ayudé a resolver crímenes y, también, hice tareas de inteligencia. —Él habría preferido no dar esa última información. Pero se le escapó en un instante de distracción en el que se había sumergido en el bosque verde y profundo de la mirada de Celeste—. Como te decía, ya me había dado por vencido, pero cuando esa tarde fría te vi sacando las hojas secas del parabrisas de tu automóvil, no pude soportar que a vos también te pasara lo mismo.

Celeste lo interrumpió sin piedad.

—¿Por qué iba a pasarme algo malo?

Él la miró largamente. Por unos instantes, Celeste creyó que no iba a responderle. Pero desvió su mirada de los ojos de Celeste y le preguntó:

—¿Acaso no estuviste a punto de que te suceda? Bien, al verte, no dudé de que serías la siguiente víctima. Reunías todas las condiciones. Y no me equivoqué —concluyó Igor casi con amargura.

—¿Qué condiciones? —Celeste Duncan sabía que estaba siendo insistente y hasta molesta, pero, después de todo, se lo debía. Sí, señor, ella se merecía todas las explicaciones del mundo, ida y vuelta.

—Una persona que es tan dulce al quitar las hojas del parabrisas, y que sonríe con amabilidad, y es buena con todos los pacientes... Me recordaste a alguien. No quise que te pasara lo mismo. —Y como para salir de esa atmósfera tan emotiva, enseguida agregó con un dejo de alegría—: Y cuando me trajiste los alfajores, decidí que no me

movería de ahí.

Celeste supo que se había ruborizado.

—Es todo muy extraño. Te hacías pasar por un delirante, está bien. Pero ¿para qué me dabas charla o me hablabas del hada, o del comedor de la empresa? Digamos que me tomabas el pelo.

Igor negó con la cabeza y le explicó:

—Nada de eso. Era solo que no podía evitar hablar con vos. Eras como *mi dosis diaria de alegría*.

A Celeste la conmovió que, para definir sus encuentros, él usara el mismo término, «dosis de alegría», que ella.

—Además —prosiguió Igor—, ese psicópata era muy inteligente. Yo podía disimular, pero si notaba que no interactuaba con vos como lo hacía con otros y, peor, si vos hubieras sospechado...

Celeste quedó conforme, pero eso no evitó que lanzara sin respiro su siguiente pregunta:

—¿Y el motociclista? ¿Por qué me asustabas? ¿De dónde salías? ¿De dónde sacabas esa moto?

—Yo no te asustaba, *patrullaba* la ruta, te cuidaba. Vos veías en mí a un asesino o delincuente. Esos locos sabían que yo te estaba protegiendo, pero no sabían de dónde salía ni cuándo aparecería. — Dio por respondida la pregunta, pero enseguida recordó que quedaban otras por responder—: En cuanto a de dónde salía yo... Te vigilaba, sabía que ellos querían atraparte y, apenas te ibas, yo salía por los pabellones de atrás. —Y aclaró, esa vez, usando por primera vez el tono de pregunta—: ¿No imaginarás que todo el predio está correctamente alambrado? —Meneó la cabeza como pensando en una utopía—. No. Créeme que puede entrar y salir gente todo el

tiempo, sin demasiado esfuerzo. Yo conocía cada hueco del perímetro, cercado y sin cercar. Luego solo tenía que buscar mi moto escondida en la espesura de unos matorrales y entre la maleza crecida.

Celeste comprendió al peligro que había estado expuesta. Y se enojó.

—Yo tengo una hija, también sabrás eso. ¿A vos te parece decente exponerme a todo esto solo por tu cuestión personal?

—Celeste... —Era la primera vez que la llamaba por su nombre. Y sonaba increíble con su voz—, él ya te había elegido. Aunque yo te hubiera prevenido, y vos hubieras renunciado al hospital, él te seguiría buscando. ¿O por qué te crees que ese día te seguí hasta el teatro? Ese día que estabas con tu novio, supongo.

En ese momento, Celeste recordó cuando el siniestro le había dicho que la siguió. Era cierto. Pero no le aclaró que *ese* no era su novio. No sabía la razón, pero estaba enojada con Igor.

—Ah, otra pregunta: ¿cómo sabías cuando iba al hospital? ¿Me seguías a mi casa? —inquirió Celeste con cierta ironía

—No. Ahí entraba en acción el verdadero policía, un agente encubierto de mi total confianza —respondió Igor haciendo caso omiso del sarcasmo de Celeste. Y agregó, sonriendo con picardía y anticipándose a la sorpresa que le esperaba a Celeste—: Te cuidamos muy bien.

—¿Quiénes me cuidaron muy bien? ¿Vos y quién más? No me digas que Ignacio...

Igor se rio por primera vez al mismo tiempo que negaba con la cabeza y ponía una expresión que expresaba la imposibilidad de esa conjetura.

—No, es otro. —La miró con atención y se concentró en la expresión de Celeste cuando pronunciara el nombre del misterioso protector—. Teníamos que protegerte. Y, también, a tu hija.

Celeste no entendía.

Igor prosiguió:

—Ese psicópata te siguió varias veces a tu casa, pero, debido a su extrema intuición, supo que había alguien que te cuidaba, un vecino amoroso...

Celeste ya tenía a alguien en mente. Solo que no le podía dar crédito.

—¿Adivinás? —preguntó Igor con una expresión divertida.

—No puede ser... —Celeste iba a decir el nombre, pero Igor no la quiso hacer sufrir más y se lo dijo.

—Emanuelle Bordier

—¡No lo puedo creer! —exclamó Celeste—. Con razón nunca trabajaba y sabía todos mis pasos.

De pronto, recordó el episodio en la cochera, el nerviosismo y la rapidez con la que Emanuelle había obligado a esconderse a la persona que iba en el asiento del acompañante. Entonces, mirando triunfante y risueña a Igor, declaró:

—Ya sé qué pasó esa noche. Ahora entiendo, ¡vos estabas con él y no tenías que ser descubierta!

Contrariamente a la respuesta que esperaba, Igor pareció sorprendido. Vio cierta picardía en sus ojos, pero fue muy contundente en dejarle bien claro que no era él a quien habían hecho esconderse. Y recalcó:

—No. Seguro de que no era yo. Créeme.

—Está bien —respondió Celeste—. Pero, volviendo al tema anterior, si no sos policía, ¿por qué te involucraste tanto en ese asesinato? —cuestionó Celeste en un momento en el que Igor estaba totalmente desprevenido.

Él la miró con temor, incluso con dolor, y le respondió sin disimular su tristeza.

—Porque él fue el asesino de alguien a quien yo amaba muchísimo y que siento que no pude cuidar. Alguien que siempre va estar en mi corazón y a quien nunca voy a dejar de adorar. Alguien que, en ciertos aspectos, vos me recordaste.

A Celeste, el corazón le dio un vuelco. En un instante, comprendió toda la situación.

Él prosiguió sin atender a la expresión de la cara de Celeste.

—Yo no pude hacer nada por ella, pero cuando te vi, me prometí hacerlo por ambas.

—¿Quién era ella? —indagó Celeste con miedo ante ese hombre que parecía haber perdido a su amor.

A los ojos de Celeste, ese hecho abría una nueva categoría en la lista de hombres a evitar. Desde ese momento, a los terroristas y hombres casados, por primera vez, se agregaban los viudos enamorados para siempre de sus amores perdidos. Celeste estaba acongojada por él, y también por ella.

Igor, con un nudo en la garganta y sus ojos grises empapados con lágrimas de dolor a punto de desbordar, la miró con una expresión que, por primera vez, lo hizo verse desvalido, y le respondió:

—Su nombre era Ludmila.

Celeste asintió con la cabeza y, luego, con palabras.

—Sí. Sé que mi antecesora se llamaba Ludmila. Pero no recuerdo su apellido, aunque a ella la recordé muchas veces.

Igor la miró emocionado, sus lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos. Y respondió con voz temblorosa:

—Ludmila... Ludmila Bleid. Ese era su nombre. Ella era mi hermanita.

Igor tuvo que tapar su rostro, y Celeste tomó su mano fuerte y callosa.

—Es la primera vez que la puedo llorar, siento que, ahora, ella está en paz.

—Te aseguro que sí —fue la única pero convincente respuesta de Celeste.

Capítulo XXX

Celeste no consideró oportuno remover el dolor de Igor, por lo que evitó saciar su innata curiosidad. En cambio, lo miró con verdadera piedad y le comentó:

—El día de mi secuestro mencionaron a tu hermana... Si en algo te puede consolar, ese loco me confesó que, a diferencia de lo que tenían planeado para mí, a ella no la habían hecho sufrir. —Antes de que pudiera culminar su comentario, Igor la interrumpió con amargura.

—Solo porque no habrán contado con el tiempo suficiente — prorrumpió, y lo hizo en su modo escueto de hablar, tan opuesto al de Celeste.

Ante tanta precisión en su acierto, Celeste solo pudo guardar silencio. Y, al recordar que eso mismo había pretextado su captor, sintió admiración profesional ante la agudeza y sagacidad de Igor.

Cuando se despidieron, Igor le aclaró que no vivía en la Capital, sino en Cariló, cerca de Pinamar, a unos trescientos sesenta kilómetros de Buenos Aires. Su cabaña estaba en medio de un bosque de coníferas, junto al mar y bastante alejada del pueblo.

—Claro que conozco. Mi mamá vive en Mar del Plata. Voy siempre a Cariló.

Celeste no se animaba a preguntarle con quién vivía. Pero le quedó bastante claro cuando, al despedirse, Igor le aclaró:

—Hoy vine a Buenos Aires especialmente para encontrarme con vos. Pero ya me vuelvo. Extraño demasiado . Y ahí también me extrañan. Los abandoné todo este tiempo, pero valió la pena, Celeste. Vos te mereces eso y más.

Le tomó ambas manos y la atrajo hacia sí en un abrazo que Celeste catalogó como *fraternal*.

Celeste tenía la expresión más triste del mundo, no solo por el relato de Igor, sino porque era evidente que él tenía su vida y sus amores en medio del bosque.

—Por favor, te ruego que llames cuando quieras o necesites algo, lo que sea —le dijo mirándola a los ojos.

Celeste ya reconocía esa mirada intensa. Pero también notó que él ni siquiera le había preguntado acerca de su vida. No. Solo le había importado salvarla.

«Genial», se dijo, a sí misma, Celeste.

—No sé si puedo llamarte algún día —pareció indagar Igor.

—Claro, por qué no —le respondió Celeste. Pero su respuesta sonó formal y gentil. Ella quería evitar contacto con él dado que suponía que tenía su vida y un amor en Cariló.

Él volvió a tomarle las manos y, cuando Celeste por fin le dijo «Igor, gracias por cuidarme y salvarme la vida», él las acercó a su rostro y se las besó con un gesto muy cariñoso.

Celeste ya estaba formalmente enamorada. Pero de alguien que estaba en la lista de los hombres a evitar. Alguien a quien debía olvidar cuanto antes.

Igor la acompañó hasta su casa y, al llegar a la puerta, se despidieron como si fuera para siempre. Antes de subir al ascensor,

ella volteó la cabeza para verlo alejándose.

Celeste lo vio de espaldas, como tantas otras veces lo había visto en el hospital interpretando al paciente delirante, pero notó que, aun sin la giba, Igor tenía un andar triste. Recordó con añoranza los tiempos en los que ella le llevaba alfajores al ejecutivo.

Sintió una terrible desazón y tristeza. Se subió al ascensor y no quiso mirarse en el espejo para no verse llorar. Esperó a calmarse antes de abrir la puerta de su departamento y reencontrarse con su amada Martina. A partir de ese momento, eso debía ser lo más importante para ella: disfrutar la vida junto a su hija. Y lo que ella tenía no era poco. Claro que debía estar agradecida.

Martina la recibió como antaño, con una sonrisa de felicidad. De un salto, corrió a abrazarla. Celeste abrazó a su hija y solo deseó perpetuar ese momento.

—¿Y má? Se te ve triste.

—Sí, sucede que este señor que me salvó me contó que la chica asesinada era su hermana. Y me quedé muy triste.

Después de cenar, Celeste se fue a dormir. Era extraño no tener que ir al hospital al día siguiente, y más aún, no ver a Igor, ni al ejecutivo, ni al motociclista. Se sentía decididamente desafortunada en el amor.

La mañana siguiente, Chantal había madrugado solo para desayunar con ella y preguntar hasta el último detalle de ese misterioso personaje que le estaba quitando el sueño a su amiga.

—Qué historia tan triste —gimió Chantal sin poder salir de su asombro.

—Sí, desde todo punto de vista —coincidió Celeste. Y enseguida

agregó—: Incluso, por el hecho de que está muy casado y con su familia allá en Cariló.

—Estás viva y gracias a él y ¡a tu vecino! ¿Ya te lo cruzaste? Apurate a hacer algo antes de que deje el departamento. La misión ya terminó y...

Celeste meneó la cabeza con desgano.

—No me interesa, Chantal. Divino, buen mozo, pero no. Además, ¿para qué engañarme? Estoy enamorada de Igor.

—Pero ¿ni te preguntó si podía llamarte? ¿O si estabas con alguien?

—Ya debe saberlo, no olvides que, en el piso de arriba, vive un *agente encubierto* —eso último, Celeste lo enfatizó con ironía—. Además —prosiguió—, Ignacio también le habrá contado todo sobre mí. ¡Debe de saber hasta mi edad! Por eso, no necesitó preguntar. Es demasiado discreto. Y por algo será. «No pregunto y no preguntes». Solo cuando mencionó el episodio del teatro, me insinuó que yo estaba con mi novio.

—¿Le aclaraste que Rafael no lo era? —inquirió Chantal con tal ansiedad y apuro que casi se atraganta con un trozo de tostada con mermelada de higo que acababa de meter en su boca.

—No. Habría quedado muy evidente —argumentó Celeste negando con la cabeza.

Chantal miró a Celeste con desconfianza.

—¿Segura de que no te dijo de volver a verse, o que lo llames si lo necesitas o algo por el estilo? —indagó Chantal extrañada.

—Sí, más o menos, pero por amabilidad —respondió Celeste de lo más abúlica. Ante la expresión del rostro de su amiga, Celeste

perdió la calma y le aclaró casi de mal modo—: Bueno, Chantal, ¡ya está! Vos y yo somos diferentes. Ya me conocés. Es obvio que él tiene su vida allá. Me dijo que lo llame, pero solo lo dijo por gentileza, para que la despedida no fuera tan abrupta.

—Te abrazó, te besó las manos, te preguntó si te podía llamar... ¿Y decís que lo hizo por gentileza y para no parecer abrupto?

—Ceéme que sí. Fue un momento emotivo, pero no erótico. ¿Podés entenderlo?

Chantal comprendió que era inútil. Tomó su cartera, su abrigo, le dio un beso y le dijo a su amiga:

—Yo tampoco quiero parecer abrupta, pero recordá eso que te sucedió quince años atrás.

—Chantal, ¿a qué viene esto? ¿Querés destruirme?

—No. No quiero que repitas los mismos errores y que después te arrepientas o te sientas culpable. Basta de castigarte por lo de Augusto. Donde sea que él esté, quiere que seas feliz. No te enojés. Pensalo. Además, este lobo te gusta... y ¡mucho!

Capítulo XXXI

Celeste se despidió de Chantal y salió a su terraza a contemplar las estrellas. Se recostó en una reposera y comenzó a recordar eso que nunca quería recordar.

Ese dolor llamado Augusto.

Mil veces le había contado a Chantal y otras mil a Martina cómo Augusto y ella se habían conocido. Que había sido durante un congreso médico al que él asistía en Ginebra y que ella solo había ido para acompañar a una amiga y, de paso, pasear por Europa. Recordaba siempre que se habían sentido atraídos de entrada.

Se le vinieron todos los recuerdos juntos. A la vuelta de su viaje, el modo directo y sin disimulo con que él la había buscado, su manera de estar presente y el día que empezaron a estar juntos. También recordó cómo ella, especialista en autoboicot, se cuestionaba que, aunque todo marchase bien, la relación carecía de la pasión que ella esperaba.

No era que no hubiese atracción, pero no estaba esa sensación que ella había creído experimentar alguna vez y que sentía agazapada en alguna parte de su ser, aunque no muy consciente. Esa sensación que todavía seguía esperando.

También recordó el viaje que habían hecho juntos a Uruguay y esa foto en Casa pueblo, con su encantadora arquitectura mudéjar y sus paredes encaladas. Esa foto amarillenta que su Martina aún

conservaba como una reliquia.

Y Celeste habría seguido recordando si varios timbrazos no la hubieran despabilado.

—¡Por favor! ¡Ya va! ¡¿Quién es?! —exclamó Celeste en tono de pregunta que había sonado bastante irritable.

—Yo, tu mejor amigo... Mario —respondió la voz del otro lado de la puerta.

—Estamos de mal humor, ¿no? —fue el saludo de Mario al entrar al departamento de Celeste. Se lo preguntó sin esperar respuesta, mientras le daba un beso apurado en la mejilla y depositaba un paquete entre sus manos. Mario jamás llegaba sin un regalo o algo rico para comer. Celeste ya estaba resignada a sus gentilezas y atenciones.

—No, es que estaba en la terraza, pensando... rememorando... Hacía tanto que no me permitía pensar en Augusto —confesó Celeste con un dejo de melancolía.

—Es lógico con todo lo que te ha venido sucediendo. —Y en tono casi amenazante, agregó—: Pero te ruego, no empieces con tus premoniciones, temores y negatividad, *please*. —Y el «*please*» lo había emitido en un tono nasal que parodiaba a algún personaje caricaturesco. Era su modo de imprimir alegría y humor en las situaciones que así lo requerían.

Para cambiar de tema, y conformar a su amigo, Celeste dijo en tono alegre:

—Voy a hacer café, ¿quieres? Y, ojo, que esta vez no es el instantáneo de siempre, el del supermercado. Ese ya nunca más. —Ante el silencio concesivo de Mario, que rara vez se daba, ella siguió explicándole—: ¿Te conté que Ignacio, mi jefe, cuando salí del

hospital, vino a visitarme y me trajo de regalo una cafetera como la suya? ¡Todavía estoy aprendiendo a manejarla! Pero hace un expreso riquísimo. —Esa última frase se la había escuchado decir a su jefe cada vez que él le convidaba un café en su oficina. Casi como ritual, repetía siempre las mismas palabras.

—Me parece genial. Vamos a la cocina. —Mientras se dirigían a preparar el café, Mario pasó su brazo por el hombro de Celeste y le preguntó—: ¿Y cómo seguís del pie?

—Mejor, imposible —exageró Celeste en tono irónico, sabiendo que era justo lo que su amigo quería escuchar. Y que también quería que fuera cierto.

Ambos comenzaron a charlar y reír. Era muy fácil pasarla bien con Mario, aunque nunca terminaban de hablar de ningún tema.

Mientras cortaba la torta de chocolate que su amigo le había traído, Celeste le comentó lo feliz que estaba Martina en vísperas de su viaje a Los Ángeles con sus compañeras. Estaba a punto de contarle los detalles de su encuentro con Igor, cuando sonó el timbre de la puerta. Pensó que podía ser Félix.

—Debe de ser el encargado, que viene a traerme algo. Estoy con las manos empapadas de dulce de leche y chocolate.

—Dejá, atiendo yo. Traé al living el café y la torta, tenemos mucho de que charlar —acotó Mario con picardía, y remató el comentario con un gesto grandilocuente. Celeste ya estaba preparada porque sabía que le preguntaría hasta el grupo sanguíneo de Igor.

Al acomodar las porciones de torta de chocolate sobre dos platitos, Celeste se relamió los dedos que habían quedado llenos de dulce de leche.

—Qué empalagoso. Si sigo así, voy a terminar rodando —dijo en

voz alta.

Desde la cocina, escuchó a su amigo preguntar dos veces quién era y, después, de un silencio que percibió como demasiado prolongado, le pareció oír algo similar a un breve saludo. Luego de eso, el ambiente había quedado inmerso en un mutismo total.

Pasados unos segundos que se hicieron eternos, intrigada, Celeste asomó su cabeza por la puerta de la cocina y no pudo comprender el significado de esa escena tan bizarra.

Su amigo estaba parado estático, pálido y mudo, muy raro en él, frente a su vecino Emanuelle, que no lucía menos pálido y que tampoco emitía sonido alguno.

—Hola... —se atrevió a decir Celeste como para romper el encantamiento. Emanuelle apenas musitó un «Hola», pero sin quitar sus ojos del rostro de Mario.

Celeste, haciendo alarde de su simpatía, y a modo de anfitriona, exclamó:

—¡Hola! Los presento. Emanuelle, mi vecino *custodia* —eso último, lo había emitido en un tono sarcástico que revelaba que ya había hablado con Igor y que estaba al tanto de su función.

A pesar de su humorada y excelente humor, sus compañeros de sala ni se inmutaron y ninguno de los dos hizo siquiera un gesto de sonrisa.

—Dejá —la interrumpió Mario con sequedad, también muy raro en él—, ya nos conocemos —agregó en un tono brusco.

Celeste se sentía incómoda. ¿Qué relación podría haber entre ese agente encubierto de la Policía y su amigo arquitecto? ¿Y por qué tanta tensión en el medio? Pero antes de seguir con la siguiente

pregunta, creyó deducir el vínculo. Y no se equivocó. «Emanuelle». «Manu».

—Celeste, te presento a Manu —dijo Mario con una amabilidad en extremo fingida.

La anfitriona ya estaba más pálida que ellos. En ese momento, se le vinieron a la mente todos sus encuentros, siempre fugaces. También recordó la noche que, en la cochera, él había obligado a su acompañante a esconderse de ella. Y, en consecuencia, comprendió la razón de la vehemencia con que Igor, de modo taxativo, le había asegurado que él no era quien estaba en ese automóvil

—Celeste —comenzó a decir, tímidamente, Manu—, vine a despedirme de vos y de Martina. Como ya terminó mi misión aquí, hoy mismo dejo el departamento.

Al concluir su información, miró de soslayo a Mario que no dejaba de mirar altivamente hacia la puerta de entrada.

—Gracias por todo, Emanuelle. Quedate con nosotros a tomar un café, voy a ver si está listo.

Apenas terminó su frase, Mario, en un tono que no admitía réplicas, casi ordenó:

—Quedate a despedir a tu vecino. —La última palabra sonó a burla. Y, decidido, agregó—: Voy yo. —Sin decir más, y sin siquiera mirar a Emanuelle, giró sobre sus talones y desapareció en segundos.

Emanuelle, visiblemente compungido, miró suplicante a Celeste y le señaló la cocina con un leve pero persuasivo movimiento de cabeza.

Ella no sabía si él había emitido la pregunta «¿Puedo?», pero, resignada, le hizo un ademán con la mano que le indicaba que estaba

autorizado a pasar.

Sin poder creer lo que acababa de presenciar, respiró profundamente y, más que sentarse, se arrojó sobre el sofá.

Pasaban los minutos y nadie salía ni nadie entraba a la cocina. Celeste ya estaba sintiendo calambres. Cuando iba a ponerse de pie, vio a Emanuelle acercársele raudamente y, dándole un beso en la mejilla, le dijo con tristeza:

—Fue un placer, Celeste.

Antes de que ella pudiera responderle, él ya había traspasado la puerta.

Celeste miró asustada hacia la cocina y vio salir a Mario. que se dirigió hacia la puerta de entrada. Mientras salía, le informó a Celeste:

—Ya vuelvo —dicho eso, desapareció.

Celeste se quedó estática mirando con fijeza la puerta «¿Quién más aparecerá hoy por esa puerta?», se preguntó sin el menor deseo de ponerse a pensar. Por ese día ya era suficiente.

Tanta ansiedad debía ser mitigada, y, resignada a engordar, tomó una de las porciones que habían quedado servidas sobre la mesa. Para poder tragar, también se sirvió un pocillo de café de su flamante cafetera. Probó un sorbo. «Delicioso», pensó, y se le vinieron a la mente las mañanas frías en la oficina de Ignacio.

Aunque vívida y renovada por el aroma de café, esa imagen le resultaba muy lejana, absolutamente en el pasado.

Volviendo a ese momento, recapacitó sobre lo sucedido hacía apenas unos minutos, la escena entre Mario y Emanuelle. «Pobre Mario. Y pobre Manu. Encontrarse así y justo aquí», se dijo,

incrédula, a sí misma. Al mismo tiempo, reconocía que ya nunca más vería a su vecino como Emanuelle, ya sería Manu para siempre.

Recordó la noche que Mario le había hablado de él.

—Y pensar que él estaba a un piso de distancia —dedujo Celeste en voz alta.

Al cabo de una hora, oyó ruido en la puerta de entrada. Era el tipo de golpeteo que solo se atreve a hacer alguien de mucha confianza.

De un salto, Celeste se dirigió a abrir . Estaba ansiosa por saber de su amigo y su Manu,

—¿Y? —preguntó Celeste solo por preguntar, ya que la mirada de Mario había recobrado su luz y alegría. Celeste lo miró con recelo e indagó un poco más—. A juzgar por el brillo en tu mirada, y como buen leonino orgulloso, solo dos cosas pudieron haber pasado: o lo mataste, o...

—La segunda, *darling* —respondió Mario sin humildad—. Me confesó que, por una especie de coima, asuntos internos lo separó de la fuerza y tuvo que hacer este *trabajito* para hacerse perdonar. Y una de las condiciones era que colaborase con Igor, y al igual que él, *ad honorem*. Por eso, no podía confesarme muchas cosas y tuvo que esconderse. Pero como ahora todo terminó, ya es libre para hacer su vida.

Celeste escuchaba sin poder digerir y solo por curiosidad, le preguntó:

—¿Por qué se fue y enseguida lo seguiste?

—Porque cuando me confesó todo eso, le respondí que me alegraba por él y le dije «Adiós». Él no insistió, se fue, y al segundo, me arrepentí.

»Además, me habló de sus sentimientos. Leonino y todo, eso me ablandó. ¡Ya tengo su nueva dirección por si querés visitarlo! ¡Estoy feliz! —Se quedó medio segundo en silencio y, enseguida, aclaró con seriedad—: En serio, fuera de broma, me pidió que te diera su dirección por si necesitas algo. —Y acotó con picardía—: Mirá cuando salgamos los cuatro.

Celeste lo contempló con expresión de duda.

—¿Quiénes cuatro?

—Manu, yo, vos e Igor.

—¡Ay! ¡Por favor! ¡Él ya está en Cariló con su familia! Ya cumplió con su hermana y me salvó a mí. Punto. Y mejor que sea así —dijo Celeste con un tono muy superado, pero que para nada concordaba con la expresión amarga de su cara.

—¿Mejor así? ¿Seguro? —preguntó Mario.

—Sí —respondió Celeste con desdén.

—Querida, entonces explicale a tu cara porque parece que no se enteró —eso último también lo expresó con ese tono burlón y nasal de caricatura.

Capítulo XXXII

Celeste ya estaba bastante recuperada y, por primera vez en su vida, pasaba sus días sin trabajar. Pero lejos de sentirse vacía o aburrida, reconocía que le estaba tomando el gusto. E incluso su cara se había dado cuenta. Lucía relajada, rejuvenecida y estaba más centrada en sí misma.

Así y todo, palpó el celular en su bolsillo y tuvo que hacer un gran esfuerzo para cerciorarse, por enésima vez, de que hubiera un nuevo mensaje o foto enviada por Martina desde Disney en Los Ángeles. El último mensaje había sido enviado hacía ya cinco minutos y, gracias a Whatsapp, había disfrutado unos segundos la voz de su adorada hija y se había reído con el video junto a sus amigas. ¡Se veía que estaba disfrutando en grande!

Aunque no lo quería reconocer, también esperaba que hubiese un mensaje al lado del nombre de Igor Bleid. Pero siempre estaba en blanco.

Caminaba sin rumbo, solo para pasear, aún decidiendo si volver a su casa o seguir disfrutando de la tarde soleada por un rato más, cuando, en medio de su *Dolce far niente*, miró por mirar el gran ventanal de un lindo bar cercano a su casa y la sorprendió ver a su amiga Chantal acompañada de un hombre.

La sorpresa no se debía para nada a la compañía masculina, sino al tipo de locación donde estaba: un lindo bar, pero de lo más común. Y al tipo de hombre que la acompañaba: también lindo, pero, al igual

que el lugar, no parecía del estilo de los que frecuentaba Chantal, que solo concurría a sitios glamorosos o renombrados.

Ese hombre no parecía un magnate ni un empresario. Celeste concluyó que bien podía ser un productor o camarógrafo.

«Sí, seguro que es un camarógrafo», pensó, pero enseguida desechó esa conclusión al ver, sin lugar a equívocos, el modo en que él le sostenía la mano y cómo ella, aunque parecía negarse, de acuerdo con el movimiento de su cabeza, lejos de retirársela, se la sujetaba fuertemente.

«Ah, pero esta noche vamos a hablar, zorrita. Yo tengo que contarle todo y ella, en cambio...». Mientras mascullaba la deslealtad de su amiga, Celeste prestó atención al sujeto. Era joven, quizá un pocos años menor que Chantal. Parecía fornido, sólido pero no mastodonte. Tenía la cabeza rasurada, o quizá era calvo. Aunque estaba de perfil, se podía ver que tenía rasgos fuertes pero armoniosos a la vez, y en un momento en que giró su cabeza hacia la ventana, Celeste pudo detectar que tenía ojos claros y una barba de varios días que le confería un toque *sexy* a su apariencia por demás sencilla. Esa cara barbuda le hizo recordar a Igor.

Pero, ante el temor de que su amiga también mirara hacia la ventana, Celeste aceleró el paso decidida a desaparecer de la escena. De todos modos, esa noche, Chantal no se salvaría, haría que le cuente todo.

Para la hora de la cena, ambas amigas se encontraron como siempre, felices de verse. Chantal la miró y exclamó:

—Estás cada vez más guapa y *sexy*. ¡Qué bien te hace no ir a ese hospital!

—¿Qué tal? —comenzó Celeste, obviando ese comentario, e invitó

a su amiga a que se sentara a la mesa—. ¿Alguna novedad que me quieras contar? —Celeste sonreía con picardía mientras esperaba la confesión de su amiga. Pero esa sonrisa se diluyó rápido al escuchar la negativa de Chantal.

—No, nada nuevo. ¿Y vos?

—Nada de nada —respondió Celeste, pero lo hizo con una expresión de desaprobación que parecía decirle «Yo ya no te cuento nada más».

Chantal bajó la mirada. Y sin mirar a su amiga, en tono de reproche, le dio una especie de explicación.

—¿Contarte? Ni yo quiero saberlo. Encima, tener que soportar tu burla.

Celeste ya no entendía el rumbo que había tomado la conversación.

—¿Burla? ¿Qué burla? —inquirió desorientada.

—Eso que me dijiste la otra vez. Vos y tus frases... No me acuerdo. Algo así como que Dios o la vida no siempre te da lo que deseas, pero siempre lo que necesitas.

Celeste comenzó a comprender que su amiga estaba atravesando una crisis. Algo nuevo y distinto la estaba movilizándolo. Por lo tanto, se trataba de algo valioso.

Como Celeste se había quedado en silencio, un modo sutil de no forzar a su amiga, pero a la vez ayudarla a hablar, Chantal, meneando la cabeza y con los ojos brillantes, comenzó a hablar en voz bastante baja, como quien hace una confesión que lo avergüenza.

—Creo que ahora te entiendo no solo cómo sos, sino también cómo me ves a mí.

—¿A qué te referís, Chantal? —inquirió Celeste en un tono suave que encubría cierta preocupación.

—Me escapaba de mí misma, de mis sentimientos, de mis miedos... Incluso, te diría, de mis inseguridades. Es más fácil no sentir, solo gustar y que te guste o te venga bien alguien por una temporada.

—¿Quién es? —preguntó Celeste de manera directa.

—Un maestro integrador. Trabaja con chicos con capacidades diferentes. Es psicopedagogo —dijo Chantal de un tirón. Sin anestesia.

Celeste sonrió y, para calmar a su amiga, acotó:

—¡Genial! Un colega. Me habías asustado, Chantal, pensé que era un *gigoló* o un narcotraficante.

Chantal la miró indignada y, llena de incredulidad, le cuestionó:

—No puedo creer que no entiendas la situación, lo que representa para mí. Es como una burla del destino.

—¿Burla? —cuestionó Celeste, que ya había comprendido la razón de la angustia de su amiga.

—Sí, burla. Porque no es solo sexo. No dejo de pensar en él. Lo quiero, lo necesito, quiero ayudarlo, protegerlo y que me proteja.

—¿Y? ¿Cuál sería la parte negativa? A menos que no seas correspondida, pero no es lo que me pareció.

Chantal la miró con extrañeza. Celeste supo que se había delatado, claro que todavía podía decirle que no le había parecido de acuerdo a lo que ella le estaba contando. Pero ¿por qué no ser sincera con su mejor amiga?

—Sí, Chantal, te vi hoy con él y por lo poco que vi, me gustó. Y me gustó cómo te miraba mientras tomaba tu mano. Y lo bien que te hacía.

—Pero no tiene nada que ver con mi mundo —comenzó a lamentarse Chantal.

—Un mundo que saca lo peor de vos, Chantal, la parte más estúpida, mezquina y chiquita. —Y enseguida agregó para que su amiga no lo tomase como una ofensa personal—: Esas partes grises que todos tenemos.

—¿A qué te referís? ¿O a quién? —indagó Chantal sin entusiasmo.

—Te la hago corta: jamás vi que un hombre de los de *tu mundo* —usó un tono sarcástico— te mirara a vos, la que realmente sos. La que yo siempre vi. Con ellos no te imagino en un bar cualquiera, ni caminando de la mano por un parque, ni comiendo en la cama, con un *jogging* viejo, mirando televisión.

—¿Es necesario? —preguntó Chantal haciéndose la bromista.

—Sabés a qué me refiero. Recuerdo cuando tuviste hepatitis. ¿Alguno de ellos se preocupó? En lo más mínimo. Te reemplazaron a la brevedad por otras con el hígado en mejor estado.

»Vos no sos esa vanidosa competitiva que aparece cuando estás en *tu mundo*. Te lo confieso, me conmovió, y corrobora lo que siempre supe de vos, por ejemplo, la excursión a la que llevaste a tus alumnitos.

—Fue solo una tarde —se excusó Chantal.

—No, Chantal. Fue más que eso. Te dio pena al ver sus reacciones ante los paisajes que vos les mostraste en fotografías para que dibujaran. Supiste, entonces, que ninguno de ellos jamás había

estado en un lugar lindo. Pediste permiso a la directora, autorizaciones a los padres, pagaste el alquiler del catamarán, los llevaste a pasear por el Delta del Paraná, disfrutaron entre las islas, los llevaste al Golf, donde, por lo general, vas muy elegante a hacer entrevistas a los invitados de tu programa. Si pudieras, los llevarías al mar, a la montaña, al cine... Lo sé.

Cuando Celeste terminó de hablar, miró a su amiga y la vio con los ojos llenos de lágrimas. Entonces agregó decidida a dar el golpe de gracia:

—Toda esta experiencia sacó lo mejor de vos, la que yo siempre vi, tu bondad, tu generosidad...

Chantal miraba por la ventana hacia la calle. Parecía un niño encaprichado.

—Mirá —prosiguió Celeste—, hasta recuerdo la noche en que nos conocimos, que llovía a cántaros. ¿Te acordás? Vos tenías una fiesta muy importante, pero no dudaste en llevarme en tu automóvil a la farmacia. Otra pone una excusa. Después, me ayudaste a comprar mi automóvil. ¿Qué necesidad tenías? ¡Y lo adorable que siempre fuiste con Martina! Realmente merecés que te pase algo muy bueno. Y ahora estoy feliz por vos. —Celeste la miró con cariño y agregó—: Cuando aceptes quien sos, vos también vas a estar feliz. —Y sin darle un respiro, preguntó con picardía—: ¿Y cómo se llama?

—Marcos. Marcos Torres —respondió Chantal casi ruborizándose.

Capítulo XXXIII

Por primera, y quizá única y última vez, Mario y Chantal estaban coincidiendo en un intento mancomunado de persuadir a Celeste.

—Pero no tengo nada que ver con ese ambiente. Ni me conocen —insistía Celeste.

—Te equivocas. Todos te llaman «La psicóloga que zafó». Todos hablan de vos. Y, además, te vas a distraer —concluyó Chantal.

Y Mario asintió con la cabeza y agregó:

—Totalmente de acuerdo. No te mató el ogro, pero ¡te mato yo si no vas!

Y Chantal, para no quedar atrás, dictaminó:

—No se hable más. Mañana mismo vas a retirar el vestido en la Avenida Alvear. Está a mi nombre, y Grace, que es la vendedora que me atiende a mí, te va a asesorar en todo. ¡Vas a ver lo amorosa que es!

Celeste ya conocía la ineficacia de tratar de contradecir a Chantal. Y mucho menos en esa ocasión, asistida por Mario. De todos modos, hizo un último intento.

—Pero Uruguay... Punta del este. Saben que me trae malos recuerdos.

—¡Cortala, superalo! Aprovechá que Martina está en Los Ángeles. Unos días ahí y esa fiesta que será fabulosa. ¡Ah! Y no digas que no

conocés a nadie. También estará Rafael. Incluso, Ignacio con su mujer. ¿No te despierta curiosidad? —Fue la estocada final de Chantal.

—¡Hasta yo quiero ir! —añadió Mario, secundando a Chantal y decidido a complementarse con ella. Pero con cara de resignación un poco sobreactuada, enseguida arguyó—: Lástima que ya reservamos con Manu unos días en Miami —al decir eso, lanzó una mirada triunfante a Chantal.

—Ok, ok... Voy. —Celeste capituló.

Cuando llegó a la Maison, Celeste tomó conciencia de la sencillez de su atuendo.

«Vaya que soy simple y básica a la hora de elegir ropa», dijo para sí al mismo tiempo que le sonreía a Grace que se acercaba sin atisbos de duda respecto a su identidad. Era obvio que no lucía como las mujeres que solían comprar ahí. Su ropa era linda, pero sin el menor rastro de ostentación.

—Qué tal... ¿Celeste, ¿no?

—Sí. ¿Grace?

—¿Cómo estás? Encantada. Chantal me avisó que vendrías. —La ojeó de arriba abajo con sus cejas arqueadas, y declaró—: Sos muy linda. Tengo cosas maravillosas para vos. Vamos al probador — propuso la *asesora de imagen*, sin pérdida de tiempo ni de su sonrisa.

En menos de una hora, Celeste se había probado más estilos de ropa que en toda su vida y estaba cada vez más segura de lo que no le gustaba.

—Ese vestido de dos colores... ese me gustó mucho —dijo con timidez.

—Te quedaba fascinante —opinó Grace muy asertiva—. Pero dejame mostrarte este. Es para vos. Sensual y elegante a la vez.

Celeste tuvo en sus manos una prenda que costaba dos veces su sueldo. Era suave y de un color esmeralda intenso, pero, al mismo tiempo, sobrio y refinado. Deslizó sus piernas por la abertura del escote y, en un minuto, se transformó en una diva.

—¡Guau! —exclamó.

—Y esperá, usalo con estos aros y estos tacones altísimos —indicó, satisfecha, Grace.

—Me mato con estos tacones. Y esos aros... Yo no uso aros tan grandes, aunque son divinos. Pero no me siento yo —acotó Celeste indecisa. Pero pensándolo mejor, al menos por una noche podía no ser ella. Además, sería divertido mandarle un par de fotos con ese *look* a Martina.

—Sí. ¡Lo llevo! —afirmó Celeste con varios movimientos de cabeza y aplausos cortos. Se sentía radiante con ese vestuario. Miró suplicante a Grace y le rogó—: Eso sí, Grace, te pido un favor... Ni una palabra a Chantal del modelo que elegí, quiero sorprenderla con mi *look* extravagante. Si te pregunta, decile que elegí uno blanco muy sencillo, ¿sí? Eso es lo que ella precisamente espera de mí. Quiero sorprenderla.

Grace sonrió con complicidad y respondió:

—Dalo por hecho. ¡Ni una palabra! Pero enseguida cambió su expresión por otra muy profesional y declaró—: Pero te aclaro: no estarás extravagante, al contrario, lucirás muy fina y, a la vez, muy sensual.

Las dos mujeres se despidieron con un beso, y ante el «Te espero pronto por aquí», la amiga de Chantal solo contestó con una sonrisa

de cortesía. Ambas sabían que esa ropa estaba muy por encima del presupuesto de Celeste.

Al día siguiente, Celeste ya tenía todo organizado para su partida. Solo estaría fuera de su casa un par de días, como máximo tres. Tampoco le había informado a su hija respecto a esa escapada de mini turismo; quería sorprenderla enviándole un video, al que ya sabía que Martina respondería con el *Gif* más acertado.

Apenas bajó de la embarcación, que en solo dos horas cubrió los trescientos kilómetros del ancho Río de la Plata que separan Buenos Aires de Uruguay, Celeste tomó su equipaje y se subió al suntuoso automóvil que la conduciría hasta el suntuoso hotel donde la esperaba una suntuosa suite.

En el trayecto, no pudo evitar mirar con nostalgia el complejo edilicio Casa pueblo, y tampoco pudo evitar lagrimear. Enseguida pensó en Martina y tomó el celular para ver si había algún audio, video o mensaje de su hijita. Pero nada. .Era obvio que seguía divirtiéndose.

Su suite daba al mar y, al salir al balcón, pudo escuchar la respiración de ese océano que amaba y que hacía tanto no olía. El ir y venir de las olas sonaba como un jadeo sensual a los oídos de Celeste. Y aunque no fuera el mismo, imaginó a Igor, seguramente, frente a su propio mar. Sin darle tiempo a que esa imagen se colara y anidara en su alma, desechó esa remembranza que opacaría su ánimo.

Ya había cenado y, como Chantal había tenido que hacer unas grabaciones para su programa, habían acordado encontrarse directamente en la fiesta.

Cerca de las diez de la noche, Celeste descendió de otro suntuoso

automóvil que la había trasladado hasta las afueras de Punta del este. Mientras bajaba del vehículo con la ayuda del chofer, ella solo se concentró en evitar caerse con esos zapatos. En cuanto se sintió sobre una superficie firme, levantó la vista y se asumió fascinada con esa mansión estratégicamente iluminada.

La música se escuchaba en el exterior y en los jardines que daban al mar. Celeste estaba encantada con los faroles de citronela que iluminaban las terrazas. Vistosos y pintorescos, aunque completamente inútiles en el mes de octubre, con una brisa marina bastante fresca como para dejar en pie a ningún mosquito.

Entró esbelta, más que de costumbre, gracias a los tacones mágicos, y enseguida se percató de la atención que estaba captando. Paseó su mirada por el amplísimo salón repleto de desconocidos, hasta que sus ojos volvieron a una figura familiar. Rafael, que apenas la vislumbró, voló a su encuentro. Enseguida se topó con la mirada extasiada y sorprendida de Chantal, que festejaba ese nuevo *look* de su amiga.

En pocos segundos, todos estaban rodeando a Celeste y dándole la bienvenida.

La mujer de Ignacio, Ángeles, la miraba con simpatía y aprobación, una mirada que no dedicaba a Chantal.

—Celeste, qué gusto conocerte. Ignacio me habló mucho de vos y de cuanto te gustaba su café. Yo misma fui a comprarte la cafetera.

—Gracias, me encantó. Muy amable —fue la diplomática respuesta de Celeste, ya que intuyó que ese comentario no iba dirigido a ella, sino que era un mensaje subliminal para Chantal. Quería demostrarle que compartía todo con su marido.

En ese momento, Celeste recordó ciertas miraditas cómplices

entre Ignacio y su amiga durante su internación. ¿Acaso había salido con su jefe a espaldas de ella? A juzgar por el modo en el que Chantal evitaba dirigirse a Ignacio, y por la mirada envenenada de Ángeles, ya no había dudas. Celeste solo esperaba que eso hubiese terminado después de que apareciera Marcos, el nuevo amor de Chantal, el que sí cambiaría a su amiga.

Rafael tomó a Celeste de la mano y le dijo al oído:

—Me aburro con estos, vamos a bailar.

Ambos se fueron, y Ángeles sonrió con aprobación a la potencial nueva pareja. No todos parecían contentos. Ignacio y Chantal, en cambio, intercambiaron ligeras miradas de preocupación.

Rafael y Celeste se acercaron a una de las mesas y él le sirvió una copa de champagne. Ella no estaba acostumbrada a tomar alcohol, pero esa noche no era ella. Sin embargo, cuando se acercó a la mesa de *Buffet frois*, se contuvo de tomar un canapé solo porque vio que, sobre un mullido colchón de salsa golf, un plácido camarón yacía en perfecto estado de Nirvana.

Por esa razón, optó por otro de caviar, pero en el preciso instante en que lo llevaba a su boca, recordó la información que le había dado Martina y el modo cruel en el que partían en dos al esturión para robarle sus huevecillos.

Mientras masticaba, para mitigar su culpa, se lo comentó a Rafael, que no pareció muy conmovido y respondió con un «¿Ah, sí? Mirá vos».

—Vamos a bailar. Vení, que hoy estás increíble —le dijo Rafael sin dejar de mirarla libidinosamente, pero sin perder su frescura juvenil.

Dieron unas vueltas, giraron, rieron... y, luego, se escuchó una música más lenta. Él la tomó seductoramente entre sus brazos.

—Estás muy linda. No sabés qué impacto horrible fue escuchar esas noticias. Si te llegaba a pasar algo... Pero ahora no hablemos de eso, dejame que me interne en el bosque de tus ojos.

Ese comentario, lejos de acercarla a Rafael, la alejó y la llevó hasta un bosque de pinos. Otra vez, lo recordaba a Igor. «¿Esta tortura será eterna?», se preguntó Celeste.

Estaba ensimismada en sus pensamientos cuando Rafael presionó su brazo con una fuerza que excedía la danza. Celeste lo miró a los ojos para entender el motivo de su presión.

—No lo vas a creer —empezó a decir Rafael disimulando una sonrisa que se dibujaba traviesa en sus labios—. Se ve que es tu karma. Te hago girar como que bailamos y, con disimulo, mirá a tus espaldas. —Mientras la hacía girar, completó su frase—: No hay caso. Es tu karma en serio. Te está mirando fijo el mismo loco.

Celeste no entendía de qué hablaba Rafael. Se dejó llevar por él y, al girar, se encontró con una mirada de un gris intenso, que ni siquiera pestañeaba. Tuvo que contener la respiración para no lanzar una exclamación, pero como Rafael la sujetaba y era quien dirigía sus movimientos, la hizo girar nuevamente y quedó de espaldas a Igor.

—Es el mismo loco del teatro. ¿Le habrán dado el alta? Me pregunto cómo llegó hasta aquí —se cuestionó Rafael despreocupado. Pero, al notar la palidez de Celeste, enseguida agregó—: No te asustes. ¿No me digas que esto te hizo recordar al ataque del otro loco? Uh... perdoná, qué poco tacto tengo... Me impresionó cómo te miró y que esté aquí.

Celeste volvió a mirar en dirección a Igor, pero él ya no estaba. «El mismo *modus operandis* que en el teatro», dedujo Celeste.

—Rafael —dijo Celeste con voz entrecortada—, enseguida vuelvo.

—No. Te acompaño. ¿Te sentís mal? Soy un boludo, no debí hacerte mirar. Pobrecita, con todo lo que pasaste... No me lo perdono.

—No, Rafael, no es tu culpa. Voy a buscar a Chantal, enseguida vuelvo. Vos esperame acá.

Rafael accedió y miró hacia la mesa de bebidas.

—Ok, mientras, me tomo algo y saludo a algunas personas —dijo con el tono despreocupado de siempre.

Celeste buscaba con desesperación a Chantal. De pronto, la divisó entre dos hombres.

—Disculpen, se las robo un segundo.

Uno de ellos dijo:

—Robame a mí también. —Y ambos hombres rieron.

Celeste ni los escuchó, solo tomó a su amiga por el brazo y la alejó de ellos.

Chantal comprendió que ya había sucedido lo que habían planeado con Ignacio. Ambos sabían que ese encuentro se daría esa noche. Por esa razón, se habían mirado preocupados cuando Rafael la invitó a bailar.

—Chantal, no sabés —susurró Celeste. Hablaba con la voz entrecortada porque le faltaba el aire.

—Sí, lo sé, viste a Igor —dijo Chantal sin sorpresa y con desparpajo.

—¿Vos también lo viste? Pero ¿cómo sabés? —En ese momento, Celeste recordó que Chantal no lo conocía más que por sus descripciones—. Pero si vos no lo conocés. —Celeste miró extrañada

a su amiga.

—A ver, no quiero que te enojés. —Chantal solía comenzar con esa frase cada vez que se entrometía en la vida de su amiga o había hecho algo en contra de su voluntad—. El domingo pasado me encontré en el club de equitación con Ignacio. Charlamos y le comenté de esta fiesta. Me dijo que él vendría. —Miró la expresión expectante e iracunda de Celeste, que ya estaba intuyendo lo que había sucedido—. Yo estaba montando a Media Noche. —Ese era el nombre de la esbelta e imponente yegua negra de Chantal—. Ignacio me acompañaba sobre su caballo Isidro. Te juro que solo charlábamos de la fiesta y de la posibilidad de que vos vinieras, cuando de la nada, apareció su mujer, pero de a pie. Lo patético fue que ella ni siquiera estaba enterada de la fiesta y, mucho menos, que Ignacio asistiría, pero, solo por las dudas y por intuición, nos miró con odio a ambos.

—¿Solo por intuición? —inquirió Celeste maliciosamente.

—Sí, solo por intuición. Y yo aproveché ese momento para mitigar su enojo. Fingí invitarlos a ambos en ese preciso instante. Digamos que salvé a tu jefe de una reyerta familiar. Y quedate tranquila, que, en ese mismo instante, a ella le cambió la expresión de la cara y aceptó encantada, porque por nada se iba a perder presumir con sus compañeras de *Bridge*. Sabe muy bien que esta fiesta es un evento social al que muy pocos asisten... y no cualquiera.

—Por ejemplo, tu nuevo amor, el maestro. —Celeste no supo por qué le había lanzado ese dardo envenenado a su amiga.

Chantal la miró con una mínima dosis de reproche, pero sí con gran caudal de tristeza en su mirada.

—Ni me hables. Lo extraño, pero no lo puedo imaginar en esta

fiesta y tampoco me imagino a mí sin estos eventos —fue todo lo que dijo al respecto. Pero su declaración sonó tan contundente que Celeste no tuvo dudas de que ese nuevo sentimiento había llegado para quedarse.

—Este evento es *trabajo*; lo otro es tu vida. Así lo tenés que ver. — De pronto, ya sin paciencia para ponerse a aconsejar a su amiga, con mirada más inquisitiva que de enojo, le preguntó—: Sabías que Igor vendría. ¿Cómo lo supiste?

Chantal la miró con la misma expresión de una niña que cometió una travesura. Respiró profundo, como le había enseñado su *gurú* de yoga, y le confesó:

—Después de invitarla a la fiesta, hablamos de él con la mujer de Ignacio.

Antes de que Celeste se enfureciera, Chantal reaccionó rauda:

—No exactamente de él como Igor, sino que mencioné a ese sujeto que había salvado la vida de mi mejor amiga. Yo, para que no sospechara cosas que no existen... —al decir eso, miró de reojo a Celeste a modo de advertencia y continuó—: Preferí hablar de vos y de lo sucedido, y del modo en el que Igor te había salvado la vida. — Chantal hizo una pausa para mirar la expresión en la cara de Celeste. Volvió a tomar aire—: Ángeles —deletreó el nombre de la mujer de Ignacio con cierta sorna, como parodiando ser muy amigas—, me comentó que era bastante amiga de la hermana de Igor y que todo lo sucedido había sido una pesadilla. Y que lamentaba que Igor se hubiera quedado con ese recuerdo que los relacionaba con ese aciago suceso.

»Entonces se me ocurrió officiar de psicoterapeuta y aduje que sería buena idea que él pudiera disociar lo ocurrido y que se

encontrar con ella y con Ignacio en otro ámbito, que sería buena idea invitarlo a la fiesta y, así, reencontrarse en circunstancias más placenteras. Ignacio dudaba, y la mujer le preguntó por qué no quería que se reencontrara con vos. Él solo pretextó que Igor es un tanto huraño y que vive en su bosque con sus perros.

—¿Con sus perros...?! —interrumpió, exaltada, Celeste.

—Sí, con sus perros. Parece que son ellos los que lo extrañaban tanto —replicó Chantal con cinismo.

—Un horror... Un horror... —Celeste empezó a balbucear. Era la reacción que Chantal temía.

—¿Te das cuenta?! ¡Él cree que yo vine para verlo! ¡Justo a él! Que ni se molestó en llamarme ni una vez! No. ¡Yo me voy ya! Chantal, ¡no tenías derecho!

—Cieli, no seas estúpida —Después de pronunciar el insulto, Chantal se arrepintió.

—¿Estúpida? —preguntó Celeste—. Sí, ya lo creo. ¡Muy estúpida! Por haber confiado en vos, en tu criterio. —Celeste iba a proseguir, pero se frenó a tiempo.

—Cieli, él cree que vos no sabías que vendría.

—¿Y cómo sabés eso? ¿También hablaste con él?

—Porque hablé con la mujer de Ignacio y le aclaré que vos no tenías que saber que él asistiría, que, si te enterabas, quizá no vendrías para no recordar todo lo sucedido.

Celeste abrió grandes los ojos, pero la explicación le pareció tan acertada que los volvió a su estado normal sin decir una palabra. Y enseguida agregó:

—¿Qué me estás diciendo?, ¿que ella te va a creer? ¿O eso lo estás inventando ahora? Una especie de *mentira express*. ¿Cuántas cosas no vas a contarme, además de que saliste con Ignacio?

—No. Ahí te equivocás. La mujer me tiene celos porque *hazte la fama...*, pero nunca pasó nada entre Ignacio y yo.

Celeste la miró fijo a los ojos y vio que decía la verdad.

—No entiendo por qué vino y por qué nunca me llamó —se cuestionaba Celeste en voz alta.

—Por todo lo sucedido, que no es poco. Porque él se siente culpable aunque te haya salvado. Porque no le demostraste el mínimo interés. Por el modo extravagante en el que se conocieron. Porque, a pesar de que lo que siente por vos, siente mucha culpa de haberte conocido *gracias* a la muerte de su hermana. Y puedo seguir. — Chantal miró a Celeste. Y prosiguió—: Pero apenas supo que podía encontrarte, el lobo dejó su bosque y, con su blazer de cinco temporadas atrás, se arriesgó en un hábitat que no es el de él.

—¿Cinco temporadas atrás? Mirá que sos *snob*, Chantal. ¡Qué paciencia te tengo! —Y Celeste recordó. Ya más tranquila, le comentó a su amiga—: ¿Sabés lo más tragicómico? Igor no solo me volvió a ver junto a Rafael, sino que Rafael cree que es un paciente psicótico. Recuerdo que eso fue lo que le dije el día del teatro. Justamente como *una excusa express*.

Chantal sonrió y respondió sarcástica:

—Tanto no mentiste. Vos no lo sabías, pero el día del teatro, él aún era el ejecutivo, un pobre paciente delirante. Y, bueno, decile que le dieron el alta.

Ambas rieron de la desesperación.

—¿Y ahora? —preguntó Celeste

—Ahora, yo iría a buscarlo antes de que vuelva a su guarida.

Celeste, que debido a los tacones se había sentado en un escalón, se levantó como un resorte.

—¿Cómo luzco? —consultó a su amiga

—Estás espléndida. Y yo que creía que ibas a venir con un vestidito blanco insulso. Grace me dijo cualquier cosa.

—Yo se lo pedí. Quise darte la sorpresa. Solo espero no matarme con estos tacones.

—Y yo espero que él no haya dejado la fiesta —acotó Chantal en un tono ácido.

Celeste apretó con fuerza la mano de su amiga, la miró a los ojos vislumbrando que los roles se habían trastocado. Y le pidió con pasión:

—Deseame suerte. —El apretón de mano de su amiga le garantizó que iría con sus mejores deseos.

Decidida, Celeste se dispuso a recorrer toda la mansión hasta dar con el escondite de su lobo. No sería fácil. Pero estaba decidida a encontrarlo. En ese instante, descubrió cuánto había anhelado ese encuentro. Cuánto lo ansiaba.

Primero, entró al salón y no lo divisó por ningún lado. Sí, en cambio, vio de refilón a Rafael, que estuvo a punto de verla antes de que Celeste se escondiera tras un camarero.

«Ya se fue», concluyó Celeste con tristeza. «Vino hasta aquí para verme y me vio bailando con el mismo del teatro. Y, encima, parecía que me reía de él».

Muy desanimada, Celeste tomó otra copa, esta vez, de un licor que parecía ser de frutilla. Le gustó y tomó otra, sin recordar que tenía el estómago vacío.

Ella nunca se había emborrachado. Las pocas veces que había tomado de más, solo le había dado somnolencia y la había ayudado a desinhibirse un tanto. Pero nunca había llegado a la embriaguez total.

Subió unas escalinatas que conducían a las terrazas. Notaba que su lindo vestido no era lo suficientemente abrigado para la primavera esteña, y menos para estar frente al mar. Pero gracias a las copitas de más, eso no la detuvo. Ni siquiera le importaba pescarse una pulmonía.

Apoyó su copa en el borde de la baranda, miró las mesas iluminadas y sintió la tentación de irse hacia la oscuridad. A pesar de que después de lo sucedido había quedado un poco más aprehensiva que de costumbre, esa noche, nada la inhibió.

Se dirigió a la parte más oscura, donde la luz de la fiesta llegaba solo como la sombra de una penumbra lejana. Se apoyó sobre la baranda y, a pesar del aire frío que la envolvía sin piedad, respiró profundo para sentir el perfume del mar. Miró las estrellas que brillaban provocativas contra un cielo tan oscuro que parecía que iba a tragarlas.

Observaba sin cansarse las crestas de las olas que brillaban inmaculadas gracias a la ayuda de la luna y las estrellas, que, de lejos, parecían coronas de nácar que danzaban sobre las cabezas de unas sirenas inquietas.

Ella miraba el océano como lo miraba siempre, casi sin parpadear y con una ávida desesperación por retenerlo en su memoria y

capturar su eternidad.

Capítulo XXXIV

Ahí, sola y apoyada contra la baranda, casi podía sentir que sobrevolaba la superficie del mar, flotando suspendida sobre las coronas de nácar de las sirenas. Lástima que también sentía mucho frío.

De pronto, ya no lo sintió. Algo a sus espaldas parecía frenar la corriente de aire fría e inclemente.

En la penumbra, una sombra comenzó a crecer cerca de la suya y, antes de que pudiera levantar la vista, pudo ver cómo unas manos fuertes e inconfundibles reposaban junto a su copa.

Miró el rostro que no dejaba de mirarla, y su mirada quedó engarzada en esos ojos que ya le pertenecían.

—Hola... —Igor pronunció el saludo casi en un susurro, al punto que Celeste no supo distinguir la voz de Igor del murmullo del mar.

—Me sorprendió verte aquí —fue lo primero que atinó a decir ella.

Sin duda, estaba en su ADN y ella no descansaba. Con unas copas encima, e impactada frente a su amado, así y todo, le quería dejar en claro que ella no había planificado ese encuentro. Lo cual también era cierto.

Él sonrió y replicó:

—A mí me sorprende más verme a mí aquí, no suelo concurrir a

este tipo de fiestas. Pero me dijeron que, tal vez, vos vendrías.

Celeste se conmovió ante tanta autenticidad y simpleza. Se relajó y le confesó:

—Me encanta que estés aquí. —Una ráfaga de viento la despeinó del todo. Y, sin querer, se le cayó uno de los aretes

—¡Ay, Dios! Este clima atenta contra con mi *look* —dijo casi tiritando.

—Para nada... —le dijo Igor al tiempo que se quitaba su chaqueta de *cinco temporadas atrás* y la envolvía a Celeste en ella.

—Gracias, pero vos vas a tomar frío y yo no voy a lucir este vestido.

A Celeste le parecía extraño, casi impertinente, que él no le dijera nada acerca de su apariencia de esa noche, tan distinta a la usual. E insistió en su cometido—: Una vez que luzco distinta con este vestido tan lindo, tener que esconderlo...

Igor la miró con ternura y, al instante, le dijo un anti piropo que resultó el mejor halago.

—No veo nada de especial en ese vestido. Vos sos tan linda así como con tus *jeans* y el viento despeinándote mientras sacás las hojas del parabrisas. Hoy te vestiste de otra, pero yo me quedo con la original, la que sos todos los días.

Celeste no supo qué responder. Pero en el fondo le encantó ese hombre que no se dejaba impresionar por la producción y el brillo artificial. Recordó el piropo que le había dicho cuando personificaba al ejecutivo: «Yo, si fuera inglés, le diría: “*Excuse me, young lady*, en su país, me encontré con muchas mujeres bellas, pero ninguna de ellas tan femenina como usted”». Y también le había dicho que las

mujeres no deberían esforzarse por ser más bellas, sino más únicas e insustituibles. «Usted, doctora, es única», le había aclarado.

En ese momento, ella comprendió la razón por la cual el ejecutivo siempre la había conmovido a pesar de su lógica negación, ¡La había seducido desde el primer instante! Y, dada su condición de paciente psiquiátrico, eso la alteraba y la ponía tan nerviosa. ¡Vaya que ella sí, a pesar de las circunstancias, había intuido su potencial! Solo que carecía de su propia *aprobación yoica*.

—Estás tiritando —al decir eso, él sin querer rozó su mano, y Celeste sintió el mismo escalofrío que había sentido en aquella oportunidad en la que había tomado su mano lastimada por los cortes de vidrios rotos, después de que él, en su representación del ejecutivo se arriesgó para salvarla de la siniestra.

Igor la contemplaba en silencio y sus ojos parecían sonreír. La hizo volver al presente al preguntarle con suavidad:

—¿Querés que entremos o que mejor vayamos a algún lugar a tomar un chocolate caliente?

Celeste se preguntó cómo él había acertado tanto respecto a lo que ella tenía ganas de tomar.

—Un chocolate caliente estaría genial —afirmó Celeste risueña, todavía algo mareada por el alcohol. Se sentía más frágil que nunca, a pesar de estar mucho más alta. En esa ocasión, y con la ayuda de los tacones altos, apenas le pasaba los hombros a Igor. Miró el mar y, sin ninguna razón, le dijo:

—Si fuera pintora, sería impresionista.

Igor la miró divertido y le respondió:

—No tengo la menor duda. Amás capturar lo efímero....

A pesar de su ligero mareo, Celeste lo miró con curiosidad y admiración.

—Sí, solo los impresionistas pueden perpetuar las luces y las sombras de un instante único —replicó Igor. Y la miró con una mirada tierna que, sin embargo, tenía atisbos de ferocidad. Sin razón aparente, le dio un ejemplo que podría haber parecido azaroso—: Por ejemplo, la luz de una mirada que contempla los tonos dorados de una lluvia con sol. —Le sonrió con ojos que bullían picardía.

Celeste captó el sentido de esa frase y, al instante, recordó el día en el que ella lo había maltratado cuando él había dicho: «Sí, llueve... Lluvia con sol, doctora».

Nada había sido porque sí. En ese momento, ella se percató de que él había estado pendiente de ella desde su llegada al hospital.

Sin hablar, Igor la tomó de la mano y, con decisión, la condujo hasta su camioneta. Era moderna, amplia y todavía tenía algo de barro del camino. Secretamente, Celeste agradeció que no hubiese ido con la moto.

Mientras salían de la fiesta, y antes de que el *valet parking* le trajera las llaves de su camioneta, Celeste miró hacia todas las direcciones para encontrar la mirada de Chantal. La vio a lo lejos y se saludaron con la mano. Chantal estaba feliz por su amiga.

Pero Rafael, en cambio, observaba incrédulo, sin poder comprender cómo el psicópata secuestraba a su amiga ante la vista de todos.

Al subir a la camioneta, Celeste no pudo evitar quitarse esos tacones.

—Estás helada. Apoyá los pies arriba del asiento, así se calientan —sugirió Igor.

Cuando ella así lo hizo, él se los cubrió con su mano tibia y fuerte.

Capítulo XXXV

Él condujo hasta un paraje donde estacionó frente a una edificación cubierta de piedras y grandes ventanales. Desde el exterior se podía observar una gran chimenea que, dada la baja temperatura a pesar de la inminente llegada de la primavera, permanecía encendida como en épocas invernales.

Mientras estacionaba, Igor dijo:

—Espero que te guste este lugar. Lo vi por Internet y... —Se frenó—. No importa. Espero que te guste —fue lo único que quiso comentar.

Ya no iban de la mano como a la salida de la fiesta, pero Igor no dejaba de apoyar, aunque fuese solo un leve roce, su palma sobre el hombre de Celeste, tal vez, por el hecho de que ella parecía en peligro sobre esos tacones. Daba la impresión de que él la sujetaba o protegía todo el tiempo.

Celeste no estaba para nada acostumbrada a tanta protección, pero asumió que, en ese caso, no le molestaba en absoluto.

Una vez en el interior, ella quedó maravillada con el gran ventanal que parecía adentrarse en el océano. El recinto estaba literalmente encastrado en un acantilado contra el que rompían las olas, tanto que se podía oír su rugido y sentir como la espuma del mar trepaba por el ventanal, acompañada por el tintineo de las gotas de agua salada que golpeaban contra el vidrio. Era como estar en una travesía dentro de

un galeón antiguo que escapaba de los piratas.

Todo el interior del lugar estaba recubierto en madera e iluminado por la cálida y tenue luz amarillenta de unos velones apoyados sobre cada una de las mesas ratonas que estaban rodeadas por mullidos sillones de cuero rústico. Casi con la necesidad de auscultarla, a muy bajo volumen, se podía percibir la música de un saxo que sonaba tan melancólico como el de Chet Baker.

Después de pedir rabas y una tabla con frutos de mar, que Celeste se cuidó de acompañar con gaseosa, y no con alcohol, aunque excéntricos, a modo de postre, ambos pidieron dos submarinos[5]. Celeste adoraba esos vasos largos de vidrio con leche caliente que luchaba por derretir contra su voluntad a una dura barra de chocolate que se resistía hasta el final.

Mientras conversaban de mil temas a la vez, Celeste recordó sus charlas con Augusto. Tal como si le hubiera leído la mente, Igor, mirándola fijamente, le manifestó:

—Sabés todo de mí, que viví en el sur con una mujer alemana, que no tengo hijos y todo acerca de mi familia... Pero Igor sabe poco de Celeste —al concluir esa frase, sonrió seductoramente.

—¿Qué te gustaría saber? —preguntó Celeste fingiendo indiferencia. Sabía muy bien que él quería saberlo todo—. Ya te conté de mi madre, que soy hija única, que vivo con mi única hija, Martina. No sé...

—Contame lo que quieras que yo sepa, nada más —Igor se apresuró a decir eso último porque temió parecer invasivo.

—Por dónde empezar... Creo que estamos en el lugar apropiado para que te cuente algo de lo que no hablo nunca.

Igor tomó su mano, sabía que a ella le costaba hablar de eso que

le hacía sentir culpa, pero también era consciente de que sería terapéutico que lo hiciera.

Celeste le relató lo que sus amigos más íntimos sabían, le habló de Augusto, el padre de Martina. Igor la miraba con beneplácito y la invitaba a desahogarse.

Celeste le relató cómo se habían conocido, que la relación marchaba muy bien a pesar de que ella no estaba segura por no sentir una gran pasión.

—Yo no había pensado tener algo con él. Cuando volvimos de Ginebra, él me llamó y realmente no podía negarme. Él me daba la paz que otros no me habían dado.

—¿Y por qué no siguieron? —inquirió Igor, ocultando sus celos—. Todavía podrían retomar.

—No. Imposible. Dejá que te cuente. Fue justo aquí, en Punta del Este. Vinimos a pasar unos días en estas playas, exactamente en Casa pueblo, en Punta Ballena, un lugar que solía gustarme... —ese último comentario empañó los ojos de Celeste—. En este lugar, fue donde él me propuso vivir juntos al regreso de su viaje. La semana siguiente, él visitaría a su medio hermano, que vivía en Nueva York y era el único familiar que le quedaba.

Igor tragó un sorbo de chocolate. Pero lo tragó con esfuerzo. Tal vez, el hecho de percatarse de lo doloroso que resultaba ese tema para Celeste lo hacía suponer que el sentimiento por ese hombre estaba a flor de piel.

—Ante su propuesta, y nunca supe por qué, fui bastante despectiva, tajante. Y le respondí: «No sé, lo hablamos a la vuelta» — Celeste miró a Igor como sintiéndose avergonzada. Y prosiguió en tono de tristeza—: Él se fue con ese recuerdo de mí, con esas últimas

palabras. —Volvió a mirar a Igor para ver si captaba en su mirada algún dejo reprobación. Pero no fue así. Eso la animó a continuar con su relato—. A la semana siguiente, me llamó para decirme que volvía en dos días, que me extrañaba y que quería verme. Yo apenas articulé un «Yo también» que hasta a mí me sonó desapasionado. Es algo que no me perdono y que tampoco sé por qué lo hice. Tal vez, miedo, indecisión. No sé. Estupidez. Eso, sin dudas.

—No digas eso —la contuvo Igor—. Por algo uno hace las cosas.

—En este caso, no hubo un algo, hubo un por qué —replicó Celeste y, al instante de decirlo, se percató de que el ambiente se tensaba cada vez más. Pero debía continuar con su relato. Y esa era la primera vez que se lo contaba entero y con lujo de detalle a un hombre.

—Recuerdo que era un martes frío de septiembre, pero yo estaba muy entusiasmada con la vuelta de Augusto. Ya lo extrañaba, y créeme que lo valoraba muchísimo. Aunque todavía me resistía a una nueva forma de amar, muy distinta a la que había tenido hasta entonces, ya te dije, una forma serena, hasta familiar. —Celeste captó la mirada expectante y temerosa de Igor. Y prosiguió contándole—: Estaba feliz y decidida a darnos una oportunidad. Ese martes de septiembre, yo iba por el *shopping* en ese estado de ánimo, una mezcla de optimismo y serenidad. Estaba desprevenida y relajada por completo hasta que pasé frente a la vitrina de un negocio que vendía electrodomésticos.

»Insisto. Desprevenida, miré sin curiosidad hacia el interior del local, pero me topé, primero, con unas pantallas de televisores a la venta que solían estar encendidos y que, al unísono, estaban repitiendo una escena que al principio creí que se trataba de la publicidad del estreno de alguna película. Sin embargo, sin entender

la razón, al ver la imagen de ese avión incrustado en esa torre, sentí un escalofrío. Tampoco entendía la razón de no poder escindir el rostro de Augusto de esa horrible escena. A modo de explicación, me dije a mí misma: «Tal vez porque él está en Nueva York y su hermano trabaja en la compañía de seguros que está en el piso 105 de la torre norte del *World Trade Center*». Así traté de autoconvencerme, pero al mismo tiempo comprendí que había muchas razones para estar preocupada. Lo increíble es que, cuando vi la escena del avión incrustándose, yo ignoraba por completo que se trataba de una de las tantas transmisiones de un hecho que acababa de suceder... y que no era una película. —Sin pensarlo, Celeste meneó la cabeza y dijo casi como para sí misma—: Y cuando yo siento o veo algo...

Celeste trató de frenarse, pero ya era tarde. Ya había emitido esa frase que contenía la confesión de sus dotes. Entonces pudo escuchar con claridad la voz de Igor, diciéndole:

—Lo sé, y es una capacidad de la que no tenés que avergonzarte. Te hace más fuerte, más sensible, más única. —Y asintió, convencido, con su cabeza.

Celeste siempre había intuido que Igor se percataba de su modo inusual de percibir, incluso cuando había sido el ejecutivo. Pero trató de obviar el comentario y siguió con su relato.

—A los pocos segundos, el *shopping* estalló en un murmullo aterrador de la gente que pululaba atónita, entrando y saliendo de los negocios. Ya todos sabíamos lo que había sucedido. Y yo solo rogaba que Augusto estuviera ileso y que volviera pronto. Pero a las pocas horas me enteré de que eso que rogaba que fuera solo mi imaginación o mis miedos no lo era.

La empatía que sentía Igor era desmesurada, sus ojos expresaban el mismo dolor que sentía Celeste. A él le dolía el dolor de la doctora.

Igor comprendió que a Celeste le resultaba una puñalada mortal el simple hecho fatal de que Augusto solo hubiera ido a la oficina de su hermano por unos pocos minutos y tan solo a despedirse de él. También dedujo que, debido a esa materialización de la fatalidad, ella cayó en un arrepentimiento terrible. Se entendía el odio que había sentido por sí misma, por su desconfianza, incluso por su reacción tardía, por todo lo que había esperado para brindarse a él. Y lo que la llenaba de culpa había sido que, ante la propuesta de él de vivir juntos, ella casi había eludido la respuesta con la frase: «Lo hablamos a tu regreso».

Celeste, casi olvidando la presencia de Igor, musitó:

—Caí en una pena profunda, un bloqueo emocional que yo rehusaba a reconocer como depresión. «Es solo dolor», solía decir. Y solo faltaba que agregara «Y me lo merezco». Y lo peor es que estaba convencida. —Celeste, ya con deseos de concluir este tema, le explicó a Igor—: Cuando en octubre no me vino el período, lo atribuí a la angustia por la trágica muerte de Augusto. Cuando la siguiente menstruación tampoco se hizo presente, visité a mi ginecóloga con la convicción, y casi el deseo, de tener un problema grave de salud. Pero la médica no me dejó ninguna duda de que estaba muy sana. Amén de que estaba embarazada.

Celeste miró con indiferencia una masa de espuma que parecía querer romper el vidrio para alcanzarla. Sin apartar la mirada del ventanal, decidió concluir su historia.

—Recibí esa noticia con mucha sorpresa e incredulidad, pero sin entusiasmo. Al contrario, lo sentí como una ironía del destino.

De pronto, para tranquilidad de Igor, su mirada volvió a iluminarse. Lo miró con ojos que sonreían más que sus labios, que permanecían firmes.

—Pero ¿sabés? Jamás me imaginé que entonces comenzaba mi verdadera dicha. De alguna manera, Augusto había vencido a la muerte y no me había dejado sola del todo. Me dio el regalo máspreciado y sagrado de mi vida. Cuando nació Martina, comencé a ser más feliz que nunca antes en mi vida. —Con su mirada fija en el vaso de vidrio ya vacío, Celeste reveló algo que sonó como un pensamiento en voz alta—: Pero también me dejó esa sensación y ese miedo a lo inesperado, a la convicción de lo traicionero que puede llegar a ser el destino. —Y apartando la vista del vaso, mirando fijo a los ojos de Igor, agregó—: Y al dolor ante la pérdida fatal.

Igor, con mucha dulzura, tomó su mano y se la besó. No le dijo ni una palabra, pero solo la expresión en sus ojos la consoló. Ella sintió que su mirada completaba su alma, y también le pareció extraño sentir que ya había vivido esa escena. Le resultaba como si no fuera la primera o segunda vez que Igor besaba sus manos. Sentía que ya lo había hecho muchas veces, lo sentía casi como un recuerdo de su infancia. Pero estaba bien consciente de que era la primera vez que estaba frente a él en esa situación.

Después de unos instantes de silencio, Igor, sin mirarla, y sin quitar su vista del mar, le preguntó casi distraído, también como pensando en voz alta:

—Siento mucho lo de Augusto, pero tantos años de soledad, ¿se deben solo a él?

Celeste lo miró, pero no emitió palabra alguna hasta que él posó sus ojos sobre ella. Entonces le respondió:

—No. Se debe a que esperaba un amor que superara la practicidad y la mera conveniencia. Se debe a que prefiero estar sola, a sentirme sola aún en compañía de algún otro.

Después de decirlo, Celeste se sintió arrepentida por su rudeza. Pero al observar la mirada de Igor, vislumbró un destello de aprobación en sus ojos.

Capítulo XXXVI

La llegada del camarero con la cuenta los ayudó a salir de ese clima de tristeza. De camino al hotel de Celeste, hablaron de otras cosas. Ella esperaba que él se quedara por lo menos hasta el día siguiente. Por eso, se sorprendió cuando, antes de descender del automóvil, él se despedía mirando el reloj y diciendo:

—Temo que no llego.

Celeste no podía creerlo. Nunca había aburrido tanto a un hombre como para que este escapara de ese modo. Y tampoco lo había creído a Igor capaz de semejante descortesía.

Él la miró y, al ver la expresión tensa en la cara de Celeste, con una sonrisa comenzó a dar una imprescindible explicación.

—Vine hasta aquí para encontrarme con vos. No encontré pasaje en ferry, por lo que vine con mi camioneta desde Cariló hasta Gualeguaychú. Vine por tierra, no por río.

Celeste seguía sin comprender.

—Mi vuelo a Bolzano sale en unas horas. Me voy sin dormir, pero feliz de haber estado con vos.

—¿Adónde...?! —exclamó, incrédula, Celeste.

—A Bolzano, el Tirol del sur —ratificó Igor sin borrar la sonrisa de su rostro.

—Bolzano, la zona donde crían esos caballos divinos de crines

rubias —acotó Celeste, pero más que nada para disimular su malestar.

Igor asintió con la cabeza, como quien acaba de recordarlo, o como alguien que quizá lo ignoraba por completo.

«¿Estará tan contento porque se va tan lejos de mí?», pensó, alarmada, Celeste. Y, a la vez, desilusionada «Parece contento de irse lejos. ¿Y por cuánto tiempo? ¿A un congreso, o irá a visitar a un pariente?». Las preguntas se agolpaban en el cerebro de Celeste, y eso empezaba a reflejarse en su rostro. Igor comprendió que debía darse prisa, no solo por el vuelo, sino también en darle una explicación.

—Hubo tan poco tiempo... No te pude contar. Hace un par de años, después de la muerte de Ludmila, fui invitado a exponer mis cuadros en una galería de Milán. Los envié con desgano total, solo porque un vecino de Cariló me insistió. Imaginate mi estado de ánimo de ese período. Después, me transformé en el ejecutivo y solo me obsesioné por destrozarse al asesino de mi hermana.

»Hace un mes —prosiguió—, dado que aparecieron compradores importantes, me convocaron para exponer en Galería Marini Milán, en Via Andrea Appiani, ¿conocés?

Celeste negó con la cabeza.

—Pero como ya sabrás, no me gustan las ciudades, por eso, alquilé una casita de piedra con una torre circular, en Jesesien, un pueblito de ensueño enclavado en los Alpes orientales, a solo tres horas de Milán. —Observó a través del parabrisas y dijo como resignado—: Está alejada del pueblo, cerca de un bosque. Ahí estaré tranquilo para terminar unas obras que me encargaron. —Miró a Celeste con una expresión de disgusto y, enseguida, explicó—:

Aunque te confieso que no me gusta pintar por encargo, como supongo que a un escritor no le hará gracia que le digan sobre qué escribir. Pero es un hotel muy importante y no me pude negar.

Parecía que le faltaba decir algo, y no se decidía...

—Aunque para irme tranquilo, debería confesarte algo...

Celeste tembló. Ella sintió cómo su alma se apagaba. ¿Qué tendría para decirle tan terrible?

Igor, sin ver la expresión tensa de Celeste, volvió a mirarla y, sin quitar su mirada de los ojos de ella, con cierto temor, declaró:

—Mi nombre es Igor Bleid, pero es mi nombre para vos, para mis vecinos e incluso para la gente de esos ámbitos laborales que antes te mencioné —eso último lo dijo con sorna, como quien no está muy orgulloso de su pasado. Mientras se lo decía, le echó una mirada que expresaba «A buen entendedor, pocas palabras». Y, casi justificándose, comentó—: Entenderás que es necesario que mantenga cierta reserva. ¿Comprendés?

Como Celeste no reaccionaba y solo asintió con un movimiento de cabeza, él, decidido, le confesó de un tirón:

—Vos conocés mi verdadero nombre y no te oculto nada. Pero, en el mundo de las galerías y el arte, uso el apellido de mi madre, que es húngaro, y el nombre de un tío. Me conocen como Nandor Farkas.

Celeste no salía de su conmoción y apenas podía hablar. Bolzano, galería de arte, casa con torre circular, Nandor Farkas y, evidentemente, un pasado que debía ocultar.

Su atención volvió a la torre circular en esa construcción de piedra. Le recordó la casa de los amigos de sus padres donde vacacionó de pequeña y donde había tenido su encuentro con el lobo.

Parecía ser la misma región. «Qué coincidencia», pensó Celeste. «Otra coincidencia».

—Por eso, dentro de unas horas debo estar en Ezeiza. Dejé mi equipaje en el aeropuerto y ahora me voy directo. Dormiré todo el vuelo. —Miró con picardía a Celeste y, más risueño que nunca, le dijo a modo de comentario al pasar—: No sé por qué, pero intuyo que voy a soñar todo el viaje con vos. No sabés cómo me gustaría que me acompañaras. —Volvió a mirar el reloj y pidió disculpas a Celeste—: —Lo siento, me tengo que ir o no llego. —Bajó de la camioneta, abrió la puerta de Celeste y le tomó la mano para ayudarla a descender.

Celeste solo atinó a decir:

—Pero ¿cómo se te ocurrió venir con tan poco tiempo de margen?

Él le sonrió y le susurró:

—Me habría quedado sin verte. Y ya no dejaba de pensar en vos. El arte puede esperar; el amor, jamás. Soy cursi, ¿no?

Celeste se ruborizó y sonrió para que pasara como una broma. Igor la miró con gravedad y le declaró:

—Yo sé lo que quiero, pero vos ¿quierés que, a la vuelta, te llame?

Celeste sintió que revivía una réplica de lo que había sido su despedida con Augusto. Para colmo, en el mismo lugar. Tuvo miedo de que su destino fuera la reedición incesante de la misma tragedia. Estaba tardando demasiado en responder, pero estaba decidida a no cometer el mismo error. Tragó saliva para poder hablar, ya que sentía que su garganta estaba tan seca que las palabras se le atorarían. Asintió, primero, con la cabeza y luego, dijo con claridad, aunque en voz muy baja y temerosa:

—Sí, quiero. Espero tu llamada cuando regreses.

Igor sonrió con más ternura que nunca antes y le anunció:

—Te llamaré en cuanto sienta que te extraño insoportablemente.
—Acarició la cabellera despeinada de Celeste y la atrajo hacia sí en un abrazo para nada fraternal. Acercó su cara a la de ella y besó sus labios.

Se iba a alejar. Pero volvió y la tomó de los hombros, la envolvió con todo su cuerpo y le dio un beso apurado pero intenso. Al alejar su cara, la volvió a mirar con la misma intensidad con la que la había besado. Y con la misma fugacidad.

Él tenía que irse. Pero, en este caso, ¿él volvería? Él le besó las manos y, mientras se alejaba, le pidió:

—Por favor, esperame.

Igor estaba por subir a la camioneta cuando Celeste se dio cuenta de que tenía su saco sobre los hombros.

—¡Igor! —gritó Celeste. Él la miró expectante—. Igor, tu saco, te lo olvidas.

Igor sonrió y dijo alegre:

—Mejor. ¡Me lo das a la vuelta!

Celeste vio alejarse la camioneta. Entró al hotel, pero una parte de ella se quedó esperando el regreso de Igor.

Capítulo XXXVII

Al entrar a la suite, se asustó al encontrarse con Chantal que tenía puesta su máscara anti estrés. Al verla, su amiga hizo el ademán de mirar la hora como si tuviera un reloj pulsera.

—No esperaba que llegara después de mí, señorita —dijo Chantal fingiendo enojo.

Celeste meneó la cabeza.

—¿Qué? ¿Y ahora qué? —inquirió Chantal con cierto incipiente fastidio.

—No te imaginás. No sé qué pensar. —En pocos minutos, y teniendo en cuenta el cansancio de su amiga y, sobre todo, que en contados minutos debía enjuagarse la máscara facial, Cieli le relató todo lo sucedido esa noche.

La evocación de Augusto, el viaje de Igor, y la exposición de arte. Y dejó para después la confesión de su pseudónimo.

—Esperá, ya vuelvo. Me enjuago la máscara, así puedo abrir bien grandes los ojos —fue toda la respuesta de Chantal.

Mientras su amiga se enjuagaba la cara en el cuarto de baño, Celeste, todavía con los tacones altos torturando sus pies, se acercó hasta una *notebook* que había traído Chantal. Sin saber qué buscaba exactamente, al sentarse, *googleó* lo primero que le vino a la mente: el apellido de Igor.

Ingresó la palabra «Bleid» y le dio entrada. Quería saber su origen, ya que estaba segura de que no era ni inglés ni alemán. Luego, buscaría por el pseudónimo al artista y conocería sus obras publicadas.

Miró indiferente la pantalla y, ante la respuesta, sus ojos se iban abriendo más y más a medida que iba leyendo. Una inscripción aseveraba: «BLEID: En la tradición celta bretona, *bleiz*, lobo, en bretón moderno; *bleid* significa lobo en bretón antiguo. Fue uno de los últimos druidas e instructor de Merlín, guía espiritual del rey Arturo. Conocedor de la magia negra y blanca, vivía como un ermitaño en el bosque, rodeado de lobos. Se lo consideró *el hombre lobo*. Cuenta la leyenda que un príncipe malvado le robó muchos de sus conocimientos de magia y conjuros».

—¡Chantal! ¡Chantal ¡Vení a ver esto! ¡Me muero! —Tal vez porque era de madrugada, el grito de Celeste retumbó por los pasillos de todo el hotel.

Chantal asomó su cara espantada, esperando ver un malhechor en el cuarto. Celeste le señaló la *notebook* y, al verla tan pálida, ella temió que su abatida amiga hubiera leído alguna mala noticia. Se acercó con sigilo y ojeó la pantalla con resquemor. Al terminar de leer, más aliviada, pero igualmente sorprendida, examinó la cara de Celeste.

—El antepasado de Igor —balbuceó ella.

Chantal seguía pensativa y sin responder, pero no ocultaba su conmoción.

De manera desordenada, y casi inconexa, Celeste le relató a Chantal las novedades acerca del viaje de Igor.

—¡¿Qué?! ¡¿Hoy mismo se va?! —fue la pregunta retórica de Chantal. Y con ojos risueños, enseguida acotó—: No, pero hay que

reconocérselo, es un príncipe. ¡Venirse hasta aquí, antes de viajar para ir a su propia exposición, solo para verte! —Tomó una lima de uñas y, casi distraídamente, sin mirar a Celeste, preguntó—: ¿Y cuál es su pseudónimo? —indagó con la misma indiferencia con que se limaba las uñas.

—Nandor Farkas. La madre es de origen austro-húngaro. — Celeste iba a proseguir describiendo la prosapia de Igor si no hubiera sido por un grito proferido por Chantal.

—¡No! ¡¿En serio?! ¿Nandor Farkas? ¡Es un *grosso*! Mil veces quise entrevistarlo. ¡Mil veces se negó! Un tipo huidizo. Es más, ahora te morís. Ese cuadro en mi sala, ese de un bosque con la mirada de un lobo que tanto te gusta, adiviná de quién es.

Celeste no podía reaccionar. Recordó el día que lo había visto pintando en el hospital y con el recelo con que él había escondido su obra.

Chantal quedó en silencio y pensativa por unos minutos. Miró, con el ceño fruncido, a Celeste y la interpeló:

—Te das cuenta de que ese hombre oculta muchas cosas, ¿no?

—¿Por qué lo decís? —preguntó Celeste. Y para aclarar del todo, agregó—: ¿Por el pseudónimo? Muchos artistas lo hacen —remató.

—Pero los artistas plásticos casi nunca. Es obvio que no quiere que se sepa su verdadera identidad. Algo habrá en su pasado.

En ese momento, Celeste se percató de que, solo por descuido, nunca le había comentado a Chantal acerca de la colaboración de Igor con los servicios de inteligencia. Se puso de pie y, mientras se descalzaba, comenzó a informar a Chantal:

—Hay algo que me olvidé de comentarte. No creo que a él le haga

gracia que lo sepas, pero... —Al llegar a ese punto, se frenó porque, de algún modo, sintió que estaba a punto de traicionar la confianza que Igor había depositado en ella.

Solo para darse tiempo, Celeste miró su celular para constatar que no hubiese algún mensaje perdido de Martina. Pero, en su lugar, al lado del *lobo bretón* había un mensaje que había sido enviado unos diez minutos antes, justo cuando ella estaba enterándose de su apellido. Solo decía: «Ya te extraño. E insoportablemente».

Chantal, más curiosa que de costumbre y, mejor aun después de enterarse de que se trataba de alguien bastante célebre, se había quedado con la confesión a medias de Celeste.

—¿Y qué es lo que a él no le haría gracia que yo supiera?

Celeste miró vagamente a su amiga. En lugar de responderle, le mostró su celular con el mensaje y, enseguida, a modo de respuesta, agregó:

—Esto es lo que vale.

Por algún milagro, Chantal se conformó con esa respuesta, se fue sonriente y dejó a su amiga a solas para que respondiera a esa declaración típica de un nuevo amor.

Celeste apoyó su dedo tembloroso en cada una de las letras del teclado digital y, emocionada, escribió siguiendo un impulso: «Espero que vuelvas pronto». Enseguida y sin pensarlo, lo envió.

Cuando Chantal lo leyó, no podía dar crédito a sus ojos.

Luego, fiel a sus manías, Celeste se dispuso a buscar el nombre de Nandor Farkas y su obra. Tecleó: «apellido Farkas, origen y significado». Esperó la respuesta y, en un segundo, estaba gritando de nuevo el nombre de Chantal.

—¿Y ahora qué?! ¿Qué otra cosa descubriste? —inquirió Chantal asomando solo su cara—. Apagá eso y andá a dormir —fue la recomendación de su amiga, que ya estaba muerta de sueño.

—No, mirá, por favor —le rogó, trémula, Celeste sin dejar de señalar la pantalla.

Chantal suspiró y se acercó desganada, forzó su vista y leyó: «Farkas, apellido húngaro que significa lobo».

Celeste no quitaba sus ojos de la pantalla y, casi como hablando consigo misma, dedujo:

—Está en sus ancestros, en su ADN. —Pero enseguida se retractó—. ¡Ay! ¡Cómo puedo creer en eso! —lloriqueó la licenciada Duncan—. ¿Qué me está pasando?

—Sucede que ya son muchas coincidencias —opinó Chantal, tratando de restar dramatismo a la situación, pero afectada, aunque trataba de disimularlo.

—Mejor vayamos a dormir. Y ya no te preocupes. Como decía tu paciente Uma: «Las cosas se resuelven». De todos modos, no hay nada de malo en ser protagonista de una leyenda —eso último lo dijo burlonamente, pero, muy en el fondo, ella creía en esa leyenda. Por esa razón, trajo a colación un recuerdo—: ¿Sabes? Una vez, en un reportaje a un filósofo, del que no recuerdo el nombre... —Y aclaró—: No era buen mozo, Me acuerdo que él dijo que todas las leyendas tienen una base verídica, se basan siempre en realidades fácticas, cosas que realmente sucedieron. Luego, tanto los condimentos como la transmisión oral se encargan de aportar fantasía y desmesura. —Observó a Celeste para determinar su grado de convicción respecto a su relato. Y para animarla del todo, concluyó—: Así que vaya a saber lo que realmente sucedió hace más de tres siglos en ese pueblo

donde estuviste cuando eras una chiquita de siete u ocho años, del que no recordás ni el nombre, pero sí que todos pronunciaban la *r* gutural. —Y, tomándola con cariño de los hombros, Chantal direccionó a Celeste hacia la suite—. Dale, vamos a dormir, no doy más —rogó Chantal.

Celeste accedió resignada y, sobre todo, abatida.

Antes de apagar la luz, volvió a leer su mensaje. Era tan obvio que no había exagerado

Ella solo podía pedirle que volviera pronto.

Solo eso, ya que no podía confesarle que cada vez estaba más segura de que lo había estado esperando durante siglos.

Capítulo XXXVIII

Miró con curiosidad la bolsa de papel dorado y extrajo un bolso estilo mochila de su interior. Levantó la vista y vio la carita feliz y expectante de Martina.

—¡Guauuu! —exclamó Celeste en un sobreactuado intento de mostrar su alegría ante semejante belleza—. ¡Es genial! ¡Me encanta! ¡Gracias, mi amor!

—Sabía que te iba a gustar. Le traje uno parecido a Chantal. Iba a traer otros regalos que había visto para ustedes, pero calculé mal y me quedé sin plata.

—Hiciste bien. No era necesario traernos nada más. ¡Con este regalo ya estoy feliz! —señaló Celeste.

Martina se fue muy convencida y satisfecha a su cuarto, mientras Celeste la miraba alejarse. Había tomado sol, se había divertido y había gastado todos sus ahorros en las cosas que más le gustaban. Su madre no podía estar más contenta.

Celeste sabía que se avecinaban tiempos de cambio y, aunque esperaba que estos fueran para bien, quería disfrutar cada segundo de la situación placentera y armoniosa que estaba viviendo por esos días.

Su hija, feliz. Su amiga, enamorada por fin de un hombre de valía. Su amigo del alma pleno de amor correspondido. Ella, recibiendo varias veces por día audios, videos y fotos de un Igor cada vez más

enamorado y más íntimo.

Colmada por esa sensación de bienestar que hacía mucho que no sentía, fue a darse una ducha antes de ir a dormir. Mientras se lavaba los dientes, pensó en Uma. Más que pensar en ella, fue Uma quien estaba invadiendo su mente. Celeste supo que pronto tendría novedades de *su amiga*.

Apenas salió del cuarto de baño, sonó el teléfono de línea y Celeste atendió dispuesta a escuchar la voz de Uma.

—*Celeste*. —Se escuchó un tono grave del otro lado del auricular.

—Uma, ¡estaba pensando en vos! —exclamó Celeste en medio de una risita pueril y nerviosa. Hasta incómoda. En ese momento, dedujo que Elvira le habría facilitado su número de teléfono.

—*¿Cómo estás, amiga?* —indagó ella sin inmutarse, y agregó—: *Pregunto, pero ya sé que estás muy bien.*

—Sí, bastante bien —respondió Celeste. Y sacando el foco de atención de sí misma, quizá por deformación profesional, la licenciada Duncan devolvió la pregunta—: *¿Y vos? Contame de vos.*

Uma permaneció unos segundos en silencio y, luego, anunció:

—*Pensaba darte la sorpresa cuando se consumara, pero...*

Celeste pensó si no estaría embarazada.

—*No, no es lo que estás pensando. No espero un bebé, aunque de alguna forma está relacionado con la creación.* —Uma se expresó en un tono mucho menos álgido que el habitual.

—No me dejes con la intriga, ¿qué es?

—*Está bien. Sos la primera en enterarte, luego les contaré a Elvira y a mi amor. Pero vos merecés ser la primera.*

Celeste estaba cada vez más intrigada y hasta un poco preocupada.

—Decime, por favor —le rogó

—*Creéme. ¡Ni yo lo creo! ¡¿Quién lo hubiera dicho?! ¡Ya tengo editorial para la publicación de mi historia!*

Celeste se quedó en silencio porque no llegaba a comprender.

—¿Qué historia? —inquirió en medio de su incertidumbre Recordó la psicografía. No sabía qué pensar, no podía aseverar quién había escrito esa historia, si Uma, si Besthiana...

La voz grave de Uma la centró nuevamente.

—*Nuestra historia. El hospital, tu jefe, el ejecutivo... ¿O el lobo...?* — al decir esto, no emitió ningún otro sonido, pero Celeste pudo adivinar que ella estaba sonriendo del otro lado del auricular.

—Uma, me encanta que hagas catarsis, pero sabés que no podés revelar las identidades.

Antes de que Celeste terminara su frase, Uma la interpeló en forma tajante.

—*¿Podés confiar en mí? Jamás te pondría en ridículo o en dificultades.*

Celeste entendió lo de no ponerla en dificultades. Pero ¿en ridículo? ¿Acaso había tenido un desempeño tan lamentable? Uma, sin querer, había puesto el dedo en la llaga. Hizo que Celeste recordara avergonzada cómo el ejecutivo la había engañado.

Uma se adelantó y le aclaró:

—*Quise decir que no contaría intimidades.* —Eso, a Celeste, le sonó mejor. Y como para tranquilizar del todo a su ex terapeuta, le informó —: *Te aclaro que no la situaré en Buenos Aires, y cambiaré todos los*

nombres.

—¡Pero, Uma! —comenzó a protestar Celeste—. No seas ingenua, apenas menciones el asesinato de una psicóloga y su cadáver en el bosque, ¡ya nos van a identificar!

En ese momento, Celeste también comprendió el interés comercial de la editorial, más allá de las habilidades literarias de Uma, que también ella se las reconocía.

—No será una psicóloga, será una visitante, como si fuera Elvira.

Celeste ya no quería escuchar más. Solo tenía dos dudas que evacuar.

—Uma, ¿ya es algo concreto? ¿Ya lo mandaste a la editorial para que lo lean? —se lo preguntó con la esperanza de escuchar que solo había elegido la editorial a la que lo mandaría.

—Celeste, ¿no sentís que estoy contenta? ¿Se puede estar contenta sin tener una respuesta? Querida Celeste, ¡ya firmé el contrato! Y sos la primera en saberlo porque todo te lo debo a vos. ¡Todo!

La licenciada Duncan estaba atónita. Al mismo tiempo, feliz por Uma y aterrada por las revelaciones que ella pudiera hacer sobre todo, tomando en cuenta sus capacidades y dones. Ya, en vista de que era un hecho casi consumado, Celeste optó por hacerle la segunda pregunta que tenía en mente.

—Uma, ¿y con qué título se va a publicar?

Uma se quedó en silencio de nuevo. Esos silencios que se hacían eternos, silencios de ultratumba, y que asustaban a Celeste. Después de unos segundos, expresó en un tono de desilusión:

—Me extraña, Celeste, vos deberías saber el título.

Celeste tembló. Supuso que, tal vez, era algo alusivo a su persona. Algo tan alusivo que revelaría su identidad.

—No. No lo sé. Quiero que me lo digas —replicó Celeste perdiendo su paciencia.

—*Podría ser malvada y dejarte con la intriga hasta que salga publicado, pero no. Te lo voy a decir a ver qué te parece.* —Hizo otro silencio y develó el misterio—: *Se llamará «La colina de las mariposas invisibles».*

Celeste enmudeció. Le sonó como un presagio de buenos augurios. Incluso quedó asombrada por lo acertado del título.

—Sí —afirmó Uma—, *ya lo sé. El título es más que acertado, es el indicado.*

—Totalmente —agregó Celeste fascinada, sin poder salir de su encantamiento. Seguía sorprendida—. Es el título perfecto. Colina, tu lugar en el mundo. Y mariposas invisibles que solo pueden ser vista por la gente mágica o...

—*O por los pacientes psicóticos* —asoció Uma, mordaz.

Con ánimo más que benevolente, Celeste rectificó el dicho de su antigua paciente y, con dulzura y delicadeza, le confirmó su cariño:

—Seres mágicos... Como vos, Uma. —Y sentenció—: Nadie tiene la verdad absoluta.

Después de preguntarle por su *amor*, como ella lo llamaba, por Elvira, que se enteró que estaba muy bien, y algunas otras novedades no tan importantes, Celeste se despidió de Uma, quien le prometió que le haría llegar un ejemplar.

—*Hasta pronto, Celeste, y disfruta de tu verdadera vida.*

Sin decir más, cortó.

Celeste permaneció unos segundos eternos con el auricular en la mano, como suspendida indefinidamente entre el mundo real y el de los seres mágicos, pero sintiéndose en el medio, sin saber en cuál de los dos estaba su morada.

Ella siempre bromeaba al respecto con su terapeuta y sostenía que tenía dos domicilios: uno comercial, y el otro, personal. En el primero, tenía lugar su existencia material, y en el otro, su alma.

De a poco fue volviendo en sí, y un audio de Igor le confirmó que estaba en el lugar adecuado.

En un video, él le mostraba el exterior de su casa, una casa de piedra de dos plantas con una torre circular de la que pendía un balconcito también circular.

El zoom de la cámara pareció transportarla a ese lugar recóndito en su mente. Con desesperación se emocionó hasta las lágrimas al reconocerla. Esa imagen, unida al audio del medio ambiente del lugar y, para colmo, con la intromisión de un vecino que saludó a Igor y al que se le escaparon varias *r* guturales, provocaron que todos los recuerdos de esa época se le cayeran encima como cae sobre nuestra cabeza la ropa amontonada cuando abrimos desprevenidos un closet.

Ya no tenía dudas.

Aunque no se lo había confesado ni a sus mejores amigos, Celeste ya conocía la obra de Igor. O de Nandor Farkas. Aprovechando su tiempo libre, y el viaje de Igor al Tirol del sur, ella había asistido a una muestra de arte en una galería de la calle Arroyo, que exponía sus obras.

Recordó el nerviosismo con el que ingresó; no lo experimentaba como que iba a ver sus obras, sino como que iba a encontrarse con

Igor, con el verdadero Igor. Se sentía como una colegiala que va de incógnita a espiar al chico que le gusta. No entendía la razón por la que quería mantener oculta esa visita. Y, en especial, a Igor. Por algún motivo, sentía miedo y ansiedad.

Solo había dos expositores y, al ver un cuadro muy colorido, supo de inmediato que no era de Igor. Siguió por un corredor largo, giró hacia la derecha y entró en una sala de mayores dimensiones. Levantó con temor su vista y posó sus ojos sobre la pared. Ahí estaba expuesta el alma de Igor Bleid.

Una emoción primitiva la embargó. Vio en esos paisajes, un paisaje muy íntimo, muy suyo. Había algo atávico que la unía a esa visión. Tal vez, porque se asemejaba al paisaje de su infancia que tenía grabado en su subconsciente.

¿Cómo definir su estilo? Imposible.

No era del todo impresionista, aunque podía sentirse la sensación de fugacidad en cada escena, entre las luces y las sombras.

No era *naif* ni tampoco parecía la percepción de un adulto. Eran paisajes boscosos, animales, y todos envueltos en una luz extraña, demasiado intensa para el ojo humano. Casi se podía sentir que las hojas hablaban y contaban secretos al viento que las invitaba a bailar.

Celeste dejó de pensar y miró fijamente uno de los paisajes. Enseguida sintió cómo sus sentidos se agudizaban y percibían detalles de las cortezas de los árboles que usualmente le habrían pasado desapercibidas.

Era como si pudiera oler ese paisaje, como si ella fuera parte de esa naturaleza...

Su lado más irracional, animal, estaba viendo. En realidad, ella estaba percibiendo como el ser que observaba ese bosque. Y lo que

percibía no era su habitual modo de percibir.

Sí. Era eso. Era la percepción de un animal con sus sentidos mucho más desarrollados que los de un humano... Un animal que bien podía ser un lobo. Tuvo la certeza que así percibía aquel paisaje el lobo de su infancia.

Celeste retrocedió ante esa visión. E, instintivamente, desvió la vista hacia otro de los atriles.

Esa vez, en vez de alejarse atemorizada, se acercó sin vacilación.

A medida que se acercaba, veía con más nitidez un bosque raído, un paisaje frío y sórdido, y en el medio, un claro de luz que circundaba a una mujer de espaldas, con su cabello despeinado por el viento. Por la perspectiva y la situación, se evidenciaba que ella estaba siendo contemplada por alguien agazapado, escondido entre los árboles. Sin embargo, ese acecho, más que peligroso, se vislumbraba como protector y amoroso.

A Celeste no le fue difícil reconocerse ni recordar el atardecer en el que había sorprendido al ejecutivo pintando. Y rememoró la escena completa: el ejecutivo tomando el atril y casi huyendo. Al salir de la galería, tuvo una nueva percepción de sí misma.

Una que le pertenecía desde siempre, pero que no recordaba cuándo la había sentido ni por primera ni por última vez, al menos en esa vida.

Capítulo XXXIX

— ¡Igor! —exclamó Celeste del otro lado del auricular, sin poder creer lo que escuchaba. Ella lo esperaba dos días más tarde.

— Adelanté el vuelo. Hice veinte mil escalas, pero no me importó. ¡Ya no aguantaba un minuto más sin verte!

Celeste, en medio de su conmoción, concluyó, fríamente, que él debería al menos esperar un par de horas más para poder verla. Pero, a pesar de su cálculo, Igor no le dejó muchas opciones.

— ¿Puedo pasar ahora por tu casa?

Ella se sentía efervescente y, a la vez, aliviada. Solo en ese momento fue capaz de constatar el miedo del que había sido presa todo ese tiempo, el miedo a que se repitiera la situación de Augusto. También sabía que, en dos horas, Martina llegaría del colegio, y no tenía ni la más pálida idea de cómo manejarse en esa nueva, por demás intensa pero todavía indefinida, situación.

Ante su sorpresa, y a pesar de sus elucubraciones, se escuchó respondiéndole a Igor:

— Sí, claro. ¡Te espero!

Apenas cortó la comunicación, corrió como loca a su cuarto, se miró en el espejo, se sacó el *jogging* horrible de entre casa y, ya en el cuarto de baño, abrió la ducha mientras se cepillaba los dientes.

— ¿Tengo tiempo de lavarme el cabello? Creo que no. No tendré

tiempo de secarlo. —En ese momento, esa era toda la profundidad de sus pensamientos, además de «¿Mejor *jeans* o un vestido?»

Cuando ya estaba casi lista, sintió un escalofrío al escuchar el timbre del portero eléctrico. Tenía la garganta seca, por lo que, antes de preguntar innecesariamente el típico «¿Quién es?», tragó varios sorbos de agua sin respirar.

Luego se dio cuenta de que él ya había subido y que ya estaba detrás de su puerta. Bastaba solo abrirla y comenzaría su nueva vida.

Decidida, aunque con sus temores de siempre, a la vez, expectante y emocionada, giró el picaporte.

La imagen imponente de Igor parecía haber estrechado el marco de la puerta, tal como el día en que la había rescatado en la usina del bosque.

—Igor —fue lo único que pudo *decir*.

Él no *dijo* nada, pero la estrechó en sus brazos y la alzó mientras la besaba.

—No quiero separarme más de vos —atinó a murmurar Igor entre jadeos y besos apasionados. Y sonó como si hubiese sucedido muchas veces.

Celeste estaba sorprendida de sí misma al verse tan agitada; parecía que iba a devorarlo mientras atraía hacia sus pechos la cabeza de Igor, a la que sujetaba por los mechones apresados entre sus dedos.

Y, aunque la barba de él estaba irritando su piel sensible, ella se sentía anestesiada ante ese ardor, pero proporcionalmente encendida y despierta, al punto de no poder diferenciar los latidos de su propio corazón con los de Igor.

Solo eran ellos dos, como antes. Y aunque había leído muchas veces que tenía una explicación científica, esa personal sensación de *déjà vu* que la invadía todo el tiempo parecía ser lo más real de su vida.

Solo percibía y sentía (que bien sabía que no significa lo mismo) la presencia de Igor.

Ya no recordaba ni dónde estaba, ni lo habría hecho, si no hubiera sido por el ruido de unas llaves forzando el tambor de la cerradura, seguido por un estridente timbrazo.

Ambos se sobresaltaron y les costó volver al unísono a la realidad.

—Martina... Acaba de llegar. Y se ve que se equivocó de juego de llaves. —Solo faltó que agregara «por suerte».

Igor se colocó su remera y trató de peinarse su cabellera revuelta. Celeste hizo algo similar. Lo miró expectante a Igor, y aunque su mirada estaba cargada de recomendaciones, solo tragó saliva y se dispuso a abrir la puerta.

—Hola, má, me olvidé las llaves, menos mal que estás —explicó, alegre, Martina, quien todavía no había advertido la presencia de Igor. Apenas apoyó su mochila sobre el sofá, notó la imponente figura a corta distancia.

—Hola —dijeron casi al unísono.

—¿Cómo estás? —preguntó Igor, y en su apocamiento, dejó en evidencia su falta de experiencia en el trato con adolescentes.

Martina lo miró sin disimular su desparpajo y le preguntó mirando a Celeste:

—¿De dónde te conozco? —En realidad, la verdadera pregunta tras la escucha psicoanalítica era «¿Quién es este individuo y qué

hace aquí».

—Te presento a Igor, el señor que me salvó —declaró Celeste, un tanto ruborizada.

—Me imaginé —declaró triunfante. Y agregó dirigiéndose a Igor —. Era así cómo te imaginaba.

—Espero que eso signifique algo bueno —respondió Igor, sonrojándose un poco.

Celeste no sabía cómo transmutar esa situación tan tensa.

—¿Tomamos la merienda? —preguntó briosa, con excesiva alegría.

Igor, todavía asombrado de verse en esa situación tan ajena para él, y tan ajena a su mundo, asintió con una sonrisa tímida.

—Vamos, te ayudo —le propuso a Celeste. Y ambos huyeron a la cocina.

Martina se lavó las manos, se miró pensativa en el espejo, sin entender por qué su madre todavía la veía como una niñita incapaz de ver lo evidente.

Después de un rato de intercambiar información, y algunos chistes, la tensión se fue disipando y dio lugar a risas, asombro e información inesperada.

—¿Queé? ¿Vos también sos vegetariano?

Ante el brillo de admiración e identificación en los ojos de Martina, Igor no se animó a responder otra cosa que no fuera un «Sí» rotundo, aunque enseguida debió explicar la razón. Y jamás imaginó que eso volvería blanco el apacible rostro de Celeste. La miró como quien mira a su terapeuta, y confesó:

—De chico, pero muy chico, cuando apenas aprendí a recordar los sueños, tenía pesadillas recurrentes. —Iba a seguir, pero se frenó por Martina.

Celeste le preguntó:

—¿Qué pesadillas? Contanos, por favor.

Igor tomó su pregunta como un permiso para contarle frente a Martina, quien se sintió incorporada a la conversación y, finalmente, considerada *una chica madura*. Igor apenas sonrió, como quien se dispone a rememorar algo no muy placentero.

—Empezaban siempre igual. Yo veía un camino sinuoso cubierto por hojas secas. Lo veía desde arriba, a una corta distancia. Incluso sentía olores intensos y podía escuchar los ruidos más insospechados, además de mis propias pisadas que parecían ser muy veloces. Parecía apurado y con una gran carga de estrés, como quien acaba de huir o pelear. —Se detuvo, y Celeste constató que era algo que él no recordaba desde hacía mucho tiempo.

—¿Y entonces? —inquirió Celeste, impaciente y, a la vez, animándolo a proseguir.

—Hasta ahí, todo resultaba tranquilo, pero había algo que me hacía despertar llorando a los gritos. Una típica pesadilla. ¡También para mis padres! —Al evocar eso último, aunque con una leve sonrisa, su mirada se tornó melancólica.

—¿Qué pasaba en tu sueño? —insistió Celeste sin borrar una alegre sonrisa que se había hecho parte de su cara, a los efectos de animarlo a continuar su relato.

—Bueno, era extraño. Veía las hojas secas bajo mis pisadas, incluso, las oía crujir. Me soñaba como un niño, supongo, porque veía las hojas desde poca altura.

»Pero lo horrible, eso que me hacía despertar a los gritos, era que, cuando alzaba la vista, un trozo de carne caliente y sangrante, que llevaba entre mis dientes, me impedía ver ese paisaje que olía como un bosque. —Sin mirar la expresión aterrada de Celeste, agregó casi risueño—: Se podrán imaginar que no había manera de hacerme comer carne. Me producía náuseas porque me recordaba mis pesadillas. Terrible, más aún, teniendo en cuenta que vivíamos en el campo.

Cuando Igor observó a Celeste a la espera de su opinión, pudo notar su rostro casi convulsionado. No así el de Martina, que parecía encantada con la anécdota y, más aún, con esos sueños tan bizarros.

Después de un buen rato, Igor les comunicó que se iría a Cariló al día siguiente.

Ya en la puerta, en el preciso momento de la despedida, él tomó las manos de Celeste y le dijo:

—Ciel, vení conmigo.

—Pero Martina... —comenzó a decir Celeste.

—Traela —fue la lacónica respuesta de Igor.

—Igor, tiene colegio, no puede faltar. Además... —La mirada de él la detuvo. La miró de una manera extraña, indescifrable, pero eso fue suficiente como para que Celeste comprendiera que debía ir con él—. Puede quedarse con Chantal. A la noche te confirmo.

Él le dio un beso largo y profundo ante la vista atónita y sorprendida de varios vecinos. A Celeste no le importó nada.

Esa noche, después de que Martina con una gran sonrisa le dijera: «Má, me gusta Igor... y a vos, mucho más», Celeste supo que él era el indicado. Sin dudas y a pesar de todo. Llamó a Chantal, que apenas

escuchó «Cariló», decidió que esa misma noche pasaría a buscar a Martina. Y le dijo que ella solo se preparase para su lobo.

Al día siguiente, Igor no dudó en expresar su parecer y anunció:

—No. No te dejes venir sola en tu automóvil por la ruta ni loco. Yo te paso a buscar.

Celeste asintió encantada. Después de lo vivido, temía ir sola por lugares inhóspitos.

En menos de media hora, Igor pasó con su camioneta a recoger a Celeste. Bajó sonriente y le dijo:

—Allá tengo una sorpresa para vos. Y este otro regalo te lo doy aquí.

Celeste sonrió ruborizada y comenzó a abrir el paquete. Era un collar que parecía antiguo, pero diseñado para Celeste. Era de oro blanco con pequeñas esmeraldas engarzadas.

—Es una reliquia que habrá pertenecido a alguna princesa. Y ahora lo usará otra princesa.

—Gracias, Igor, es precioso.

—¿Sabés por qué te lo traje? Porque al mirar el color de las piedras, sentí que me internaba en un bosque. La misma sensación que cuando te miro fijo a los ojos. Me traslado a un bosque, me interno en un oscuro verdor. Como cuando al bosque le empieza a faltar la luz del sol.

Después, mientras conducía, le hizo abrir una caja donde había unas copas del siglo dieciocho. Celeste quedó embelesada. Miró al trasluz y tuvo la misma sensación que aquella lejana mañana cuando miró a través del frasco dorado de champú. Esa copa le traía reminiscencias, las sentía suyas.

—Son una belleza, Igor. ¿Dónde las conseguiste?

—En un anticuario cerca de mi casa, en el pueblito.

Celeste iba a decir algo, pero un automóvil, que los pasó a alta velocidad, la desconcentró y la hizo retrotraerse al día del ataque y a la imagen del automóvil con capó *bordeaux*. Igor, con la mano que estaba libre del volante, cubrió las frías de Celeste y les dio un apretón que prometía una incondicional protección.

Celeste en el bosque de los elfos

Aunque hacía ya bastante tiempo que no visitaba ese lugar, Celeste enseguida reconoció la inconfundible entrada a Cariló, que en idioma mapuche significa *Médano verde* y, en la actualidad, es un balneario bastante exclusivo, enclavado en un bosque famoso por estar encantado.

Tanto los cariloenses como los visitantes aseguran que, por las noches, se pueden avistar extrañas criaturas, mágicas y bellas, tales como elfos, duendes y hadas.

Un camino serpenteante los condujo hasta el centro de la villa, encantadora con su estilo alpino y casas de cuentos. Si bien hay servicios eléctricos, es un lugar pensado para la preservación del medio ambiente, así como de la flora y la fauna autóctonas. Por esa razón, no hay edificios de más de dos plantas y la mayoría de sus construcciones son suntuosos *chalets* o cabañas alpinas.

Un importante polo gastronómico se concentra en el centro del pueblo, y las calles llevan nombres de plantas de la zona, por lo que es usual que los domicilios estén entre Cerezos y Araucarias o Avellano y Jacarandá.

—Yo vivo alejado del pueblo. Mi cabaña está en medio del bosque, pero a pocos metros de la playa —anunció Igor.

Celeste estaba intrigada, el mundo de ese hombre lobo le parecía sino mágico, al menos, bastante inusual.

Atravesaron el pueblo siguiendo otro camino zigzagueante hasta que se internaron en una zona más boscosa. Ella no pudo resistirse a los distintos tonos de verdes, por lo que no tardó en bajar el vidrio de su ventanilla, y bastó una sola bocanada de aire para sentirse envuelta por la fragancia de los pinares.

El sonido incesante de grillos y torcazas constituían una música de fondo, pero, al mismo tiempo, casi imperceptible, vibraba en el ambiente un silencio sobrenatural y todopoderoso.

Al llegar ante una tranquera, Igor sonrió, besó la mano de Celeste y descendió ágil de su camioneta. Con un solo empujón, logró abrirla de par en par, volvió a subir y aceleró, devorando el camino bordeado de pinos.

—Llegamos. Bienvenida —informó Igor sonriente y en un tono de voz tan bajo que no pasó de un susurro. Señaló algo con la mirada a través de la ventanilla y, con la misma dulzura, añadió—: Este es mi bosque.

Celeste miraba absorta ese paisaje, sintiéndose inmersa en un cuento de hadas. Si bien lucía como cualquier otro bosque de la zona, un halo de paz parecía protegerlo de todo mal. Y, asimismo, la luz dorada que brillaba sobre el follaje le confería un toque definitivamente mágico.

A lo lejos, sobre una colina, se levantaba una cabaña de dos plantas, construida en piedra gris con un inmenso techo a dos aguas que estaba recubierto por tejas negras que trepaban hacia una imponente chimenea.

A Celeste le extrañó la elección de piedra gris en lugar de la típica piedra caliza de la zona. Y ese toque de originalidad la subyugó porque hablaba de Igor.

Las paredes tenían inmensos ventanales que llegaban al suelo y se podían usar para ingresar o salir de la vivienda. Eran de tal magnitud que permitían vislumbrar el interior. Incluso, desde el exterior, se podía divisar la pared vidriada que daba al parque posterior de la casa, y hasta podían verse sus árboles frutales.

La casa estaba rodeada de pinos azules y, cerca de la entrada, se erigía triunfante un arce japonés, ostentando su follaje bicolor de hojas granate y otras doradas.

Canteros gigantes de lavandas circundaban todo el perímetro de la casa con sus fosforescentes tonalidades celestes que el gris de las piedras realzaba aún más.

Mientras la camioneta frenaba, un señor de edad avanzada se acercó sonriendo hacia ellos.

De un brinco, Igor descendió de la camioneta y corrió al encuentro del anciano. Era evidente que se había apresurado para que este no tuviera que molestarse en caminar hasta donde él estaba.

—¡Don Vicente! ¿Cómo está? ¿Cómo anduvo todo? —lo saludó Igor dándole la mano y palmadas en la espalda.

Celeste recordó que Igor se lo había mencionado como el sereno que había cuidado de su propiedad durante su prolongada ausencia en su *temporada de paciente psiquiátrico*.

—Bien, Igor. Por aquí te extrañamos mucho —dijo don Vicente, guiñando un ojo, al tiempo que señalaba con la cabeza a un perro que salió corriendo desde el interior de la casa y que, de un salto, se abalanzó sobre Igor sin dejar de besarlo con una emoción incontenible.

Celeste reconoció que, si se hubiese abalanzado con ese mismo ímpetu sobre ella, a diferencia de Igor, hubiese caído de espaldas al

suelo.

—¡Vodka! ¡Mi Vodka! ¡Yo también te extrañé!

Igor se dirigió a Celeste y, con una evidente alegría, como quien se reencuentra con los suyos, los presentó.

—Celeste, te presento a don Vicente y a ¡Vodka! —al terminar de decir eso último, volvió a besar la cabeza de la que Celeste ya había notado que era una hermosa hembra, cruce con *border collie* y labrador. Su pelaje era de un rojizo amarronado, y sus elegantes patitas y pechera, blancas. A Celeste le llamó la atención la cola frondosa como un plumero y sus ojos almendrados que parecían hablar, y en varios idiomas.

—¿Vodka? —preguntó Celeste sin dejar de sonreírle a la perrita, que no cesaba, a su vez, de escudriñarla con la mirada— ¡Me intriga por qué la llamaste Vodka! —exclamó Celeste con la voz entrecortada y en medio de una carcajada por los besos que Vodka había comenzado a regalarle con efusividad.

Igor rio ante la escena y le explicó el motivo.

—Yo no le puse ese nombre, fue Ludmila. Vodka era su perra. Bueno, lo fue por poco tiempo. —La mirada de Igor volvió a ensombrecerse. Suspiró y, mientras acariciaba a Vodka, completó la información—: Ella la rescató un mes antes de morir. Incluso, el día que la encontraron, en su bolsillo hallaron un hueso de juguete que le había comprado a Vodka, y nunca se lo pudo dar. Yo se lo di y todavía lo tiene.

Celeste no supo qué responder, pero quizá, como para sacar a Igor de ese estado melancólico, en vez de cambiar de tema, insistió con la pregunta.

—Pero ¿por qué crees que la llamó Vodka?

Celeste no había errado en su estrategia. Igor estaba sonriendo otra vez.

Él la miró con ternura y le aclaró:

—En ruso, Vodka quiere decir *agüita*. El día que mi hermana la rescató, llovía a cántaros, y Ludmila me había comentado que no solo estaba mojada, sino que ella misma era gotitas de agua con forma de perro. Mientras la secaba, le decía: «Vamos a sacar el agüita, pero vos sos pura agüita». Y como había conocido a un ruso por Facebook, le comentó eso, y él se lo tradujo. —Al relatar eso, Igor meneó con tristeza su cabeza, y musitó—: Cuántas cosas tenía por vivir...

Otra vez, Celeste no supo qué responder. Solo tomó su mano.

Caminaron hasta la casa seguidos por Vodka, que no se alejaba ni un milímetro del adorado lobo alfa.

—Igor, ¡me encanta tu casa! —exclamó Celeste sin dejar de mirar la escalera de madera, la gran chimenea, el desnivel que separaba la sala de estar del comedor—. ¡Es encantadora y muy acogedora! —Casi exclama «Me quedaría a vivir aquí», pero temió que más que a un halago, sonara a propuesta. Por eso, se sorprendió cuando Igor le preguntó si ella viviría allí.

Celeste lo miró sin entender el sentido de la pregunta. Sabía que era muy pronto para que implicara una propuesta, pero con naturalidad le respondió:

—Por supuesto. Es un lugar precioso.

Igor sonrió y no agregó nada más. Se encaminó hacia la chimenea y, extendiéndole la mano, invitó a Celeste a acercarse a él. Entonces empezó a decir:

—No me preguntes la razón, pero apenas lo vi, me recordó a vos.

Por eso, lo compré y lo hice enviar hasta acá. Veo que llegó y reconozco el envoltorio. Le pedí a don Vicente que lo trajera hasta acá.

Celeste no sabía a qué se refería y buscó un típico paquete de regalo, quizá hasta con papel dorado. De pronto, Igor le señaló el pie de la chimenea. Celeste observó un paquete plano envuelto en un papel color madera.

—¿Es para mí? —preguntó un poco turbada.

Igor asintió con la cabeza y, solícito, agregó:

—Te ayudo a abrirlo, este papel es muy rígido, no quiero que te lastimes.

En cuclillas, terminó de desenvolver el paquete, de espaldas a ella.

—Ya está —dijo mientras elevaba un objeto y lo colocaba sobre la chimenea. Se corrió, y Celeste quedó de frente a una imagen. Igor la miraba expectante, pero su expectativa se transformó en preocupación al ver cómo había mutado el plácido rostro de Celeste —. Ciel, ¿qué pasa...? Creí que te iba a gustar —dijo Igor casi compungido como un niño.

—Ese cuadro... —comenzó a decir Celeste, señalándolo y sin quitar su vista de él—. ¿Dónde lo encontraste?

—Paseando por un pueblito cercano a Bolzano, entré en un anticuario y, al acercarme a una zona oscura, me topé con él y me atrapó. Creí que era mío... Tuve que hacer un esfuerzo para entender que no lo había pintado yo. Como cuando reconocés tu letra en un viejo manuscrito y sabés que, por la época, nunca hubieras podido escribirlo vos. Tampoco nos parecemos a esos personajes: un lobo y una doncella. Y no me preguntes la razón, pero ¡nos vi a nosotros en él!

Igor notó las lágrimas de emoción que caían sin impedimento por las mejillas de Celeste.

—Es bellissimo. ¡No lo recordaba tan bello! —balbuceó Celeste. Se acercó al cuadro y lo rozó con la yema de sus dedos.

—Entonces, ¿te gusta? —Y después de una breve pausa durante la que sus ojos se habían internado en el claro del bosque del cuadro, Igor, extrañado, indagó más a fondo—: ¿De dónde lo conocías?

Celeste, en un susurro, confesó:

—Ese cuadro me obsesionó. Tiene una historia y un gran significado para mí.

Igor la tomó de la mano y la hizo sentar sobre una alfombra de piel de oveja. Celeste la observó y la acarició casi con piedad. Le daban lástima las pieles de los animales. Con esfuerzo y emoción pero sin pausa, Celeste le relató a Igor la vivencia de su infancia, su encuentro con el lobo, el anticuario y la leyenda.

Igor parecía conmovido. Celeste pudo intuir que, más que por el relato, él se había sentido partícipe de esa historia.

—Increíble. Como te había dicho, cuando lo vi, me costó reconocer que no era uno de mis cuadros... ¡Sentía que yo había visto o vivido esa escena! Por eso, no dudé en comprarlo. Daba la impresión de que ese cuadro me estaba esperando. Y es más, sentí que me pertenecía. —E Igor agregó ingenuamente—: Como si contara mi historia.

—Igor, me encanta. Solo que me movilizó y no salgo del impacto. Es todo... todo demasiado casual.

—¿Todo? ¿A qué te referís con «todo»? —preguntó Igor intrigado.

—Todo. Que lo hayas encontrado, que lo hayas traído y que te haya llamado la atención —respondió Celeste, aunque decidida a no ahondar demasiado en el tema. Al menos, no por ahora. La asustaba demasiado.

—Pero ¿te gusta? —inquirió Igor a modo de conclusión.

—¿Gustarme? ¡Me fascina, Igor! Yo también lo siento mío —fue la sincera respuesta de Celeste.

Él la besó, la tomó de la mano y le pidió:

—Acompañame al bosque a buscar unos leños para la chimenea. No quise que lo hiciera don Vicente. ¡Vamos, Vodka!

Celeste se puso de pie, feliz de cambiar de tema.

Salieron de la cabaña escoltados por Vodka. La perrita vio algo a lo lejos y fue tras eso en una carrera loca.

—¿Adónde va? —preguntó Igor sorprendido—. Esperame aquí, voy a buscarla. ¡Vodka! ¡Vodka!

Celeste vio a Igor alejarse y perderse tras los pinos. Comenzó a recoger algunas piñas para la chimenea y, cada tanto, levantaba la vista para ver si Igor volvía. Empezaba a preocuparse. Peor aún, a sentir miedo.

De pronto, sintió que alguien la observaba. El sol estaba cayendo. Levantó la vista y la sorprendió un rayo de sol que se había colado entre las copas de los árboles y estaba justo frente a ella.

Ante eso, y sin racionalizar, se dejó llevar y sintió una gran emoción, hasta podía evocar aquel momento de su infancia. Más que evocar, podía sentirse de nuevo en ese bosque, o en otro... La misma energía. Era como una misma escenografía, pero en un nuevo escenario.

Miró a su alrededor y vio a su derecha, la figura de Igor emergiendo detrás de un tronco, a pocos metros de distancia. Celeste notó que él la miraba como si acabara de reconocerla, casi con sorpresa. Ambos se miraron como quienes se vuelven a ver después de mucho tiempo. Esa sensación evocó en Celeste el recuerdo de la primera vez que había visto a Uma.

Un oportuno ladrido de Vodka los despabiló y los arrancó de ese estado de trance. Entonces Igor corrió hacia Celeste, la alzó sin dejar de besarla y la condujo hasta el centro del claro del bosque.

Ahí, la depositó con suavidad, como a una joya, sobre una alfombra de tréboles, y el lobo en él empezó a cubrir de besos y lamidas el cuerpo de Celeste, que no dejaba de estremecerse.

Ella era ella y era otra. En un momento en que alzó su cabeza, cerro los ojos y una visión de la *verdadera ella* invadió todo su ser. Sintió como ambos se fundían, y cómo ella no dejaba de acariciar el pecho fuerte de Igor ni cesaba de devorarlo más y más en medio de un jadeo frenético. Él succionaba suavemente, pero con verdadera devoción, los pezones rosados de los blandos pechos de Celeste, y mientras sus cuerpos gozaban, sus almas se intercambiaban recuerdos, energía y, también, sus miedos y sus respectivos olvidos.

Por mucho tiempo, se quedaron mirándose a los ojos, sin poder creer el milagro de reconocerse en ese reencuentro.

Permanecieron abrazados en silencio y por tiempo indefinido, o sin tiempo. Sintieron el momento exacto en que sus respectivas almas se vieron a través de sus ojos. Y en cada instante que transcurría, se volvían a reconocer y a celebrar su unión eterna. A pesar del frío del bosque al atardecer, Celeste no lo sentía porque su lobo la cubría con su amor y su pasión.

Luego, se mimaron, rieron y se contaron anécdotas.

—Sí, me acuerdo del estreno de esa película, lo recuerdo muy bien porque ese día yo cumplía ocho años —declaró, despreocupado, Igor.

—Pero era el año... ¿Qué edad tenés, Igor...? —preguntó Celeste dando un brinco y conteniendo la respiración.

Igor dejó sus ojos en blanco, río y exclamó:

—¡Por favor! No hagamos un drama por esto. Sí, siempre lo supe porque Ignacio me había dicho tu edad. Yo tengo ocho años menos, pero ¿quién lo diría? Aquí, ¡yo parezco el mayor!

A pesar de su galantería, Celeste empalideció. Igor volvió a mirarla y, frunciendo el ceño, le preguntó casi divertido:

—¿En serio te preocupa un puñadito de años?

Celeste no podía responderle. Quería contarle la leyenda completa y todas las casualidades. ¡Incluso sus apellidos! Bleid por un lado y como si no fuera suficiente, ratificarlo con Farkas.

En ese momento, recordó a Uma o, mejor dicho, pudo sentir cómo Uma la estaba recordando a ella. «No dejes de vivir tu destino verdadero», le había dicho.

Igor cubrió la cabeza de Celeste con sus fuertes manos y, con suavidad, tomó su cabellera y la jaló hacia atrás para dejar el cuello de Celeste expuesto a todos sus besos y caricias. Mientras lo hacía, le susurró:

—Hoy te pregunté si vivirías aquí conmigo, y obvié incluir a Martina, la vegetariana.

Celeste sonrió al escuchar esa descripción de su hija. Se inclinó

hacia Igor y se zambulló en su mirada. Mientras estaba inmersa en ese mundo, escuchó la forma en que él le volvía a declarar su amor.

—Ciel, te amo, desde el primer momento que te vi sacando las hojas del parabrisas de tu automóvil. Y no dejé de amarte desde entonces. Créeme, mi amor, aunque ese no hubiera sido el asesino de mi hermana, yo lo habría matado antes de que te tocara un cabello.

—La apretó contra él y le reprochó—: Todavía no me respondiste. —Él se internó en el verde bosque de la mirada de Celeste y le preguntó una vez más—: ¿Te quedás conmigo en nuestro bosque?

Ella apretó su cuerpo contra el de él; ya le estaba respondiendo, pero para que no quedaran dudas, le aseguró:

—Igor, creo que nunca dejé de vivir con vos en nuestro bosque.

Celeste ya no dudaba de que en ese bosque mágico estaba su hogar, el legítimo hogar de su cuerpo y de su alma.

Y ella, además, sabía lo que pocos sabían: que en el corazón de ese bosque de elfos, estaba escondida una colina mágica a la que los elfos y las hadas llamaban «La colina de las mariposas invisibles».

Esa colina etérea, ese lugar añorado al que solo pueden llegar los que merecen vivir en él.

Entonces Celeste se sumergió sin temor en la mirada sin tiempo de Igor, y él se internó en el bosque latente en las profundidades del alma de su amada. Y ambos se perdieron en un mundo sin tiempo.

Se perdieron, pero juntos. Sin conciencia cierta del pasado ni del futuro. Pero con la única certeza de que siempre que estuvieran juntos, serían los felices moradores de *La colina de las mariposas invisibles*.

FIN

NOTAS

Capítulo X

[1] Vocablo coloquial porteño que significa insoportable, insufrible.

[2] Vocablo lunfardo que expresa rabia o enojo.

Capítulo XXI

[3] Guacha: palabra que es una deformación de *gaucho*: Se usa con una connotación negativa, pero no exenta de humor. Significa persona harpía o malintencionada.

[4] Mina: término lunfardo que, en conversaciones informales, reemplaza a *mujer*.

Capítulo XXXV

[5] Argentina. Bebida caliente a base de leche y chocolate.

Agradecimientos

Agradezco a Penguin Random House la confianza y estima que, una vez más, deposita en mí, sin descontar la oportunidad que me dio de conocer personas maravillosas, a las que valoro y estimo.

Asimismo, en lo personal, deseo hacerle llegar mi gratitud a Selecta y, muy en especial, a mi querida Lola Gude, por quien siento un genuino cariño y admiración profesional.

Quisiera, además, felicitar a mi correctora por sus precisas observaciones, realizadas siempre en un tono cordial y respetuoso. Y brindar un aplauso a la diseñadora de la preciosa portada, quien captó e hizo realidad las imágenes que danzaban en mi mente.

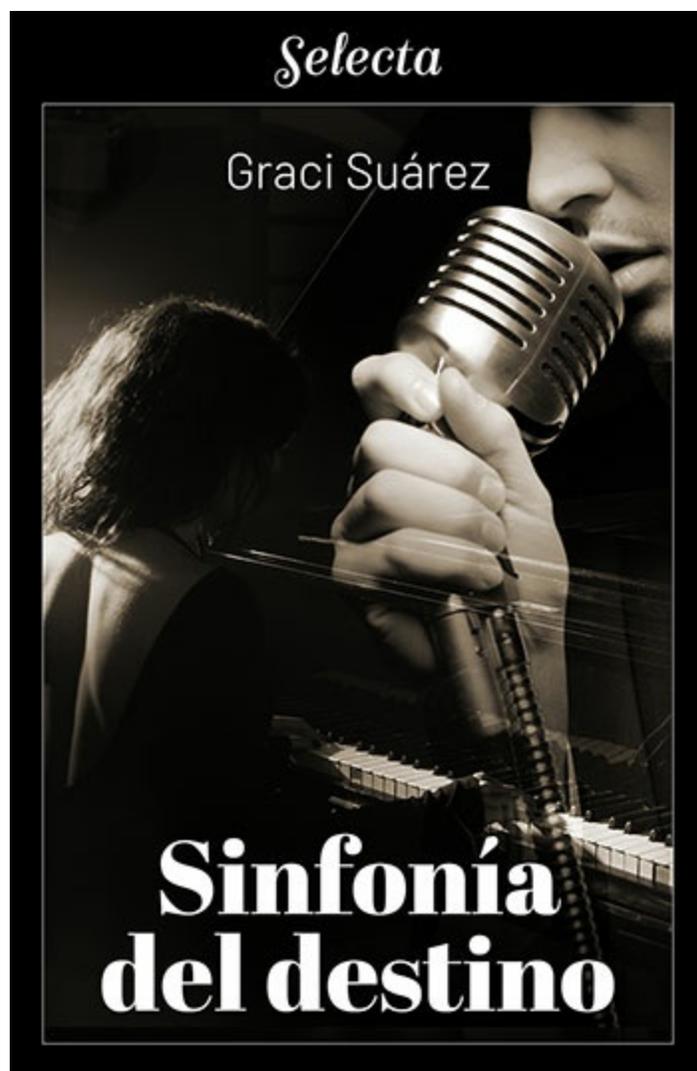
Si te ha gustado

La colina de las mariposas invisibles

te recomendamos comenzar a leer

Sinfonía del destino

de *Graci Suárez*



Capítulo 1

Maite estaba nerviosa, después de quince años volvería a tener frente a ella a Dante, su amor de juventud, y actualmente uno de los cantantes más prometedores. La disquera la quería contratar a ella como la pianista del nuevo disco de su cantante más famoso, pero lo que nadie de la disquera sabía era que Maite estaba ciega, llevaba

años viviendo en la oscuridad.

—No puedo creer que mañana lo tendré delante de mí.

—Deja de pensar en eso que no dejaré que se te acerque, así que no te preocupes.

—¿Y si se entera de Chloe?

—Eso no va a suceder, no tiene cómo saberlo.

Mientras en casa de las hermanas Ferreto Maite recordaba cómo había sufrido por el abandono de Dante, en la otra punta de la ciudad Dante se sentía como un perro enjaulado, no podía creer que la disquera hubiera contratado a Maite Ferreto; a pesar de los años transcurridos no había superado el abandono de ella.

Cuando su amigo y representante Oliver entró a su departamento y lo encontró contemplando la fotografía que la disquera les había entregado de la pianista, se acercó a Dante.

—Es hermosa en verdad.

—Dime que mi nueva pianista no es Maite Ferreto.

—Sí, bueno, en realidad aún no se ha firmado el contrato, por eso quieren que hagan una prueba juntos para saber si en verdad es tan buena como dicen.

—Te puedo asegurar que es la mejor pianista que vayas a conocer.

—Es una lástima que una mujer tan bella esté ciega.

—¿Qué has dicho?

—Espero que eso no sea un problema para ti, es verdad que requiere ciertas condiciones, pero es la mejor.

—La mujer que refleja esta fotografía no se parece en nada a la

Maite que una vez conocí.

— ¿Tú conoces a esa belleza?

— Ella y sus hermanas vivían en mi calle.

Dante todavía no podía creer que a la mañana siguiente se toparía de frente con su pasado, él había sido un estúpido enamorado y ella solo había jugado con él, pero el destino los volvía a poner de frente, aunque ya nada sería igual.

Esa noche Maite no podía dormir, su hija ya estaba acostumbrada a ese comportamiento la noche antes de cada concierto, pero algo le decía que esto era diferente, al día siguiente se volvería a encontrar con Dante de la Rosa; su madre nunca le había dicho que este fuera su padre, pero ella estaba casi segura.

— Mamá, ¿qué te preocupa?

— Cariño, pase lo que pase quiero que sepas que para mí tú fuiste mi mejor regalo, el motivo por el cual salí adelante.

— Sabes que te amo.

Con su hija en brazos, Maite logró quedarse dormida, pero no pudo descansar. La noche transcurrió de pesadilla en pesadilla. Cuando el despertador sonó, ella no se quería levantar.

— Mamá, es hora de levantarse. — “Y enfrentarte a tu pasado”, esto último solo fue un pensamiento.

— Dile a Margo que vaya en mi lugar.

— Mamá, la tía Margo no sabe tocar al piano y si lo supiera sabes que no iría.

— Entonces que vaya Mirta.

— Sabes bien que ninguna irá. — Maite sabía que se estaba

comportando de manera infantil, pero no quería volver a encontrarse a Dante—. Además he sacado permiso en el colegio para acompañarte.

Después de mucho protestar, Maite, sus hermanas y Chloe salieron rumbo a la disquera; su hija estaba ilusionada porque por fin conocería a su padre y sus hermanas estaban preparadas para sacarla de la disquera en el momento en que ella se los pidiera, sabían que Maite todavía estaba enamorada de Dante, pero también estaban dispuestas a luchar por el bienestar de su hermana con uñas y dientes; durante el traslado, las mujeres Ferreto estaban encapsuladas en sus propios pensamientos.

—Tía Margo —susurró Chloe.

—Dime, querida.

—Estoy tan emocionada, por fin después de esperar tantos años los veré actuar juntos. —Ese comentario no le gustó a Margo.

—¿De quiénes hablas? —Aunque ya sabía la respuesta.

—De mis padres.

—¿Cómo es que...? —Dejó la pregunta en el aire.

—Tía, mi madre me cuenta la historia de amor entre ellos desde que soy una bebé, además, la he escuchado muchas noches llamarlo entre sueños, cada vez que eso sucede se me rompe el corazón ver a mamá llorando.

—Mira, Chloe, sé que quieres que ellos estén juntos, pero tu madre no piensa igual, además, ella no quiere que se entere de tu existencia.

—Lo sé.

Cuando por fin llegaron a la disquera, Maite estaba más nerviosa que durante el trayecto y Margo tenía el corazón roto por su sobrina que era la viva imagen de su padre.

Dante no se encontraba mucho mejor que Maite, la noche anterior no había podido dormir nada, todos los recuerdos lo habían asaltado y no lo habían dejado de atormentar.

—Dante, ¿qué te sucede que estás tan nervioso?

—Nada.

—Si no te pasa nada, ¿por qué es que estás haciendo un hueco en el piso?

En ese momento tocaron a la puerta y Susana les informó que la señorita Ferreto había llegado, pero que no iba sola, Samuel, el director de la disquera, le dijo que la hicieran pasar, pero nadie esperaba lo que tenían en frente.

—Maite —susurró suavemente.

La mirada de todos cayó en el trio y la jovencita, nadie sabía que Maite Ferreto tenía dos hermanas idénticas, claro está a excepción de Dante.

—Chicas, cuánto tiempo —dijo Dante.

—Dante —contestó Chloe—, yo soy tu.... —La chica se acordó de lo que le había dicho su tía— ... más grande admiradora.

En ese momento Dante se percató de la jovencita, no cabía duda que una de las hermanas Ferreto era su madre. Maite dio un paso al frente.

—Buenas, señores, mi nombre es Maite Ferreto, como pueden darse cuenta estoy ciega.

—Ite.

—No la detengas, Mirta.

—Pero es que Margo.

—Déjala hablar.

—Como les iba diciendo, espero que el hecho de que estoy ciega no sea un inconveniente para ustedes, les aseguro que soy una gran profesional.

—Maite.

—¿Cómo estás, Dante? Cuántos años, nunca pensé que la vida nos volvería a unir y mira lo equivocada que estaba.

—Tengo que reconocer que tienes razón, nunca pensé que te volvería a ver.

—Pero no estoy aquí para hablar del pasado.

—Comprendo —dijo uno de los ejecutivos—. Señorita Ferreto, si fuera tan amable de deleitarnos con una de sus canciones.

—Por supuesto. Margo, por favor, llévame al piano.

—Yo puedo ayudarte. —Dante no sabía en qué momento se le ocurrió ofrecerse.

—No, gracias, prefiero que me acompañe alguna de mis hermanas.

Chloe no podía creer que su madre se comportara de manera tan hostil con su padre, claro, él no sabía que era su hija.

—Yo puedo ayudarte —contestó Chloe.

—Claro, cariño.

La jovencita ayudó a su madre a llegar hasta el piano y cuando se

separó de ella, la abrazó y le dijo: —Te amo, mami.

—Eres el mejor regalo que me dio la vida —respondió su madre.

—Mami, si tan solo pudieras ver la manera en que él te mira.

—Chloe —dijo su madre en un hilo de voz.

—Te mira como si fueras su tesoro más grande, pero a la vez hay algo más que no logro distinguir.

Cuando se separó de su madre, ambas lloraban; una, porque por fin conocía al padre que tanto anhelaba y la otra, por el amor que hacía muchos años había perdido. Maite comenzó a tocar su canción más conocida, una que hablaba de amor, la traición y la pérdida de la persona amada; Chloe se abrazó a sus tías que la dejaron llorar.

—Cariño, cálmate.

—Lo único que quiero es que me abrace, pero sé que mi madre no lo permitirá.

—Ni ella ni yo —contestó una de sus tías.

Cuando la canción finalizó, todos en la sala lloraban. Dante no podía creer que para Maite él fuera el malo de la historia, porque era más que obvio que esa canción hablaba de su historia de amor y de cómo había terminado de manera abrupta.

Todos aplaudían y lloraban a excepción de él.

—Dante, ¿qué te pareció la canción?

—La verdad es que ella tiene un gran talento, pero la canción no me gusta, en muchas ocasiones son las mujeres las que le rompen el corazón a los hombres.

—Pero estoy segura de que ese no es tu caso —dijo de manera insolente Chloe; era verdad que quería a sus padres juntos, pero

tampoco podía ignorar todos los años que llevaba su madre sufriendo por Dante de la Rosa.

—No te creas, niña, hace muchos años cuando solo era un jovencito me rompieron el corazón.

—Señorita Ferreto, nos encantaría que firmara el contrato con nosotros.

—Claro que sí, pero todavía tengo fechas pendientes en Europa, como sabrán ustedes es ahí donde he hecho carrera.

—No tenemos ningún problema, lo único que necesitamos es que graben unas tres canciones para empezar.

—Entonces no tengo ningún problema; otra cosa, no voy a firmar ninguna exclusividad, ya que yo me debo a la gente que va a mis conciertos.

—Estamos de acuerdo, pero cuando finalicen la grabación del disco tendrá que irse de gira con Dante por seis meses.

—¿Seis meses? —Se escuchó un coro de voces femeninas.

—Como comprenderá, debido a mi discapacidad, necesitaré que alguna de ellas me acompañe. —Aunque sus hermanas sabían que se refería a Chloe, era una locura, su hija tendría que dejar el colegio para acompañar a su madre.

—Creo que volveré a la escuela *online* —susurró la joven a sus tías.

—Para nosotros eso no sería ningún problema.

—Espero que tampoco sea un problema mi perro guía.

Cuando el contrato estuvo firmado, los ejecutivos se fueron retirando y dejándolas a solas; el último en irse fue Oliver, el

representante de Dante.

—Mamá, ¿qué vamos a hacer?

—No lo sé, cariño —dijo Maite abrazando a Chloe.

En ese momento la puerta se abrió y todas se quedaron en silencio, esperaban que Dante no hubiera escuchado su conversación.

—Maite, ¿podemos hablar?

—La verdad es que no.

—¿No crees que después de tantos años me merezco una explicación?

Maite no entendía de qué explicación hablaba Dante, pero no estaba dispuesta a quedarse y averiguarlo, tomó del brazo a su hija y le suplicó con la mirada que la sacara de ese lugar; Chloe, a pesar de su corta edad, sabía que si su madre no quería hablar con Dante lo mejor era no presionarla.

—No te queremos cerca de nuestra hermana. —Lo encararon Mirta y Margo.

—Chicas, lamento informarles que eso no se los voy a poder cumplir, ya que vamos a trabajar juntos.

—No te hagas el tonto que sabes perfectamente a qué nos referimos, ¿no crees que en su momento ya le hiciste suficiente daño?, y créenos, no estamos dispuestas a dejar que eso vuelva a suceder —dijo Mirta.

—Ahora ella fue la que sufrió cuando a mí fue al que botaron como si no valiera nada.

—No sabemos de qué hablas, pero tampoco nos interesa. —Y sin

decir más, las dos hermosas mujeres se marcharon.

Definitivamente, esas eran las hermanas Ferreto que él recordaba; era verdad que por fuera era idénticas, pero sus personalidades no podían ser más diferentes. Margo era la deportista. Mirta era amante de los animales, y Maite amaba el piano, desde muy niña había demostrado tener talento y sus padres la habían enviado a las mejores escuelas.

—¿En qué piensas?

—Ya no queda nada de la muchacha alegre que yo recuerdo.

—Después de lo que ha tenido que vivir, no es para menos —dijo Oliver.

—Lo dices como si supieras algo que yo ignoro.

—Se dice que la jovencita es su hija, todos deducen que es de alguna de sus hermanas, pero la gente que la conoce desde hace años comenta que la niña es su hija y que el padre de la misma la abandonó cuando se enteró que Maite, después de un trágico accidente, había quedado ciega.

Dante no podía creer que hubiera alguien tan cruel, si Maite no hubiera terminado su relación, él habría estado siempre con ella y tal vez en estos momentos serían una familia.

—Cómo puede alguien ser tan cruel.

—También se dice que después de esa ruptura ella se ha dedicado a su carrera y, como la escuchaste, ella se debe a su público.

—Mamá, ¿por qué lo trataste de esa manera? Él solo quería ser amable contigo.

—No quiero tener nada que ver con él.

—¿Te das cuenta de que siempre vas a tener que ver con él porque yo los voy a unir toda la vida?

Maite no dejó que sus hermanas intervinieran; desde la visita a la disquera, Chloe estaba empeñada en que Dante tenía que saber que ella era su hija y como era de esperar, Maite se oponía; sus hermanas no sabían a cuál apoyar porque por un lado la jovencita tenía razón al querer conocer a su padre y Maite tenía sus razones para querer mantenerla alejada de Dante de la Rosa.

—¿No te parece extraño que siendo el primo del tío Miguel nunca lo haya visto?

Miguel de la Rosa era el marido de Margo Ferreto y primo del famoso cantante Dante de la Rosa.

—A mí no me metas en tu discusión, muchachita —protestó Miguel.

—Pero, tío, sabes que tengo razón.

Después de la discusión, Maite se quedó pensando que tan conveniente sería que Dante se enterara de la existencia de su hija y si la rechazaba, podía perdonarle que la hubiera abandonado hacia años, pero nunca le perdonaría si humillaba a su hija.

—¿En qué piensas? —le preguntó Margo que se acercaba junto con Mirta.

—En lo que Chloe me dijo, sé que tiene razón, pero es que me da miedo que la rechace.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo Mirta.

—Lo vas a preguntar de todas formas, así que pregunta.

—¿Todavía lo amas?

Maite no sabía qué contestar a la pregunta de su hermana; era verdad que llevaba sufriendo por Dante la mitad de su vida, pero no estaba segura de que lo que sentía por él fuera amor o si solo se aferraba a un recuerdo.

—Al Dante de hace quince años lo amo con todo lo que soy, pero del que me encontré hoy no sé absolutamente nada, así que no puedo decir si lo amo o no.

—¿Estás dispuesta a averiguar si todavía lo amas?

—No lo sé, chicas, yo acepté trabajar en su disco para que Chloe tenga la oportunidad de pasar tiempo con su padre, no para retomar nuestra historia donde la dejamos.

Oliver estaba casi seguro de que su amigo le ocultaba algo y necesitaba saber qué era lo que le estaba ocurriendo a Dante, ya que tenía varios días de estar como ido, pero no quería decir qué le sucedía.

—Hermano, ¿qué te pasa?

—Nada.

—Vamos, Dante, que nos conocemos hace muchos años y solo una vez te he visto así y fue cuando nos conocimos que estabas despechado.

—La volví a ver.

—¿A quién?

—A esa mujer que a pesar de los años nunca he podido sacarla de mi cabeza, que me persigue en sueños.

—¿Pero dónde?

—Eso no te lo voy a decir de momento, solo puedes saber que está

igual de hermosa que hace quince años.

—Dante, ¿esa mujer es alguna de las hermanas Ferreto?

—¿Por qué lo dices?

—Amigo, desde que esas mujeres volvieron a tu vida estás un poco amargado.

—Margo Ferreto es la esposa de mi primo Miguel.

—¿Pero qué me dices de Maite y Mirta?

—Mirta es una loca y de Maite no quiero hablar.

—No puede ser.

—¿Qué cosa?

—Tú eres el chico que la dejó cuando quedó ciega.

—Yo no la dejé, ni siquiera sabía que había tenido un accidente donde perdió la vista.

—¿Me quieres contar qué fue lo que pasó entre ustedes? Porque esa mujer está ciega, pero en su expresión muestra todo el rechazo que siente hacia ti y las otras dos te lanzan miradas como queriendo despellejarte.

—Maite siempre ha tenido mucho talento como pianista, desde pequeña mostró interés —comentó Dante con una sonrisa en el rostro—. Sus padres siempre la apoyaron en todo, al igual que sus hermanas; Oliver, esas mujeres son idénticas por fuera, pero no podrían ser más diferentes entre sí, por lo que mi primo me ha contado, Margo es una gran diseñadora y no me lo puedo creer porque lo de ella eran los deportes; Mirta estudió veterinaria y tiene su propia clínica, recuerdo que esa chica siempre llevaba a casa todos los animales que ella considerara que estaban desamparados y su

madre se enfadaba. —Después de reflexionar un momento, continuó—. Yo jugaba con las tres cuando éramos pequeños y, como podrás deducir por ti mismo, cuando crecimos me enamoré perdidamente de Maite; yo pensaba que ella sentía lo mismo por mí, pero un día la fui a buscar a su casa y no estaba, le envié cartas durante años y siempre me las devolvía sin haberlas leído.

—Dante.

—No me detengas porque si no te cuento ahorita qué fue lo que sucedió, nunca lo haré; un día me encontré en la plaza a Nadia, su amiga, y no dudé en preguntarle por ella, me dijo que Maite no quería saber nada de mí, que no la buscara, pero en mi empeño por recuperarla le seguía enviando cartas.

—Ahora que ella ha vuelto a entrar en tu vida, ¿qué piensas hacer?

—No lo sé.

—¿Todavía la amas? —Dante sabía que Oliver había tardado mucho en formular la pregunta.

—Con toda mi alma, cuando la vi entrar en el despacho solo deseaba poder abrazarla, pero ella solo siente rechazo hacia mí.

Para Chloe los días transcurrían de manera acelerada entre clase y clase, ya sabía que pronto su vida volvería a cambiar y que tendría que viajar con su madre por seis meses a esa dichosa gira que estaba esperando con ansias.

—Chloe —le gritó Federica, una de sus compañeras de clases—. ¿Es verdad que tu madre tocará en el nuevo disco de Dante de la Rosa?

—Sí.

Chloe no entendía cómo era que su padre no se había enterado de su existencia, si todo el mundo sabía que ella era la hija de Maite Ferreto; era verdad que había decena de teorías sobre quién era su padre, pero solo bastaba con verlos juntos para saber que eran padre e hija. El problema era que hasta hacía pocos días ellos nunca se habían visto.

—¿Ya lo has conocido?

—Mi madre me pidió que la acompañara a la disquera el miércoles para firmar el contrato, por eso fue que no vine a clases y me topé con él.

—¿Es tan guapo como en las fotos de internet? —Chloe no se sentía cómoda hablando de si su padre era guapo o feo, pero ya que nadie sabía la verdad, no podía hacer nada.

—Me pareció un tipo agradable, vamos que ya tocan para entrar. —Parecía que Federica iba a seguir insistiendo, pero en ese momento tocaron la campana, así que fue la excusa perfecta para no tener que contestarle; era verdad que cuando llegaba el viernes estaba molida, pero quería disfrutar el tiempo que le quedaba en ese colegio. Lo que más extrañaría sería a Raúl, su guapo compañero.

Cuando el día terminó, su tío Miguel la estaba esperando en la salida del colegio.

—Tío, qué sorpresa.

—Chloe, ¿hace cuánto que no te invito a comer helado?

—Mmmmmm, una semana.

—Pues eso hay que remediarlo. ¿Qué te parece si vamos por tu helado favorito mientras platicamos?

—Tío, quiero preguntarte algunas cosas sobre mi padre. —Chloe

debió notar la cara de espanto de Miguel porque soltó una carcajada —. Sí, tío, sé quién es mi padre. No, mi madre no me ha dicho nada, pero he investigado.

—Y según tú, ¿quién es tu padre?

La jovencita se acercó a abrazar a su tío y le susurró en el oído muy bajito:

—Dante de la Rosa

—Jesús, ¿cómo es que te has enterado?

—Ya te lo dije, haciendo mis propias investigaciones, pero no te preocupes, nunca le diré nada a nadie, a menos no sin consentimiento de mi madre.

—¿Tu madre sabe que estás enterada?

—Claro que sí.

—¿Qué clase de investigaciones hiciste?

—Unas de las que no te contaré nada, pero te diré que, aunque solo tenía mis sospechas el día que acompañé a mamá para que firmara el contrato, lo terminé de confirmar.

—¿Por qué lo dices?

—La miraba como si fuera el mayor tesoro, aunque en su mirada había algo más que no supe deducir.

Miguel conocía muy bien a su primo y sabía que este seguía tan enamorado de Maite como años atrás, pero no quería decirle nada a Chloe, esa pequeña bribona buscaría la manera de juntarlos y esos dos ya habían sufrido mucho, no entendía por qué Dante había alejado a Maite de su vida y nunca se lo había preguntado.

—Tío Miguel.

—Dime, cariño.

—¿Mi padre amaba a mamá?

—Con toda su alma.

—¿Entonces por qué la dejó?

—No lo sé, no lo sé, pequeña. —Esa era una pregunta que siempre había rondado su cabeza, pero que nunca se había atrevido a formular.

El lunes por la mañana todo era un caos en la disquera, esa tarde Dante y Maite empezarían a grabar y todos tenían que estar pendientes de eso, con la discapacidad de la pianista tenían que hacer unos pequeños arreglos para hacerle el acceso más fácil.

—Mamá, por favor —decía la jovencita a la pianista.

—Maite, hemos llegado a la disquera.

—Chloe, cariño.

Odiaba que su madre no quisiera que nadie del entorno de Dante se enterara de que ella era su madre, no la entendía, su tío Miguel lo sabía desde siempre y su padre nunca se había enterado.

—Como si él se fuera a enterar.

A Maite le partía el corazón la situación, pero no quería tener que lidiar con eso en ese momento, ya tenía suficiente con tener que trabajar al lado de Dante.

—El tío Miguel lo ha sabido toda mi vida y no por eso mi padre ha tocado a la puerta.

—Esto es diferente.

—Quiero poder abrazarlo, sabes las de veces que he deseado un

padre.

—Chloe, él nos abandonó. —En esto último salió el coche y se dirigió al interior de la disquera.

—Tía. —No se dirigió a ninguna de sus tías en concreto, esperaba que alguna la apoyara.

—Cariño, en este caso tu madre tiene razón —dijo Margo.

—Estoy de acuerdo con Maite, él las abandonó —secundó Mirta.

Estaba claro que ninguna la apoyaría en la locura que tenía pensado cometer, tal vez contara con el apoyo de su tío Miguel, pensó un poco más esperanzada.

—Buenos días —dijo alguien al lado de Maite—. Señorita Ferreto, estoy a su disposición para lo que necesite.

—Gracias, ¿ya llegó el señor De la Rosa?

—No, señorita.

—Si no le importa me gustaría esperarlo en el estudio.

—No hay problema, la acompaño.

—Gracias.

Cuando la joven se hubo marchado, Maite se dejó llevar frente al piano haciendo lo que mejor sabía, dejó que la tristeza que sentía saliera en cada una de sus melodías, tristeza por haber perdido a Dante, por el dolor que le estaba causando a su hija; no se percató de la presencia de nadie más hasta que Dante se arrodilló delante de ella.

—¿En qué momento nos perdimos?

—Hace muchos cuando decidiste que yo estorbaría en tu vida.

—¿De dónde sacas eso? —Dante no entendía nada de lo que Maite le estaba diciendo.

—Nadia me visito un día después del accidente y me dijo que tú me mandabas a decir que no podías seguir con una ciega como yo, que sería un estorbo en tu vida.

Dante no podía creer lo que estaba escuchando, ¿sería posible de que Nadia hubiese jugado con los dos?, recordaba que después de haberle dicho que Maite no quería nada de él, había tratado de meterse en su cama, pero no lo había llegado a lograr.

Chloe había seguido a su madre al interior de la disquera a pesar de que sus tías se habían opuesto y no pudo evitar escuchar la conversación de sus padres, y todo empezaba a tener sentido, su padre nunca había dejado a su mamá; tenía que hacer algo para que volvieran a estar juntos.

—Eso no puede ser porque yo la vi en la plaza y me dijo que tú no querías saber nada de mí, te busqué por todas partes, pero ya no vivías en tu casa, eso lo descubrí después de muchos años de enviarte cartas y que todas volvieran a mí.

Chloe salió de la disquera más que decidida de encontrar la manera de unir a sus padres, tenía que hablar con alguien, sabía que a sus tías no les gustaría la idea de volver a unir a sus padres, pero su tío Miguel era otra historia; él había sido su cómplice en muchas aventuras y siempre la había defendido del enfado de su madre y tías, así que cuando salió de la disquera tomó un taxi y se fue a buscar a su tío.

Cuando llegó a la oficina de Miguel de la Rosa, se presentó ante la recepcionista que no la quería dejar pasar.

—Señorita, de verdad que es urgente.

—El señor De la rosa está muy ocupado.

—Dígale que soy su sobrina y le aseguro que dejaré todo para atenderme.

—Lo lamento, niña, pero no puedo.

Chloe se estaba impacientando, tenía que hablar con su tío para que la ayudara a determinar un plan para unir a sus padres; dos horas después su tío Miguel salió junto a su tía Margo, ambos se sorprendieron de verla esperando fuera del despacho.

—Chloe —la llamaron.

—Tío Miguel, necesito que me ayudes.

—¿Qué te sucede, cariño? —preguntó su tía.

—Tía, lo siento, pero no puedo decírtelo, tú no me apoyarías.

—Chloe, habla que me estás preocupando —insistió su tía.

—Mi padre nunca abandonó a mamá por su ceguera.

—No digas tonterías, que Nadia, una amiga de tu madre de esa época —aclaró Margo—, le dijo que Dante no quería saber nada de ella.

—Tía, escúchame —insistió la joven—. Llama a la tía Mirta, que deje lo que sea que está haciendo.

—Esto no tiene sentido.

—Por favor, tía, te juro que tengo mis motivos.

—Pues dínos cuáles son esos motivos.

—No quiero tener que repetirlo, por eso te pido que llames a la tía Mirta así todos pensaremos qué hacer.

—Te aseguro que no haremos nada.

—Tía, solo te pido una oportunidad.

—Niña, ¿qué es lo que sabes? —intervino Miguel.

—Mis padres fueron engañados y separados por esa tal Nadia.

—¿Cómo sabes eso?

—Solo lo sé y no les diré nada hasta que estemos todos.

Como Margo aceptó que Chloe no dejaría de insistir decidió que lo mejor sería llamar a su hermana que le dijo que en cuanto pudiera estaría en la oficina de Miguel.

—Maite, es hora de que empecemos a grabar.

—Ya estoy lista, así que cuando quieras puedo comenzar.

Dada la discapacidad de Maite, las canciones de Dante estaban en braille para que la pianista no tuviera ningún problema; cuando las primeras notas sonaron, Dante salió de su ensoñamiento, no había dejado de pensar en lo que le había dicho Maite, pero al mismo tiempo se trataba de negar que Nadia los hubiese engañado.

Cuando las primeras melodías sonaron, Dante estaba viendo el sueño de toda su vida hacerse realidad, siempre había querido hacer dueto con Maite, pero ya no era como lo había soñado, Maite lo detestaba y él le guardaba tanto resentimiento que no sabía si estaba dispuesto a intentar reconquistarla.

—Dante, Dante. —Cuando Maite lo llamó por segunda vez él se dio cuenta de que no había empezado a cantar cuando le correspondía.

—Lo lamento.

—No pasa nada, volveré a tocar.

Dante no podía creer que no hubiera entrado cuando le

correspondía, en sus años de carrera nunca le había sucedido, pero desde que Maite había entrado a su vida le estaban sucediendo cosas que nunca había imaginado, cuando estaba al lado de aquella mujer se volvía a sentir como un adolescente.

Después de varias horas de grabación, no habían hecho mucho progreso y Dante se sentía muy decepcionado.

—Dante, si quieres lo volvemos a intentar otro día.

—Maite, lo lamento, sé que has trabajado muy duro y no es tu culpa lo que me sucede. —En el fondo sí era responsabilidad de Maite, ya que lo distraía como nadie en el mundo.

—Vamos, te llevo a tu casa.

—No, gracias, alguna de mis hermanas o Chloe pasara por mí.

—¿Chloe es tu sobrina? —preguntó Dante.

Maite no sabía qué contestar, no quería que nadie de la disquera se enterara de que Chloe era su hija, pero tampoco quería que su hija se sintiera mal porque la negaba como tal, sabía que por muy madura que fuera la estaba pasando mal con el tema de que Dante no sabía que era su padre.

—Nos vamos ya. —Escucho la voz de su hija que seguro había escuchado la conversación.

—¿Hace cuánto que estás aquí?

—El suficiente para saber que el señor De la Rosa se ha ofrecido a llevarte a casa. —Chloe quería que su madre supiera que sabía que pensaba negarla como hija y eso le dolía en lo más profundo de su ser.

—¿Nos vamos, cariño?

—Claro que sí, tía —contestó su hija y los ojos de Maite se llenaron de lágrimas.

Cuando su hija la agarró del brazo, ella se aferró fuerte a Chloe y le susurró un perdón al oído, se sentía tan miserable de ser la culpable de que su hija se sintiera menospreciada; cuando se alejaron, Dante se las quedó viendo, no había duda de que esa chica podía ser hija de Maite, se parecían mucho, pero él estaba seguro de que le recordaba a alguien más.

—¿En qué piensas?

—Chloe bien podría ser hija de Maite, porque es más que obvio que son familia. Pero esa niña me recuerda a alguien más, solo que en estos momentos no sé a quién.

Oliver se había dado cuenta del parecido de la joven con Dante, cómo era posible que su amigo no se reconociera en los rasgos de la joven, sabía que era imposible que Dante hubiese abandonado a Maite embarazada por más que ella no quisiera saber de él.

—¿Sabes? Tienes razón, esa niña me recuerda a alguien. —Él no era quien le diría que solo bastaba verlos juntos para darse cuenta que tenían algún parentesco, solo esperaba que su amigo lo notara en algún momento.

—Chloe —dijo Maite una vez que estuvieron fuera de la disquera.

—No, mamá, no quiero escuchar nada de lo que tengas que decirme, ¿sabes cómo me hizo sentir tener que decir que eres mi tía?

—Perdóname.

—¿A qué le tienes miedo si él no se da cuenta del enorme parecido que tenemos? Solo tiene ojos para ti.

—Amigo, ¿qué has decidido, vas a luchar por el amor de Maite?

—No, ella me dejó claro hace muchos años que no me ama. — Dante no sabía cómo había sido capaz de trabajar con Maite y no lanzársele encima.

— ¿Eso quiere decir que ya no la amas?

— ¿De qué me sirve amarla si ella no quiere nada conmigo?

Oliver no podía creer que su amigo fuera tan ciego, Maite era la que vivía en la oscuridad, pero el que verdaderamente estaba ciego en esta historia era Dante, que no podía ver que el resentimiento de Maite se debía a que ella estaba embarazada cuando se separaron; él estaba casi seguro de que se habían separado por un malentendido.

—Dante, ¿cuándo fue la última vez que viste a Maite?

—Casi quince años. ¿Por qué?

—Simple curiosidad. —Oliver no podía decirle a su amigo que sospechaba que era el padre de Chloe y que era verdad que Maite era su madre.

Betina Shablíko nació en Buenos Aires donde reside actualmente y se desempeña como Traductora literaria de inglés y docente de idioma extranjero. Vivió tres años en Italia, época en la que tomó cursos de Arte y estudió teatro. Dada su pasión por el séptimo arte y la fotografía, sus narraciones se caracterizan por tener un fuerte componente audiovisual. Disfruta más en contacto con la naturaleza que en la ciudad, y desde pequeña se ha visto envuelta en innumerables líos por defender a los animales, por lo que hoy día expresa su amor por ellos a través de sus personajes, en un incansable intento de crear concienciación.

Edición en formato digital: noviembre de 2018

© 2018, Betina Shablíko

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-74-6

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial